
SERIE
LAS PROMESAS
DE LOS TANNER
2
UNA SOLA CHISPA
EMILY YOUNG

UNA SOLA CHISPA

EMILY YOUNG



©EMILY YOUNG

Título original – Promesas por cumplir

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.

Gold Publications

¿Cómo podía enamorarse de ella?, si él era el asesino de su marido.

Sumido por la culpa, Carter Shepard siente que está en deuda con la mujer a la que dejó viuda. Es por ese motivo que viaja hasta Land Creek, donde encuentra a una mujer sumida en la pobreza, a cargo de una niña, y sin nadie que la ayude a llevar la carga de su granja.

Es entonces cuando decide ayudarla, ocultando el verdadero motivo de su viaje.

Helen Morrison es una mujer llena de pesar y miedos, que lucha cada día por sacar adelante a su hija pequeña. Marcada como indeseable por el resto del pueblo, vive en soledad, hasta que un día se presenta ante su puerta un vagabundo que se ofrece a trabajar por alojamiento y comida. Hasta que poco a poco los sentimientos de Helen hacia el apuesto extraño se convierten en algo más profundo, sexual y peligroso.

Carter tiene sus propios secretos y, cuando su trágico pasado los alcanza, tendrán que luchar por un amor que podría ofrecerles lo que sus corazones tanto anhelan.

Índice

1
2
3
4
5
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Siguiente libro de la serie

1

Helen Morrison entrecerró los ojos contra el sol abrasador y se negó a ceder a la desesperación que le oprimía el pecho. En su lugar, estudió el susurro de las hojas sobre su cabeza y el petirrojo posado en una rama, que inclinaba la cabeza hacia la escena que tenía debajo.

Una mano tiró de la falda de Helen.

—Mamá.

El quejido malhumorado de Emily hizo que Helen volviera al presente. Miró a su hija de cuatro años.

—¿Qué pasa, cariño?

—Quiero irme a casa.

Helen quería hacer lo mismo, pero no podía dejar a su padre solo mientras dos desconocidos enterraban su caja de pino. La amargura se elevó como la bilis y ella la reprimió.

Se le encogió la garganta y parpadeó para ahogar las lágrimas. Su padre había sido un borracho caído en desgracia que no había trabajado un solo día desde que murió la madre de Helen. Pero había sido su padre y ella le debía algo por eso.

—Mamá, quiero irme. Hace calor.

—Espera unos minutos más.

La niña jugueteó con los cordones de su sombrero.

—Déjatelo puesto, cariño, o el sol te quemará la cara.

Emily suspiró audiblemente, pero dejó de jugar con las cintas.

Helen enderezó los hombros y volvió la mirada hacia los dos hombres que bajaban el ataúd de madera a la tierra.

Polvo eres y en polvo te convertirás.

Intentando no pensar en cuántas de sus preciadas monedas se habían utilizado para darle a su padre este austero entierro, Helen se concentró en la sencilla cruz que marcaba la nueva tumba junto al lugar de descanso final de su madre.

John R. Foreman. *Descanse en paz.*

Helen se llenó de resentimiento y se mordió el interior de la mejilla. Primero su marido y ahora su padre. Aunque ambos habían sido miserables seres humanos, su padre le había dado la vida y su marido le había dado a Emily. Pero ahora, no tenía a nadie más que a Emily, y su padre y su marido tenían la paz que a los vivos se les negaba.

Un sordo *golpe seco* sacó a Helen de sus amargas cavilaciones. *Otro golpe seco.* Otra pala de tierra golpeó el ataúd de madera. Los pequeños dedos de Emily se apretaron alrededor de la mano de Helen y la niña gimió.

El estómago de Helen se agitó y retorció, amenazando con perder su escaso contenido.

—No pasa nada, cariño, —dijo ella, sorprendida por su voz tranquila y uniforme—. Puedes comer pan con miel cuando lleguemos a casa.

Emily resopló como respuesta.

Cuando terminaron, los hombres se colgaron las palas al hombro y se alejaron pesadamente sin decir palabra, dejando a Helen y a Emily solas junto a la tumba recién cavada. Una expectación flotaba en el aire, como si el padre de Helen estuviera esperando algo.

Helen pensó en la Biblia de su madre que estaba en el baúl de la cabaña. Había considerado llevarla y decir unas palabras sobre su padre, pero no le pareció apropiado. Ni siquiera el ministro se molestaba en enterrar a un asesino linchado.

—Espero que mamá y usted estén juntos ahora, —dijo Helen con torpeza—. Y que no haya más whisky que le tiente.

Enderezó la espalda. Había hecho todo lo que podía y probablemente más de lo que su padre se merecía. Pero, aunque era un borracho, no era un asesino. No se merecía morir en el extremo de una cuerda con hombres enmascarados rodeándolo.

—¿Está durmiendo el abuelo? —preguntó Emily.

Helen apretó los labios y asintió.

—Sí, cariño, el abuelo está durmiendo—. *Y nunca más se despertará.*

Helen se alejó de la tumba y, con Emily saltando a su lado, regresó penosamente al carro tirado por mulas.



Dylan Tanner pensó que había dejado atrás el infierno. En cambio, lo había seguido desde Kansas hasta Texas, atormentándolo con un calor abrasador durante los largos y polvorientos días. Se ajustó el sombrero de ala ancha y maltrecho e intentó ignorar el sudor que le resbalaba por las mejillas y la mandíbula. La camisa se le pegaba a la espalda, pegajosa y húmeda contra la piel. Tenía los muslos húmedos por el roce con el cuero.

Su yegua sacudió la cabeza y resopló, haciéndole saber lo que pensaba de viajar con este calor infernal. Dylan acarició el cuello empapado de sudor de Smoke y consideró buscar algo de sombra. Sin embargo, su destino estaba cerca, y allí encontrarían refugio,

agua y comida. También habría salones que servían cerveza fría y aguardiente ardiente.

Dylan hizo a un lado la tentación. Cuanto antes encontrara a la mujer, antes podría expiar y seguir adelante. Se movió con inquietud. Probablemente habría lágrimas y acusaciones, pero sabía que esto no sería fácil. Demonios, toda su vida no había sido fácil. ¿Por qué iba a ser diferente esto?

Continuó prestando atención a su entorno en lugar de a los recuerdos gastados que se esforzaban por cobrar vida. Los campos cubrían la zona, dispersos entre ráfagas de árboles, dando a la tierra un aspecto enrejado. Los cultivos estaban casi maduros y no tardaría mucho en comenzar la cosecha. A menos que el sol despiadado los arrancara y reemplazara las plantas vivas por tallos marrones y marchitos.

La ciudad aparecía como una mancha borrosa en el horizonte, y tardó casi media hora en llegar a las afueras del tranquilo pueblo. Con los ojos sombreados por el ala del sombrero, Dylan catalogó a Land Creek como una ciudad más, habitada en su mayoría por gente temerosa de Dios que daba su vida por parcelas de tierra que valían menos que su caballo.

Mientras estudiaba la ciudad, se dio cuenta de que era el centro de atención. Incluso dos años después de la Guerra de Secesión, todos los extranjeros en estas ciudades del sur eran considerados enemigos hasta que se demostrara lo contrario. Dylan nunca se quedaba el tiempo suficiente para demostrarlo de una forma u otra.

Miró a su alrededor y vio movimiento en una colina a las afueras de la ciudad. Una mujer con una niña estaba en un cementerio mientras dos hombres paleaban tierra en una tumba. Parecía extraño, solo los dos dolientes... Pero, claro, no era asunto suyo.

Dylan condujo a Smoke hasta la caballeriza y desmontó a la sombra del granero.

Un hombre vestido con un mono y con la barriga prominente salió caminando. Sacó un pañuelo sucio de su bolsillo y se secó la frente arrugada.

—Cuatro peniques al día. Incluye una lata de avena, —dijo el hombre después de un bostezo que le partió la mandíbula.

Dylan sospechaba que la lata era del tamaño de una de tomate, pero no estaba en posición de discutir. Y el mozo de cuadras lo sabía. Dylan le lanzó dos monedas, y el hombre las atrapó con sus dedos gruesos y regordetes.

—Por ese precio, será mejor que también le dé un masaje.

No fue una pregunta, pero el hombre fornido asintió con la cabeza entrecortadamente. Dylan se echó las alforjas al hombro y desató el rifle de la silla de montar, sosteniendo cómodamente la vaina con una mano. Le dio las riendas al mozo de cuadra. La nariz de Dylan se arrugó ante el hedor a sudor viejo, estiércol y otros olores que no quería remover, ya que los había olido con demasiada frecuencia en los barracones del ejército.

—¿Hay algún sitio para dormir en esta ciudad? —preguntó Dylan.

—Hay habitaciones arriba en el bar.

Dylan frunció el ceño.

—¿No hay un hotel o una pensión?

El mozo de cuadra se encogió de hombros y se rascó una costra en su fornido antebrazo.

—No viene suficiente gente. Además, la mayoría de los que vienen son hombres que buscan whisky y una mujer, y el bar tiene ambas cosas.

Hace seis meses, Dylan habría estado buscando lo mismo. Asintió al hombre y se alejó, con las piernas rígidas de estar tanto tiempo sentado en la silla de montar. Fuera de la sombra, el calor del

sol lo golpeó como un puñetazo, y el aire caliente le robó la humedad que le quedaba en la boca.

Entrar en un bar con sed y cansancio no era la mejor idea, pero Dylan no tenía elección. Se detuvo en la puerta, con los antebrazos sujetando las puertas batientes. El hedor a cerveza y whisky rancio, junto con cuerpos sucios y tabaco viejo, invocó recuerdos de noches pasadas bebiendo hasta el olvido. Respiró por la boca para disminuir el efecto, preguntándose si tal vez no debería acampar bajo las estrellas de nuevo. Pero la idea de dormir en un colchón era demasiado tentadora, y esa era una tentación a la que Dylan podía rendirse.

Se abrió paso entre sillas y mesas, con los pasos amortiguados por el serrín del suelo.

El camarero, alto y delgado, apoyó las manos en la barra.

—¿Qué le sirvo, señor?

—Una habitación —respondió Dylan.

—Tenemos cuatro. ¿Quiere la que está más cerca de las escaleras o la que está más atrás?

Con morbosa fascinación, Dylan observó cómo el largo bigote del hombre rebotaba con cada palabra. Se sacudió mentalmente.

—Solo quiero dormir un poco.

—La más alejada, entonces. Serían dos dólares por la noche.

Dylan miró al hombre con furia.

—¿Tiene una cama de oro macizo?

El camarero se rió, mostrando unos dientes podridos.

—Nos pagan lo mismo las putas por alquilar la habitación para su negocio.

—Me extraña con esos precios, a menos que se pasen tumbadas de espaldas desde el atardecer hasta el amanecer.

—Lo toma o lo deja, señor.

Por mucho que Dylan quisiera mandarle a paseo, lo que más deseaba era pasar una noche en una cama de verdad.

—¿Tiene sábanas limpias?

—Las tenemos, pero son dos monedas extra y usted tiene que hacer la cama.

Dylan agarró al hombre por la pechera y lo empujó hacia delante, poniéndolos cara a cara.

—Deme las sábanas limpias por el precio de la habitación y no le romperé la maldita nariz. Lo toma o lo deja, señor, —dijo, devolviéndole las palabras del camarero.

—Está fanfarroneando. —La voz temblorosa del hombre desmentía su bravuconería.

—Usted y yo sabemos que no conseguirá dos dólares de una puta un martes por la noche en este pueblo de mala muerte.

El camarero asintió con la cabeza.

—Está bien.

Dylan lo soltó y el hombre retrocedió, con la nuez de Adán subiendo y bajando en su cuello.

Dylan tiró dos dólares de plata en la barra, haciendo una mueca de dolor interior. Tendría que encontrar un trabajo pronto para recuperar su escaso dinero.

El camarero recogió las monedas y metió la mano bajo la barra en busca de una llave. Se la entregó a Dylan y se dirigió a la trastienda. Apareció unos momentos después con un montón de ropa de cama limpia.

—Tenga.

Dylan las aceptó sin comentarios. Se dio la vuelta para subir las escaleras, pero recordó la razón por la que estaba allí.

—¿Conoce a una mujer llamada Helen Morrison?

El camarero frunció el ceño.

—Aquí no hay ninguna Morrison. —Hizo una pausa—. Me parece que Helen Foreman se casó con un soldado, pero no recuerdo su nombre.

Dylan sospechaba que esa era la mujer que estaba buscando.

—¿Vive por aquí?

El hombre cruzó los brazos largos y delgados.

—Volvió aquí hace unos cuatro meses. Vive en la granja a cinco kilómetros al oeste de la ciudad. —Sacudió la cabeza—. Enterró a su padre hoy. El bastardo asesinó a un buen hombre. Lo colgaron por lo que hizo.

Dylan tardó un momento en asimilar la noticia. La mujer que había visto en el cementerio debía de ser la viuda de Morrison, y la niña su hija. No sabía si debería sorprenderse o no. El caso era que nunca la había conocido, y Nick no había hablado mucho de su familia. Había estado demasiado ocupado bebiendo y prostituyéndose.

—Es una pena, —comentó el camarero, sacudiendo la cabeza —. John Foreman era un buen cliente. Solía comprar su whisky aquí.

Obviamente, al camarero le importaba un bledo el dolor de la señora Morrison, lo que enfureció y disgustó a Dylan.

—¿Una mujer pierde a su padre y lo único en lo que piensa es en que ha perdido a un cliente?

Los finos labios del hombre se torcieron hacia abajo, y su bigote hizo que su rostro «y su ceño fruncido» parecieran más largos.

—Usted es un extraño por aquí, señor, así que no sabe cómo es esto. Si lo supiera, no iría por ahí defendiéndola.

—Ella no mató a nadie.

—De tal palo tal astilla.

Dylan lo miró fijamente, preguntándose si la mayoría de la ciudad pensaba lo mismo. Como si leyera los pensamientos de

Dylan, el camarero añadió:

—El hombre al que mató su padre era muy querido. Todos lo respetaban. Eso es más de lo que se puede decir de Foreman y su hija.

Dylan se dio la vuelta y subió con dificultad las chirriantes escaleras. Parecía que la esposa de Morrison no era exactamente lo que él pensaba que sería. Quizás sería mejor si no la veía y simplemente seguía adelante. Después de enterrar a su padre ahorcado, probablemente no necesitaba que uno de los viejos amigos bebedores de su marido se pasara para decirle que él era el responsable de la muerte de Nick.

Una vez en su habitación, Dylan quitó las sábanas malolientes de la cama y las tiró al pasillo. Mientras hacía la cama, discutió con su conciencia. Visitar a la Sra. Morrison era lo correcto, pero habían pasado casi seis meses desde la muerte de Nick. ¿De qué servía desenterrar el pasado y aumentar su dolor cuando acababa de perder a su padre?

Dylan comprobó las esquinas del colchón, asegurándose de que las sábanas estuvieran metidas de forma ordenada y ajustada. Diez años en un orfanato y catorce más en el ejército hicieron que la inspección fuera algo natural. Asegurado de que la cama cumplía con la normativa, se guardó la llave de la habitación en el bolsillo y la alforja en el brazo. Había visto una casa de baños de camino a la ciudad, y aunque gastaría más de su menguante dinero, el capricho merecía la pena.

Cinco minutos después llegó a la casa de baños, y no le sorprendió descubrir que era el único cliente. Después de conocer al encargado y al camarero, Dylan se dio cuenta de que la limpieza no contaba mucho en Land Creek. Un hombre barbudo cogió su dinero y gritó a un niño de unos ocho años que llenara una de las tinas.

—Que sea una de las de atrás, —dijo Dylan.

El cuidador de ojos de lince guiñó un ojo con picardía.

—Claro, señor, lo que usted quiera.

Dylan no se molestó en disuadir al hombre de sus presunciones. Era más fácil que la verdad.

El niño se esforzó por llevar dos cubos de agua humeante, y algunos se derramaron, haciendo que el niño sisease.

—Déjame llevar uno de esos, —dijo Dylan con brusquedad.

El chico de cabello oscuro le lanzó una rápida y temerosa mirada a su jefe y sacudió la cabeza.

—Yo me encargo.

Dylan no discutió, simplemente le quitó uno y le lanzó una mirada fulminante al hombre, que apartó la vista. Vaciaron los cubos en una tina ovalada de madera al fondo de la habitación.

—Te echaré una mano con el resto del agua, —le dijo Dylan al chico.

—No hace falta, señor. Puedo hacerlo yo,

Dylan se encogió de hombros, observando el mono raído y los pies descalzos del niño. Tenía el pelo largo y desgreñado, que le llegaba hasta los hombros y le caía sobre los ojos.

—No me importa.

Siguiendo al niño hasta la estufa de la parte trasera, que tenía tres hervidores de agua caliente, Dylan recordó a otro niño que llevaba un mono de segunda mano que siempre le quedaba demasiado corto o demasiado largo. Ese niño solo llevaba zapatos cuando el suelo estaba cubierto de nieve o hielo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Dylan.

—Harry —respondió el niño con voz apenas audible.

—Yo me llamo Dylan.

Harry no le respondió, pero cogió una tetera caliente, usando dos paños viejos para no quemarse con las asas.

—Déjame hacerlo a mí —pidió Dylan.

Harry le echó un vistazo.

—Si no lo hago yo, el viejo Knobby no me dará dinero.

Aunque Dylan sospechaba que ese era el caso, su temperamento estalló. No le mostró su enfado al niño, no quería asustarlo.

—Me aseguraré de que te pague.

Dylan le quitó los paños aHarry y vertió agua caliente de la tetera en los dos cubos, más un tercero. Llevó dos de vuelta mientras Harry manejaba uno. Hizo dos viajes más, el último con agua fría, para llenar la tina de madera.

Dylan sacó veinticinco centavos de su bolsillo y se los entregó al niño.

—Gracias, Harry.

El niño miró fijamente la moneda de dos centavos, con los ojos marrones brillantes.

—Gracias, señor.

—Has trabajado duro. ¿Tus padres viven en la ciudad?

Harry se guardó la moneda en el bolsillo y su mano se demoró en tocarla, como si temiera que desapareciera.

—Se han ido.

Dylan frunció el ceño, preguntándose si lo habían abandonado o estaban muertos.

—¿Y dónde vives?

—Con los Smiths. Su tono le dijo a Dylan que no estaba encantado con el arreglo. Harry recogió los cubos vacíos.

—Tengo que irme.

Antes de que Dylan pudiera decir nada más, el chico se había ido. No valía la pena preocuparse por niños como Harry. O aprendían

a cuidar de sí mismos o no lo hacían. Dylan había sido de los primeros.

Sacudiendo la cabeza, se quitó el cinturón de pistolas, pero lo dejó cerca de la bañera. Se quitó la ropa sucia y polvorienta y se metió en la bañera. Suspirando de placer, se sumergió en el agua e inclinó la cabeza hacia atrás.

Aunque hacía menos de una hora que se estaba quemando bajo el sol, Dylan disfrutaba del agua caliente. Usó el jabón fuerte para deshacerse del sudor y la suciedad acumulados en su piel. Se afeitó con el espejo y la navaja que llevaba en la alforja.

Un rato después, salió de la bañera y se secó con la toalla áspera que colgaba de una percha de la pared. Se puso la ropa limpia de espaldas a la pared. Mientras se ponía la camisa, se cepilló la marca del hombro, la razón por la que había pedido un baño lejos de miradas indiscretas.

Los remordimientos aumentaron y casi lo estrangularon. Había arruinado su carrera en el ejército por ser un maldito cobarde, y tenía la cicatriz que lo demostraba. Irse de la ciudad sin ver a la viuda del hombre cuya muerte había causado sería la salida de un cobarde.

Dylan terminó de vestirse y salió de la casa de baños.

El día que salió de la empalizada se prometió a sí mismo que nunca más dejaría que la cobardía lo dominara.



La granja de los Foreman era fácil de encontrar. Dylan frenó su caballo a cien metros de la destartalada cabaña. Por costumbre, reconoció la granja a la luz menguante de la tarde. Vallas de corral caídas, agujeros en el porche, una ventana rota de la cabaña

reparada con listones desiguales y la puerta del granero apoyada contra la pared le indicaron a Dylan que John Foreman se había gastado todo su dinero en whiskey. Una mula de lomo arqueado frotaba su grupa contra un poste del corral que amenazaba con caerse en cualquier momento y una vaca lechera estaba cerca, rumiando. Media docena de pollos escuálidos rascaban la tierra seca.

Por lo que Dylan pudo deducir, la granja llevaba tiempo sin mantenerse. Dirigió la mirada al campo detrás de la casa y silbó en voz baja. Tal vez los edificios necesitaban reparaciones importantes, pero la cosecha de grano era espesa y dorada bajo el sol. Alguien había conseguido arar y plantar el campo la primavera pasada.

No podía posponer la reunión por más tiempo. Después de secarse la frente húmeda con el pañuelo atado al cuello, dio unos golpecitos en los costados de Smoke. El caballo lo llevó hasta el patio.

La puerta de la cabaña se abrió y el cañón de una escopeta emergió un momento antes que el propietario.

—Alto, —llegó la orden tajante.

Dylan detuvo a su yegua, sorprendido más que asustado por la escopeta y la orden que la acompañaba.

—Mantenga las manos donde pueda verlas.

Esta vez, Dylan se dio cuenta de que la voz era de mujer, aunque el portador de la escopeta llevaba pantalones de montar.

—¿Es usted...?

—Levante las manos. Las palabras fueron complementadas por el inequívoco martillo de la escopeta.

Dylan hizo lo que le dijo y se tomó unos momentos para estudiar a la mujer. Los pantalones y la camisa holgada camuflaban su figura, y un sombrero flexible ocultaba su cabello, excepto por unos mechones rojizos sueltos que se enroscaban alrededor de su rostro sombrío. Vestida como estaba, nadie podía acusar a la mujer de ser una belleza, pero había fuerza en sus rasgos.

—¿Qué quiere? —preguntó, con ambos cañones apuntando infaliblemente a la cabeza de Dylan.

Él abrió la boca para decirle quién era, pero el mal estado de la granja le hizo detenerse. Por lo que había oído, la señora Morrison y su hija vivían solas allí. No había forma de que ella pudiera hacer el trabajo necesario para recoger la cosecha y arreglar el lugar. Si le decía quién era y lo que había hecho, seguramente le ordenaría que se fuera. Sin embargo, su marcha no la ayudaría, ni él podría reparar el daño.

—Me llamo Dylan Tanner y estoy buscando trabajo, señora. —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera pensarlas detenidamente.

Algo parecido a la esperanza brilló en su expresión, pero se desvaneció con la misma rapidez.

—Si busca un trabajo remunerado, no tengo ninguno.

Dylan se encogió de hombros, pero mantuvo las manos en alto.

—Estaría dispuesto a trabajar a cambio de alojamiento y comida, señora.

Aunque el cañón de la escopeta no vaciló, la señora Morrison pareció considerar su oferta. Esperó pacientemente.

—El único lugar para dormir es el granero —dijo.

—He dormido en peores sitios.

—Le daré de comer lo mismo que a mi hija y a mí, pero comerá en el porche.

Dylan entendió su recelo, con una hija pequeña y acabando de perder a su padre.

—Eso estaría bien, señora.

Lo estudió, como si quisiera calibrar su sinceridad... y su grado de peligrosidad. Mantuvo su expresión amistosa. Le debía algo a esa mujer.

Finalmente, ella bajó el martillo y bajó la escopeta.

—Tengo una cosa más que decirle, después podrá decidir si quiere trabajar aquí o no. —Ella levantó la barbilla, mirándolo directamente a los ojos—. Enterré a mi padre esta mañana. Dijeron que había asesinado a alguien en la ciudad y luego lo ahorcaron sin juicio. Si acepta el trabajo, estará trabajando para la hija de ese hombre.

Dylan se sorprendió de que ella se lo dijera, pero probablemente sabía que él se enteraría en el pueblo. Aun así, era algo valiente.

—Parece que no cree que fuera culpable.

—No lo era. —Sin vacilación. Sin lágrimas. Simplemente una declaración de hechos.

—¿Quiere el trabajo o no, Sr. Tanner?

Dylan no tenía elección, no si quería conservar el poco honor que aún le quedaba.

—Lo acepto, señora.

2

Helen ocultó su alivio a su nuevo empleado y se limitó a asentir con frialdad.

—Soy la señora Helen Morrison.

Tanner se tocó el ala del sombrero e inclinó ligeramente la cabeza.

—Encantado de conocerla, señora.

El tono áspero, pero no desagradable, de su voz la atravesó, dejando tras de sí bolsas de calidez que se negó a reconocer. Su mirada se alejó de ella, hacia la destartalada cabaña y el mal estado general de la granja. La vergüenza le caldeó las mejillas y se sintió obligada a añadir:

—Soy viuda.

Se movió en la silla de montar.

—Lo siento, señora.

Ella frunció el ceño ante el rubor que le tocaba las mejillas y la forma en que sus ojos se desviaban hacia algún punto sobre su hombro.

Emily se apresuró a atravesar la puerta y, antes de que Helen pudiera detenerla, corrió hacia el caballo de Tanner.

—Bonito caballo, —dijo, acariciando la nariz de la yegua.

Helen apoyó la escopeta contra el marco de la puerta y corrió a coger a su hija con los brazos temblorosos.

—Emily Margaret Morrison, no deberías acercarte a un caballo desconocido.

—No pasa nada, señora. —Tanner desmontó y sujetó las riendas con suavidad con una mano—. Smoke es muy dócil.

Helen ladeó la cabeza para encontrarse con su mirada velada. Unas largas pestañas tiznadas enmarcaban unos sorprendentes ojos azules, y sus mejillas ennegrecidas por el sol y su mandíbula menos bronceada le indicaban que se había afeitado recientemente. El olor a jabón y su ropa descolorida pero limpia eran prueba de que también se había bañado hacía poco. Fue un alivio saber que su empleado no era reacio a darse un baño de vez en cuando.

Su hija miró fijamente a Tanner, con el puño apretado contra la boca.

—Hola, Emily —dijo él con una sonrisa amable.

Ella escondió el rostro en el cuello de su madre.

—Es tímida con los extraños —explicó Helen, notando el tono defensivo que se deslizó en su voz.

—Pero no con los caballos.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, pero no permitió que se formara.

—No, a los caballos no.

—La mayoría de los niños tienen más miedo a las personas que a los animales. —Se encogió de hombros, en un gesto sorprendentemente autocrítico—. Siempre pensé que eso los hacía más inteligentes que la mayoría de nosotros.

Helen entrecerró los ojos.

—¿Tiene hijos?

Bajó la mirada mientras manejaba las riendas.

—No, señora. Si le parece bien, empezaré a trabajar mañana, temprano. —Metió la punta de la bota en el estribo y se subió al

caballo.

La alarma tensó los músculos de Helen. Si se iba, no tenía garantía de que regresara.

—Señor Tanner.

Hizo una pausa y la miró, con la cabeza ladeada en señal de interrogación.

—¿Por qué está dispuesto a trabajar para mí? —preguntó ella.

—Usted fue la primera en ofrecerme un trabajo.

—¿Y si recibe una oferta mejor?

—No la recibiré.

Helen asintió, desconcertada pero dispuesta a aceptar la ayuda que tanto necesitaba.

—Esté aquí a las seis y media y le tendré el desayuno listo.

—Lo haré, señora.

Se tocó el ala del sombrero y Helen retrocedió mientras él daba la vuelta a su yegua y salía del patio al trote. Emily levantó la cabeza del hombro de su madre y saludó con la mano, pero Tanner no miró atrás.

Emily se retorció en el brazo de su madre.

—Quiero bajar. —Helen dejó a su hija en el suelo—. ¿Volverá el caballito?

Helen cruzó los brazos sobre la cintura.

—Eso espero, cariño.

Pocos hombres trabajarían a cambio de alojamiento y comida, sobre todo si el alojamiento era un viejo granero con goteras. Aun así, las repercusiones de la Guerra de Secesión continuaban. Era difícil conseguir trabajo, y era razonable que un hombre trabajara por lo que pudiera conseguir.

Observó distraídamente a Emily persiguiendo una mariposa amarilla y negra mientras reflexionaba sobre su precipitación. El hombre era un extraño. Por lo que ella sabía, podría asesinarla a ella y a Emily mientras dormían y nadie las echaría de menos.

Sin embargo, ¿qué otra opción tenía? Si perdía la granja, no tendría medios para mantener a su hija. Tendría que volver a casarse o venderse. Desde su punto de vista, no había mucha diferencia. O una mujer entregaba su cuerpo a su marido todas las noches para tener un techo sobre su cabeza y comida que llevarse a la boca, o entregaba su cuerpo a numerosos hombres para tener lo mismo.

A Helen no le gustaba ninguna de las dos cosas. Con la granja no necesitaba a un hombre, excepto como ayuda contratada para hacer el trabajo pesado. Si Dylan Tanner era sincero sobre trabajar a cambio de alojamiento y comida, no podía permitirse despedirlo. Tampoco podía permitirse dejar que se acercara demasiado a ella o a Emily.

Nunca más volvería a ser la puta de ningún hombre.



Helen olió la lluvia en el aire cuando se despertó a la mañana siguiente. Giró la cabeza hacia la única ventana cuadrada del desván y vio gotas de lluvia en el cristal y nubes grises flotando en el monótono cielo del amanecer. No oía el chapoteo en el tejado y se sorprendió de haber dormido durante la lluvia.

Aunque sabía que debía levantarse y preparar el desayuno, siguió tumbada en la cama de paja junto a su hija dormida. Escuchó el emocionado parloteo de los pájaros y el suave mugido de Flossie que le indicaba a Helen que estaba lista para ser ordeñada.

En la superficie, poco había cambiado desde que Helen era una niña que crecía en esta misma cabaña. Pero los años, como un río desbordado, no dejaron nada intacto. Las corrientes y los paisajes habían cambiado, al igual que la perspectiva y la apariencia de Helen. Ya no era la chica de diecisiete años que se había fugado cinco años antes.

Los años le habían dado un aprecio por la familia, y aunque nunca había tenido mucho respeto por su padre, él había sido una constante en su vida. Cuando era niña y cuando regresó a esta choza como viuda hace cuatro meses, él había estado aquí. Y ahora se había ido. No se oían ronquidos en el dormitorio de abajo y no habría más maldiciones cuando se despertara con dolor de cabeza.

Helen no quería pensar en él y se concentró en lo que había que hacer hoy. Como de costumbre, había más tareas que horas para hacerlas, sobre todo porque hoy era día de lavado. Entonces recordó al hombre que había prometido volver hoy. ¿Mantendría Tanner su palabra?

Tragándose la melancolía que acompañaba al día, se levantó en silencio para no despertar a Emily. Bajó la destartalada escalera y se quitó el vestido por encima de la cabeza. Con la nariz arrugada, se puso los calzones remendados y la camisa holgada, metiéndose los faldones en la cintura. Unos tirantes descoloridos sobre los hombros sostenían los pantalones demasiado grandes que habían sido de su padre. En otro tiempo se habría escandalizado de llevar ropa de hombre, pero ahora era una necesidad. De hecho, podía contar con los dedos de una mano las veces que había llevado un vestido desde que había llegado a casa. Incluyendo el día anterior en la tumba de su padre.

Mientras se cepillaba el pelo frente al espejo de afeitar agrietado, estudió las ojeras que tenía debajo de los ojos. Desde la muerte de su marido, no había pasado una noche sin despertarse al menos media docena de veces. A veces eran pesadillas y otras veces eran recuerdos perturbadores los que la sacaban de un sueño

profundo con la brusquedad de un disparo de rifle. Sin embargo, era un pequeño precio a pagar por la salud y la seguridad de Emily.

De una percha junto a la puerta, cogió la vieja chaqueta de su padre y se puso en la cabeza el sombrero flexible que colgaba a su lado, metiéndose el pelo por debajo. Después de hacer sus necesidades, recogió los huevos, esquivando hábilmente los afilados picos de las gallinas. Llevó los huevos a la casa y, asegurándose de que Emily seguía dormida, Helen volvió para ordeñar la vaca.

Hacía dos meses que su padre casi había vendido a Flossie para comprar whisky. Afortunadamente, Helen lo había disuadido. Emily necesitaba la leche, y Helen hacía mantequilla para intercambiarla por productos en el mercado.

Apoyó la frente contra el costado de Flossie mientras la desesperación amenazaba con ahogarla. Su padre, un hombre tolerable cuando estaba sobrio, se volvía mezquino y desagradable cuando bebía. Había enfadado a mucha gente, y los pueblos pequeños guardaban rencor como un oso pardo cuida de sus crías. La madre de Helen había suavizado las plumas erizadas y reparado los puentes, pero una vez que ella se fue, el padre de Helen no perdió tiempo en deshacer esas plumas y destruir esos puentes.

Cuando Matt Fleming fue asesinado, los habitantes del pueblo no tardaron en echarle la culpa a John Foreman. Pero entonces, habían recibido un empujón en su dirección...

—Sra. Morrison.

Helen levantó la cabeza de su lado de Flossie y vio a Dylan Tanner de pie al otro lado de la valla del corral. Su corazón se le subió a la garganta y el alivio casi le hizo llorar. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que contaba con que él regresara.

—Sr. Tanner. Llega temprano.

Él cambió el peso de un pie al otro y se encogió de hombros.

—No mucho. Puedo terminar eso si quiere.

Ella se puso de pie a toda prisa y se secó las manos en los muslos, agradecida por la excusa para recuperar la compostura.

—Se lo agradecería —dijo con rígida cortesía—. Prepararé el desayuno.

Tanner dio un paso atrás y ella se agachó para pasar por dos de las barandillas del corral. Al enderezarse, resbaló en el barro y Tanner la agarró del brazo para sujetarla. Ella se soltó bruscamente de su agarre, jadeando.

—¿Está bien, señora? —preguntó él.

Ella solo oyó preocupación en su voz, pero asintió secamente.

—Estoy bien. Gracias. Prepararé el desayuno.

Se obligó a caminar de vuelta a la cabaña, aunque podía sentir la mirada curiosa del hombre sobre ella. Una vez dentro, cerró la puerta y se apoyó en ella, respirando profundamente para contrarrestar su miedo irracional.

¿Por qué había reaccionado tan violentamente? Él simplemente la había salvado de caer de bruces. No es que él estuviera haciéndole insinuaciones inapropiadas. Ella resopló. Por su aspecto, la mayoría apenas podía decir que era una mujer, y mucho menos sentirse atraído por ella.

—Mamá, tengo que hacer pis, —anunció Emily, ahuecando las manos contra sí misma y rebotando arriba y abajo en medio de la habitación.

Helen se sacudió su persistente agitación y recuperó el orinal de debajo de la cama en la habitación de sus padres. Por lo general, llevaba a Emily al retrete, pero la presencia de Tanner y su inquietante reacción la pusieron en guardia.

—Usa esto, cariño.

La joven se ocupó rápidamente de sus necesidades, y Helen volvió a meter el orinal debajo de la cama, recordándose mentalmente que tendría que ocuparse de él más tarde.

—¿Necesitas ayuda para vestirte? —preguntó Helen.

Emily negó con la cabeza.

—Ya soy mayor y puedo hacerlo sola. —Subió corriendo la escalera.

Helen sonrió y se puso a preparar el café y el desayuno. Mientras removía las gachas, alguien llamó a la puerta y su corazón dio un vuelco.

Tanner gritó desde el porche:

—El cubo de la leche está junto a la puerta, señora Morrison. Voy a desensillar mi caballo y a preparar un lugar en el granero para mi equipo. Luego dejaré que la mula y la vaca salgan a pastar.

Mientras sus botas golpeaban el porche, Helen se asomó a través de los listones de madera que cubrían la ventana de la cocina. Sus anchos hombros y su andar largo y ondulante llamaron su atención admirativa, pero reprimió su respuesta. Era un hombre como cualquier otro. ¿Y no había aprendido Helen más de lo que quería sobre los hombres?

Recogió el cubo de leche del porche, con cuidado de no derramar nada.

—¿El caballito bonito? —preguntó Emily.

Helen se volvió y vio a su hija con el vestido al revés y los botones desalineados. Sacudió la cabeza divertida.

—Sí, era él. Trabajará aquí durante un tiempo.

Los ojos de Emily brillaron.

—¿Con su caballito?

Helen sonrió mientras su corazón se apretaba.

—Su caballito se quedará con Flossie y Jack. —Se arrodilló frente a su hija y desabrochó el vestido—. Tienes que prometerme que no tratarás de acariciar a su caballito antes de preguntarme.

La niña hizo un puchero con el labio inferior.

—Pero ya soy mayor.

—El caballito es más grande y podría hacerte daño. —Helen le quitó el vestido a Emily y le dijo que se lo pusiera con los botones por detrás—. Date la vuelta.

Emily lo hizo y Helen le volvió a abrochar el vestido. Cuando terminó, le dio la vuelta a Emily para que le mirara a la cara.

—¿Me prometes que no acariciarás al caballito ni hablarás con el hombre a menos que me lo pidas primero?

Emily la miró fijamente, con la barbilla sacada obstinadamente.

—¿Por qué? —Helen puso cara de pocos amigos.

—Porque lo digo yo.

Después de un momento, Emily asintió. Sin embargo, Helen no se hacía ilusiones sobre su hija independiente. Emily se escabulliría a la primera oportunidad para acariciar el caballo de Tanner. Helen tendría que vigilarla de cerca durante los primeros días. Afortunadamente, dudaba que Emily fuera tan atrevida con Tanner como lo sería con su caballo.

Helen repartió la avena en tres cuencos para que se enfriara y frió media docena de huevos. Después de sentar a Emily a la mesa con avena, huevos y pan, colocó el desayuno de Tanner en una bandeja de horno y lo llevó al porche.

—Yo me encargo, señora —dijo él, recorriendo los últimos metros hasta el porche.

Helen le dio la bandeja y dio un paso atrás, metiendo las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Si quiere más, llame a la puerta.

—Con esto será suficiente, señora Morrison. —Sonrió, revelando unos dientes increíblemente blancos y uniformes—. Gracias.

Conmovida por su sonrisa amistosa y su gratitud sencilla pero sincera, Helen volvió a la cabaña.



Dylan se encogió de hombros ante la apresurada retirada de la viuda y colocó la bandeja en lo alto de los escalones del porche. Se sentó junto a ella y tomó un sorbo de café caliente. Lo suficientemente fuerte como para almidonar los calzoncillos de un hombre, tal y como a él le gustaba. La comida era sencilla pero buena, y el capricho añadido de la miel en las dos rebanadas de pan lo llenó cómodamente.

Con ambas manos alrededor de la taza, saboreó el resto del café y pensó en su nueva jefa. No podía culparla por ser tan tranquila como un potro salvaje. Con su padre acusado de asesinato y linchado poco después de la muerte de su marido, era sorprendente que lo hubiera contratado. Pero, claro, no se podía negar que el lugar necesitaba más trabajo del que un hombre adulto podía esperar hacer en un mes, y mucho menos una mujer sola.

A Dylan no le sorprendió que el lugar estuviera en ruinas. Sabía de primera mano que el alcohol y el trabajo honesto no se mezclan. Pero era una maldita pena que esto fuera lo que la señora Morrison y su hija se habían encontrado al llegar a casa. Tal vez su vida no había sido fácil con Nick, pero al menos el ejército les había asegurado un sueldo fijo y un lugar donde vivir.

La puerta se abrió detrás de él.

—¿Más café?

Sin levantarse de su asiento, se giró y levantó la taza.

—Gracias, señora.

Ella sirvió café de la cafetera ennegrecida, pero no se fue cuando terminó. En lugar de que le diera tortícolis por mirarla, Dylan se dio la vuelta y observó el patio.

—Sé que no es mucho —dijo a la defensiva—. Pero es todo lo que tenemos.

Dylan contuvo una sonrisa. Puede que no tuviera mucho, pero tenía más que suficiente orgullo.

—Tiene una buena cosecha en el campo. Cuando la recoja, podrá hacer más cosas por aquí.

—Me ha costado mucho sudor. —Su tono de voz estaba impregnado de amargura y orgullo—. Con mi padre muerto, no puedo cosecharlo yo misma. —Hizo una pausa—. ¿Planea quedarse lo suficiente como para ayudarme en la recogida?

Aunque sus palabras eran directas y prácticas, Dylan detectó un toque de desesperación. Se puso de pie y se movió para poder mirarla a los ojos.

—Me quedaré hasta la cosecha.

El alivio suavizó sus rasgos, pero su asentimiento fue lacónico.

—Hay suficiente por aquí para mantenerle ocupado hasta entonces.

—Sí, señora. Metió el pulgar en el bolsillo y bebió un sorbo de café.

—¿Con qué quiere que empiece?

—Hay que arreglar la valla del pasto. Hay alambre en el granero.

—Sí, señora. —Terminó su café y dejó la taza vacía en la bandeja.

—Empezaré ahora mismo.

Encontró el alambre medio enterrado bajo un montón de heno viejo en una esquina del granero. Después de buscar un poco, encontró un martillo y clavos, así como una pala para arreglar los postes sueltos. Sin carreta ni carretilla, tuvo que hacer dos viajes para llevar los suministros al pasto.

Las nubes empezaban a disiparse y el aire cargado de humedad se calentaba mientras Dylan seguía la línea de la cerca. En numerosos lugares, había un solo hilo de alambre apenas sujeto por un clavo oxidado. La cerca también necesitaba nuevos postes, pero eso llevaría demasiado tiempo.

Dylan tensó el alambre y lo enrolló alrededor del nuevo clavo que sobresalía del poste. Mientras sujetaba el alambre con una mano enguantada, usó la otra para clavar el clavo en la madera hasta que quedó al ras del poste.

Hizo una pausa para limpiarse una gota de sudor que rodaba por su mejilla y, al otro lado del campo, vio a la Sra. Morrison y a su hija acercándose a la cabaña. Se quitó el sombrero de ala ancha de la frente y observó a la mujer vestida con pantalones de montar llevar una cesta hasta un tendedero que colgaba entre dos árboles. La joven dibujaba en el suelo con un palo mientras la Sra. Morrison colgaba la ropa limpia en el tendedero.

Dylan imaginó a su esposa Mary y a su hijo en la casa de la señora Morrison y su hija. La agonía le desgarró el pecho y, por un momento, no pudo respirar. El dolor enconado siempre estaba cerca, listo para tenderle una emboscada cuando se debilitara. Se frotó los ojos húmedos con la mano, limpiándose las lágrimas que no habían caído y los recuerdos dolorosos.

Con renovada determinación, agarró el alambre y lo estiró hasta el siguiente poste. Se esforzó sin descanso durante el resto de la mañana, concentrándose únicamente en su tarea.

Al mediodía, el cielo estaba despejado y Dylan había renunciado a secarse el sudor. Su estómago rugió, recordándole que no había comido nada desde el desayuno. Su repentina sed lo convenció de caminar de regreso para buscar agua y sacar un poco de carne seca de sus alforjas. Seguramente la Sra. Morrison no le negaría un descanso.

Apilando sus herramientas y equipo en una pila ordenada, cruzó penosamente el pasto, pasando junto a la mula de mirada

cruzada y la vaca de ojos saltones. La brisa irregular apenas ondulaba la ropa tendida en el tendedero y hacía poco para refrescar a Dylan. Mientras se acercaba al pozo, la Sra. Morrison salió al porche. En su mano había un paquete envuelto en tela.

—Aquí está su almuerzo —gritó—. Lo dejaré en el porche.

Dylan asintió y ella desapareció de nuevo en su destartalada casa. Se detuvo junto al pozo y sacó un cubo de agua. Con el cazo, bebió hasta saciarse del agua fría y fresca. Cruzó el patio hasta el porche y se sentó a desenvolver lo que la señora Morrison le había dejado. En el paño había dos rebanadas gruesas de pan con una mezcla de frijoles y carne entre ellas.

Se quitó el sombrero mientras comía, dejando que su cuero cabelludo se refrescara a la agradable sombra del porche.

—Quiero salir. —La voz infantil de Emily se escuchó desde la cabaña.

—Todavía no has terminado de comer. —El tono de su madre era más paciente de lo que Dylan hubiera imaginado, dada la brusquedad de la mujer.

—No tengo hambre. Quiero jugar.

—Puedes jugar después de comerte ese último trozo de pan.

Dylan podía imaginarse a la señora Morrison intentando sobornar a la niña y sonrió. Nick rara vez había hablado de su esposa o de su hija, y cuando lo hacía era para quejarse. Dylan nunca había entendido por qué un hombre que había tenido todo lo que deseaba prefería pasar el tiempo en bares apestosos con putas baratas.

—¡No!

El grito agudo seguido de un estruendo hizo que Dylan se pusiera en pie. Cuando se dirigía a la puerta, esta se abrió de golpe y la niña salió volando. Dylan la agarró y la hizo girar antes de volver a ponerla de pie.

—Suéltela, —gritó la señora Morrison.

El pánico desesperado en su voz sorprendió a Dylan y soltó a Emily. La señora Morrison cogió a su hija y la abrazó con fuerza. La niña rodeó con sus brazos el cuello de su madre, con los hombros temblando por unos sollozos silenciosos. Sin embargo, no sabía si sus lágrimas eran por la agitación de su madre o porque tenía miedo de Dylan.

—No vuelva a tocar a mi hija nunca más, —ordenó la mujer con los dientes apretados—. O le dispararé.

Sorprendido por su amenaza mortal, Dylan levantó las manos.

—No pretendía hacerle daño, señora Morrison. Supuse que no quería que ella se escapara.

—Es mi hija y yo me ocuparé de ella. Usted solo debe hacer lo que yo le diga. ¿Queda claro?

El temperamento de Dylan se encendió y dio un paso hacia ella. Su mirada se desvió de él por un segundo, pero ella se mantuvo firme mientras le daba unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda a Emily.

—Lo único que hice fue atraparla por usted, señora. Si va a pensar lo peor de mí, entonces tal vez sea mejor que me vaya ahora. —Tan pronto como pronunció las palabras, Dylan supo que no se iría. Su deuda estaba lejos de estar saldada. Pero, ¿cómo podía trabajar para una mujer que creía que podía hacer daño a una niña pequeña?

Sus mejillas se enrojecieron, pero su columna se mantuvo rígida como una baqueta.

—No pretendía insultarle, señor Tanner, pero Emily es todo lo que tengo. Si le pasara algo, nunca me lo perdonaría. —Su boca se estrechó hasta quedar plana—. Ni a la persona que le hiciera daño.

La ira de Dylan se desvaneció. Solo se estaba comportando como una madre. Aunque recordaba poco de su propia madre, a veces soñaba con una voz suave y un toque gentil.

—Lo entiendo, señora. Pero quiero que sepa que nunca haría daño a su pequeña.

Ella seguía desconfiando, pero si lo hubiera aceptado tal cual, su respeto por ella habría disminuido. Era una buena idea mantener una sana desconfianza hacia los extraños, pero su reacción había ido más allá de la sospecha. Era como si algo hubiera sucedido en el pasado para hacerla irrazonablemente desconfiada.

La Sra. Morrison le hizo un gesto seco con la cabeza.

—Le tomaré la palabra, Sr. Tanner. Y espero que se mantenga alejado de Emily. —Luego, hablando en un tono suave y bajo a su hija, se dio la vuelta y entró en la cabaña, cerrando la puerta de golpe detrás de ellos.

Dylan se dejó caer de nuevo en el escalón, temblando por el tono frío de la mujer. Quizás Nick había tenido buenas razones para encontrar consuelo en el acogedor abrazo de una prostituta.

3

Helen se enderezó de su posición encorvada en el jardín y reprimió un gemido. Su mirada se dirigió inmediatamente a Emily, que seguía jugando con su destartalada muñeca a la sombra de un extenso roble. Satisfecha de que su hija se comportara, Helen apoyó las palmas de las manos en la parte baja de la espalda y se inclinó hacia atrás para estirar las dolorosas contracturas de la columna. Se irguió poco a poco, suspirando aliviada al disminuir los dolores.

Según sus cálculos, había estado deshierbando y recogiendo verduras durante casi dos horas. Le esperaban montones ordenados de zanahorias, judías, cebollas y maíz. Lo único que quedaba era desenterrar una montaña de patatas para acompañar las verduras y el cerdo salado esta noche.

Hizo una mueca. No habían comido más que cerdo salado durante semanas. Imaginar el sabor de la carne fresca le hizo la boca agua. Si no hubiera tanto que hacer por el lugar, le habría preguntado a Tanner si estaría dispuesto a ir de caza. La caza no sería tan sabrosa como la ternera, pero el venado o el conejo serían un cambio bienvenido.

Con un encogimiento de hombros mental, gritó:

—Emily, vamos a por agua.

La niña se puso de pie rápidamente, manteniendo su muñeca agarrada a su pecho, y tomó la mano de Helen con la que tenía libre.

—¿Qué habéis estado haciendo Aggie y tú? —preguntó Helen.

Emily levantó su muñeca y pareció escuchar durante unos momentos.

—Aggie dice que es un secreto.

Helen fingió decepción.

—¿Ni siquiera puedes contármelo?

Emily volvió a apretar la muñeca contra su pecho y sacudió la cabeza con vehemencia.

—No. Es un secreto.

Helen se preguntó si debería preocuparse por la activa imaginación de su hija. Como la niña no tenía con quién jugar, Emily había creado su propia compañera de juegos. ¿Había hecho Helen lo mismo? Había pasado demasiado tiempo para recordarlo.

Llegaron al pozo y Emily se soltó de su agarre.

—¿Quieres hacerlo tú?

Sonriendo, Helen le permitió arrojar el cubo al pozo. Un momento después se oyó un chapoteo sordo. Le entregó la cuerda a Emily, que apartó a Aggie a un lado. La niña tiró de la cuerda y Helen la ayudó subrepticiamente, dejando que Emily creyera que estaba subiendo el cubo lleno ella sola.

—*Estás* creciendo, —elogió Helen. Le entregó el cazo a Emily, que bebió a sorbos ruidosos. Parte del agua le corrió por la barbilla y goteó sobre su vestido.

La niña se rió mientras le daba el cazo a su madre.

—Estás empapada.

—El sol te secará en un momento, —dijo Helen con una sonrisa.

Bebió un trago y sintió cómo el agua fría le bajaba por la garganta hasta el estómago. El cálido sol de la tarde había secado gran parte de la humedad de su cuerpo.

Al notar un movimiento dentro del granero, centró su atención en esa dirección. Tanner salió a grandes zancadas, con los brazos llenos de postes recién cortados. Los vio a ella y a Emily, dejó los postes y se acercó a ellas. Reconoció el familiar andar balanceado de un hombre que pasaba gran parte de su tiempo a caballo. Habiendo estado en la caballería, su marido había tenido el mismo.

Desde el primer día de Tanner, hacía más de una semana, se había propuesto mantener la distancia. Solo hablaban cuando Helen le daba de comer en el porche y comentaban las tareas del día. Él se mostraba cortés y ella tenía que admitir que era un trabajador concienzudo. Había logrado más en ocho días que su padre en un año.

Se quitó el sombrero al acercarse al pozo. El sudor aplastaba su cabello ondulado y el sombrero le dejaba una raya en la frente. Se quitó el pañuelo del cuello y se secó la frente y la cara.

—Buenas tardes, señora Morrison, señorita Emily.

—Señor Tanner —dijo Helen, con voz fría y distante. Se quedó entre él y su hija.

—¿Quiere beber? —le preguntó Emily.

Él miró a Helen, con expresión inquisitiva. Ante su deferencia, ella perdió parte de la tensión, pero su cautela no desapareció por completo. Asintió y se hizo a un lado, pero se mantuvo lo suficientemente cerca como para proteger a Emily.

Él se agachó a unos metros de la niña.

—Eso estaría muy bien, señorita Emily.

Ella se rió y llenó el cazo. Cuando se lo pasó, el agua se derramó en el suelo, pero, afortunadamente, algo quedó en el cazo.

Tanner echó la cabeza hacia atrás y la mirada absorta de Helen siguió el vaivén de su nuez de Adán en su piel bronceada. Una gota de sudor resbaló por su cuello, dejando un rastro resbaladizo a su paso. Rodó hacia la V de su cuello abierto, depositándose en el hueco de la base de su garganta, atrayéndola. Ella ignoró el deseo

imprudente que corría por sus venas, incluso mientras maldecía la respuesta no deseada de su cuerpo.

—Gracias, señorita Emily.

La sonrisa que dirigió a su hija casi hizo que Helen se doblara de rodillas.

—De nada, señor Tanner —contestó Emily tímidamente.

Ni siquiera su hija era inmune a su encanto, lo que lo hacía aún más peligroso. Instintivamente, Helen se movió para volver a interponerse entre ellos.

Tanner se enderezó y se pasó la mano por su espeso cabello castaño. Su camisa se pegaba a sus musculosos hombros y espalda, atrayendo su mirada de admiración.

—Hoy hace calor.

—Ya lo creo —aseguró Helen, observando el ángulo del sol—. ¿Cómo va el corral?

—En cuanto ponga los nuevos postes, cortaré los viejos para que los pueda usar en la estufa.

—Se lo agradezco.

—Es mi trabajo, señora.

Emily dio un golpecito en la cadera de su madre.

—¿Puedo ir a jugar con Aggie?

—Claro, cariño, —respondió Helen distraídamente—. Pero no te alejes.

Emily salió corriendo hacia el porche, hablando con su muñeca todo el camino.

Tanner siguió con la mirada a la niña.

—Debe de estar orgullosa de ella, señora Morrison.

Helen se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Normalmente si lo hago.

Tanner sonrió, con los ojos fruncidos en las comisuras.

—Estoy seguro de que a veces es un manojo de nervios. Sé que yo lo era cuando tenía su edad. Creo que no lo superé hasta que dejé de llevar pantalones hasta las rodillas.

Helen debería haberse ido y vuelto al trabajo, pero la tentación de hablar con otro adulto era demasiado fuerte.

—Yo también. —Comenzó a hablar él—. Me solía azotar, aunque no servía de nada. Supongo que era demasiado testarudo. Había veces que faltaba a clase porque no podía sentarme.

A pesar de sí misma, Helen sintió una oleada de compasión por él.

—Parece que su padre era aún peor que el mío.

Él apartó la mirada y se puso el sombrero, ocultando sus rasgos en las sombras.

—No fue mi padre. Fue el director del orfanato. Será mejor que vuelva al trabajo.

Se dirigió al corral, dejando a Helen mirándolo fijamente. Recordó a una familia de huérfanos en Land Creek cuando era niña. Todos habían sido separados y habían ido a diferentes familias. Helen recordaba a una en particular, una niña un año menor que ella, que rara vez sonreía y a menudo se sentaba sola durante el recreo, mirando a lo lejos. La niña se había refugiado en la soledad, pero Helen sospechaba que Tanner había ocultado su tristeza detrás de travesuras infantiles, que le habían valido un buen azote.

Su mirada se dirigió a Emily, que conversaba con Aggie en tono cantarín. No quería imaginar a Emily obligada a vivir con alguien que no la quería o, peor aún, que la hiciera daño. Un profundo terror se apoderó de Helen y se abrazó el vientre acalambrado.

Era su responsabilidad, solo suya, asegurarse de que su hija nunca perdiera su dulce sonrisa.



Con la cena en el horno y Emily echando una siesta, Helen salió al porche a limpiar las verduras que había cogido del huerto antes. Se detuvo para ver a Tanner lavando junto al pozo, usando la palangana de hojalata abollada, el jabón y la toalla raída que ella había puesto allí para su uso. Con su sombrero flexible que le daba sombra a los ojos, miró para ver que había terminado de reemplazar los postes del corral y había cortado los viejos para hacer leña. Impresionada de nuevo por su labor, logró esbozar una leve sonrisa cuando él la miró.

Se sentó en lo alto de los escalones del porche e intentó ignorarlo, pero podía ver sus movimientos en el borde de su visión. Cogió una zanahoria, la cortó y tiró las verduras en una cubeta. Solo había cortado unas pocas zanahorias cuando sintió que se acercaba, más que verlo. Apretó los dedos en el mango del cuchillo.

—Sra. Morrison —dijo a modo de saludo.

Preparándose contra el efecto que él tenía sobre ella, miró sus ojos azules.

—Sr. Tanner. Veo que ha terminado por hoy.

—Pensé que era demasiado tarde para empezar algo nuevo. Espero que no le importe.

¿Cómo podría importarle? Nunca esperó que fuera tan trabajador, dada su paga. Sacudió la cabeza.

—Mientras el trabajo esté hecho.

Helen siguió concentrada en las zanahorias mientras seguía cortando las puntas, pero la fuerza de su mirada la abrumó.

—¿Tiene otro cuchillo? —preguntó de repente. Ella levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Si tiene otro cuchillo, puedo echarle una mano.

Pensó en los cuchillos desafilados y sin valor que había en la cabaña y negó con la cabeza.

—No necesito ayuda.

Él se encogió de hombros.

—No me importa. No estoy acostumbrado a estar ocioso.

Se le ocurrió que alguien como él no debería tener ningún problema para encontrar un trabajo remunerado, en lugar de trabajar solo a cambio de alojamiento y comida. Sin embargo, rehuyó ese pensamiento, reacia a mirar demasiado de cerca para no perder su ayuda tan necesaria.

Ella asintió.

—Como quiera. Si está empeñado en hacer algo, puede romper los extremos de las judías.

Él sonrió.

—No he hecho eso en años.

Ella agarró la gran tetera en la que había puesto las judías y se la entregó. Él la tomó y se agachó hasta un escalón, colocando la tetera en el suelo.

Desde su posición por encima de él, Helen podía ver cómo sus largos dedos cogían una judía y le rompían un extremo, luego el otro, tirando los extremos a la tina con las puntas de las zanahorias.

—Parece que no ha perdido su toque —comentó.

—El orfanato solía tener un jardín enorme. Todos los niños teníamos que cuidarlo. —Mantenía la cabeza vuelta hacia su tarea, así que Helen no podía ver su expresión, solo la parte superior de su cabello húmedo—. Si uno de nosotros no hacía su parte, no podía comer. No hacían falta muchas comidas perdidas para ponernos a trabajar.

Intrigada a pesar de sí misma, Helen preguntó:

—¿Cuántos niños había en el orfanato?

Él se encogió de hombros.

—El número cambiaba, pero normalmente había entre veinte y treinta.

—¿Adoptaron a muchos?

—A algunos. Sobre todo a los niños más grandes que podían trabajar en una granja o un rancho.

—¿Y usted?

Sonrió con aire infantil.

—Yo era un enano flacucho. Los que venían buscando un niño decían que yo era demasiado pequeño, que no podría hacer mi parte.

Helen dejó de cortar en pleno movimiento y estudió sus anchos hombros, sus manos anchas y fuertes y los músculos que se flexionaban bajo sus antebrazos bronceados. No podía imaginárselo flaco o pequeño.

—¿Esas personas que venían a adoptar no querían niños a los que querer?

Tanner se rió entre dientes, pero no fue un sonido agradable.

—Quizá algunos sí, pero la mayoría solo querían mano de obra barata. Al menos a mí me ahorraron eso.

Helen continuó con su trabajo, pero su mente repasaba lo que Tanner había dicho y, lo que era más importante, lo que no había dicho.

—¿Cuántos años tenía cuando le metieron en el orfanato?

Tanner hizo una pausa, sus movimientos se detuvieron.

—Seis. Tenía dos hermanos mayores. Reid tenía dieciséis años, así que no tuvo que ir allí. Dylan tenía once.

Su voz era uniforme, casi plana, pero Helen tenía la impresión de que su control se había ganado a duras penas.

—Al menos tenías a Dylan, —dijo.

—No por mucho tiempo. Alguien se lo llevó un mes después de que llegáramos.

—Reanudó su tarea y partió los extremos de un puñado de judías antes de volver a hablar—. No he visto a ninguno de mis hermanos en veinticinco años.

Helen se quedó sin aliento, incapaz de imaginar tener familia pero no saber dónde estaban o incluso si seguían vivos. A pesar de la borrachera de su padre, él había sido de la familia.

—Lo siento, señor Tanner.

Él la miró por encima del hombro.

—Llámeme Dylan. Y no tiene por qué disculparse, señora. Fue hace mucho tiempo, y he hecho mi propio camino.

Insegura e incómoda, Helen terminó de cortar las puntas de las zanahorias.

—Puedo ayudarle con esas judías.

Tanner «Dylan» puso la cacerola en un escalón al alcance de ambos. Mientras trabajaban, los discretos chasquidos se mezclaban con el canto de los pájaros y el lejano ladrido de un perro. De vez en cuando, el inquietante grito de un halcón resonaba desde el cálido cielo azul.

—¿Y usted? —preguntó Dylan—. ¿Ha vivido aquí toda su vida?

—La mayor parte —respondió Helen, incómoda al hablar de sí misma—. ¿Cuándo murió su madre?

—Mi madre dijo que hace un par de años. —Una angustia fresca le apretó los pulmones, provocándole un nudo en la garganta, que se quitó con una tos—. Yo no estaba aquí.

—¿Estaba con su marido?

Las defensas de Helen, que se habían relajado, volvieron a ponerse en su sitio.

—Sí.

—No pretendía entrometerme, señora. —Obviamente, se había dado cuenta de su renovada cautela—. Solo pensé que, como dijo que era viuda...

Ella se relajó solo un poco. Demasiado acostumbrada a que los hombres solo quisieran una cosa de una mujer, tenía que vigilar sus palabras.

—Estaba en el ejército. Murió hace unos cinco o seis meses.

—Así que volvió aquí.

—Era el único sitio que me quedaba.

Se concentró en sus manos mientras trabajaba, temiendo que si él la miraba, le haría más preguntas. Preguntas como cómo había muerto su marido y qué clase de hombre había sido y cómo había hecho el viaje de vuelta a casa.

El tiempo se alargó y Helen finalmente respiró aliviada cuando pareció que él no iba a continuar con su interrogatorio. Quizá solo tenía curiosidad, pero a ella no le gustaba hablar de su pasado. Sus fracasos eran suyos, no cosas que se debían sacar a la luz para ganarse la compasión o la caridad. O para ser usadas en su contra.

Metió la mano en la cacerola para sacar otro frijol y sus dedos rozaron los de Dylan. Un cosquilleo de conciencia le recorrió las yemas de los dedos y se extendió hasta el estómago. Temblando por su reacción, se puso de pie de un salto y se limpió las manos sudorosas en los pantalones.

—Voy a ver qué tal va la cena. ¿Podría ocuparse de las verduras?

Dylan asintió.

—Se las daré al ganado y luego lavaré las zanahorias y los frijoles.

—Gracias. —Se apresuró a entrar en la casa. Las patatas hervían, al igual que los guisantes y el maíz. Todo lo que le quedaba por hacer era freír el cerdo salado y cortar el pan.

Llamó a Emily para que la niña tuviera tiempo de lavarse antes de comer. Veinte minutos después, la comida estaba lista y Helen sentó a Emily a la mesa. Antes de unirse a su hija, le llevó la comida a Dylan.

Dylan había barrido el porche y solo quedaban las dos cacerolas de zanahorias y judías lavadas.

—Gracias por ocuparse de ellas —dijo ella con rigidez.

—No ha sido ninguna molestia, señora. —Él aceptó la bandeja de ella—. Huele bien.

—Cerdo salado —afirmó ella encogiéndose de hombros—. Es todo lo que tenemos de carne.

—¿Su padre cazaba?

—Solía hacerlo, pero no desde que Emily y yo volvimos.

—¿Y usted?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca aprendí, y aunque lo hubiera hecho, no habría confiado en que mi padre se mantuviera sobrio el tiempo suficiente para cuidar de Emily.

—Si no le importa, saldré mañana por la mañana a ver qué puedo encontrar, —dijo Dylan.

Esperaba que él se ofreciera, pero no pudo doblegar su orgullo para darle las gracias.

—Siempre y cuando no se vaya todo el día.

—Sí, señora.

No sabía si se estaba burlando de ella o no.

—Ya he terminado de comer, mamá —gritó Emily.

Salvada por la llamada de su hija, Helen huyó de nuevo a la cabaña.

Esa noche, después de lavar los platos y de que Emily se durmiera, Helen se acomodó en la vieja mecedora con una taza de estaño en la mano. El silencio llenó la oscuridad, y con él llegó el vacío familiar.

El recuerdo de la reacción de su cuerpo al contacto accidental de los dedos de Dylan la corrompió. Se llevó la taza a los labios y recibió el calor del whisky que le quemaba la garganta y el estómago, y apagaba el deseo no deseado y no bienvenido.



Predawn encontró a Dylan alejándose a caballo de la casa de la señora Morrison. Su yegua, poco acostumbrada a los días de inactividad, tiró de las riendas y Dylan dejó que el caballo galopara por el camino. Cerró los ojos para apreciar plenamente la fresca brisa matutina en su rostro. Después de tres meses de días largos e interminables en los que solo había habido aire húmedo y rancio, Dylan había jurado que nunca más daría por sentado algo tan simple como un paseo matutino.

Estaba bien estar lejos de la mujer y su hija, aunque fuera por unas horas. Era difícil mantener su fingimiento de no conocer al marido de la señora Morrison. La mentira por omisión le pesaba en la conciencia, pero estaba convencido de que había hecho lo correcto al ocultarle la verdad. De lo contrario, la orgullosa mujer no habría aceptado su ayuda.

Dos horas más tarde, tenía dos conejos colgando del pomo de su silla de montar. Había visto huellas de ciervo, pero no había tenido un tiro decente. Con su dinero y sus suministros bajos, Dylan no quería desperdiciar ni un solo cartucho de rifle.

Mientras regresaba a la cabaña, su caballo se asustó de repente y Dylan, arrullado por el calor y la tranquilidad de la mañana, casi se cae del caballo. Recuperando el control, acarició el cuello de la yegua y miró a su alrededor para ver qué la había asustado. Un destello de color a menos de veinte pies de distancia llamó su atención.

—¿Quién está ahí? —gritó.

Las hojas crujieron y un grupo de pinzones se levantó no muy lejos, asustado por algo. Sabiendo que había algo o alguien allí, Dylan desmontó y ató las riendas de Smoke a una rama cercana. Se agachó bajo las ramas y se abrió paso entre la maleza espinosa.

—¿Quién está aquí?

Incluso mientras gritaba, Dylan se maldijo a sí mismo por su estupidez. Si era alguien que no tenía nada que ocultar, le habría respondido. Si el desconocido no quería ser encontrado, probablemente le dispararía, o como mínimo, le robaría el caballo.

Con la esperanza de que no se hubiera vuelto demasiado listo, Dylan volvió sobre sus pasos hasta su yegua. Vio una figura de pie junto a Smoke y desenfundó su revólver. Al acercarse a la abertura, se dio cuenta de que la persona era muy pequeña o muy joven. O ambas cosas. Entonces reconoció el mono demasiado corto y a menudo remendado. Volvió a guardar el revólver en la funda y avanzó a zancadas entre la maleza, sin preocuparse de enmascarar su acercamiento.

—¿Qué haces aquí fuera, Harry? —preguntó.

El chico que trabajaba en la casa de baños se encogió de hombros mientras seguía acariciando a la yegua.

—Vengo mucho por aquí. Oí los disparos. Parece que estaba cazando.

Dylan tuvo que tomarse un momento para procesar las declaraciones aparentemente inconexas del chico.

—Quería algo de carne fresca.

—¿Se refiere para usted y la viuda?

Dylan se quitó el sombrero de la frente y cruzó los brazos.

—¿Cómo sabes que trabajo para ella?

—Le he visto.

La granja de la señora Morrison estaba a cinco kilómetros de la ciudad.

—¿Por qué has estado allí?

Otro encogimiento de hombros indolente.

—No tengo nada más que hacer. No hay mucha gente que use la casa de baños.

Dylan no se sorprendió.

—¿Y la escuela?

El chico arrugó la nariz.

—No me gusta.

—¿Y la familia con la que te estás quedando? ¿No se preocupan por ti?

—¿Por qué? —Harry parecía genuinamente curioso—. No es que los Smiths sean mis verdaderos padres. Solo me acogieron porque dijeron que era su deber cristiano.

Dylan consideró las palabras del chico. Había conocido a gente como los Smiths, y a menudo su deber cristiano incluía hacer trabajar a los niños adoptados como esclavos con el pretexto de enseñarles una ética de trabajo. Contuvo una oleada de ira.

—¿Te dan tareas que hacer?

—No.

Sorprendido, Dylan intentó ver más allá de la indiferencia de Harry.

—¿Ninguna?

—Las hacen los otros niños. Yo solo soy un estorbo.

Por la forma en que Harry dijo «estorbo», Dylan sospechó que los Smith usaban mucho el término con el huérfano.

—Así es que, ¿no te echan de menos cuando no estás?

—Que yo sepa no.

Dylan observó el cuerpo delgado del niño.

—¿Te dan de comer?

Harry le dio la espalda a Dylan y acarició la nariz del caballo.

—Sí.

Algo le decía que el niño no estaba siendo del todo sincero, pero no quería presionarlo demasiado.

—¿Quieres que te lleve de vuelta a la ciudad?

Harry se dio la vuelta con los ojos muy abiertos.

—Claro, señor.

—Me llamo Dylan, ¿recuerdas?

—Claro, señor Dylan.

Sonriendo, Dylan montó en su yegua. Se inclinó para agarrar la muñeca de Harry y lo subió para que se sentara en la grupa del caballo detrás de él.

—Agárrate a mí.

Harry envolvió sus delgados brazos alrededor de su cintura y Dylan golpeó los costados de Smoke.

—¿Has montado antes? —le preguntó Dylan al niño.

—Mi papá solía dejarme sentarme delante de él.

El tono melancólico de Harry despertó los propios recuerdos de Dylan.

—¿Cuándo murieron tus padres?

—Hace un año.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Tenía un hermano pequeño, pero enfermó y murió cuando era un bebé.

Así que Harry estaba solo.

—¿Cuántos hijos tienen los Smiths?

—Siete.

Dylan se sorprendió de que una pareja con tantos hijos propios se ofreciera a cuidar de un huérfano.

—¿Te caen bien?

Notó que Harry se encogía de hombros. Si Harry pasaba tanto tiempo vagando solo, era dudoso que hiciera mucho con los hijos de los Smith.

—La señora Smith era amiga de mamá. Dijo que estaba obla... obla...

—¿Obligada? Supuso Dylan.

—Sí. Obligada a cuidar de mí. El Sr. Smith no quería. —Harry apretó su agarre alrededor de la cintura de Dylan—. Al menos no me pega.

Y para un niño que estaba solo, eso era lo mejor que podía pasarle. Dylan le dio una palmadita en el brazo al niño.

—¿Te importa parar en casa de la Sra. Morrison antes de ir a la ciudad?

Harry se puso rígido.

—No quiero

—Pero dijiste que ya habías estado allí. Así podrás conocer a la viuda y a su pequeña.

—¡No! —Harry soltó a Dylan y se balanceó hacia atrás, bajando del caballo y cayendo al suelo.

Dylan detuvo a Smoke y se volvió para ver al chico levantarse de donde había caído, con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué has hecho eso?

Harry se limitó a sacudir la cabeza, con el pelo hirsuto cayéndole sobre los ojos. Se apartó los mechones y, sin decir palabra, se dio la vuelta y huyó.

—Harry —gritó Dylan—. Vuelve aquí. ¡Harry!

Solo le respondió el sonido de la maleza al moverse. Dylan estaba preocupado por el chico, pero sabía que si Harry no quería que lo encontraran, Dylan no tendría ninguna posibilidad de localizarlo.

¿Por qué le tenía miedo a la señora Morrison?

La respuesta era evidente. Probablemente Harry le tenía miedo por la misma razón por la que la gente del pueblo la rechazaba. Era la hija de un supuesto asesino.

4

Con dolor de hombros, Helen colocó un paño sobre los ocho panes que había hecho esa mañana con la harina restante. Con el sol ya caliente, la masa no tardaría en subir. Temía encender la estufa, pero habían usado el último pan esa mañana. Afortunadamente, el dolor de cabeza con el que se había despertado se había reducido a un latido tolerable o estaría aún más miserable.

—El señor Tanner ha vuelto, —gritó Emily desde el porche a través de la puerta abierta.

Como Tanner había dejado su equipo en el granero, Helen estaba bastante segura de que volvería. Aun así, no pudo evitar sentirse aliviada de que él tampoco las hubiera abandonado.

Se metió la larga coleta bajo el sombrero flexible y salió al porche. Enseguida vio a Dylan entrando a caballo, y parecía que había tenido suerte en la caza. Helen tomó la mano de Emily y se reunió con él en el corral.

—¿Quieres acariciar al caballito? —preguntó Emily esperanzada.

—¿Le parece bien que acaricie a su yegua? —preguntó Helen, consultando a Dylan.

Él sonrió y Helen volvió a quedar impresionada por sus rasgos rudos, especialmente por sus ojos de un azul sorprendente realzados por su rostro bronceado.

—Eso estaría bien, señora. A Smoke le gusta ser el centro de atención.

Helen siguió sosteniendo la mano de Emily mientras la niña acariciaba la suave nariz del caballo. Helen señaló con la barbilla el saco atado a la silla de montar.

—Parece que ha tenido suerte.

Dylan levantó la bolsa y se acercó. Se obligó a mantenerse firme.

—Dos conejos —dijo con voz grave—. Ya están desollados y destripados. No estaba seguro de cómo se lo tomaría su hija al verlos.

Era un gesto considerado que conmovió y sorprendió a Helen. Nick no se lo habría pensado dos veces antes de arrojar dos conejos ensangrentados delante de su pequeña hija. Pero, recelosa de dejar que Tanner viera demasiado, controló su expresión para permanecer indiferente.

—Se lo agradezco. —Cogió la bolsa con la mano libre—. También agradezco la carne fresca —añadió con rigidez.

—Si quiere, volveré a intentarlo dentro de un par de días. Si consigo cazar un ciervo, tendrá carne durante un tiempo.

Su corazón se aceleró.

—Creí que había dicho que se quedaría hasta después de la cosecha.

—Lo hice y lo haré. —Parecía desconcertado.

Helen se sintió aliviada. Había supuesto que se refería a que el venado sería solo para ella y Emily. Asintió con la cabeza en señal de reconocimiento, pero su expresión indicaba que esperaba más. Sintiéndose tonta, no le contó su suposición errónea.

—Con las verduras frescas, esto quedará bien como estofado —dijo.

—Eso espero, señora. —Tras echarle un último vistazo para medir, Dylan soltó la cincha de su silla de montar.

—¿Tiene pensado trabajar en el granero hoy? —preguntó Helen.

Dylan negó con la cabeza.

—Pensaba remendar el tejado y luego empezar con el porche.

—Hay más agujeros en el granero. Como se iba a quedar allí, pensé que querría taparlos primero.

Él se encogió de hombros.

—Tengo un rincón protegido. Es todo lo que necesito. Su hija debería tener un lugar seguro y seco.

Helen lo miró fijamente, tratando de decidir si era sincero o solo jugaba con su preocupación por Emily para ganarse su confianza. No estaba segura. Sin embargo, permitirle reparar la cabaña no era una amenaza, siempre y cuando no rompiera las reglas.

—Vamos, Emily. El Sr. Tanner tiene que meter su caballo en el corral, —dijo Helen.

Con solo un ligero empujón de su labio inferior, Emily asintió.

—Adiós, Sr. Tanner, —le dijo a Dylan, saludando con la mano mientras Helen la conducía de vuelta a la casa—. Adiós, Smoke.

—Adiós, Srta. Emily, —dijo él con una sonrisa y un guiño.

Helen sintió su mirada en su espalda mientras cruzaban el patio. ¿Qué clase de hombre era Dylan Tanner? ¿Era tan considerado y decente como parecía?

¿O era simplemente una máscara que llevaba para ocultar su verdadero carácter? Después de su experiencia con los hombres, pensó que sería capaz de reconocer la máscara y ver lo que había debajo. Pero Tanner la tenía perpleja. O tal vez era simplemente más paciente y astuto que otros hombres.

Eso era todo. Un día cometería un error y Helen vería a Tanner tal como era en realidad. Pero hasta entonces, aceptaría su ayuda y lo mantendría a una distancia segura.

Seguir siendo cautelosa era mucho mejor que lamentarse.



Dylan clavó el último clavo en un listón y luego se reclinó con un brazo apoyado en el techo. Acababa de usar la última de las tejas de madera que había hecho con troncos de un metro y tendría que cortar más antes de continuar. Sin embargo, la longitud de las sombras le indicaba que no haría más hoy.

Cuando subió por primera vez al tejado de la cabaña, no estaba seguro de que soportara su peso. Afortunadamente, lo había hecho, aunque seguía desconfiando de los lugares donde faltaban tejas. Le sorprendió que la viuda no se hubiera quejado de las goteras, ya que era obvio que había algunas.

—Señor Tanner —llamó la señora Morrison.

Dylan se inclinó con cautela sobre el borde para verla de pie debajo, a menos de tres metros de distancia, e inmediatamente notó que le faltaba el sombrero de fieltro. En las dos semanas que llevaba allí, no la había visto sin él y se sorprendió por su espeso cabello castaño rojizo salpicado de mechones dorados. Su rostro, normalmente oculto por el feo sombrero, era ovalado, y su piel clara mostraba un toque de pecas en la nariz y las mejillas. Sin embargo, fueron sus ojos los que lo sorprendieron. Con el sombrero que los sombreaba, parecían de un verde apagado con motas marrones. Aquí, a plena luz del sol, el verde era tan brillante como la hierba primaveral con motas marrón dorado.

—He preguntado si ya había terminado, —dijo ella, y era obvio que no era la primera vez que hablaba.

Dylan se sacudió su aturdida reacción.

—Sí, señora. Solo tengo que recoger mis herramientas y lavarme.

—Le traeré la cena en diez minutos. —Luego dio media vuelta y desapareció de su vista.

Dylan se apartó del borde del tejado y se secó el sudor de la frente. Era extraño que no hubiera considerado atractiva a la señora Morrison y que pensara que llevaba ropa de hombre para ocultar sus rasgos sencillos. Pero ahora, después de verla sin sombrero, no podía evitar preguntarse qué ocultaba la holgada camisa y los pantalones.

Sacudiendo sus pensamientos de las posibilidades, bajó la escalera con cuidado. De niño, las alturas le habían molestado. Todavía lo hacían, pero había aprendido a manejar el miedo. Más o menos.

La señora Morrison, que volvía a llevar el sombrero, sacó su comida justo cuando él terminaba de secarse la cara y las manos junto al pozo. Ella esperó a que él se uniera a ella, lo que lo sorprendió. Por lo general, ella simplemente dejaba su bandeja en el porche y desaparecía.

Los deliciosos aromas del guiso de conejo y del pan recién horneado, el olor que lo había atormentado todo el día, le recordaron lo hambriento que estaba.

—Gracias, señora.

Se sentó en el porche, con los pies apoyados en un escalón más bajo, y retiró el paño que cubría un cuenco enorme lleno de guiso con tres rebanadas gruesas de pan en un plato junto a él. Esperaba que la viuda se diera prisa en volver a la cabaña, pero ella permaneció allí, con los brazos cruzados, mirándolo.

—Gracias por los conejos, Sr. Tanner —dijo.

—Ya me lo ha agradecido. —Le echó un vistazo—. Además, esa fue la parte fácil, señora. Usted tuvo la difícil tarea de cocinarlos. —Sonrió. —¿Y no le pedí que me llamara Dylan?

Un rubor le subió a las mejillas y, sabiendo que las pecas estaban ahí, las vio claramente. Le daba un aspecto aniñado, un aspecto que no concordaba con su naturaleza solemne.

—En realidad, fue un placer cocinar algo que no fuera cerdo salado —hizo una pausa—: Dylan.

El sonido de su nombre en su voz lo sorprendió. Aunque le había dicho que lo llamara Dylan, no lo había hecho hasta ahora. Consideró llamarla Helen, pero había trabajado demasiado duro para ganarse su confianza y no quería perderla.

Miró a su alrededor, sorprendido de no ver ni oír a Emily.

—¿Dónde está su hija?

—Dentro. Durmiendo.

Por eso había tanto silencio. Se metió una cucharada de estofado en la boca y cerró los ojos para saborear el gusto de las verduras frescas con la carne. Después de tragar, abrió los ojos y vio a la señora Morrison mirándolo. Ella desvió la mirada, pero no antes de que Dylan notara la perplejidad en sus ojos.

—¿Le preocupa algo, señora?

Ella negó con la cabeza.

—No. Solo estoy pensando.

—¿En qué? —Dylan dio un generoso bocado a una rebanada de pan cubierta de mantequilla.

Cambiando el peso de un pie al otro, se encogió de hombros.

—En mi padre.

Dylan siguió comiendo su guiso, dejando que la señora Morrison eligiera su propio momento para hablar.

—Él no mató al señor Fleming. No pudo hacerlo —dijo finalmente.

Dylan frunció el ceño e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Era un borracho, pero no un asesino.

—¿Era un borracho violento?

Ella lo fulminó con la mirada y luego desvió la mirada.

—No era violento. —Habría apostado a que había respondido con una verdad a medias.

—Quizá ese tal Fleming le cabreó mientras estaba borracho.

La señora Morrison permaneció en silencio. Dylan se encogió de hombros mentalmente y siguió comiendo. Vació el cuenco antes de que ella volviera a hablar.

—Él y mi padre tuvieron una discusión el día anterior, pero él no lo mató. —Hizo una pausa—. Estaba en nuestro granero, más borracho que una cuba, cuando Fleming fue asesinado.

—Eso es lo que le dijo a la policía, ¿verdad?

Ella lo miró con ceño.

—Por supuesto. —Su mirada se desvió—. El sheriff no me creyó. Dijo que lo estaba protegiendo.

Dylan estudió sus labios delgados y su postura rígida.

—¿Lo estaba haciendo? —Por un momento, pensó que había presionado demasiado.

—No. No protegería a un asesino, ni siquiera si fuera mi padre. —La determinación obstinada era evidente en la elevación de su barbilla.

Dylan la creyó.

—Entonces, ¿quién cree que mató a Fleming?

—No lo sé. —Las palabras salieron escupidas, como si las hubiera estado rumiando durante algún tiempo sin éxito.

—¿Quién le guardaba rencor?

Sus hombros se hundieron y se sentó en el porche, con la espalda contra la cabaña.

—Nadie. Al oír a la gente hablar, uno pensaría que Fleming caminaba sobre las aguas.

Dylan resopló.

—En mi experiencia, alguien está ocultando algo. ¿Cuánto tiempo vivió Fleming en la ciudad?

—Oí que apareció hace unos tres años.

—Entonces no lo conocía.

Ella negó con la cabeza.

—Eso fue un par de años después de que me fuera de Land Creek y me casara.

Con Nick. Dylan cortó el pensamiento. No podía permitirse dejar escapar que conocía a su marido.

Ella entrecerró los ojos y apretó la mandíbula.

—Voy a encontrar al verdadero culpable y demostrar a todos en esta ciudad que, aunque mi padre era un borracho, no era un asesino y no merecía morir como tal.

Dylan se lamió la mantequilla de los dedos, sin sorprenderse por su declaración. Era una mujer orgullosa y no toleraría que la gente creyera lo peor de su padre y, en consecuencia, de ella.

—¿Cómo planea hacerlo?

—Aún no estoy segura. —Su expresión era dura, enojada, pero sus palabras eran vacilantes—. Pero encontraré la manera. —Luego, como avergonzada por su arrebato, se levantó—. ¿Quieres más guiso?

—No, gracias, señora Morrison. Estoy lleno. —Él le entregó la bandeja con el tazón y el plato vacíos—. Si quiere, puedo preguntar por ahí en la ciudad. Quizá pueda averiguar algo sobre el asesinato.

—Gracias, pero no es asunto tuyo, Dylan. Era *mi propio* padre. —Ella se dio la vuelta, pero se detuvo antes de entrar en la cabaña —. Me llamo Helen.

Se había ido antes de que Dylan pudiera hacer ningún comentario.



Con solo la luz de la luna creciente, Helen caminaba de un lado a otro. El aire dentro de la cabaña seguía siendo sofocante por haber tenido la estufa encendida la mayor parte del día, por lo que solo llevaba un vestido raído que le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla y se estiraba tenso sobre sus pechos. Era uno que había encontrado en el viejo baúl del desván, de antes de que terminara de crecer y diera a luz a un hijo.

Su conversación con Dylan se repetía una y otra vez en su mente. No es que fuera un secreto que no creyera que su padre había matado a Fleming, pero no había planeado que Dylan fuera tan buen oyente. O tal vez solo estaba desesperada por la compañía de un hombre que no fuera un borracho o un sinvergüenza. En cualquier caso, eso no excusaba su error al desvelarle sus problemas a un hombre contratado.

Helen miró por la ventana, a las variadas tonalidades de negro y gris. Una brisa agitaba las hojas y proyectaba sombras cambiantes en el suelo y en los lados del granero. Un coyote aulló, seguido de otro y otro, y luego no hubo nada. Silencio abrupto.

Una figura oscura emergió del granero y Helen jadeó, solo para reconocer la figura larguirucha de Dylan un momento después. Se presionó la palma de la mano contra el pecho, entre los senos, y sintió que el corazón le latía con fuerza. Pero no era solo por el susto.

Se desplazó hacia el lado de la ventana para que él no la viera, pero permaneció donde podía vigilar sus movimientos. La luna proporcionaba suficiente iluminación para saber que solo llevaba pantalones y botas. Se dirigió al corral y cruzó los brazos sobre el poste superior, ofreciendo a Helen una vista completa, pero turbia, de su espalda. Aunque no era un hombre grande, sus hombros estaban bien proporcionados, inclinados hacia una cintura estrecha, un trasero bien redondeado y caderas delgadas.

Los impulsos familiares le calentaron la sangre y le hicieron jadear. Era como la primera vez que se acostó con Nick. Todo su cuerpo había cobrado vida, sensible y ansioso por manos sobre su piel febril y una necesidad más íntima de ser tocada en lugares que incluso ella había tenido miedo de tocar.

Helen cerró los ojos y apoyó la frente contra la pared. Había hecho su voto hacía menos de cuatro meses y ya estaba tentada a romperlo. ¿Estaba tan necesitada que no podía valerse por sí misma? ¿Tan llena de impulsos pecaminosos que no podía controlar la reacción de su cuerpo ante un hombre guapo?

Había utilizado su vergonzosa naturaleza para conseguir un marido y escapar de aquel lugar. Luego lo había vuelto a hacer para conseguir el pasaje para ella y Emily de vuelta al hogar del que había escapado. Había cerrado el círculo en cinco años.

Sin embargo, ya no era una niña, ni tampoco una mujer desesperada por regresar al único hogar que había conocido, el único lugar que le ofrecía la oportunidad de criar a su hija sola. Dylan Tanner había aceptado sus condiciones de trabajo, y esas condiciones no incluían el cuerpo de Helen.

Sin embargo, si ella se ofrecía, ¿aceptaría Dylan tan rápidamente como Nick o el vendedor ambulante? Él era un hombre, así que la respuesta era obvia.

Una lágrima resbaló por su mejilla, sorprendiéndola. Se la secó con un fregado violento de la palma de la mano. Pensó que había hecho las paces con lo que había hecho, ya que no podía volver

atrás y cambiar su tonto pasado. Pero estaba en su mano dar forma a su futuro, siempre y cuando negase esas necesidades que no invitaban a nada más que a problemas.

Se apartó de la ventana, evitando la tentación, pero la inquietud persistía. Sus pies descalzos la llevaron a la habitación de sus padres, y abrió el baúl al pie de la cama. Quedaba muy poco dentro del baúl: un ramo de flores silvestres secas y una foto enmarcada de una pareja de recién casados sentados rígidamente ante la cámara. Y una botella de whisky.

Helen agarró el cuello de la botella y la llevó a la cocina, donde llenó una taza hasta la mitad y luego añadió un chorrito más. Después de devolver el whisky al baúl, se apretó la taza contra el pecho y volvió a la ventana. Mientras miraba a Dylan, bebía a sorbos el whisky.

Solo después de que el licor apagara su deseo, subió al desván y se quedó dormida.



Los golpes en el tejado se unieron al latido en su cabeza y amenazaron con hacer estallar el cráneo de Helen. Con los platos del desayuno lavados y guardados, se sentó y cruzó los brazos sobre la mesa para apoyar la cabeza en ellos.

Se había quedado dormida esa mañana y solo se despertó cuando Emily se movió. A pesar de su dolor de cabeza, se apresuró a lavarse y se vistió rápidamente. Cuando por fin abrió la puerta para ordeñar a Flossie, encontró un cubo lleno de leche, así como otro con los huevos recogidos en el porche.

Desde el otro lado del patio, Dylan le había hecho un gesto con la cabeza y luego había vuelto a su tarea, formando tejas con

troncos. Por la alta pila de tejas, llevaba al menos una hora con su tarea. Y Helen había dormido durante todo ese tiempo.

El mero hecho de pensar en ello la hacía arder de vergüenza. Su trabajo consistía en ordeñar la vaca y recoger los huevos, y si no podía hacer esas pequeñas tareas, ¿cómo podía esperar conservar la granja? ¿O encontrar a un asesino?

—Mamá, ¿quieres salir? —preguntó Emily, tirando de su manga.

Helen levantó la cabeza y entrecerró los ojos contra la fuerte luz del sol que entraba por una grieta en la pared de la cabaña. Tenía que estar más tranquilo fuera que dentro, ahora que Dylan estaba trabajando en el tejado.

—Está bien, cariño.

Se acordó de ponerse el sombrero y se lo bajó hasta taparse los ojos. Agradecía la protección contra el brillante día. Ojalá pudiera encontrar algo para amortiguar el ruido.

Una vez fuera, Emily saltó por el patio, espantando a las gallinas que picoteaban y cantando para sí misma. Helen observaba desde el porche, pero el martilleo sonaba aún más fuerte allí, así que salió más allá de la casa. Los golpes cesaron afortunadamente, y ella levantó la vista para ver la silueta de Dylan contra el sol. Rápidamente bajó los ojos.

—¿Te sientes mal esta mañana? —preguntó él.

Ella le habría mirado con furia si el sol no estuviera justo detrás de él.

—No es ilegal dormir hasta tarde de vez en cuando, ¿verdad?

—No. Es solo que no me lo esperaba.

—Siento que hayas tenido que esperar para desayunar. —Se estremeció por dentro ante su sarcasmo.

—No estaba preocupado por el desayuno. —Su tono revelaba impaciencia. Y preocupación.

Helen se negó a reconocer su preocupación y el nudo que tenía en la garganta. Entrecerró los ojos y logró mantener la mirada fija en él.

—Como puedes ver, estoy bien. ¿Cómo va todo por ahí arriba? —Si desviaba su atención, dejaría de hablar de cosas de las que ella no quería hablar.

—Tendré que cortar más tejas esta tarde, —dijo—. Otro día o dos y el tejado estará casi como nuevo.

Impresionada, Helen asintió.

—Eso será una bendición.

Él ladeó la cabeza.

—Nunca te tomé por una mujer religiosa, Helen.

El hecho de que él la llamara por su nombre la tomó por sorpresa. Pero ella le había dado permiso para usarlo.

—No lo soy. Al menos, ya no. —Al darse cuenta de que la estaba arrastrando a una conversación no relacionada con el trabajo, preguntó—: ¿El porche es lo siguiente?

—A menos que tengas algo más que prefieras que haga.

Lo pensó un momento.

—No, está bien.

Dylan miró más allá de ella.

—Tu hija está cerca del corral.

Helen se dio la vuelta y se arrepintió inmediatamente del movimiento apresurado. Por suerte, logró controlar las náuseas para no pasar vergüenza. Cuando su cabeza y su vientre dejaron de dar vueltas, vio a su hija escabulléndose entre los postes del corral.

Helen corrió por el patio, pero no tuvo que decir una palabra. Emily ya había salido del corral cuando vio a su madre acercándose. La niña esperó con una expresión angelical que podría haber funcionado, pero Helen la había visto desobedecer las reglas.

—Acabo de salir —dijo cuando Helen la alcanzó.

—Para empezar, no deberías haber entrado, jovencita.

—Lo siento, mamá.

Intentó mantener el enfado, pero con el estado de ánimo en el que se encontraba, Helen no tenía fuerzas. Cogió la mano de su hija.

—¿Por qué no vamos a casa y traemos a Aggie para que juguéis juntas?

Cuando Helen y Emily empezaron a caminar hacia la casa, se oyó un fuerte estruendo. Helen abrió mucho los ojos cuando vio a Dylan tirado en el porche y un agujero del tamaño de un hombre en el techo sobre él.

5

El corazón de Helen se aceleró y soltó la mano de su hija.

—Quédate aquí —le ordenó.

Emily, con los ojos como platos, movió la cabeza.

Helen se tomó un momento para acariciar la suave coronilla de su hija en señal de tranquilidad y luego se apresuró a cruzar el patio. Se arrodilló junto a Dylan y sus manos se cernieron sobre él, sin saber qué hacer. Aunque aliviada de que no hubiera sangre, seguía temerosa por su quietud.

—Dylan —dijo con voz ronca.

Sus párpados se agitaron y se abrieron. La confusión se reflejaba en lo más profundo de sus ojos mientras su mirada se desplazaba y finalmente se posaba en ella.

—¿Helen?

Ella se sentó sobre sus talones y apretó sus manos temblorosas contra sus muslos.

—No estás muerto —susurró.

Él entrecerró los ojos, y ella sospechó que se había golpeado la cabeza al caer.

—Supongo que tienes razón. Morir no duele tanto.

Helen no pudo evitarlo. Se rió. Aunque sabía que era más por puro alivio que por diversión, no pudo parar. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y se las secó, luchando por controlar su reacción.

Dylan la miró con furia.

—Me alegra ver que alguien cree que mi caída del tejado es graciosa.

—No, no —consiguió decir entre hipos—. No lo es. De verdad. Es solo que... —Se encogió de hombros—. Lo siento.

El ceño fruncido de Dylan se desvaneció, reemplazado por una mueca.

Helen se inclinó sobre él, el humor desapareció tan abruptamente como había aparecido.

—¿Notas algo roto?

Él frunció el ceño y Helen se dio cuenta de que estaba evaluando sus heridas. Intentando contener su impaciencia, oyó pasos ligeros que corrían hacia ellos y levantó la vista. Emily se detuvo a unos metros del porche, con el rostro pálido y asustado.

Necesitada de tranquilizar a su hija, Helen extendió la mano.

—Ven aquí, cariño.

Como un cervatillo asustado, Emily se acercó a su madre y le tomó la mano. Se sentó en el regazo de Helen, pero su mirada inquieta se posó en Dylan.

—¿El Sr. Tanner se va como papá? —preguntó Emily con voz llorosa.

La pregunta inesperada cogió a Helen por sorpresa y un puño invisible le apretó el pecho. Abrió la boca, pero no pudo encontrar las palabras adecuadas.

Dylan se incorporó y, torpemente, dio unas palmaditas en las pequeñas manos apretadas de la niña y, de alguna manera, se las arregló para sonreír.

—No me voy a ninguna parte, señorita Emily. Solo tengo un moratón o dos.

A Helen se le hizo un nudo en la garganta. A pesar de su dolor, Dylan consideró oportuno calmar a su hija disgustada.

—Pero te has hecho daño y mamá estaba llorando.

Helen frunció el ceño y luego se dio cuenta de lo que su hija había malinterpretado.

—No estaba llorando, cariño. —Se movió inquieta—. ¿Recuerdas cuando te hice cosquillas y te reíste tanto que lloraste?

Emily asintió con tristeza.

—Eso es lo que me pasó a mí. Me sentí tan aliviada de que Dylan no hubiera resultado gravemente herido que hice lo mismo. —Echó un vistazo a Dylan, que la estaba estudiando con demasiada atención. Con las mejillas calientes, desvió la mirada.

El rostro de Emily se iluminó y sus lágrimas se secaron.

—Dylan está bien, —aseguró Helen—. Sé una chica mayor y tráeme una toalla limpia de dentro.

La niña asintió solemnemente y Helen la empujó para que se levantara de su regazo. Emily se detuvo frente a la puerta y miró a Dylan como si no estuviera segura de si debía dejarlo. Él sonrió y le guiñó un ojo. El rostro de la niña se iluminó con una sonrisa y ella saltó adentro.

En el momento en que desapareció, el cuerpo de Dylan se hundió.

Helen suspiró. Casi deseó que Dylan fuera más distante e insensible. Sería más fácil evitar que Emily, y ella misma, se encariñaran demasiado con él.

—Gracias —dijo ella de mala gana.

—¿Por qué? —preguntó Dylan.

Helen levantó las manos y luego las dejó caer sobre los muslos.

—Por tranquilizar a Emily. Pero ambos sabemos que no estás en plena forma —dijo secamente—. ¿Supongo que no tiene nada roto?

Su fachada de compostura se desmoronó, sustituida por un gesto de tensión en la boca.

—No, no tengo nada roto. Aunque sí magullado. —Se tocó la nuca y se estremeció, y luego sonrió con ironía—. Menos mal que tengo la cabeza dura.

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué no me sorprende eso?

Su risita se convirtió en un gemido.

—Maldita sea si lo sé, señora.

Una sonrisa le tembló en los labios.

—Déjame echarle un vistazo a esa cabeza dura.

—Sí, señora.

Arrodillándose, se colocó detrás de él y le palpó el cráneo suavemente. Su cabello castaño se deslizó entre sus dedos, sedoso y suave, tan diferente de las hebras más ásperas de Nick o de la pomada grasienta del vendedor ambulante. De repente, se dio cuenta del deslizamiento de su camisola y camisa sobre sus sensibles pechos e intentó templar su respiración agitada. Se quedó inmóvil y cerró los ojos para ahuyentar la maldita pasión que se alzaba como un río que se desborda rápidamente.

—¿Helen?

La voz de Dylan hizo que abriera los ojos de golpe y ella retiró las manos de un tirón, cerrándolas en puños.

Se aclaró la garganta y controló la voz para mostrar serenidad.

—Has tenido suerte. No te has roto la piel.

—Sí, suerte.

Dylan empezó a levantarse. Helen se levantó más rápido y con más gracia, y extendió la mano para ayudarlo. Él hizo caso omiso de su ayuda. Sin embargo, una vez de pie, Dylan se tambaleó, y ella lo agarró, temiendo que se cayera boca abajo en el porche. Cuando pareció que se había estabilizado, lo soltó y se metió las manos en los bolsillos.

Con el ceño fruncido, examinó el techo y el porche rotos.

Ella podía adivinar sus pensamientos e intentó tranquilizarlo diciéndole que no lo culpaba por los daños.

—No estaba en buen estado antes de que lo destrozaras.

Además del agujero en el techo, había roto media docena de tablones del suelo donde había aterrizado. Las reparaciones llevarían uno o dos días más.

Emily apareció en la puerta, con los brazos llenos de toallas.

—Las tengo, mamá.

Helen logró contener su diversión.

—Gracias. Solo necesito una. —Cogió una de la pila—. Puedes guardar el resto.

Parecía que la niña iba a poner mala cara, pero simplemente se dio la vuelta y volvió a la cabaña con su carga.

—Siéntate en el escalón de arriba, Dylan —dijo Helen.

—No. Estoy bien. Tengo que limpiar esto. No quiero que Emily se haga daño. —Empezó a recoger los trozos del techo que yacían sobre lo que quedaba del porche.

Maldita sea su terquedad.

Dejó el trapo a un lado y se unió a él.

Dylan no se sorprendió cuando Helen se ofreció a ayudar. Sabiendo lo testaruda que era, solo perdería el tiempo si intentaba convencerla de que le dejara ocuparse de su desastre.

Mientras trabajaba, su percepción de Helen se agudizó al recordar su suave tacto mientras le examinaba la cabeza. Su pecho había rozado su espalda, y no había duda de que era toda una mujer bajo la camisa de gran tamaño. A pesar de sus dolores y molestias, su cuerpo había reaccionado a su suave carne. Hacía meses que no se acostaba con una mujer, y en aquel momento estaba borracho. Maldita sea, ni siquiera podía recordar qué aspecto tenía. Todo lo que recordaba era la desesperación por encontrar alivio... y el olvido.

El movimiento ascendente y descendente de recoger los pedazos rotos le mareaba, pero trató de ignorarlo. Pero cuando su estómago se unió a su cabeza palpitante, no tuvo otra opción. Se las arregló para aguantar el tiempo suficiente para escapar por la esquina de la cabaña.

Con una mano apoyada en la pared, se inclinó y vomitó. Un sudor frío y pegajoso cubría su rostro. Incluso mientras vomitaba, reconoció la enfermedad como otro síntoma de una conmoción cerebral. Había tenido lo mismo más de una vez en su vida, y no esperaba con ansias los próximos días cuando su cabeza le dolería como un hijo de puta.

—¿Estás bien? —preguntó Helen desde detrás de él.

Escupió por última vez y se limpió la boca con el costado de la mano. Se volvió hacia ella y, a pesar de la sombra que le proyectaba el horrible y feo sombrero, pudo ver la preocupación en sus rasgos. Lo último que quería hacer era darle a la viuda más motivos de preocupación. ¿Por qué había sido tan estúpido como para confiar en el endeble tejado?

—Lo siento. Es normal enfermar por un golpe en la cabeza, —dijo—. Me pondré bien.

—No hay motivo para disculparse. Deberías tomarte el resto del día con calma.

—Hay demasiado que hacer.

Sus labios se curvaron hacia abajo, y ella miró por encima de su hombro y luego fijó su mirada resuelta en él.

—No has tenido ningún día libre desde que empezaste a trabajar aquí. Como mínimo, deberías tomarte un día libre por esa razón.

Dylan pensó un momento, tratando de averiguar qué día era, y si su pérdida de memoria se debía a la caída o simplemente a perder la noción del tiempo.

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles. Trabajaste durante todo el sábado.

—No te ofendas, Helen, pero tú también.

Sus mejillas se enrojecieron.

—Este es mi hogar.

—Incluso Dios se tomó un día libre.

Su boca se convirtió en una línea delgada, mostrando claramente su molestia por sus burlas.

—Dios no tenía una granja que trabajar.

O una deuda que pagar.

Sin embargo, por muy harto que se sintiera, Dylan se dio cuenta de que cualquier cosa que intentara hacer hoy tendría que rehacerse. Tocándose con cuidado el bulto de la nuca, asintió.

—Está bien. Déjame terminar de limpiar y luego bajaré mis cosas del tejado.

—¿Y dejar que vuelvas a caerte? —preguntó exasperada—. Eres tan inestable como un ternero recién nacido. Siéntate.

Su voz severa no dejaba lugar a discusión. Dylan se rindió.

Volvió al porche con Helen cerca de él, probablemente esperando que se cayera en cualquier momento. Se dejó caer en el

escalón superior, apoyó los codos en los muslos y se cubrió el rostro con las manos ahuecadas.

Aunque no podía verla, oyó a Helen junto al pozo y el tranquilo chapoteo del agua.

Unos momentos después, ella dijo en voz baja:

—Aprieta esto contra tu dura cabeza.

Levantó la cabeza y encontró un paño húmedo doblado que le tendían. Lo aceptó con un murmullo de agradecimiento y se lo apretó contra el chichón de la parte posterior del cráneo.

La voz infantil de Emily sonó detrás de Dylan.

—¿Te ayudo, mamá?

—Ya casi he terminado, cariño. ¿Por qué no te sientas al lado de Dylan? Puedes hacerle compañía.

Un momento después, la niña se dejó caer junto a Dylan, y en sus manos estaba la muñeca de trapo con la que la había visto otras veces. A pesar de su dolor de cabeza, Dylan preguntó:

—¿Cómo se llama tu muñeca?

—Aggie —Emily apretó la muñeca contra su pecho—. Es mi mejor amiga.

—Tiene suerte.

Emily frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque tiene una amiga como tú.

Emily apoyó la muñeca en sus rodillas y le alisó el pelo de lana. Después de un momento, volvió la cara hacia Dylan.

—¿Quiere ser mi amigo?

Su pregunta, sencilla pero sincera, le hizo un nudo en el pecho.

—Me gustaría, Emily.

Ella sonrió y sus ojos brillaron.

—A mí también, señor Tanner.

—Si vamos a ser amigos, tendrás que llamarme Dylan.

Emily se tapó la boca con la mano y se rió.

Perplejo, Dylan miró a Helen, que los observaba.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca antes había llamado a un hombre por su nombre de pila. Probablemente piensa que es gracioso. —Helen volvió a su tarea.

Dylan frunció el ceño, tratando de averiguar si Helen estaba enfadada con él. No por lo del tejado, sino porque se estaba haciendo amigo de su hija. Sin embargo, había sido Helen quien le había dicho a Emily que se sentara con él. Le latía la cabeza y decidió dejar de intentar entender a Helen Morrison.

Emily le hablaba a su muñeca en voz baja, inventándose la mitad de las palabras. Pero parecía que Aggie lo entendía, así que Dylan también renunció a descifrarlas.

Entender a las mujeres era muy parecido a intentar entender al ejército.

Un asunto casi imposible.



Dylan pasó el resto del día sentado a la sombra del roble. Desde su posición estratégica, observó a Helen trabajar en su jardín, con la ayuda de Emily. Aunque no estaba seguro de si *ayudar a* era la palabra correcta. Helen podría haber hecho el trabajo en la mitad de tiempo, pero pacientemente le explicaba a su hija los detalles de la jardinería. Como distinguir una mala hierba de una verdura y cuándo

estaba maduro un tomate. Era agradable ver a Helen, normalmente reservada, sonreír y elogiar a Emily.

También era un espectáculo endiabladamente agradable cuando Helen se inclinaba para recoger algo o arrancar una mala hierba. Los pantalones holgados se ajustaban a su trasero bien redondeado y abrazaban sus largas piernas. Ni siquiera su dolor de cabeza podía impedirle imaginar cómo se sentirían esas piernas esbeltas envueltas alrededor de su cintura y su suave culo ahuecado en sus palmas. Se recordó a sí mismo que ella era intocable, que no tenía derecho a pensar en ella de esa manera.

Se ajustó el sombrero, poniéndoselo en un ángulo extraño debido al bulto que tenía en la cabeza, y se sintió inquieto y culpable por holgazanear. Pero cada vez que se ponía de pie, le invadían mareos y náuseas. Y se maldecía a sí mismo por ser tan descuidado. Demonios, se suponía que no debía ser una carga para la viuda.

Se despertó de sus reflexiones cuando Helen caminó hacia él, el cubo de agua balanceándose en su mano. La brisa moldeaba su camisa contra su pecho, y los tirantes delineaban aún más sus pechos. A pesar de lo holgado de sus pantalones, el cinturón ceñido definía una cintura delgada. Sus piernas eran largas, pero eso no debería haberlo sorprendido. Era más alta que su esposa, que apenas superaba el metro cincuenta y pesaba cincuenta kilos.

—¿Quieres agua? —preguntó Helen al acercarse a él.

Al darse cuenta de que tenía la boca seca, aunque no por el calor del sol, asintió.

—Gracias.

Ella le entregó el cucharón y él lo sumergió en el agua.

—Gracias —dijo después de vaciar el cucharón.

Ella se agachó en el suelo a unos metros de él, con las piernas cruzadas a un lado y una mano apoyada en la hierba. Él siguió su mirada y vio a Emily jugando a la rayuela en la tierra desnuda.

Luego dirigió su mirada al rostro enrojecido por el calor de Helen, y notó las manchas negras debajo de sus ojos.

—¿Has tenido problemas para dormir? —preguntó.

Ella giró bruscamente la cabeza, con los ojos apagados y la boca fruncida.

—¿Por qué?

Él retrocedió, sorprendido por su respuesta beligerante.

—Pareces cansada.

Después de mirarlo fijamente unos momentos más, su antagonismo se desvaneció y volvió a prestar atención a su hija.

—Estoy bien.

Dylan apretó los dientes. Obviamente, se había sentido lo suficientemente cómoda como para acompañarlo, así que ¿por qué gruñía como un gato mojado? Lo único que había hecho era preguntarle cómo dormía. Quizá consideraba la pregunta demasiado personal para un jornalero.

Se apoyó en el áspero tronco del roble e inclinó la cabeza hacia atrás, con cuidado de no lastimarse. La luz del sol brillaba entre las hojas cambiantes y el suave susurro del viento se escuchaba de fondo. A pesar de conocer a Nick, sabía poco de Helen y la curiosidad lo impulsó a preguntar:

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

—Casi cinco años, —respondió ella después de un momento de vacilación.

—¿Cómo conociste a tu esposo?

Ella se encogió de hombros.

—Fue asignado al puesto militar justo al norte de aquí. Nos conocimos en la ciudad.

El Nick Morrison que él conocía era más probable que se encontrara en los bares, así que ¿cómo lo había conocido Helen?

¿Había trabajado en uno? La mujer que él conocía no parecía del tipo que atiborraba de bebidas a los hombres y los llevaba a su cama. Además, no podía imaginarse a Nick casado con una puta, a pesar de su apetito por sus encantos.

Como si leyera su mente, Helen dijo:

—Estaba esperando a que mi padre saliera del bar cuando se detuvo junto a la carreta. Empezamos a hablar y resultó que había una fiesta el sábado siguiente. Me invitó. Acepté. Nos casamos dos meses después.

Dylan asintió. Sin saber cuándo marchaban a un nuevo puesto, muchos soldados se casaban rápidamente. Con demasiada frecuencia, esto daba lugar a matrimonios que no eran nada felices. Las esposas solitarias culpaban a sus nuevos maridos por alejarlas de la familia y llevarlas a la hostil frontera. ¿Era eso lo que había pasado con Helen y Nick?

—Estaba deseando irme de aquí —añadió Helen. Miró alrededor de la destartalada granja, con una extraña mezcla de cariño y amargura en su expresión—. Aunque es curioso cómo lo echaba de menos.

—Era lo que conocías.

—Supongo. ¿Y tú?

Él apartó la mirada.

—¿Y yo qué?

—Dijiste que eras huérfano. ¿Qué hiciste después de dejar el orfanato?

El corazón de Dylan se aceleró mientras pensaba cuánto contarle.

—Busqué a mis hermanos. Aunque nunca los encontré.

—Lo siento.

Parecía que lo decía en serio. Él se encogió de hombros.

—Nunca pensé que tendría muchas posibilidades.

—¿Los recuerdas?

En su memoria aparecieron fotos desgastadas de dos chicos, ambos mayores que él.

—Carter era cinco años mayor que yo. Siempre se metía en alguna travesura. Normalmente me llevaba con él. —Dylan negó con la cabeza, riendo—. Entonces no lo sabía, pero más tarde descubrí que era para que yo tuviera parte de la culpa. Siempre estaba pensando. Siempre ideando formas de librarse del trabajo y de la responsabilidad.

—¿Dijiste que fue adoptado?

La diversión de Dylan se desvaneció.

—Por gente que buscaba mano de obra barata. Tal vez fue el castigo de Carter por escaparse de tanto trabajo cuando era más joven.

Helen no dijo nada.

—Luego estaba Reid, —continuó Dylan—. Mi hermano mayor. Siempre lo admiré. Quería ser como él. —Sus pensamientos lo transportaron al pasado, y con ellos llegaron la angustia y el miedo que había sentido el día que llegaron los hombres—. Tenía dieciséis años cuando mi madre murió. Estábamos trabajando en el campo cuando dos hombres llegaron a la casa. Reid siempre se culpó por lo que pasó ese día.

—¿Qué pasó? —preguntó Helen en voz baja.

Él parpadeó y la horrible imagen de lo que le habían hecho a su madre desapareció.

—La mataron, —respondió, manteniendo su voz con total naturalidad.

Helen se quedó sin aliento.

Dylan la ignoró, sabiendo que no podría continuar si la miraba.

—Después de llevarnos a Carter y a mí al orfanato, Reid fue tras ellos.

—¿Los encontró?

Era una pregunta que Dylan se había hecho mil veces. Una pregunta para la que aún no tenía respuesta.

—No lo sé. Pero sé que Reid no se habría rendido. Nunca.

A *menos que lo mataran.*

Dylan se negaba a creer que el hermano al que había idolatrado estuviera muerto. En cuanto a Carter, era demasiado inteligente para dejar que nadie se aprovechara de él.

—¿Has perdido la esperanza de volver a verlos? —preguntó Helen.

Había perdido la esperanza una vez, pero eso fue antes de que le quedara poco más que hacer con su vida.

—No creo que vuelva a encontrarlos.

Inclinó la cabeza hacia atrás para encontrarse con los ojos de Helen y se sorprendió al ver compasión en sus profundidades.

—No tengo hermanos ni hermanas, pero si me separaran de Emily, nunca dejaría de buscarla, —dijo—. Y haría lo que fuera para recuperarla. *Lo que fuera*.

La vehemencia en su tono y expresión subrayaba sus palabras. No importaba el tipo de esposa que hubiera sido, Dylan no dudaba de que fuera una buena madre.

Helen parpadeó y sus mejillas se sonrojaron. Se puso de pie y agarró el cubo de agua.

—Será mejor que empiece a preparar la cena.

Se alejó con zancadas masculinas, pero el contoneo de su trasero era el de una mujer pura.



—Buenos días.

Desde donde estaba sentada en el cubo de ordeño, Helen levantó la cabeza de golpe y vio a Dylan de pie al otro lado del corral, con los antebrazos apoyados en el poste superior. Se llevó una mano al pecho, donde el corazón amenazaba con salírsele.

—Dylan. No esperaba que estuvieras levantado tan temprano.

Él sonrió e inclinó la cabeza, dándole la impresión de un niño travieso.

—Iba a decirte lo mismo.

Su rostro se sonrojó. Dormir demasiado ayer por la mañana no era propio de ella, pero se sintió lo suficientemente culpable como para ignorar su insinuación.

—Pensé que después de tu caída del tejado...

Flossie mugió, recordándole a Helen su tarea, y ella reanudó el ordeño de la vaca.

—Me duele un poco la cabeza, pero estoy mejor que ayer —dijo Dylan—. Pensé en empezar temprano a arreglar lo que rompí.

—Espero que no estés planeando volver a subir al tejado. No voy a permitir que hagas algo tan tonto como marearte y volverte a caer.

Él sonrió torcidamente.

—No, señora. Hoy no subiré a ninguna escalera.

Avergonzada por su muestra de preocupación, Helen mantuvo la mirada en sus manos.

Buscó algo que decir, pero su mente estaba en blanco.

—Recogeré los huevos —indicó él, rompiendo el incómodo silencio.

Helen negó con la cabeza.

—No, ese es mi trabajo. —Tragó el nudo de vergüenza—. Siento que terminaras haciendo eso y el ordeño de ayer.

Él se encogió de hombros.

—No me importó, Helen.

El nombre pronunciado con su voz suave como la miel le hizo sentir un escalofrío. Molesta por la reacción de su cuerpo, dijo secamente:

—Me ocuparé de ello hoy.

—Como quieras, pero no me importa.

Los estrepitosos pájaros y el sonido rítmico de la leche que se arrojaba al cubo los rodeaban.

—Emily y yo iremos a la ciudad esta mañana —dijo Helen cuando Dylan no se marchó—. Necesito unas cuantas cosas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta.

—De acuerdo. Ataré a Jack a la carreta después del desayuno —ofreció Dylan.

Ella le echó una mirada.

—Gracias. Te lo agradezco. ¿Necesitas que te traiga algo?

—Tengo clavos suficientes para terminar el techo y el porche con algunos de sobra, y no se me ocurre nada más.

Helen asintió en señal de reconocimiento y Dylan se dirigió tranquilamente al granero sin decir una palabra más.

Aunque aliviada de que se hubiera ido, Helen se sintió abandonada y sola. Haciendo a un lado la tonta idea, terminó de ordeñar a Flossie y se puso de pie. Más tarde, después de recoger

los huevos, no le sorprendió ver a Dylan cortando tejas nuevas para el techo del porche.

Después del desayuno, mientras Emily se sentaba junto a la mesa a jugar con Aggie, Helen se preparó para el viaje a la ciudad. Puso la mantequilla y los huevos de más en un cubo y lo cubrió con una toalla. Con suerte, había suficiente para intercambiar por harina, café, sal y tal vez un poco de azúcar.

Con una rápida mirada a Emily para asegurarse de que seguía entretenida con su muñeca, Helen abrió el baúl del dormitorio de sus padres. La botella de whisky estaba casi vacía, aunque estaba más de medio llena cuando detuvieron a su padre. Quizá había bebido más de lo que pensaba, pero después de lo que había soportado las últimas dos semanas, nadie tenía derecho a condenarla.

Con una sensación de hundimiento, se dio cuenta de que sus dificultades no habían llegado a su fin. Aunque la ayuda de Dylan había servido para aliviar gran parte de sus preocupaciones con respecto a la granja, su presencia la mantenía nerviosa. Y el whisky atenuaba ese nerviosismo. ¿Podía permitirse comprar una botella más? Eso era todo lo que necesitaba. Una vez que la cosecha estuviera lista y Dylan se hubiera ido, no tocaría otra gota.

Cerró el baúl y metió la mano en el bolsillo del pantalón. Sus dedos se cerraron sobre la pequeña bolsa de tela. Cinco dólares de plata y algunas monedas sueltas era la suma de sus ahorros y los de Emily. Su padre no había dejado nada más que promesas incumplidas.

El tintineo del metal y el cuero sacó a Helen de sus amargas reflexiones. Dylan estaba llevando la carreta hasta la cabaña. Era un gesto considerado, y uno que ella apreciaba, pero su gratitud seguía templada por la cautela. Los hombres hacían cosas buenas por las mujeres cuando querían algo a cambio. Y normalmente ese algo que querían era la propia mujer.

Rápidamente cambió sus pantalones por una falda negra desteñida que usaba en sus raros viajes a la ciudad. A pesar de que

mucha gente no pensaba mucho en ella, no quería echar más leña al fuego apareciendo poco respetable. Haciendo una pausa frente a un pequeño espejo, se ajustó el sombrero, asegurándose de que el pelo estuviera recogido debajo.

—Vamos, cariño, —le dijo Helen a su hija.

Emily se levantó de un salto de la silla y se unió a su madre en la puerta. Helen salió con el cubo de huevos y mantequilla en una mano y la mano de Emily en la otra. Dylan estaba de pie frente a la mula, frotándole la nariz nudosa. Levantó la vista cuando salieron y su mirada recorrió a Emily, dándole un atisbo de conciencia. Si le sorprendió que llevara falda en lugar de sus pantalones habituales, no lo demostró.

—Su carruaje, señoras —dijo, haciendo una reverencia y sonriendo.

Las mejillas de Helen se calentaron, aunque no pudo evitar sonreír.

—Seguro que lo tira el mejor corcel del condado.

Dylan se rió entre dientes y acarició el cuello de la mula.

—Jack cree que lo es.

—¿Viene con nosotros, señor Dylan? —preguntó Emily.

Dylan se acercó a ellas junto a la carreta, que había visto mejores tiempos. Se puso en cuclillas frente a la niña.

—Alguien tiene que quedarse aquí para que Flossie y Smoke no se sientan solos.

La expresión de Emily se ensombreció.

—Quizá me quede yo también.

—Entonces, ¿quién le haría compañía a tu madre? —Echó un vistazo a Helen y luego volvió a mirar a la niña—. Además de Jack.

Los labios de Helen se crisparon de risa.

—Supongo, —dijo Emily lentamente.

—Vamos, Emily. —Dylan se puso de pie y la levantó, haciéndola girar una vez antes de depositarla en el asiento del carro.

El rostro de Emily se iluminó de placer mientras reía. Helen se deleitaba con el dulce sonido. Antes de que Nick muriera, su hija había reído poco y rara vez cuando él estaba en casa. A pesar de todo, Helen no pudo evitar preguntarse si la muerte de Nick no era tanto una tragedia como una segunda oportunidad para ella y su hija. ¿Pero una segunda oportunidad para qué?

Dylan cogió el cubo de Helen y la ayudó a subir al carro. Aunque no lo necesitaba, aceptó su ayuda con algo parecido a un placer culpable. Una vez que ella se sentó, él le pasó el cubo, que ella puso entre sus pies.

—Volveremos antes del mediodía, —dijo Helen.

Dylan se limitó a asentir.

Helen cogió las riendas y se fijó inmediatamente en el brillo del cuero.

—¿Cuándo has tenido tiempo de limpiar las guarniciones?

Él se encogió de hombros.

—Hace unos días. Me desperté antes de lo habitual, así que pensé en aprovechar el tiempo.

Helen frotó las correas entre sus dedos. No era gran cosa, pero que lo hubiera hecho sin que se lo pidiera era algo a lo que no estaba acostumbrada.

—Gracias —dijo con una voz ronca que la sorprendió.

—De nada. —Dylan dio un paso atrás.

Helen golpeó ligeramente la grupa de la mula con las riendas y el carro se puso en movimiento. Dylan levantó la mano en señal de despedida y Emily agitó la suya con todas sus fuerzas, como si se fuera a un largo viaje. Helen no miró atrás mientras salían del patio.

La ciudad estaba a solo cinco kilómetros de distancia, una distancia que Helen había recorrido a menudo de niña cuando iba a

la escuela. Muchos de los árboles más grandes del camino le resultaban familiares, como viejos amigos. Recordaba haber trepado a más de uno después de la escuela, menos impaciente por llegar a casa y hacer sus tareas. Aunque su padre bebía en aquel entonces, no era como después de la muerte de su madre.

—Mira qué pájaro más bonito, mamá. —Emily señaló un pájaro azul que revoloteaba de rama en rama mientras graznaba.

—Es un arrendajo azul. —Un destello de plumas doradas llamó la atención de Helen y señaló un arbusto lleno de pequeños pájaros cantores amarillos y negros—. Mira allí, cariño. Jilgueros.

Los ojos de Emily brillaron y aplaudió encantada.

La carretera giraba hacia el oeste y el corazón de Helen dio un vuelco. Jack pareció percibir su vacilación y aminoró la marcha. Cuando la carreta llegó junto al árbol demasiado familiar, Jack se detuvo por completo. Helen no sabía si ella lo había frenado o si la mula se había detenido por sí sola.

El roble era el más viejo y grande de la zona, con su altura imponente y sus ramas extendidas. El tronco era tan grande que Helen y Emily podían esconderse fácilmente detrás de él. Helen miró fijamente la rama más baja, que estaba a tres metros del suelo y era tan gruesa como su cintura. Imaginó aquella mañana con el rocío brillando en la hierba y el cielo coral y naranja en el horizonte oriental. Aunque se le había advertido, lo único que impidió su grito de horror fue su hija dormida.

Lo habían dejado colgando allí como un ciervo recién muerto, con los ojos abiertos y saltones como un pez fuera del agua. La evidencia de la humillante rendición de su cuerpo ante la muerte estaba ahí para que todos la presenciaran. El sheriff había ayudado a Helen a cortar la cuerda de su padre después de que hubieran rodado la carreta debajo de su cuerpo oscilante. Dio gracias a Dios de que su hija estuviera dormida cuando se encontró con su cuerpo.

—¿Por qué te detienes, mamá? —preguntó Emily con curiosidad.

Helen hizo a un lado el espantoso recuerdo.

—Pensé que Jack podría necesitar descansar, pero creo que ya está listo.

Después de incitar a la mula a moverse, Helen mantuvo la mirada fija en el frente. Una furia ardiente ardía en sus venas. Hombres demasiado cobardes para mostrar sus rostros habían ahorcado a su padre, y el sheriff le aseguró que haría un esfuerzo por descubrir sus identidades. Pero no había hecho ningún progreso para el día del funeral de su padre. Helen dudaba de que se hubiera esforzado mucho por alguien considerado un asesino.

Land Creek apareció a la vista, y ella se puso rígida y echó los hombros hacia atrás. Mientras rodaban por la calle principal, era muy consciente de la atención cautelosa y hostil que atraía. Pero eso no le molestaba tanto como las miradas compasivas. Afortunadamente, Emily no tenía edad para darse cuenta, y mucho menos para entenderlas.

Helen se detuvo frente a la tienda. Le temblaban las manos mientras pasaba las riendas por el mango del freno. Antes de bajar, se limpió las palmas húmedas con la falda. Hizo que Emily le pasara el cubo con la preciada mantequilla y los huevos y luego ayudó a su hija a bajar.

Ignorando a las pocas personas que había alrededor, entró en la tienda y se dirigió directamente al mostrador. La Sra. Coulson, cuyo marido era el dueño del comercio, asintió, pero su expresión siguió siendo distante.

—Tengo huevos y mantequilla para intercambiar, —declaró Helen sin preámbulos.

La Sra. Coulson cruzó los brazos bajo su amplio pecho.

—Hoy no tenemos mucha necesidad de ninguno de los dos.

Los dedos de Helen se apretaron en el asa del cubo y miró a Emily, que estaba observando los tarros de caramelos. Se volvió hacia la mujer y se inclinó hacia ella, sin querer molestar a su hija.

—Siempre ha hecho trueques antes.

La Sra. Coulson se encogió de hombros, con los ojos duros.

—Como he dicho, no es necesario.

La desesperación zumbaba en Helen.

—¿Y si vuelvo mañana?

La Sra. Coulson apartó la mirada.

—Dudo que los necesitemos mañana.

La ira se apoderó de Helen, reemplazando su nerviosismo.

—¿Y el día después de ese?

La Sra. Coulson no se molestó en responder, sino que se encontró con la mirada de Helen con una mirada plana e inhóspita.

Después de que se recolectara la cosecha, Helen tendría dinero, pero hasta entonces solo tenía sus huevos y mantequilla para intercambiar.

El Sr. Coulson, un hombre corpulento de ojos brillantes, salió de la trastienda. Hizo una pausa, luego miró a su esposa y después a Helen.

—Buenos días, Sra. Morrison.

—Buenos días, Sr. Coulson. —Helen mantuvo su voz lo más amable posible—. Vengo a cambiar huevos y mantequilla por productos secos.

El Sr. Coulson sonrió.

—¿Cuánto tiene?

La esposa del hombre lo fulminó con la mirada.

—Le dije que hoy no necesitábamos nada.

El dueño de la tienda siempre había parecido bondadoso, así que Helen se sorprendió al ver que sus ojos brillaban de fastidio.

—Te equivocas, —le dijo a su esposa—. Nos hemos quedado sin nada, y la mantequilla y los huevos de la señora Morrison siempre han sido de la mejor calidad.

La Sra. Coulson se dio la vuelta y se dirigió a la trastienda. Su marido ni siquiera pestañeó, sino que se volvió hacia Helen y sonrió.

—Ahora veamos lo que tienes.

El alivio hizo que las rodillas de Helen se debilitaran, pero se recompuso y colocó el cubo en el mostrador. El Sr. Coulson levantó la toalla.

—Esperaba conseguir un poco de harina, café y sal —dijo Helen en voz baja.

El Sr. Coulson asintió.

—Me parece bien.

En poco tiempo, las bolsas estaban apiladas en el mostrador. El tendero había sido más que generoso, incluso incluyó un poco de azúcar en el trato.

—¿Quieres una? —preguntó el Sr. Coulson a Emily, que estaba mirando un tarro de gominolas.

Emily asintió.

—No podemos, —dijo Helen con voz tensa.

—Tonterías, —dijo el Sr. Coulson. Levantó la tapa y sacó una generosa porción en una pequeña bolsa marrón, que le entregó a Emily—. Aquí tienes, señorita.

—¿Qué se dice, cariño? —preguntó Helen a su hija.

Con los ojos muy abiertos, Emily dijo:

—Gracias.

—Sí, muchas gracias, —le dijo Helen.

El Sr. Coulson se rió entre dientes.

—Todos los niños deberían darse un capricho de vez en cuando.

Confundida, Helen frunció el ceño.

—¿Por qué es tan amable con nosotras?

El hombre no fingió no entenderla y se puso serio.

—Usted y su hija no tuvieron nada que ver con la muerte de Matt, y no hay razón para que paguen por lo que hizo su padre.

Aunque le agradó la disposición del Sr. Coulson de seguir haciendo negocios con ella, Helen no pudo evitar sentir una chispa de indignación.

—Sé que todo el mundo cree que mi padre mató al Sr. Fleming, pero no lo hizo.

Las mejillas se le enrojecieron de vergüenza.

—Estaba borracho como una cuba en nuestro granero.

Los ojos del Sr. Coulson se llenaron de compasión.

—El alcohol cambia a una persona. Su padre ya no era el hombre que solía ser.

—Puede que sea así, pero eso no lo convierte en un asesino.

—Discutió con Matt una hora antes de que lo encontraran muerto.

Helen apretó los dientes. Sabía quién había visto supuestamente a su padre discutir con Fleming. Había sido su palabra contra la de Virgil Lamont. Incluso su nombre le hizo apretar los dientes. Lamont había llegado a conocerla como un hombre conoce a una mujer mientras ella y Emily habían viajado con él de Kansas a Texas. Había sido su decisión, pero Lamont le había dado pocas opciones. Luego la amenazó con contarle al sheriff cómo «pagaba» el viaje de vuelta a casa si no dejaba de insistir en que su padre era inocente. Temiendo por su reputación, ella dio marcha atrás. Solo que no esperaba que la ciudad tomara la justicia por su mano.

No podía permitirse enemistarse con el dueño de la tienda, así que no insistió en la inocencia de su padre.

—Gracias, señor Coulson.

Helen cogió las bolsas más pequeñas de café, sal y azúcar, mientras Coulson llevaba la harina. Las manos de Emily estaban ocupadas con la bolsa de caramelos y su muñeca.

—Gracias de nuevo —le dijo Helen mientras él regresaba a la tienda.

—Usted y su pequeña son bienvenidas en mi tienda cuando quieran —dijo él. Helen parpadeó para apartar la humedad que le picaba los ojos. Una pequeña amabilidad, pero era más de lo que esperaba.

La oficina del sheriff estaba a una manzana en el mismo lado de la calle, y Helen tomó la mano de su hija.

—Vamos a visitar al sheriff Martin.

Emily, con una de sus mejillas inflada por una gominola, asintió con entusiasmo. Helen supuso que el solo hecho de estar en la ciudad era una aventura para la niña, como lo había sido para ella cuando era niña. Cuánto tiempo había pasado.

Emily saltó por la calle principal al lado de Helen. Una vez en la oficina, Helen hizo una pausa para recuperar la compostura, abrió la puerta y entró. El sheriff, con las botas sobre el escritorio, bajó el periódico.

—Helen —dijo y se puso de pie. Se pasó una mano por el cabello cada vez más escaso—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Helen recordaba a Lyle Martin de la escuela, aunque él era tres años mayor que ella. Lo que recordaba no le inspiraba mucha fe en sus habilidades como agente de la ley.

—Hola, Lyle. ¿Encontraste a los hombres que asesinaron a mi padre? No se molestó en formular su pregunta con tacto.

Su rostro se sonrojó y bajó la mirada mientras movía los pies como un colegial sorprendido haciendo trampa en la letrina de la escuela.

—Bueno, Helen, yo no lo llamaría asesinato.

La presencia de Emily impidió que Helen se echara atrás en su primera respuesta acalorada.

—¿Cómo lo llamarías tú, sheriff? —preguntó con frialdad.

Más pies arrastrando.

—Creo que la Biblia lo llamaría ojo por ojo. —*Excepto por una cosa: papá no mató a nadie.*

La impaciencia se deslizó por el rostro de Martin.

—Todo el mundo sabe que solo estabas encubriendo a tu padre. Mucha gente habría hecho lo mismo si fuera su pariente. Pero el hecho es que se le vio discutiendo con el Sr. Fleming poco antes de que lo mataran. Así que supongo que sería una pérdida de tiempo intentar localizar a las treinta o cuarenta personas que llevaron a cabo el linchamiento.

Helen entrecerró los ojos.

—Es curioso que sepa el número de personas implicadas. Me dijo que no vio nada porque lo encerraron en una de sus propias celdas.

Las mejillas del sheriff se sonrojaron aún más.

—Vi un poco a través de la ventana de atrás. Aunque no lo suficiente como para reconocer a nadie, sobre todo porque llevaban cubiertas la cabeza.

Helen lo miró fijamente mientras la fría bola de ira crecía en su vientre.

—No piensas hacer nada con respecto al asesinato de mi padre, ¿verdad? Solo te vas a lavar las manos. —Helen se acercó un paso más al agente de la ley—. Te das cuenta de que al no hacer

nada estás condonando un asesinato en nombre de la justicia y estás dejando que el verdadero asesino se salga con la suya.

Martin apretó la mandíbula.

—Mira, Helen. Tú te marchaste durante cinco años, y en ese tiempo tu madre murió y tu padre se dio a la bebida. Él no era el hombre que era antes de que te fueras.

Era el mismo argumento que el Sr. Coulson había usado en la tienda. Se preguntó si los habitantes del pueblo habían tenido una reunión para decidir qué decirle cuando ella viniera a hacer preguntas. No se extrañaría de los políticos pueblerinos.

—Sé que mi padre no lo mató y voy a demostrarlo.

Helen sacó a Emily de la sofocante oficina. Se detuvo en la calle principal para reunir su furia y recuperar la compostura. Nadie la creía.

Miró al otro lado de la calle y su mirada se posó en el bar. Su corazón le latía con fuerza. La aprensión sustituyó a su ira. Si quería una botella de whisky, la única forma de conseguirla era entrar en el bar y comprarla. Si su padre todavía estuviera vivo, podría haber dicho que era para él.

Echó un vistazo nervioso a su alrededor y vio a un puñado de personas en la calle principal. Si entraba en un bar a plena luz del día, su nombre no valdría ni el papel en el que estaba escrito. La respetabilidad por la que había pagado a Lamont con su silencio se echaría a perder.

No, no necesitaba el licor. Sin embargo, la posibilidad de no tener ninguno en la cabaña le provocó cierto pánico.

Aún cogida de la mano de Emily, Helen la guió por la calle principal. Mantenía la cabeza gacha, sabiendo que se preguntaría por cada persona que pasaba… ¿Había participado este en el linchamiento? ¿Le había puesto ese hombre la soga alrededor del cuello?

Llegaron al final del pueblo y Helen respiró hondo antes de cruzar la calle. Vio a un niño asomándose entre dos edificios. Al acercarse al callejón, Helen aminoró la marcha. Su mirada se encontró con la del niño, que la devolvió. No asustado, sino cauteloso. No muy diferente a un animal salvaje.

—Hola —dijo Helen.

El niño, vestido con un mono demasiado corto heredado de su hermano, continuó estudiándola.

—Me llamo Helen Morrison.

—Sé quién eres. —Su actitud defensiva la sorprendió.

—Esta es mi hija Emily. —Helen mantuvo la voz tranquila y amable. La mirada del chico se desvió hacia Emily y volvió a Helen.

—La gente me llama Harry.

—Encantada de conocerte, Harry. —Miró a su hija—. Di hola, Emily.

—Hola, —dijo la niña, mirando de cerca a Harry—. ¿Quieres una gominola?

Harry intentó ocultar su alegría tras una fachada de indiferencia, pero Helen vio a través de la máscara.

—Claro, —dijo el niño.

Emily abrió la bolsa y se echó dos gominolas en la palma de la mano. Le tendió la mano a Harry, que cogió las piezas y se las metió en la boca. Emily miró en el interior de la bolsa y sacó una gominola roja que se metió en la boca.

Helen miró al niño, con una idea en mente, y trató de reprimirla, diciéndose a sí misma que era un niño, solo unos años mayor que Emily.

—¿Dónde están tus padres? —le preguntó Helen.

Él se encogió de hombros.

—Muertos.

—Lo siento. —Un recuerdo la inquietó—. Murieron en un accidente de carreta, ¿verdad?

Harry se metió las manos en los bolsillos y asintió.

Helen se había enterado justo después de regresar a Land Creek. Había oído que los Smiths habían acogido al chico y sentía lástima por el huérfano. Sin embargo, esta era la oportunidad perfecta para conseguir whisky sin ir a un bar.

—¿Te gustaría hacer algo por mí? —preguntó.

La sospecha de Harry volvió.

—¿Qué?

Helen respiró hondo.

—Entra en el bar y cómprame una botella de whisky.

Harry arrastró los pies descalzos.

—¿Qué gano yo?

—Cinco centavos.

—No parece mucho.

Sospechó que Harry podría tener algo de estafador.

—Está bien. Buscaré a otra persona.

Harry dio un paso hacia ella.

—¿Cómo lo pago?

Helen se tragó su sonrisa de satisfacción.

—Tengo un dólar. —Se metió la mano en el bolsillo, dejando de lado su culpa, y sacó una moneda de plata que sostuvo entre el pulgar y el índice—. ¿No te escaparás con ella?

Harry frunció el ceño.

—No soy un ladrón.

Helen le entregó el dólar.

—Compra el whisky y tráelo al callejón. Te daré tu moneda de cinco centavos entonces.

El chico asintió y salió corriendo.

Helen lo vio irse, disgustada consigo misma por utilizar a un niño y gastar dinero en whisky cuando ni siquiera podía comprarle un capricho a su hija.

Sin embargo, peor que la culpa era el miedo a no tener whisky para ahogar su incesante conciencia.

7

Mientras Helen conducía el carro hasta el patio, ajustó la tela sobre el cubo. Los huevos y la mantequilla habían desaparecido y el cubo le proporcionaba un medio para llevar la botella de whisky a la casa sin que se viera. No es que le importara en absoluto la opinión de Dylan, pero no quería que él pensara que era como su padre. Porque no lo era. En absoluto.

Dylan levantó la vista de donde estaba arrodillado en el porche y, aunque había demasiada sombra para que ella viera su expresión, tuvo la impresión de que se alegraba de verlas. No pudo negar su propio estremecimiento de placer.

Cuando Helen detuvo a Jack frente a la cabaña, Dylan se levantó y se secó las manos en los muslos. Caminó hasta el borde del porche, observando con cuidado dónde colocaba los pies enfundados en las botas entre las tablas rotas y podridas.

—No has tardado mucho.

Con el corazón latiendo un poco más rápido, Helen dijo:

—No hemos necesitado mucho.

Si se dio cuenta de su mentira, no dijo nada. Empezó a dar la vuelta a la carreta, pero Helen saltó antes de que pudiera ofrecerle una mano. Con un ligero titubeo, cambió de dirección y levantó los brazos hacia Emily, que fue hacia él sin dudarlo. Después de dejar a la niña en el suelo, le pasó la mano por el pelo, sonriendo con cariño.

Miró hacia la parte trasera de la carreta y pareció sorprendido por los pocos objetos que había.

—¿Van a la casa?

Helen asintió.

Intentó ignorar el juego de músculos en sus antebrazos mientras él levantaba sin esfuerzo el saco de harina sobre un hombro. Usando un brazo para equilibrarlo, envolvió con el otro la bolsa de sal.

Al darse cuenta de que tenía la intención de llevarlos adentro, Helen abrió rápidamente la puerta.

Ella lo precedió y le indicó un rincón.

—Puedes ponerlos ahí.

Dylan dejó los sacos y su mirada recorrió la cabaña de dos habitaciones. Era la primera vez que entraba, y Helen no tenía ninguna duda de que estaba evaluando todo. Al ver su hogar a través de sus ojos, se dio cuenta de sus defectos. El escaso mobiliario además de sillas desgastadas y la mesa tambaleante, y los rayos de sol que entraban a raudales por dos lonas que cubrían una ventana sin cristal. El calor le inundó las mejillas, pero no iba a disculparse por lo que era suyo.

—Gracias —dijo secamente—. Yo traeré el azúcar y el café.

—Aquí tienes una bomba —comentó Dylan, señalando la bomba manual.

Helen se encogió de hombros, ocultando su resentimiento ante más pruebas de su patética casa.

—Está rota desde que volví a casa. Mi padre nunca estuvo sobrio el tiempo suficiente para arreglarla. —Una vez su padre llegó a traer herramientas a la cabaña, pero luego desapareció en el granero para emborracharse. Helen había intentado hacerlo ella misma, pero solo había conseguido rascarse los nudillos y magullarse las palmas.

—Si quieres, puedo echarle un vistazo.

Llevar agua del pozo exterior era un trabajo que ella despreciaba e intentó no parecer demasiado impaciente.

—Si no te importa.

—Cuando termine con el porche y el tejado, veré qué puedo hacer.

Ella asintió, conteniendo su impaciencia. Nunca merecía la pena emocionarse por la promesa de un hombre.

Helen lo siguió de vuelta afuera, donde Emily jugaba a la rayuela en la tierra.

—Ve a la casa y ponte tu vestido de diario, cariño —pidió Helen.

Su hija frunció el ceño y pasó penosamente junto a ella y Dylan, con desgana en cada paso que daba.

Dylan se rió entre dientes en voz baja después de que la niña desapareciera en la casa, y Helen no pudo contener su propia sonrisa. Sus miradas se encontraron y compartieron la diversión por la dramática salida de Emily.

Al darse cuenta de que había permitido demasiada familiaridad con él, Helen se dio la vuelta y su sonrisa se desvaneció. Su corazón latía con fuerza y se reprendió a sí misma por permitir que su relación se volviera más personal. Se concentró en asuntos prácticos y recuperó el café y el azúcar de la cama del carro. Sabiendo que el cubo con el whisky permanecía en la caja, miró furtivamente a Dylan. Había vuelto a su trabajo, y ella suspiró aliviada. Se subió al eje de la rueda y levantó el cubo del suelo.

—¿Has cambiado todos tus huevos y mantequilla? —preguntó Dylan.

Helen se sobresaltó al verlo mirándola desde el otro lado de la carreta.

—Sí, por los productos secos. —Esperaba que no notara su respiración entrecortada.

Él continuó estudiándola, y ella contuvo el impulso de retorcerse bajo su mirada. Solo era su imaginación que él podía ver a través de la tela para saber lo que había en el cubo. Entró en la cabaña y, una vez dentro, dejó escapar un suspiro de alivio.

Emily bajó del desván, con un vestido deshilachado en lugar del de la ciudad, y se había quitado los zapatos. Eran el único par que le quedaba bien y solo los usaba para ir a la ciudad o cuando hacía demasiado frío para ir descalza. Se acercó a Helen y se dio la vuelta para que su madre pudiera abotonarle el vestido.

—Juega dentro mientras preparo la cena —le pidió Helen cuando hubo terminado.

La terquedad familiar brilló en los ojos de su hija.

—Quiero jugar a la rayuela.

—Puedes hacerlo más tarde, cuando esté en el jardín.

Emily dio un pisotón con el pie descalzo.

—Quiero jugar ahora.

Helen contuvo un suspiro de impaciencia.

—No podré vigilarte.

—El Sr. Dylan puede. Está fuera.

Aunque Helen no estaba tan recelosa de él como cuando llegó, la experiencia le enseñó a seguir siendo cautelosa.

—Está ocupado.

Emily sacó el labio inferior.

—Quiero salir.

Helen consideró el aparente cariño de Dylan por Emily y el hecho de que ella también podía vigilar a su hija desde la puerta.

—Le preguntaremos al Sr. Dylan. Si no está demasiado ocupado para vigilarte, puedes quedarte fuera hasta la hora de comer.

El mohín de Emily desapareció, sustituido por una brillante sonrisa. Salió corriendo por la puerta y, poniendo los ojos en blanco, Helen la siguió.

—Señor Dylan. ¿Podrías vigilarme? —le preguntó Emily.

Dylan miró a Helen a los ojos, pero le habló a su hija.

—¿Le parece bien a tu madre? —Emily movió la cabeza de arriba abajo. Helen asintió brevemente.

Dylan miró solemnemente a Emily, aunque Helen notó un brillo en sus ojos.

—Mientras te mantengas a la vista del porche.

Emily se alejó corriendo y cogió un palo para dibujar una nueva rayuela en la tierra, más cerca de la cabaña.

Helen se cruzó de brazos, observando el juego entusiasta de su hija.

—Gracias.

Dylan se encogió de hombros.

—No es ninguna molestia, Helen.

Ella le creyó, y no sabía si eso era bueno o no.

—El almuerzo estará listo pronto. Se apresuró a volver a la cabaña.

Helen escondió su whisky en el baúl junto a la botella casi vacía. Antes de que pudiera cerrar la tapa de su secreto, la vergüenza la golpeó. Vergüenza por usar a un niño para entrar en un bar en su lugar y vergüenza por gastar su precioso dinero en licor cuando Emily se quedaba sin ropa y zapatos nuevos.

Incluso cuando la enfermedad la invadía, se sentía tentada por la promesa de consuelo del whisky. Hizo a un lado la tentación. Esa

era la última botella de whisky que traería a esta casa. Después de todo, no la necesitaba.

El estómago de Dylan gruñó, pero trató de ignorarlo, al igual que ignoraba su dolor de cabeza. Mientras estaba concentrado en su trabajo, podía olvidarse de su cabeza palpitante. Sin embargo, al dividir su atención entre su tarea y vigilar a Emily, era muy consciente tanto de su hambre como de su dolor de cabeza.

Dejó a un lado la sierra y enderezó la espalda. Un chasquido y un crujido enderezaron su columna de nuevo. También fueron un aleccionador recordatorio de los duros años que había vivido. Treinta años y algunos días se sentía el doble de edad. Demasiadas noches frías durmiendo en el duro suelo, así como el duro trabajo (limpiar establos, cavar letrinas, construir puentes) que los soldados tenían que realizar cuando no estaban de patrulla. Si a eso le sumabas algunas peleas en bares, había veces en las que se despertaba moviéndose como un anciano.

—Míra, Sr. Dylan, —llamó Emily.

Dylan levantó la cabeza y vio a la chica de pie sobre un solo pie. Ella sonrió y se inclinó para recoger su piedra, manteniendo el equilibrio con solo un ligero tambaleo o dos. Emily levantó la piedra y terminó su salto, brinco y aterrizaje sobre un solo pie.

Dylan aplaudió su actuación y Emily se rió.

Sintió más que oyó a Helen acercarse a la puerta abierta. Giró la cabeza para verla allí de pie, una vez más con pantalones, con su bandeja de almuerzo en las manos. A pesar de que él había estado en la cabaña, ella seguía sin confiar en él para comer con ellos. Se encogió de hombros ante su decepción.

—Ven a comer, Emily —dijo ella.

Sin su renuencia anterior, la niña se precipitó al interior, obligando a Helen a levantar más la bandeja y apartarse para no ser derribada.

—Alguien tiene hambre —dijo Dylan. El estómago de Helen gruñó—. Ella no es la única —añadió Dylan con un guiño.

Su rostro se sonrojó.

—Probablemente tengas más hambre que nosotras dos juntas. Has estado trabajando toda la mañana.

Dylan no se molestó en negarlo. Helen dejó la bandeja en una parte intacta del porche. Él se puso de pie y, cuando Helen se dio la vuelta, se tropezó con él. Dylan la sujetó con las manos por la esbelta cintura que quedaba camuflada por la ropa masculina. Ella se quedó inmóvil y se encontró con su mirada.

Incapaz de apartar la mirada de ella, Dylan permaneció inmóvil. Las motas doradas de sus ojos verdes se oscurecieron. El calor que irradiaba su piel calentó sus palmas a través de su camisa demasiado grande. La pasión latía entre ellos, densa y ardiente.

Él miró fijamente sus labios carnosos y rojos. Sería tan fácil abalanzarse y eliminar esos últimos centímetros que los separaban. Su aliento llegaba en suaves y rápidas bocanadas entre esos labios entreabiertos, y calculó que podía sentir el calor húmedo cosquilleando en su cuello. Su cuerpo respondía sin conciencia, recordándole los largos meses de abstinencia.

Emily gritó desde la cabaña:

—Mamá.

Helen se sobresaltó y dio un paso atrás. Las manos de Dylan se apartaron de su cintura y cayeron a los costados, despojadas de sus curvas femeninas.

—Tengo que... —Huyó al interior de la cabaña.

Repentinamente solo, Dylan luchó por dominar su caprichoso cuerpo. Respiró hondo y soltó el aire en una exhalación larga y temblorosa. Helen era la viuda de un hombre cuya muerte él sentía como responsabilidad suya, y ella se merecía algo mejor de él, aunque no supiera por qué estaba allí.

Decidido, se concentró en comer. Después de regar la cena con agua fresca del pozo, Dylan se sumergió en su trabajo. Era muchísimo más fácil que pensar en Helen.



Más tarde esa noche, en el silencio vacío, Dylan se tumbó en su cama improvisada en el granero. El calor del día se prolongó hasta la noche y se había quitado la camisa, las botas y los calcetines. Vestido solo con sus calzones, todavía sentía el calor como una manta pesada arrojada sobre él. Se entretuvo adivinando dónde rodaría la siguiente gota de sudor de su cuerpo. Sin embargo, no fue suficiente para ocupar su mente.

Los pensamientos de Helen que había evitado antes regresaron con gran venganza. En su soledad, revivió la sensación de sus suaves curvas bajo sus palmas y el suave murmullo de su aliento en su cuello. En su mente, Emily no los interrumpía, y besó la dulce boca de Helen, imaginando su sabor y pasión. Desabrochó su camisa informe y la apartó, revelando la piel marfil. Deslizando la lengua por el valle entre sus pechos, probó su limpia salinidad. Giró la cara y su mejilla descansó contra la cálida y suave pendiente de su pecho.

La erección de Dylan se tensó contra sus pantalones y su mano bajó hasta su bragueta. Hacía mucho tiempo que no sentía la abrumadora necesidad de liberarse, y desabrochó el botón superior. Cuando empezó con el siguiente, sus movimientos se detuvieron. La ira y la vergüenza corrían por su sangre.

Se concentró en los recuerdos contundentes del marido muerto de Helen, en los ojos ciegos mientras Nick yacía en el suelo, con el cuello doblado en un ángulo imposible. El hombre que había estado casado con Helen. El hombre que había sido padre de la pequeña Emily. El hombre que estaría vivo hoy si no fuera por Dylan.

Se incorporó y salió al exterior. Algunas noches, las paredes del granero se le echaban encima y le recordaban la prisión, y tenía que salir a respirar aire fresco y asegurarse de que ya no era un prisionero. Sin embargo, en noches como esas, no eran las paredes las que lo aprisionaban, sino su propia vergüenza.

Inquieto, cruzó el patio, sin prestar atención a sus pies descalzos. Al ver una luz tenue en la ventana lateral, se acercó y miró dentro.

Su corazón dio un vuelco y luego retumbó en sus oídos.

Helen estaba tumbada en la cama, con el vestido subido hasta los muslos y una mano medio oculta debajo. Con la otra mano jugaba con sus pechos, y sus pezones se perfilaban visiblemente bajo la fina tela. Tenía la cabeza echada hacia atrás y su largo cabello rojo se extendía en abanico sobre la almohada. Con los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos, parecía perdida en la dicha de su propio tacto.

Dylan nunca había visto a una mujer darse placer a sí misma y era una vista hermosa. También era muy sexy. Toda la sangre de su cuerpo corrió a su ingle, haciéndole sentir mareado de lujuria.

El suave llanto de Helen y su rostro y cuello enrojecidos le indicaron que había encontrado su liberación.

Tropezó hacia atrás, alejándose de la ventana. Su erección presionaba dolorosamente contra sus pantalones. Un toque y sabía que estaría perdido.

Con torpeza, regresó al granero y se desabrochó los pantalones.

Ni siquiera la vergüenza pudo detenerlo esta vez.



Mientras Helen trabajaba en el jardín a la mañana siguiente, se secó el sudor de la frente. Había refrescado un poco durante la noche y ya hacía calor y estaba cargado de humedad. El aire pesado incluso hacía que los insectos parecieran revolotear más lentamente mientras zumbaban en enjambres, aterrizando de vez en cuando en el rostro o los brazos húmedos de Helen.

Hizo una pausa para descansar de arrancar las malas hierbas rebeldes. Su mirada se dirigió automáticamente hacia Emily, que era lo suficientemente inteligente como para jugar con Aggie bajo las ramas sombreadas del manzano. Se sintió reconfortada por la voz débil y cantarina de su hija.

Se volvió y buscó a Dylan, que seguía trabajando en el porche. Se preguntó si él estaba tan abatido como ella por el calor sofocante. Trabajando en la relativa sombra, se había quitado el sombrero, pero, pensó con un sentimiento de culpabilidad y decepción, su camisa seguía en su sitio.

Como un rayo, el recuerdo de ayer del fuego en sus ojos y la forma en que su mirada se posaba en sus labios la golpeó. Sabía demasiado bien lo que significaba esa mirada. El ardor bajo en su vientre había estado a punto de convertirse en una conflagración. Esa brasa, si se hubiera encendido, la habría quemado tan seguramente como si hubiera metido la mano en una llama caliente.

A pesar del whisky que había bebido la noche anterior antes de acostarse, no había podido resistir el deseo traicionero de su cuerpo. Se había imaginado que era Dylan quien yacía con ella, y fue su nombre el que casi gritó cuando alcanzó el clímax. Incluso ahora, bajo el sol implacable, sentía la resonancia de los toques ilusorios de Dylan.

Dylan salió del porche y se dirigió al pozo, y Helen se dio cuenta de repente de que tenía la garganta reseca. A pesar de todas las advertencias que se hizo a sí misma, se levantó y se unió a él.

Dylan terminó de beber del cucharón y lo sumergió en el cubo, y luego se lo ofreció a Helen. Ella lo aceptó en silencio, sus ojos se encontraron con los de él por encima del borde del cucharón mientras bebía del mismo lugar que sus labios habían tocado.

Dylan apartó rápidamente la mirada, como avergonzado.

—Hace calor en el jardín.

Dejó caer el cucharón de nuevo en el cubo y este golpeó el agua con un chapoteo sordo.

—Eso parece.

—Quizá deberías esperar hasta esta tarde. Hará más fresco.

—Tengo otras tareas que hacer entonces. —Levantó la mirada hacia el cielo azul intacto—. De todos modos, no parece que vaya a refrescar mucho.

Él asintió con la cabeza.

Incómoda en su silencio, Helen siguió hablando.

—Incluso huele a calor. Casi se podría exprimir agua del aire espeso. Lo único que lo romperá es una tormenta.

—He visto lo mismo en Kansas y en Dakota.

La curiosidad la agitó, y formuló su pregunta.

—¿Has viajado mucho?

Él desvió la mirada.

—Un poco.

Ella frunció el ceño, sabiendo que él estaba ocultando algo. Le molestaba, la ponía de los nervios, pero ¿con qué derecho iba a conocer todos sus secretos? No era como si ella fuera a confiarle los suyos. Una cosa que había aprendido era que todo el mundo tenía

secretos, se diera cuenta o no. Y algunos de ellos eran secretos sucios, como heridas infectadas que no tenían cabida a la vista.

—Emily parece estar disfrutando —dijo Dylan.

—Le gusta salir. Ojalá tuviera un compañero de juegos. Se siente sola aquí.

Aunque su atención estaba puesta en Emily, sintió el poder de su mirada sobre ella.

—Tú también.

El impacto de sus palabras, junto con su tono ronco, la atravesó, dejando tras de sí un trino de excitación. Enfadada tanto por su inferencia como por la reacción de su cuerpo, lo fulminó con la mirada.

—No tengo tiempo para estar sola. E incluso si lo tuviera, nada me obliga a ceder a la compañía de alguien. —Dijo la última palabra con frio desdén.

Él sonrió con irónica diversión.

—Nunca dije nada sobre compañía. Solo que sin otra mujer con quien hablar, probablemente te sientas sola. Sé que a la mayoría de las mujeres les gusta visitar a otras mujeres.

Las mejillas de Helen ardían de disgusto. Había estado leyendo su propia frustración en sus inocentes palabras.

—A veces sí echo de menos eso —murmuró.

Manteniendo su mirada mortificada desviada, se dirigió de nuevo a su jardín. Trabajar en la tierra bajo un sol abrasador era infinitamente preferible a batirse en duelo con la respuesta de su cuerpo a Dylan.

Dividiendo su atención entre él y vigilar a Emily, Helen continuó recogiendo las verduras maduras del jardín. Aunque no creía que su hija se metiera en problemas en el jardín, no confiaba en que se quedara dentro de los límites. Ya había habido ocasiones en las que Emily había desaparecido y Helen la había buscado frenéticamente.

Cada vez que encontraba a su hija, o Emily la encontraba a ella. Sin embargo, Helen no podía confiar en la suerte indefinidamente. Esa era una de las razones por las que deseaba tener mujeres viviendo más cerca: las madres tendían a cuidar de los hijos de las otras.

Después de comer, Helen hizo que Emily se tumbara a dormir la siesta. La niña se quejó y discutió, pero en un par de minutos estaba profundamente dormida en la cama, que estaba más fresca que su cama habitual en el desván.

Helen sacó dos cubos al exterior para coger agua del pozo. Las nubes gris ceniza que se acercaban llamaron su atención. Aunque esperaba que la lluvia rompiera el calor, un malestar la invadió.

—¿Hay sitio en el sótano para ti y Emily? —preguntó Dylan detrás de ella.

Se dio la vuelta, sobresaltada.

—Lo siento —dijo Dylan—. No quería asustarla. ¿Necesita agua?

Ella asintió y él le quitó los cubos y bajó uno al pozo.

Helen se sacudió mentalmente.

—Sí. También hay sitio para ti.

Dylan esbozó una sonrisa mientras subía el cubo.

—Puede que lo necesitemos. ¿Y los animales? ¿También hay sitio para ellos?

Su primera reacción fue de irritación, pero luego se dio cuenta de que solo estaba bromeando.

Hacía mucho tiempo que no se burlaban de ella con buen humor.

Dylan bajó el segundo cubo al pozo.

—Es mejor que se queden en el prado —respondió—. Si el granero se derrumbara con ellos dentro, no tendrían ninguna oportunidad.

Una brisa sofocante susurró en su rostro, pero Helen sintió un escalofrío recorrer su espalda. Casi en contra de su voluntad, su atención se volvió a dirigir hacia el noroeste.

Dylan levantó el segundo cubo lleno del gancho y llevó ambos al porche. Helen se liberó del letargo que el clima le había provocado y lo siguió, negándose a dejar que su mirada se posara por debajo de su cintura.

—No te alejes mucho de la casa esta tarde —dijo él.

—No lo haré. —Ella le quitó los cubos y volvió a entrar en la casa.

Dentro, llenó una gran olla con agua y la puso en la estufa para cocinar algunas de las verduras para la cena. A pesar de la tormenta que se avecinaba, Helen tenía que ocuparse de los productos que había recogido esa mañana y el día anterior. Si posponía la tarea por más tiempo, perdería algunos de sus preciados alimentos.

Helen fue a ver a su hija, que seguía durmiendo inquieta en el calor sofocante. Luego, aunque reacia a comenzar la tarea que requería tanto tiempo, se remangó la camisa.

Las puertas delantera y trasera estaban abiertas mientras clasificaba las verduras, pero el aire exterior que se movía por la pequeña cabaña no hacía nada para enfriarla. El cabello de Helen se rizaba y se le pegaba a la cara sudorosa. Algún tiempo después, llevó las hortalizas de raíz al sótano, que olía a patatas podridas a pesar de que las había limpiado el mes anterior. Dejó los sacos en el lugar relativamente fresco.

Cuando regresó a la cabaña, vio la escalera apoyada contra el costado de la casa. Echó la cabeza hacia atrás para ver a Dylan reparando el techo, de espaldas a ella. No sabía cómo podía soportar el calor allí arriba. Aunque, como las nubes ahora ocultaban el sol, no tenía los rayos directos sobre él.

Se movía con economía de movimientos, con los hombros ondulantes bajo la camisa manchada de sudor. Murmuró un

juramento colorido y ella reprimió una sonrisa. Luego se dio la vuelta y la vio. Su rostro, ya enrojecido por el calor, se enrojeció aún más.

—Disculpa, Helen, no sabía que estabas ahí, —dijo.

Ella agitó una mano apaciguadora.

—Créeme, he oído cosas peores. ¿Estás seguro de que deberías estar ahí arriba?

Él sonrió torcidamente.

—No te preocupes, hoy no me he levantado mareado

Ella esperaba que él no estuviera simplemente tratando de apaciguarla. No quería que se tirara de nuevo desde el tejado porque tenía demasiado orgullo. Pero también sabía que cualquier cosa que dijera podría ser malinterpretada o ignorada por completo. Así eran los hombres.

Un rayo en forma de horquilla atravesó las nubes y ella contó mentalmente los segundos hasta que el trueno vibró a su alrededor. Aún no era lo suficientemente fuerte como para despertar a Emily.

—Está a unos veinticinco o treinta kilómetros —dijo.

—Pero parece que se acerca rápido. —Rápidamente recogió sus herramientas—. Cuidado, Helen. Voy a tirar algunas cosas.

Se metió bajo el alero del porche. Una vez que las herramientas estuvieron en el suelo, los pies y las piernas de Dylan quedaron a la vista en la escalera. Helen sabía que no era apropiado, pero no podía apartar la mirada de las largas y musculosas piernas mientras bajaba por los peldaños. Cuando sus muslos quedaron a la vista, se detuvo en su ingle, notando con un pulso acelerado el ligero bulto detrás de su bragueta. Su boca se secó mientras la pasión la invadía, como una repentina ráfaga de viento que atrapa una hoja en su corriente.

Se contuvo un momento antes de que él descendiera por completo. Su rostro ardía, pero no estaba segura de si era por vergüenza o deseo carnal, lo que lo hacía aún más difícil de soportar.

El viento arreció, sintiendo como dedos calientes le recorrían el rostro.

—¿Puedes ayudarme a llevar estas cosas al granero? —preguntó Dylan.

Incapaz de confiar en su voz, asintió y recogió lo que pudo en sus brazos. Dylan levantó la escalera. Depositaron las cosas en el granero y volvieron al patio. Aunque aún no había llovido, el olor de una tormenta se impregnaba en el aire.

Más rayos cruzaron el cielo oscuro y hubo menos segundos antes de que retumbaran los truenos. Dylan tenía razón: la tormenta avanzaba rápidamente.

—Será mejor que entre. A Emily le asustan los truenos —dijo Helen.

Dylan le dio un suave empujón en el hombro.

—Vete. Yo me encargo del resto.

Ella asintió y corrió hacia la cabaña, cruzando hacia el dormitorio para ver cómo estaba Emily. La habitación estaba vacía. El corazón de Helen se le metió en la garganta y se arrodilló para mirar debajo de la cama, pero solo encontró bolas de polvo. Subió la escalera del desván, con las palmas de las manos húmedas y la respiración entrecortada. Emily tampoco estaba allí arriba.

Helen la habría visto salir por la puerta principal, lo que significaba que había salido por la trasera. Salió corriendo por la puerta trasera y gritó:

—Emily. Emily, cariño, ¿dónde estás?

No hubo respuesta.

—¡Emily!

8

Las nubes se volvieron más amenazadoras, más negras que grises, con un extraño tinte amarillo verdoso mientras Dylan llevaba la última carga de herramientas al granero. Un ceño fruncido de preocupación se dibujó en sus labios. Por lo general, nubes como estas anunciaban algo más que lluvia, truenos y relámpagos.

Cuando salió al pasto para ver cómo estaban los animales, oyó el grito frenético de Helen llamando a Emily. Se le heló la sangre y se escabulló entre los postes del corral. Corrió hacia la parte trasera de la cabaña y se detuvo de golpe ante el rostro lleno de miedo de Helen.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Emily? —preguntó.

Ella lo miró como si fuera un extraño. Él la agarró de los brazos y la obligó a concentrarse en él.

—¿Le ha pasado algo a Emily?

—N-n-o s-sé —tartamudeó, con los ojos muy abiertos—. Cuando fui a ver cómo estaba, s-s-se h-había ido.

Dylan hizo a un lado su propio miedo y mantuvo la expresión firme.

—¿Cuándo la viste por última vez?

Helen pareció tomar fuerzas de él y se enderezó, echando los hombros hacia atrás.

—Justo antes de llevar las verduras a la despensa. Estaba durmiendo. Cuando volví, se había ido.

—¿Buscaste en la cabaña?

Ella asintió, sus labios adelgazándose mientras volvía la impaciencia característica.

—Por supuesto. No está allí.

La mente de Dylan se aceleró.

—Solo te fuiste unos cinco minutos. No pudo haber ido muy lejos. ¿Tiene algún lugar favorito para esconderse?

Pudo ver los pensamientos de Helen dando vueltas, volviendo al problema en lugar de ceder a su miedo.

—Hay algunos. —Un trueno retumbó y la compostura recuperada de Helen flaqueó. Se aferró a los antebrazos de Dylan, hundiéndole las uñas en la piel—. Tenemos que encontrarla.

—La encontraremos —la tranquilizó con más confianza de la que él tenía—. Podemos separarnos y buscar en sus escondites. ¿Dónde están?

Ella sacudió la cabeza.

—Será más rápido si vamos juntos. Vamos.

Helen tomó la delantera justo cuando la primera gota de lluvia lo golpeó. Dylan tuvo dificultades para seguir su ritmo. Tal vez fueron los pantalones que llevaba o tal vez el terror de su hija perdida, pero nunca había visto a una mujer moverse tan rápido.

Se detuvieron cerca de un arroyo a unos cien metros de la cabaña. Dylan examinó el área, buscando alguna señal de que la niña pudiera haber estado allí. Se encontró con la mirada expectante de Helen y sacudió la cabeza. Ella apretó los labios y continuó hasta el siguiente lugar, un pequeño claro con rocas que se convertían en sillas en la imaginación de un niño.

—Este es su lugar favorito —dijo Helen entre jadeos.

Las gotas de lluvia sacudían las hojas sobre ellos y caían sordamente al suelo.

Dylan se movió en un pequeño círculo, mirando a su alrededor.

—No está aquí. ¿Dónde más? —preguntó, manteniendo la voz tranquila y firme.

Lei no sabía si la humedad de sus mejillas era de lágrimas o de lluvia.

—Solo se me ocurre otro sitio.

—Vamos.

Cuando llegaron junto a un pequeño estanque, él y Helen estaban empapados. No había rastro de la niña.

Un destello de movimiento llamó la atención de Dylan.

—¡Emily!

Se sumergió en la maleza tras ella con Helen pisándole los talones. Aunque el suelo estaba resbaladizo por el barro, Dylan alcanzó a la figura delgada. En cuanto estuvo lo suficientemente cerca para verla con claridad, supo que no era la hija de Helen. Agarró la parte trasera del mono del niño.

—Harry —dijo Dylan, intentando esquivar los brazos del niño que se agitaban—. Tranquilo. Nadie va a hacerte daño.

El niño se calmó, pero Dylan siguió sujetándolo. Harry lo miró con furia, desafiante con el mentón levantado.

—No he hecho nada malo.

—¿Qué haces aquí? —¿Acaso el niño no sabía que se avecinaba una tormenta? Pero ya hablaría con él más tarde sobre este tema—. Estamos buscando a la hija de la señora Morrison. ¿La has visto?

La mirada de Harry se dirigió a Helen, que estaba detrás de Dylan.

—No la he visto, pero puedo ayudar a buscarla.

—Deberías irte a casa, —le dijo Helen al chico.

—No. No me echarán de menos. Sé de algunos escondites a los que podría ir.

Dylan se volvió hacia Helen, preguntándole en silencio si debían permitirle ayudar. Pero ella apartó la mirada sin dar ninguna indicación de sus pensamientos. Desconcertado, Dylan volvió a prestar atención a Harry.

—Está bien. Tú vas delante.

El chico arrancó y Dylan y Helen lo siguieron. Durante los siguientes cinco minutos revisaron otros dos lugares, pero no había señales de Emily. La lluvia caía ahora con fuerza y el aire que se enfriaba rápidamente hizo temblar a Dylan, que había estado sudando hacía menos de media hora. Se preguntó cómo le iría a Harry con los pies descalzos, y luego recordó que Emily también estaría descalza y vestida solo con un vestido raído.

Harry se detuvo y Dylan se detuvo. Helen rozó el brazo de Dylan mientras se ponía de pie a su lado.

—¿Dónde podría estar? —preguntó Helen, desesperada. Se había olvidado el sombrero y el pelo se le había soltado de la goma y se le había pegado en la cara.

Harry frunció el ceño y se le arrugó la frente.

—Hay otro lugar...

Antes de que Dylan pudiera preguntar, Harry se alejó trotando y Dylan no tuvo más remedio que seguirlo. Solo habían avanzado unos treinta metros cuando Harry se desvió del camino. Dylan entrecerró los ojos a través de la lluvia y la grisura para ver un saliente en la ladera rocosa que parecía ser el destino del chico. Las suelas de sus botas resbalaron sobre la resbaladiza grava mientras corría tras Harry.

Unos momentos después, se detuvo ante la visión que le recibió. Emily, empapada y desdichada, estaba encorvada y Harry estaba de pie junto a ella, acariciando torpemente sus hombros temblorosos.

—Emily —llamó Helen y empujó a Dylan para pasar.

Harry, al parecer aliviado de que Helen se hiciera cargo del consuelo, se desplazó para ponerse al lado de Dylan. Helen abrazó a su hija. Dylan sintió la necesidad de unirse a ellas, de rodearlas con sus brazos por su propio alivio. En su lugar, puso un brazo alrededor de los delgados hombros de Harry. El niño se estremeció y Dylan lo acercó a su costado, con la esperanza de compartir algo de su calor.

La percusión del trueno hizo vibrar a Dylan. Bolas de hielo comenzaron a mezclarse con la lluvia, golpeando el sombrero y los hombros de Dylan como guijarros arrojados contra él.

Maldiciendo en silencio, Dylan empujó a Harry bajo el escaso saliente con Helen y Emily.

—Agachaos y cubríos la cabeza, —gritó por encima del creciente estruendo de la tormenta.

Helen acercó a Emily y se inclinó sobre ella, protegiendo a su hija de los granizos cada vez más grandes. Dylan se unió a ellas, poniendo un brazo alrededor de Harry y el otro alrededor de Helen y Emily, y las apretó contra la pared rocosa debajo de la estrecha cornisa. Las cubrió con la parte superior de su cuerpo, protegiéndolas mientras Helen protegía a su hija.

El viento aullaba y lanzaba granizo contra ellos. Era como ser golpeado por una ráfaga de sal de roca. Dylan apretó su abrazo protector alrededor de la mujer y las dos niñas, con la esperanza de evitarles lo peor de los golpes punzantes. El refugio natural ayudó a proteger su cabeza, pero su espalda y hombros no tuvieron tanta suerte. No tenía ninguna duda de que tendría moretones y dolor.

La intensidad de la tormenta se prolongó durante lo que parecieron horas. Emily sollozaba entre hipos mientras Harry trataba de ocultar su miedo, pero Dylan sentía la ansiedad del chico en sus respiraciones temblorosas y entrecortadas. Helen permanecía firme, pero no podía reprimir los jadeos ocasionales.

Con su cuerpo apretado contra el de ella, Dylan no podía evitar sentir las suaves curvas ocultas bajo su ropa masculina. A pesar del aire frío y la lluvia, el calor estallaba dondequiera que sus cuerpos se tocaban. Su memoria le proporcionaba la visión de ella tumbada en su cama, con el camisón arrugado mientras se daba placer. Nunca había visto nada tan hermoso como Helen cuando encontraba su liberación. Conteniendo un gemido, se apartó para dejar algo de espacio entre ellos, y esperó con todas sus fuerzas que ella no hubiera notado su dura carne contra su trasero.

Las piedras resbalaban por la pendiente que los rodeaba. Un relámpago, seguido inmediatamente por un estruendo de trueno, provocó un grito agudo de Emily que casi ensordeció a Dylan. Unos momentos después, olió madera quemada mezclada con un olor acre. Un leve chisporroteo le indicó que un rayo había caído cerca de un árbol, pero Dylan dudaba de que hubiera peligro de incendio con las cortinas de lluvia que caían.

Finalmente, el granizo disminuyó y la lluvia se convirtió en un chispeo. Los truenos se hicieron más débiles a medida que la tormenta se dirigía a su próximo objetivo.

Apretando los dientes, Dylan obligó a sus músculos agarrotados a obedecerle. Se enderezó y se sentó sobre los talones. No había un centímetro cuadrado de su espalda y hombros que no le doliera.

—¡Madre mía, qué tormenta! —exclamó Harry, con los ojos brillantes de emoción.

—Sí, madre mía, —repitió Dylan con ironía. Se volvió hacia Helen y Emily—. ¿Estáis bien?

Helen se inclinó sobre su hija, apartando el cabello húmedo y fibroso de Emily de su rostro lloroso.

—Cariño, ¿estás herida?

Con los ojos muy abiertos y un terror persistente, Emily tuvo un hipo. Helen enmarcó el rostro de la niña entre sus palmas,

obligando a Emily a mirarla a los ojos.

—¿Te duele algo, Emily? —preguntó Helen.

La expresión de la niña recuperó la conciencia.

—Los pies —dijo con voz débil.

Dylan examinó sus pies y encontró algunos cortes en las plantas. Se sorprendió por su frialdad helada y los frotó con cuidado para devolverles el calor.

Emily gimió y Helen la abrazó, meciéndola en sus brazos.

—No es nada grave —dijo Dylan—. Pero necesita ir a un lugar cálido.

Helen asintió y presionó sus labios contra la coronilla de Emily.

—Volvamos a la cabaña y pongámonos ropa seca. —Dijo Dylan y extendió las manos hacia Emily—. Yo puedo llevarla.

Helen negó con la cabeza.

—Yo la llevaré. —Mantuvo los brazos alrededor de su hija.

Dylan agarró el brazo de Helen y la ayudó a ponerse de pie. Las delgadas piernas de Emily se enroscaron alrededor de la cintura de Helen mientras sus brazos rodeaban el cuello de su madre. Sin decir palabra, Helen se alejó a grandes zancadas. Dylan frunció el ceño mirando su espalda. A veces la mujer era demasiado terca.

—Será mejor que vuelva a la ciudad —dijo Harry.

La desconsolada voz del niño desvió la atención de Dylan de la espalda rígida y el orgullo exasperante de Helen.

—La granja está más cerca.

Harry tenía el pelo pegado a la cara y al cuello. Se metió las manos en los bolsillos.

—No. Estaré bien. —Un estornudo y un estremecimiento desmentían sus palabras.

Dylan rodeó con un brazo los hombros del chico y lo condujo tras Helen y Emily. Harry intentó apartarse, pero Dylan simplemente lo alzó en brazos. El chico no se resistió y Dylan tuvo la impresión de que no estaba ansioso por volver con su familia de acogida.

Helen se puso a su altura y Dylan aminoró el paso para seguirla, intentando ignorar el sutil balanceo de sus caderas. Escuchó el sordo sonido de sus pasos sobre la tierra húmeda, el lejano estruendo de un trueno y los murmullos de Helen mientras tranquilizaba a su hija. El suelo estaba cubierto de granizo derretido, lo que le daba un aspecto extraño, como de invierno. En algunos lugares se elevaba vapor, causado por la unión del hielo y el suelo caliente.

Helen se detuvo. Una gran rama se interponía en su camino, la madera negra aún humeaba por donde un rayo la había arrancado de una morera.

Dylan tomó la delantera y eligió un camino alrededor de la rama caída. Harry permaneció en silencio, pero su cuerpo tenso le dijo a Dylan que no estaba tan afectado por la tormenta y sus secuelas como había imaginado. A veces, la bravuconería era lo único que un huérfano podía hacer suyo.

Finalmente, llegaron de vuelta a la granja de Helen. No quedaban granizos en el patio, pero el agua se acumulaba en charcos. Las hojas, arrancadas de sus ramas, yacían en el suelo y estaban pegadas a las paredes del granero y la cabaña. Dos secciones del corral se habían hundido, pero no se habían caído.

—Gracias a Dios, la cabaña sigue en pie —dijo Helen.

Harry se retorció y Dylan lo puso de pie, pero mantuvo una mano firme sobre su hombro para que no pudiera escapar.

—Parece que ni siquiera tendré que reparar el techo otra vez —dijo Dylan, manteniendo un tono ligero.

Ella lo miró y pareció notar a Harry por primera vez.

—¿No se fue a casa?

La irritación le picó a Dylan.

—No se lo permití, ya que tu casa estaba más cerca.

—Está empapado y no tengo ropa que le quede bien.

—Solo necesita una manta para abrigarse mientras se secan sus cosas.

—Ya será tarde para entonces.

El temperamento de Dylan estalló y rechinó los dientes, conteniendo apenas su enfado. Ni siquiera había dado las gracias al chico por su ayuda.

—Será mejor que lleves a Emily adentro.

Se dio la vuelta y se dirigió al granero con Harry a cuestas.

—Dylan —llamó Helen.

No se dio la vuelta, sino que siguió adelante y llevó a Harry al establo, donde su saco de dormir yacía sobre un montón de paja fresca. Dylan se agachó frente al niño.

—Quítate la ropa mojada y envuélvete en la manta. Colgaré tu ropa fuera, en el corral. El sol la secará en un santiamén.

—Quiero volver al pueblo.

Dylan lo señaló.

—En cuanto se seque el mono, te llevaré de vuelta. Hablaré con los Smiths y les contaré lo que pasó.

Se puso de pie y se dio la vuelta, pero Harry lo agarró del brazo. La expresión del chico era de ansiedad, pero trató de ocultarla.

—No hace falta que me acompañes. Puedo cuidarme solo —dijo Harry.

—No he dicho que no puedas, pero supuse que estarían preocupados por ti.

—No. No les importo.

La fanfarronería del chico no le engañó. Dylan se encogió de hombros.

—No he dicho que les importaras. Solo pensé que les gustaría saber cómo salvaste la vida de Emily.

El chico parpadeó sorprendido y luego encogió los hombros.

—Quizá no sea tan malo, siempre y cuando no se te vaya la lengua.

Dylan reprimió una sonrisa.

—Intentaré no hacerlo. Ahora quítate esa ropa mojada antes de que cojas algo.

Harry frunció el ceño, pero se puso manos a la obra para quitarse el mono. Mientras el chico hacía eso, Dylan se cambió la camisa y los pantalones empapados por un conjunto seco. Cuando Dylan se abrochó el último botón de la camisa, un bulto empapado le golpeó la nuca. Se dio la vuelta y se lanzó en broma hacia el chico, pero incluso envuelto en la manta, Harry era rápido. Riéndose, el chico se metió en otro cubículo.

Dylan, con el cuerpo dolorido por una partida de pilla-pilla, se rindió sin luchar. Recogió la ropa empapada de Harry y la suya y las llevó afuera. Después de colgarlas de los postes del corral, miró hacia la cabaña. La falta de hospitalidad de Helen con Harry seguía desconcertándolo y enfadándolo. El niño había ayudado a encontrar a Emily, pero Helen no parecía poder esperar a que Harry se fuera. Ni gracias, ni comida caliente, ni ropa seca antes de enviarlo a una caminata descalzo de tres millas de regreso al pueblo. ¿Había juzgado Dylan tan mal a Helen?

No pensaría en alejar a Harry como a un molesto mosquito. Dylan sabía muy bien lo que se sentía al ser tratado como un inconveniente en lugar de una persona viva y que respira.



Helen vistió a Emily con un vestido seco y le puso dos pares de medias para calentarle los pies fríos. La niña se retorcía y cerró los ojos. Helen apenas tuvo tiempo de acomodarla en la cama cuando Emily se quedó dormida.

Helen se apoyó en el marco de la puerta y estudió el pálido rostro de su hija. El terror y el miedo se apoderaron de ella, recordándole lo cerca que había estado de perder a la única persona en el mundo a la que amaba. Se repitió una y otra vez que Emily estaba viva y bien. La tormenta no se la había llevado.

Gracias a Harry.

Las mejillas de Helen ardían con vergüenza renovada. ¿Y si Harry le había dicho a Dylan que le había comprado whisky? ¿Podría pensar que era igual que su padre?

Pero no lo soy. Si lo fuera, necesitaría un trago ahora mismo. Pero no lo necesito. Así que no soy como él.

Más tranquila, Helen se acercó a la cama y besó la frente de Emily.

La chica dormida no se movió.

Helen recogió su ropa mojada y la llevó afuera. Vio a Dylan junto al corral y su mirada se encontró con la suya. No había una sonrisa de bienvenida en sus labios, y ella sabía la razón. Sin Harry, no habrían encontrado a Emily antes de que llegara lo peor de la tormenta, y Helen ni siquiera le había dado las gracias al chico. Su conciencia culpable la había puesto a la defensiva.

Él se volvió hacia el granero.

—Dylan —gritó ella—. Espera.

Parte de su angustia debió de filtrarse en su voz, porque él se detuvo y se dio la vuelta. Ella dejó la ropa mojada en la barandilla del porche y cruzó el patio a toda prisa. Tropezó y se detuvo frente a él. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y solo mostraba frialdad en el rostro.

—¿Cómo está Harry? —preguntó ella.

—Bien.

Su respuesta concisa fue como una bofetada en la cara. Humillada, desvió la mirada hacia el corral donde colgaban sus ropas empapadas.

—¿No hace mucho calor en el granero?

—No lo hace.

Obviamente, no iba a ponérselo fácil, pero ¿podía culparle? Se había comportado como una bruja insensible.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por no darle las gracias a Harry. Por no invitarlo a la cabaña.

Dylan entrecerró los ojos, pero permaneció en silencio.

La irritación se apoderó de Helen.

—Estaba preocupada por Emily y no fui muy amable con Harry.

—No es a mí a quien debes pedir disculpas.

Ella bajó la mirada, reprendida por sus palabras tan prosaicas.

—¿Está en el granero?

Dylan asintió.

Helen respiró hondo. Entró en el granero, parpadeando en la relativa penumbra.

—¿Dylan? —llamó Harry.

Helen carraspeó y miró hacia atrás para asegurarse de que Dylan permanecía de pie en el patio.

—No, soy la señora Morrison.

Oyó un susurro en uno de los establos y se dirigió hacia él. Sus ojos se acostumbraron a la escasa luz y vio a Harry de pie en un rincón. A su alrededor estaban las pertenencias de Dylan: silla de montar, alforjas, navaja, taza de estaño y un periódico. Poco para mostrar la vida de un hombre.

Desvió su atención de las cosas de Dylan y se centró en el chico que conocía su secreto. Tal vez si ella actuaba como si no hubiera pasado, él también lo haría.

—Quiero darte las gracias por encontrar a Emily.

Con una manta envuelta a su alrededor, era difícil ver su encogimiento de hombros.

—No fue nada.

—Para mí sí lo fue. No sé qué habría sido de ella si no la hubiera encontrado. ¿Cómo supiste dónde buscar?

Harry se encogió de hombros.

—¿Nos estabas espiando?

Aunque su rostro estaba envuelto en sombras, ella vislumbró algo de culpa.

—No me gusta el colegio, así que voy a diferentes sitios.

Helen lo estudió, viéndolo como un niño en lugar de un símbolo de su cobardía. Era unos quince centímetros más alto que Emily y demasiado delgado para su altura. De hecho, recordó cómo su mono terminaba por encima de sus tobillos. Si hubiera sido su hijo, se habría asegurado de que tuviera ropa que le quedara bien, aunque fuera de segunda mano.

Oyó el crujido de la puerta y Dylan entró en el granero. Ella lo ignoró y le habló a Harry.

—Aquí hace fresco. ¿Por qué no entras en la casa a esperar a que se sequen tus ropas? —Ante su expresión cautelosa, añadió—: ¿Te apetecería un poco de pan y miel?

Él abrió mucho los ojos, pero negó con la cabeza.

—Esperaré aquí.

—Vete con la señora Morrison —dijo Dylan—. Será mejor que esperar en este granero con corrientes de aire.

La mirada de Harry saltaba de Helen a Dylan y viceversa.

—Está bien —dijo con evidente reticencia—. ¿Vas a entrar también, Dylan?

—Tengo cosas que hacer —dijo Dylan—. Pero vete ahora. Te llevaré a casa más tarde.

Helen abrió la puerta del cubículo y esperó. Harry respiró hondo y salió arrastrando los pies, agarrado a su manta.

Al pasar junto a Dylan, percibió la cálida aprobación en sus ojos. Se dijo a sí misma que no importaba, pero su corazón se negaba a escuchar.

9

Helen guió a Harry hasta el interior de la cabaña, con la mano presionando suave pero firmemente contra su hombro. Sentía resistencia en sus rígidos músculos y pies que arrastraba, pero no podía culparlo. Su conciencia culpable le recordaba que era su comportamiento anterior lo que lo había hecho reacio.

Acercó una silla a la estufa.

—Siéntate aquí, Harry. —Sonrió de una manera que esperaba que fuera amistosa.

Con cautela, como una ardilla asomando la cabeza por un agujero, Harry se posó en el borde de la silla.

Helen mantuvo la mirada desviada, sospechando que él se sentiría aún más incómodo si le prestaba toda su atención. Añadió leña a las brasas aún calientes, y no pasó mucho tiempo antes de que el calor emanara de la estufa. Aunque la tormenta y la búsqueda de Emily habían durado poco más de una hora, parecía que había empezado a conservar las verduras ayer. A pesar de su agotamiento, tenía que terminar la tarea.

—¿Vas a encurtir esas zanahorias? —preguntó Harry, sobresaltándola.

—¿Te gustan las zanahorias en vinagre?

Apartó la mirada.

—Mi madre solía hacerlas.

—La echas de menos, ¿verdad? —En cuanto la pregunta salió de sus labios, deseó poder retirarla. Por supuesto que el chico echaba de menos a su madre, y preguntarle al respecto solo reavivaría el dolor.

Él se encogió de hombros.

—Un poco, supongo. Pero no importa. Ella se ha ido y no hay llanto ni lamentaciones que la traigan de vuelta.

Helen se tragó el nudo que tenía en la garganta. Tenía la sensación de que esas palabras no eran de Harry, sino algo que había oído de los Smiths. Por mucho que odiara la borrachera de su padre, él había sido su padre y lo echaba de menos. La ira se apoderó de ella ante la crueldad de los Smith. Un niño debería poder llorar la muerte de sus padres.

—¿Dónde está Emily? —preguntó.

—Está durmiendo. Si quieres tumbarte también, puedes subir al desván.

—No. —Se puso de pie—. Mi ropa ya debería estar seca.

Helen lo empujó de nuevo a la silla.

—Lo dudo. Además, no te he agradecido como es debido que encontraras a Emily. —Se le atragantó la voz—. Ella es toda la familia que tengo y si la hubiera perdido... —Su voz temblaba y se aclaró la garganta—. Gracias, Harry.

Las mejillas de Harry se enrojecieron y su mirada se posó en su regazo.

—No ha sido nada, señora. —Luego levantó la cabeza y la estudió con ojos demasiado viejos para sus siete años—. Me enteré de lo de su padre. Solía verlo en la ciudad.

—Se ha ido. —Tenía la impresión de que quería decir algo más, pero ella no quería hablar de él—. Cenarás aquí. Es lo menos que puedo hacer por lo que has hecho por nosotros.

—No se moleste por mí. —La expresión de Harry no concordaba con sus palabras.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

La mirada del niño se desvió.

—Esta mañana, supongo.

No era de extrañar que fuera todo piel y huesos en crecimiento. A pesar de sí misma, a Helen le gustaba el niño y sintió una punzada más profunda de desconcierto por cómo lo había utilizado para comprar su whisky. No era más que un niño solitario sin nadie que realmente se preocupara por él. Excepto tal vez Dylan, que probablemente se veía mucho a sí mismo en el huérfano.

Después de asegurarse de que Harry no parecía que fuera a salir corriendo, Helen cortó dos rebanadas gruesas de pan y las untó con miel. Levantó una trampilla en el suelo y sacó la jarra de leche del espacio fresco que había debajo. Gracias a Flossie, la leche era una de las pocas cosas de las que tenía en abundancia. Vertió leche en un vaso y lo puso junto con la merienda sobre la mesa.

—Acerca la silla, Harry. Esto debería saciarte hasta la cena.

Tras un momento de vacilación, el niño acercó la silla a la mesa y bebió un largo trago. Cogió una rebanada de pan y le dio un bocado enorme. La expresión de éxtasis en su rostro por algo tan simple como la miel en el pan le dio a Helen una punzada de compasión. Aunque ella y Emily no tenían mucho, al menos tenían suficiente para comer.

Harry se bebió el resto de la leche después de que desapareciera el último trozo de pan. Pasándose el antebrazo por la boca, miró a Helen.

—Gracias, señora.

—De nada. —Sospechaba que sus modales procedían de su madre, que se los había inculcado desde muy pequeño.

Helen salió y cogió más agua del pozo. Mientras subía un cubo, miró a su alrededor subrepticiamente en busca de Dylan, pero no lo vio. Negándose a reconocer su extraña decepción, llevó el agua a la cabaña. Harry permanecía sentado junto a la mesa, pero había apoyado la cabeza y tenía los ojos cerrados. El ajetreado día seguido de algo de comida finalmente lo había agotado.

Helen se movió en silencio mientras preparaba tres cazuelas para las verduras. Escaldó las verduras en agua hirviendo, las escurrió y las colocó en sus respectivas cazuelas. Con trozos de tela, cubrió las cazuelas de un galón. Añadió vinagre a las zanahorias, y el fuerte olor que se elevó a su alrededor le provocó una flecha de melancolía. Su madre solía encurtir muchas de sus verduras. En aquel entonces, Helen había despreciado la comida agria, pero ahora le traía gratos recuerdos. Era curioso cómo podía echar de menos un tiempo en lugar de un lugar.

Terminada la abrumadora tarea, Helen se sorprendió al ver que Harry seguía durmiendo. Miró al otro lado de la habitación, hacia el dormitorio, y vio que Emily no se había movido. Cansada como un perro, Helen deseó poder sentarse y quedarse dormida. Pero tenía que poner la cocina en orden y luego tenía que preparar la cena.

Un golpecito en la puerta le dio un respiro y se apresuró a ir antes de que Harry o Emily se despertaran. Abrió la puerta con cautela y encontró a Dylan al otro lado, con dos conejos despellejados en la mano. Se llevó un dedo a los labios.

—Pensé que un poco de carne fresca podría estar buena —dijo en voz baja.

Ella le quitó los conejos de la mano extendida.

—Gracias.

—¿Está Harry aquí?

Ella asintió hacia la mesa y Dylan se inclinó en la puerta para ver al niño durmiendo. Sonrió, pero aunque había cariño en su mirada, también había ira.

—Los que cuidan de él no deberían dejarlo correr por el campo, — dijo.

Tenía razón, pero Helen reconoció la inutilidad de la situación.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, adoptarlo tú mismo?

Él parpadeó, como si se lo estuviera planteando, y luego negó con la cabeza.

—¿Qué haría yo con un niño?

—Quererlo. —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. Incómoda, bajó la mirada hacia sus botas—. Tienes razón. Es una idea tonta. ¿Quién ha oído hablar de un hombre sin hogar ni esposa que cría a un niño?

Un silencio incómodo los rodeó. Helen deseó poder retractarse de sus palabras.

—¿Necesitas algo del jardín? —La fría expresión de Dylan puso distancia entre ellos como si se hubiera ido.

Hizo un inventario de lo que tenía en la casa, que no era mucho ahora que había conservado las verduras.

—¿Qué tal patatas y guisantes? Suficientes para cuatro. —Ante su ceja levantada, añadió—: Harry va a cenar con nosotros.

Inmediatamente, sus ojos se entusiasmaron y una suave sonrisa curvó sus labios.

—¿Quieres que las deje en el porche?

Ella empezó a asentir, pero se detuvo. Recordando cómo él los había protegido a ella, a Emily y a Harry sin pensarlo dos veces durante la tormenta, dejó de estar tan alerta.

—Puedes traerlas adentro.

—Sí, señora. —Los tacones de las botas de Dylan golpearon con fuerza el porche cuando se fue.

Helen cortó la carne y la colocó en una sartén pesada. Justo cuando estaba a punto de salir para ver por qué Dylan tardaba

tanto, él subió los escalones del porche y entró tentativamente en la cabaña.

—Aquí están, —dijo, sosteniendo un cubo y una palangana.

Había pelado las patatas y descascarado los guisantes. Todo lo que le quedaba a Helen era cocinarlos en la estufa.

—Gracias —dijo ella.

—De nada

Harry se unió a ellos, con la manta envuelta a su alrededor como un capullo. Se frotó los ojos y bostezó.

—Será mejor que vuelva.

—Ya te he dicho que primero cenarás con nosotros, —dijo Helen, sin dejar lugar a discusión.

Harry miró a Dylan.

—Ya has oído a la señora Morrison —dijo Dylan, inclinando la cabeza hacia ella—. Creo que tu ropa está seca.

Harry pasó rozando a Helen.

—La cena estará lista en unos cuarenta y cinco minutos —les gritó Helen.

Dylan le entregó a Helen las patatas y los guisantes.

—Avísanos cuando esté lista. —Helen sonrió y vio cómo Dylan conducía al niño envuelto en una manta hasta el granero.

La llamada de Emily desde el dormitorio interrumpió su desconcierto, pero la imagen de la mano de Dylan descansando sobre el hombro de Harry permaneció en su mente.

—Sostenla ahí —dijo Dylan.

Harry sostuvo el poste del corral contra el pilar. Dylan sacó un clavo del bolsillo de su camisa y lo clavó en la madera. Cuando terminó, el niño soltó el palo y Dylan tiró de él, pero estaba bien sujeto.

Después de que Harry se pusiera su ropa ahora seca, Dylan le pidió ayuda para arreglar el corral dañado por la tormenta. Dylan podría haberlo hecho él mismo en menos tiempo, pero quería darle algo que hacer al niño para que no se escapara.

Harry apretó barro entre los dedos de los pies y les sonrió.

—Menuda tormenta.

Dylan puso mala cara.

—Te vas a lavar los pies antes de entrar en casa de la señora Morrison. El chico abrió la boca para protestar, pero Dylan levantó el dedo índice—. No te pases de listo.

Dylan, con Harry caminando penosamente a su lado, regresó al granero. Poco después de que Dylan empezara a trabajar para Helen, había enderezado y limpiado la habitación del granero donde se guardaban las herramientas. Pasaba las tardes fregándolas con un cepillo de acero para quitarles el óxido. Algunas estaban arruinadas, y él amontonó esas en un rincón. Tal vez el padre de Helen no era un asesino, pero sin duda era un hijo de puta vago.

Mientras Dylan guardaba las herramientas, Harry caminaba tocando y recogiendo todo.

—Vuelve a poner las cosas donde las encontraste, —dijo Dylan sin volverse.

—Nunca había visto a una mujer con pantalones, —soltó Harry.

Sorprendido por el inesperado comentario, Dylan miró por encima del hombro al chico, que estaba frotando el mango de una guadaña.

—La señora Morrison hace muchas tareas que la mayoría de las mujeres no hacen.

—¿Por qué?

—Porque no tiene un hombre que la ayude.

Harry frunció el ceño.

—Te tiene a ti.

Dylan se movió incómodo.

—Solo estoy de paso. Antes de que yo llegara, ella no tenía a nadie más que a su padre.

—Todo el mundo dice que él mató al Sr. Fleming.

—Eso es lo que dice todo el mundo.

—¿Usted lo cree?

—No puedo decir ni una cosa ni la otra, ya que no estaba por aquí. No conocía a Dul —el padre de la Sra. Morrison— ni a este tipo Fleming.

Harry asintió, su mente obviamente acelerada como un perro tras una liebre.

—No me caía muy bien, pero el Sr. Fleming solía darme cinco centavos. Una vez incluso me dio cincuenta centavos.

Dylan sacó los clavos extra del bolsillo de su camisa y los puso en una lata.

—Cuando tenía tu edad, si me daban cinco centavos, los gastaba en caramelos. ¿Es eso lo que haces tú?

La culpa se reflejó en el rostro de Harry.

—No.

Dylan miró al chico con perplejidad.

—¿Y qué hiciste con el dinero?

—Nada. —Harry levantó la barbilla en señal de desafío.

Así que el chico tiene un secreto o dos. Pero, claro, Dylan también tenía sus secretos a esa edad. Todavía los tiene, solo que los secretos de adulto son más dolorosos.

—Vamos a limpiarte los pies, —dijo Dylan.

Harry arrugó la nariz.

—Ya me he bañado hoy.

—Empaparse con la lluvia no es lo mismo que bañarse.

Una sonrisa contagiosa iluminó el rostro de Harry.

—Sí. Pero es más divertido mojarse con la lluvia.

Dylan se rió, incapaz de rebatir ese comentario. En el pozo, sacó un cubo de agua e hizo que Harry se sentara en los escalones del porche. Vertió el agua fría sobre los pies embarrados del niño, lo que le provocó un grito.

—¿Intentas ponerme enfermo? —preguntó Harry, mirándolo con furia.

Dylan contuvo una risita.

—Intento limpiarte. —Le lanzó un trozo de jabón—. Frótate con esto, y yo traeré otro cubo de agua.

Cuando Dylan regresó, Emily estaba de pie detrás de Harry, observando fascinada cómo el chico se lavaba los pies.

—Hola, señorita Emily —dijo Dylan.

La niña sonrió y agachó la cabeza, sin mostrar ningún signo de su aventura anterior.

—Harry está sucio.

El chico la miró con furia, pero Emily era inmune a su ceño fruncido.

—Por eso se está lavando. —Dylan examinó los pies del chico y vio que estaban mucho mejor con el jabón—. Ahora voy a enjuagarlos.

Harry apretó los dientes, preparado para un destino peor que la muerte. El agua se llevó el jabón y la suciedad, dejando los pies limpios y rosados.

Helen salió a unirse a ellos y le pasó una toalla a Dylan.

—Pensé que podrías necesitarla.

Dylan, embelesado por el rubor de sus mejillas y la diversión que bailaba en sus ojos, no tomó la toalla de inmediato.

Harry le quitó la toalla a Helen.

—Puedo limpiarme mis malditos pies yo mismo.

Dylan bajó la mirada, avergonzado por su reacción hacia ella.

—No digas palabrotas delante de mujeres, Harry.

—Eso no es decir palabrotas —dijo Harry—. Casi.

—La cena está lista —dijo Helen—. Sé que es un poco temprano, pero así Harry podrá llegar a casa antes de que anochezca.

—Yo lo llevaré a casa —anunció Dylan.

Helen asintió como si lo hubiera supuesto. Tomó la mano de su hija y entró en la cabaña.

Por encima de las protestas de Harry, Dylan le observó los pies. Cuando se aseguró que estuvieran limpios y secos, permitió que el niño siguiera a Helen y Emily dentro. Dylan entró el último. A pesar de la invitación de Helen a cenar, no estaba del todo seguro de que ella quisiera que comiera dentro con el resto. Sin embargo, había puesto cuatro cubiertos en la mesa y le indicó dónde debían sentarse él y Harry.

Colgó su sombrero junto al de Helen y se sentó con cuidado. Harry parecía tan incómodo como Dylan. Hacía mucho tiempo que Dylan no se sentaba a comer con nadie, sin contar el comedor del ejército.

Dylan se obligó a relajarse. Esperó a que Helen diera las gracias, pero ella se puso a servir comida en el plato de Emily y a pasar los cuencos a Harry. Dylan ayudó al niño y luego se sirvió puré de patatas con salsa, guisantes con nata, pan con mantequilla y conejo frito.

Se habló poco, excepto para pedir más comida. Cuanto más comía Harry, más se calmaba la ansiedad del niño. Cuando finalmente apartó el plato, apoyó las manos en el vientre y eructó.

Emily se rió.

Dylan captó la mirada divertida de Helen y, aunque él también quería reírse, no lo hizo.

—¿Qué se dice, Harry?

—Todo estaba muy bueno, Sra. Morrison. Gracias —dijo el niño.

—Eso no era...

—Con eso bastará. Además, mi madre solía decir que hay más espacio fuera que dentro —dijo Helen, sonriendo—. Me alegro de que te haya gustado, Harry.

Dylan se rindió.

—Estaba bueno, Helen. Gracias.

Su rostro se sonrojó y Dylan quiso estirar la mano sobre la mesa para acariciar esas mejillas suaves y sonrosadas y recorrer su labio inferior con el pulgar. Apartó la mirada. No importaba que fuera imposible y poco prudente, Dylan no podía ignorar su atracción por ella.

—Siento no tener tarta ni pastel, —dijo Helen.

—No sé dónde lo pondría si lo tuvieras, —dijo Dylan. Se volvió hacia Harry—. Te llevaré de vuelta a casa de los Smith.

Aunque Harry no parecía muy emocionado por volver a su casa de acogida, empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

Helen se levantó para abrazar a Harry, que mantuvo los brazos a los lados y clavó sus grandes ojos en Dylan, como si le estuviera suplicando que lo rescatara. Dylan agachó la cabeza para ocultar su diversión.

—Gracias por tu ayuda, Harry. Nunca olvidaré lo que has hecho —dijo Helen.

—Sí, señora. —Su voz quedó amortiguada por el hombro de Helen.

Ella lo soltó y Harry retrocedió.

—Puedes venir a visitarnos cuando quieras —indicó ella.

Harry rodeó la mesa y empezó a retroceder.

—Sí, señora. —Salió corriendo por la puerta.

Dylan se rió entre dientes y se puso de pie.

—Supongo que será mejor que salga antes de que corra de vuelta a la ciudad.

—No quería asustarlo.

—No lo hiciste. Es que no está acostumbrado a que lo abracen.

Ella cruzó los brazos, con expresión preocupada.

—Es una pena. Un niño debería conocer el afecto.

Los recuerdos de la propia infancia de Dylan se derramaron en su mente. Su esposa Mary le había enseñado a abrazar y que estaba bien querer tocar a otra persona. O tal vez ella simplemente había desbloqueado el oscuro lugar en su corazón donde los recuerdos amorosos de su madre y su padre estaban protegidos contra el estéril orfanato. Y ahora Mary y su tierna sonrisa y su naturaleza amable también se habían ido.

Sacudió los dolorosos pensamientos a un lado.

—Volveré pronto.

Helen asintió y recogió los platos sucios. Dylan se puso el sombrero al salir y se lo ajustó en la cabeza. Se sintió aliviado al ver que Harry no había huido, sino que estaba junto al corral.

Dylan silbó estridentemente y su yegua vino corriendo a pesar de la hierba verde y tentadora del pasto. Una vez ensillado Smoke, Dylan montó y lo llevó junto al corral donde Harry esperaba en el poste superior. El niño se subió a la grupa de la yegua, detrás de Dylan.

—Vámonos —dijo Dylan.

Harry rodeó su cintura con los brazos y Dylan hizo que Smoke se pusiera en marcha. La dejó correr un rato y luego redujo la velocidad a paso ligero durante el último medio kilómetro. A medida que se acercaban a la casa de los Smith, Harry se quedó en silencio y sus delgados brazos se apretaron alrededor de Dylan. No había visto ninguna señal de que golpearan al niño, pero había otras formas de hacer daño a los niños. Dylan conocía la mayoría de ellas.

El atardecer se estaba convirtiendo en noche cuando llegaron a casa de los Gerson. Dylan se aferró al antebrazo de Harry, bajando al niño al suelo. Se quedó cerca de Smoke mientras Dylan desmontaba.

Dos niños rubios y regordetes salieron corriendo por la puerta mientras Dylan guiaba a Harry hacia ella. Los gemelos, un poco mayores que Harry, se detuvieron y se quedaron mirando.

—Estás en problemas, chico perro —se burló uno de ellos.

—Sí. Mamá no está contenta —aseguró el otro.

Harry se puso rígido bajo la palma de Dylan, pero permaneció en silencio y bajó la mirada. Dylan se mordió el interior de la mejilla, sabiendo que solo lo pondría más difícil para el niño si lo defendía.

Antes de que Dylan pudiera llamar a la puerta, una mujer corpulenta con la cara roja y cubierta de sudor la abrió.

—Ya era hora de que volvieras, Harry. ¿Qué pensaría tu madre si supiera que has estado fuera hasta que ha oscurecido? Entra.

Harry miró a Dylan con una mirada de disculpa y luego desapareció en la casa.

La señora Smith se secó la frente con un pañuelo sucio y flácido.

—¿En qué lío se ha metido Harry esta vez?

Dylan se quitó el sombrero y lo sostuvo entre las manos, que temblaban de resentimiento por el tono insensible de la mujer.

—Harry ayudó a encontrar a una niña que se escapó justo antes de que llegara la tormenta.

La mujer parpadeó con sus ojos estrechos.

—¿Quién es usted?

—Dylan Tanner, señora. —Dylan se mantuvo cortés por el bien de Harry—. Trabajo para la señora Morrison. Harry salvó a su hija.

—Morrison. No conozco a ninguna Morrison por aquí.

—Es la hija del viejo Foreman. —El hombre que hablaba salió de la casa y se acercó por detrás de la señora Smith. Era tan delgado como su mujer era redonda, y tenía una cara aún más adusta—. ¿Sabe que está trabajando en la granja de una asesina?

—La señora Morrison no mató a nadie, —dijo Dylan, con un tono suave que contrastaba con su furia.

—Bueno, no, pero ella tampoco es una santa.

Su esposa dijo:

—Calla, Hubert. Eso fue hace cinco años.

—Ya oíste lo que dijeron de ella y...

Ella le dio un codazo en las costillas.

—He dicho que te calles.

Hubert se frotó el pecho y miró a su esposa, pero no dijo nada más.

Los pueblos pequeños solían estar llenos de chismes, y como Helen era hija de un supuesto asesino, Dylan estaba seguro de que tenía más de lo que le correspondía de rumores circulando sobre ella. No le importaba escuchar ninguno de ellos.

—Como decía, Harry encontró a la hija de cuatro años de la señora Morrison antes de la tormenta. Supongo que le salvó la vida.

—Ese bueno para nada... —empezó Hubert.

De nuevo, su codo lo detuvo.

—Fue un día triste cuando la madre y el padre de Harry murieron. Es bueno saber que su hijo podría no ser tan tonto como temíamos.

—No es lento —dijo Dylan con brusquedad—. Es un niño pequeño que echa de menos a sus padres.

Smith refunfuñó.

—El chico ya debería haber superado eso.

Dylan no se atrevió a hablar durante un largo rato, temeroso de lo que pudiera decir. En su lugar, se puso el sombrero.

—Solo quería que supiera dónde estaba y qué hacía. Y la señora Morrison le dio de cenar.

—Eso está bien porque ya hemos cenado. Si llega tarde a una comida aquí, se queda sin cenar-

Dylan contó hasta cinco, pero su temperamento seguía al límite.

—Me parece que ninguno de los suyos se queda sin cenar, y no me diga que siempre llegan a tiempo a las comidas.

Smith dio un paso amenazador hacia delante.

—Cómo criamos a los nuestros no es asunto suyo-

—Quizá no, pero me parece que no deberían quedarse con Harry si no van a criarlo *como a* uno de los suyos. —Bajó los escalones.

Los Smith se quedaron en el porche, mirándolo con furia mientras montaba a Smoke. Cuando se alejó, miró hacia atrás y vio el pálido rostro de Harry asomándose por una ventana.

Dylan espoleó a Smoke al galope, pero no pudo dejar de ver la mirada de abandono en los ojos del niño.

10

A pesar de su larga siesta antes de la cena, Emily estaba dormida en la cama grande de nuevo cuando Helen guardó los últimos platos. Helen no quería perturbar su descanso haciéndola subir al desván, así que le quitó el vestido a la somnolienta y le puso el camisón. Emily volvió a caer en un sueño profundo en cuestión de segundos.

Helen apartó el fino cabello de su hija y besó su inmaculada frente.

—Buenas noches, cariño —susurró. Se levantó y colocó el vestido de Emily sobre el estribo para que estuviera allí por la mañana.

Aunque solo eran las ocho, Helen bostezó y se frotó los ojos llorosos. Ella también estaba cansada. El persistente temor por la desaparición de Emily y por la tormenta la había agotado. Miró con nostalgia la cama, pero el repentino recuerdo de Dylan protegiéndolas del granizo y la conciencia de sus delgados músculos presionándola contra ella produjeron otro tipo de anhelo. Su cuerpo zumbaba con una inquietud familiar. Su camisola rozaba sus pechos como la caricia de un amante y el casi dolor entre sus piernas latía al compás de su corazón.

Helen se alejó del dormitorio y se dejó caer en una mecedora. Pensó que había dejado atrás su naturaleza perversa, junto con aquella chica tonta que había exigido que un apuesto soldado le quitara la virginidad. Él había eliminado su virginidad en una noche, pero perder su inocencia había llevado más tiempo: dos años para

darse cuenta de que aquel soldado apuesto no era más que un joven lascivo que disfrutaba con cualquier mujer dispuesta. Quería gritarle y negarle sus derechos maritales, pero no podía evitar que su cuerpo deseara lo que él le daba. No podía luchar contra las oleadas de placer, la cresta de la pasión, cuando él la tomaba. Sin embargo, después, la vergüenza la invadía. ¿No era mejor que las putas que encontraban placer con cualquier hombre?

Fue solo después de que Nick golpeara a Emily que ella lo rechazó. Nunca volvió a golpear a su hija y rara vez se acostaba con su esposa.

Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El vendedor ambulante era una prueba más de su carácter inmoral. Había amenazado con abandonarlos en medio de la nada para llevarse a Helen a su cama. Odiaba estar tumbada allí debajo de él y odiaba la forma en que su cuerpo la traicionaba bajo sus toques cómplices. Pero se odiaba a sí misma más por dejarse llevar por la pasión y gritar cuando el éxtasis la invadía.

En el momento en que Virgil Lamont los dejó en la granja, Helen juró negar esa depravación dentro de ella. Tenía todo lo que necesitaba con la granja y Emily. Y si había algunas noches en las que su cuerpo ardía, había aprendido a apagar el fuego ella misma.

La boca de Helen estaba reseca, y se levantó para tomar un poco de agua de la jarra. Mientras bebía, contempló la noche que se oscurecía. Debería volver pronto. Como si sus pensamientos lo conjuraran, él y su yegua gris se materializaron en la oscuridad. Acercó su caballo al granero y desmontó.

Helen dejó la taza vacía y estaba a medio camino del patio cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Se detuvo, notando el aire fresco de la tarde en sus cálidas mejillas y el bajo cacareo de las gallinas. Su mirada inquieta se posó en Dylan y siguió hacia él.

—¿Tuviste algún problema con los Smiths? —preguntó.

No parecía sorprendido de verla.

—No exactamente.

Su respuesta no disipó su preocupación.

—¿Le hicieron daño?

—No. —Dylan desabrochó la cincha de la silla de montar—. No creo que le hayan pegado nunca. —Levantó la silla y la manta del lomo de Smoke y las llevó al granero.

Helen lo siguió al interior, donde una lámpara de queroseno ofrecía un círculo de luz. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, sin saber muy bien por qué estaba ahí fuera de noche, sin la barrera de Emily entre ellos.

—No entiendo por qué se lo llevaron si no lo querían —dijo Dylan.

—Por obligación.

La luz de la linterna proyectaba sombras amenazantes en su rostro mientras la miraba.

—Eso no es suficiente.

—A veces eso es todo lo que hay. —Ella ladeó la cabeza, estudiando la frustración que coloreaba su expresión—. Él se parece a ti, ¿verdad?

Por un momento, quiso consolarlo como consolaba a Emily cuando estaba triste. En cambio, se metió las manos más profundamente en los bolsillos.

Dylan se enderezó, agarró un cepillo de curry y salió del establo a grandes zancadas. Con el ceño fruncido, Helen se apresuró a alcanzarlo. Se apoyó en el corral y lo observó mientras cepillaba a su yegua.

—Quizá si te casas, podrías llevarte a Harry tú mismo, —comentó.

Dylan se detuvo en su tarea para mirarla, con los ojos ardiendo con algo parecido a la pasión. El cuerpo de Helen respondió a su mirada ardiente y se balanceó hacia él.

De repente, él sonrió.

—¿Me estás pidiendo mi mano, Helen?

La vergüenza le abrasó el rostro.

—Por supuesto que no. Solo estaba pensando en voz alta.

—Eso está bien, porque no tengo intención de volver a casarme.

Sorprendida, preguntó:

—¿Estuviste casado?

—Ella murió —respondió él, con un tono monótono que indicaba claramente que no quería hablar de su esposa.

Aunque sentía curiosidad, respetó su privacidad.

Dylan acariciaba a su yegua con movimientos largos y lentos, mientras su mano libre seguía el camino del cepillo para alisar el pelaje ahumado de su caballo. Helen estudió sus manos, los movimientos suaves y los toques ligeros y seguros. ¿Sería tan delicado con una mujer?

¿Cómo habría sido estar casada con un hombre como Dylan en lugar de con alguien como Nick? Lo imaginó acostado con su esposa. Sospechaba que había sido tierno, luego más insistente, pero nunca exigente, nunca hiriente. No tomaría, ni siquiera de su esposa obligada por el deber, sino que pediría con voz ronca y apasionada.

—¿Está dormida Emily? —preguntó Dylan.

Ella carraspeó.

—Sí. La tormenta la asustó mucho.

—A mí también me asustó. Sobre todo estando al aire libre así.

—Nunca te di las gracias por lo que hiciste. —Ella se movió incómoda, al no estar acostumbrada a estar agradecida a alguien—. Nos protegiste cuando empezó el granizo. Si esas piedras hubieran sido más grandes, podrías haber resultado gravemente herido.

—Os habrían hecho mucho más daño a ti y a los niños que a mí.

El corazón de Helen se le encogió en la garganta y apartó la mirada. Sin pedir nada a cambio, Dylan había arriesgado su vida por la de ellos.

Se acercó a ella y se detuvo a pocos centímetros. La preocupación se le dibujó en el entrecejo.

—¿Estás bien?

Quería apartar la mirada para que él no viera su necesidad, pero sus ojos se negaron a obedecer.

—Estoy bien —susurró.

El reconocimiento de su deseo se reflejó en sus ojos y en el repentino resoplido de sus fosas nasales. Pero también había negación, un rechazo de la pasión reflejada que ella sabía que él sentía. Tocó su pecho, sintiendo el calor de su piel y los latidos de su corazón a través de la camisa.

La humillación ardía en su interior y retiró la mano.

—Debería volver a entrar —dijo con voz ronca.

Antes de que pudiera ver el asco en sus ojos, cruzó el patio a zancadas, con la vista borrosa. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella. Luchando sola para criar a una hija y ganarse la vida en una granja, no tenía motivos para pensar en anhelos tan egoístas.

Su mirada se desvió hacia el dormitorio, hacia el baúl al pie de la cama. Como si fuera por voluntad propia, sus pies la llevaron hasta él y ella levantó la tapa. El whisky la atrajo, le prometió un respiro del caótico torbellino de vergüenza, deseo y culpa. Sin dudarlo, sacó la botella de vidrio marrón del baúl.

Mientras Helen sacaba el tapón, su conciencia le hizo dudar. Pero entonces el penetrante aroma del alcohol la golpeó.

Solo tomaré un par de sorbos, lo justo para ayudarme a dormir.



Dylan recogió sus herramientas a la mañana siguiente, decidido a terminar su trabajo en el porche y el tejado. Afortunadamente, había completado lo suficiente como para que durante la tormenta no se hubiera filtrado agua a través del tejado hacia la cabaña. Mientras salía del granero con los brazos llenos, se sorprendió al ver a Flossie, con las ubres pesadas, donde la había atado al corral. Una mirada a la tranquila cabaña le dijo que Helen aún no se había levantado.

Frunciendo el ceño, llevó sus cosas al porche y las dejó en silencio. Había planeado empezar a trabajar temprano, ya que Helen solía estar levantada a esta hora, pero tal vez después del susto de ayer, tanto ella como Emily necesitaban un descanso extra.

Se sentó en el escalón para esperar, y la inquietud se apoderó de él. Su conversación con Helen la noche anterior lo había dejado inquieto y tenso, en más de un sentido. No era ajeno a esa mirada que había tenido en sus ojos, y si no hubiera sido la viuda de Nick, habría aceptado su oferta. Demonios, un hombre solo tiene un cierto autocontrol y, intencionadamente o no, Helen lo estaba llevando al límite de ese control.

No había tenido la intención de hacerle daño, pero mejor que se enfadara ahora que avergonzada y enfadada después. Era una dama que había pasado por momentos difíciles, y él no iba a aprovecharse de ella. Hace un año podría haber pensado de otra manera, pero había tenido mucho tiempo para pensar mientras estaba en la cárcel. Y había pensado mucho y muy bien.

La puerta se abrió chirriando detrás de él y se volvió, esperando ver a Helen. En su lugar, Emily asomó la cabeza.

Dylan la saludó con una sonrisa.

—Buenos días, sol.

La chica sonrió y salió de puntillas para sentarse junto a Dylan. Aún con el camisón puesto, se apoyó en su costado.

—¿Tu mamá sigue dormida? —preguntó Dylan.

Emily asintió con vehemencia.

—Está durmiendo en la mecedora. —Se rió—. Con la ropa puesta.

Dylan ocultó a la niña su creciente inquietud.

—Quizá se despertó antes y se vistió.

—No.

Aunque Dylan se preguntó cómo podía estar segura, no se lo preguntó. Los niños a menudo sentían y sabían más de lo que los adultos les daban crédito.

Flossie berreó tristemente desde el corral.

—¿Por qué no te vistes y me ayudas a ordeñar a Flossie? —sugirió Dylan a la niña.

—Vale. —Emily se puso de pie de un salto y volvió a entrar en la cabaña.

Cuando volvió a reunirse con él, se puso de espaldas a él.

—Los botones —pidió.

Sonriendo ante la prepotencia tan parecida a la de su madre, Dylan hizo lo que ella le ordenó. Sus grandes dedos jugueteaban con los diminutos botones, pero finalmente consiguió abrocharlos.

—Todo listo —dijo.

Emily se dio la vuelta para mirarlo y su enmarañado cabello enmarcó sus inocentes rasgos.

—Tengo que irme.

Dylan frunció el ceño.

—¿Ir adónde?

Ella puso los ojos en blanco como si él fuera tonto de remate.

—Al retrete. —Su rostro se sonrojó.

—Oh. Esperaré aquí.

Descalza, ella corrió hacia la letrina y desapareció en su interior. Dylan se quedó de pie, preguntándose si ella podría necesitar ayuda. Por lo que él sabía de niñas de cuatro años, podría caerse dentro o algo así.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y Helen salió corriendo, con el pelo aún más revuelto que el de su hija.

—¿Está Emily aquí fuera?

Dylan agarró a Helen por los brazos mientras ella bajaba los escalones a trompicones y el olor a whisky rancio en su aliento casi lo derriba. Se dio la vuelta, disgustado por la evidencia de su consumo de alcohol.

—Está en el retrete.

Helen se desplomó, luego, como si recordara quién era, se soltó de su agarre y retrocedió.

—Debo de haberme quedado dormida. —Su voz era vacilante, cautelosa.

El whisky le hace eso a la gente.

—Estabas cansada —dijo Dylan. Mantuvo la irritación fuera de su voz—. Me llevaré a Emily conmigo para ordeñar a Flossie. Eso te dará algo de tiempo para asearte.

Sus ojos inyectados en sangre se encontraron con los suyos y ella apartó la mirada.

—Gracias.

Volvió a entrar, dejando a Dylan más enfadado que compasivo. Si solo se hiciera daño a sí misma, él simplemente estaría decepcionado de que hubiera seguido el camino de su padre. Pero

Emily podía vagar, hacerse daño o una docena de cosas más mientras Helen estaba borracha. ¿No pensaba en eso?

Sacudiendo sus dudas, Dylan comenzó a caminar hacia el retrete. Emily saltó antes de que él llegara a él, con la nariz arrugada. Rápidamente sumergió sus manos en el recipiente de agua colocado sobre un trozo de madera vertical y sacudió las gotas.

—¿Ahora vamos a coger la leche de Flossie? —preguntó, con los ojos brillantes de emoción.

—Flossie lo agradecerá —dijo Dylan.

Mientras caminaba, Emily colocó su pequeña mano húmeda en la suya, que era más grande. Un nudo se le subió a la garganta y él cerró suavemente los dedos alrededor de la de ella. Ella saltaba a su lado, ajena por suerte a sus sentimientos encontrados.

—Quédate en este lado del corral y acaricia a Flossie mientras la ordeño —dijo Dylan.

Emily acarició inmediatamente la nariz de la vaca, sonriendo y susurrándole al animal como si Flossie la entendiera.

Dylan se puso a trabajar para aliviar a Flossie de la presión en su ubre. La vaca permaneció plácida, probablemente disfrutando tanto de las caricias como del alivio de ser ordeñada.

—¿Tu madre duerme hasta tarde muy a menudo? —preguntó Dylan, manteniendo un tono ligero.

—A veces. —La niña reanudó su conversación unilateral con la vaca.

—¿Muchas veces?

Emily se encogió de hombros.

—No. Solo cuando está triste.

Teniendo en cuenta que había perdido a su marido y a su padre en los últimos seis meses, tenía derecho a estar triste de vez en cuando.

—¿Echa de menos a tu padre?

Emily apretó los labios y se encogió de hombros.

—Me gritaba —dijo.

Dylan tardó un momento en darse cuenta de a quién se refería. Se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Alguna vez te hizo daño?

Una pequeña hombrera se levantó en un medio encogimiento de hombros.

Dylan apoyó la frente contra el costado de Flossie. El cubo de leche estaba lleno más de un cuarto y luchó contra la tentación de darle una patada.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que su amigo bebedor y putero pudiera hacerle daño a su hija. En aquel momento, solo veía su propio dolor.

Dylan terminó de ordeñar a Flossie y se puso de pie, recogiendo el cubo de leche. Lo colocó al otro lado del corral y desató a Flossie para que pudiera volver al pasto a pastar.

Emily intentó recoger el cubo, pero Dylan la interceptó.

—Yo lo llevaré, Emily.

Ella lo entregó sin discutir y se puso a su lado.

Helen salió mientras cruzaban el patio. Se había peinado y se había puesto otra camisa, pero los signos familiares de la bebida de la noche anterior permanecían en su pálido rostro. Las arrugas en la frente y en las comisuras de los ojos denotaban un dolor de cabeza punzante. A pesar de sí mismo, Dylan sintió una punzada de simpatía. Recordaba esas mañanas demasiado bien.

Emily corrió hacia delante y saludó a su madre con un abrazo, que Helen le devolvió. Una calidez agridulce se encendió en Dylan al ver a madre e hija abrazándose. Le recordaba demasiado a lo que había perdido.

—Gracias por cuidar de Flossie, Dylan —dijo Helen.

—Se estaba impacientando —dijo él.

El rostro de Helen se sonrojó y ella cogió el cubo.

—Yo lo llevaré dentro.

—Ya lo hago yo. Quizá quieras dar de comer a las gallinas y recoger los huevos.

Ella no lo miró a los ojos, solo asintió.

—Vamos, Emily. Me puedes ayudar.

La niña parecía encantada de que le dieran un trabajo tan importante. Dylan le sonrió y llevó la leche a la cabaña, dejándola en el porche junto a la puerta.

Un grito lo hizo girar, y el corazón casi se le salía del pecho. Emily se apretó contra la pierna de Helen, mientras las gallinas picoteaban cerca de sus pies. Dylan se apresuró a acercarse a ellas.

—Tienes que tirar el pienso más lejos, —le dijo Helen a su hija —. Así no irán a por tus dedos de los pies.

Con los ojos muy abiertos y los labios hacia abajo, Emily miraba con miedo a las hambrientas gallinas. El gallo se acercó a la niña, tan cerca que sus plumas le rozaban las piernas. Emily gimió y se aferró a la cintura de Helen.

Dylan se abrió paso entre los pollos, dispersándolos en todas direcciones. Cogió a la niña, y ella le rodeó el cuello con los brazos, enterrando la cara en su hombro.

—¿Por qué has hecho eso? —exigió Helen.

—Estaba asustada. —La ira vibraba en su voz.

—No iban a hacerle daño. Tiene que acostumbrarse a ellos.

—Está descalza, Helen. Podrían haberla herido.

La mirada de Helen se dirigió a los pies de su hija y sus ojos se abrieron como platos. El único color en su rostro eran dos manchas

rojas en sus mejillas.

—Yo... yo no...

—No, no lo hiciste. —Dylan se mordió el interior de la mejilla, dividido entre la furia y la lástima por la mujer—. Yo cuidaré de Emily hasta que termines de recoger los huevos.

El temperamento brilló en la expresión de Helen, pero ella se dio la vuelta y entró en el gallinero destartalado para recoger los huevos.

—¿Ayudas a mamá a coger huevos? —preguntó Emily, mirando a su madre con ojos heridos.

Dylan sacudió la cabeza, con la garganta apretada por la empatía.

—¿Qué tal si tú y yo vamos a ver cómo están Jack y Smoke?

—¿Les puedo acariciar?

—Estarían tristes si no lo hicieras.

La excitación reemplazó la tristeza de Emily. Dylan se inclinó para sentarla en el suelo y ella se aferró a su cuello.

—Mantendré a las gallinas lejos de ti —dijo Dylan—. Lo prometo.

Después de un momento, ella lo soltó, pero se aferró a su mano. Dylan miró a Emily, conmovido por su confianza. Hacía mucho tiempo que nadie dependía de él.

Y se sentía muy bien.



—Maldita sea, —maldijo Helen, mirando los tres huevos rotos. Resistió la tentación de tirar la cesta al suelo.

Apretando los dientes, limpió el lío viscoso de la cesta y continuó revisando las pilas de paja. Encontró tres huevos más para añadir a los cuatro intactos y salió apresuradamente de los confines congestionados del gallinero.

Respirar aire fresco alivió ligeramente los latidos en sus sienes y le hizo aún menos por su mal humor. Buscó a Emily y Dylan por el patio, luego por el pasto, y los vio junto al ganado. Emily estaba segura en los brazos de Dylan.

Helen se tragó el impulso de vomitar. Sabía lo viciosas que podían ser las gallinas y sus afilados picos. ¿Cuántas pequeñas cicatrices le habían dejado en las manos? Sin embargo, ni siquiera había pensado en los pies descalzos de Emily. Fue Dylan quien había salvado a su hija de cualquier daño.

Se le cerró la garganta y las lágrimas le quemaron los ojos. Aunque reconocía su naturaleza débil con los hombres, creía que era una buena madre. Sin embargo, además del incidente con las gallinas, Helen se había quedado dormida cuando Emily se había levantado y había salido de la cabaña esa mañana. ¿Y si Dylan no hubiera estado aquí? ¿Adónde habría ido la niña? ¿Habría desaparecido como lo había hecho antes de la tormenta?

Helen había bebido más whisky de lo que había planeado anoche. Si solo hubiera tomado unos sorbos para calmar sus nervios como había planeado, nada de esto habría sucedido. Fue la presencia de Dylan lo que la hizo recurrir al alcohol para dormir. Si él no hubiera estado cerca, ella no habría tocado el whisky, no se habría quedado dormida y Emily no habría estado fuera con las gallinas.

Todo fue *culpa suya*.

Pero si él no hubiera estado allí, Emily podría seguir perdida y tal vez herida o algo peor. La cabaña se les caería encima y el corral no estaría en pie. Y su maíz y su trigo se pudrirían en los campos.

Mis cosechas. Un escalofrío la recorrió. Había puesto todas sus esperanzas en ellas: esperanza de zapatos, ropa y comida, así como

esperanza de independencia. ¿Qué les había hecho la tormenta? ¿La había destruido el granizo? No, las piedras no habían sido tan grandes. Al menos, eso creía ella.

Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, dejó la cesta de huevos en el porche y comenzó a bajar por el camino que conducía a los campos.

—Helen. —Dylan, que llevaba a Emily sobre sus anchos hombros, avanzaba a zancadas hacia ella a través del pasto. Ella esperaba impaciente a que se acercara—. ¿Adónde vas?

—Quiero asegurarme de que el granizo no haya dañado los cultivos, —respondió ella.

—No lo ha hecho.

Su respuesta segura hizo que volviera a mirarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando volví anoche del pueblo, pasé junto a ellos. Algunos tallos de maíz estaban caídos por el viento, pero eso fue todo el daño que vi.

El temperamento de Helen estalló.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Él se encogió de hombros, un gesto casi divertido con Emily sobre sus hombros.

Pero Helen no se reía.

—Lo olvidé. —La examinó en silencio, con una máscara inexpresiva—. Me sorprende que no se te ocurriera ayer.

Ella se sobresaltó, como si él la hubiera abofeteado. Maldito sea por tener razón. Y maldito sea por ser tan engreído al respecto. Aunque tal vez no estaba siendo engreído. Tal vez era su propia culpa lo que la hacía sentirse tan a la defensiva.

—Estaba preocupada por Emily. —Era más o menos la verdad.

—Deberías haberte preocupado más por ella esta mañana, —dijo en voz baja.

Las mejillas de Helen se calentaron de humillación.

—Estaba cansada.

Él se limitó a mirarla fijamente, desafiándola a confesar su mentira. Pero ella no lo hizo. No podía. Las mujeres buenas no bebían whisky. Tampoco albergaban pensamientos perversos sobre sus jornaleros.

—Me llevaré a Emily a casa.

Después de un momento, Dylan se inclinó y levantó a Emily de sus hombros, dejándola en el suelo. Ella se dio la vuelta y levantó los brazos.

—Quiero otro paseo.

Dylan sonrió a la niña, con los ojos arrugados en las comisuras.

—Más tarde. Ahora mismo tu madre necesita tu ayuda.

Emily sacó el labio inferior, pero Helen cortó su argumento tomándola de la mano.

—Puedes remover la avena.

La niña se animó y siguió a Helen sin rechistar. Helen era consciente de la decepción de Dylan por su comportamiento anterior, pero se dijo a sí misma que no le importaba.

¿Otra mentira que añadir a su creciente lista?

11

Horas más tarde, mientras Helen trabajaba a gatas en el jardín, Dylan se unió a ella.

—¿Quieres que recupere esa ventana? —preguntó.

Ella entrecerró los ojos contra el sol que había sobre su hombro.

—No, quiero conseguir un cristal. —Bajó la mirada—. En cuanto recoja el maíz y el trigo.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras. —Se alejó.

Helen se puso de pie a toda prisa.

—¿Dylan?

Él se detuvo y se volvió.

Se acercó a él y se aseguró de que Emily seguía jugando con su muñeca. Metiendo las manos en los bolsillos traseros, respiró hondo.

—Esta mañana, con las gallinas y Emily...

Esperaba que él dijera algo, para evitar tener que pronunciar las palabras, pero él se cruzó de brazos y simplemente la miró. Aunque su expresión no era de juicio, sabía que la estaba evaluando, y sospechaba que estaba quedando lamentablemente corta en su estimación. Armándose de valor contra su crítica silenciosa, se lanzó.

—Lo siento. Tenías razón. No debería haberla dejado ayudarme a alimentarlas. Es demasiado joven.

—Deberías disculparte con tu hija.

Sorprendida, Helen intentó saber si hablaba en serio o si simplemente no tenía perdón. O si era diferente a cualquier otro hombre que hubiera conocido.

—Tú eres el que estaba enfadado.

—Yo no soy el que estaba asustado y llorando.

Ella evaluó su sinceridad.

—Lo dices en serio.

La impaciencia se reflejó en su rostro, pero fue reemplazada por una repentina comprensión.

—No soy tu padre, Helen. Puede que me enfades, pero nunca te haría daño.

Abrió la boca para replicar, pero la cerró de golpe. ¿Cómo sabía él que ella siempre había tenido cuidado de no enfadar a su padre? John Foreman tenía mal genio, sobre todo cuando bebía, y ella había aprendido que si lo enfadaba, una disculpa solía calmarlo.

—No te pareces nada a él, —dijo en voz baja—. Ni a mi marido. —Apartó la mirada, enfadada por las lágrimas que le picaban los ojos—. A veces me alegro de que Nick se haya ido.

Un silencio incómodo los rodeó.

—¿Le querías? —preguntó Dylan tan suavemente que casi no se dio cuenta de la pregunta.

La respuesta era fácil. Las razones no lo eran.

—Pensaba que sí. Hace mucho tiempo. —Ella lo miró—. ¿Querías a tu mujer?

Él asintió sin dudar.

—Todavía la amo.

El corazón de Helen se apretó dolorosamente.

—Fue una mujer afortunada.

—Si la suerte es morir durante el parto cuando tienes veintitrés años, entonces supongo que lo fue. —La amargura brotaba de sus palabras. Se aclaró la garganta—. Será mejor que vuelva al trabajo.

Se dio la vuelta y casi corrió de vuelta al porche de la cabaña.

Helen se rodeó la cintura con los brazos y sintió un escalofrío a pesar del calor del sol de septiembre. Si Nick la hubiera amado como Dylan había amado a su esposa, su respuesta a la pregunta de Dylan habría sido diferente. Y Nick probablemente seguiría vivo.

Regresó a su jardín y dejó que el aroma de la tierra fértil y las plantas en crecimiento la calmaran. La tierra cubrió sus manos y se metió debajo de sus uñas, pero era tierra limpia. No como la suciedad que mancha el alma de una persona o la suciedad que empaña la conciencia. Esas no se podían lavar con agua y jabón, y rara vez se podían eliminar.

Pasó la tarde y el dolor de cabeza de Helen desapareció. Al terminar el sordo dolor, llegó otro ataque de su conciencia. Miró a su hija, que la ayudaba a llevar las verduras cosechadas al porche. Helen había cometido un terrible error anoche al beber demasiado whisky.

—¿Quieres ir al arroyo? —preguntó.

Los ojos de Emily se agrandaron y su rostro se iluminó con una sonrisa deslumbrante.

El corazón de Helen se iluminó y extendió su mano. Emily la tomó y madre e hija se dirigieron al arroyo.



Dylan, con los brazos llenos de tablas, salió del granero y se detuvo. Helen y Emily caminaban por el sendero. Por un momento, pensó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada, pero Helen estaba saltando con su hija. Sonrió, complacido de ver este lado despreocupado de Helen.

Curioso por saber adónde iban, Dylan dejó sus cosas y las siguió. Sus risitas le llegaron antes de que las viera junto al estrecho arroyo. Se acercó, pero se mantuvo oculto entre los arbustos a unos ocho metros del agua. Sintiéndose un poco culpable por entrometerse, Dylan se dijo a sí mismo que solo estaba cuidando de Emily. Después de lo que había pasado esa mañana, no confiaba plenamente en Helen.

Se arrodilló y se recostó sobre sus talones mientras observaba su diversión. Emily estaba de pie en el arroyo poco profundo, con el agua hasta las rodillas. Chapoteaba, mojándose a sí misma y a su madre. Helen se rió y se sentó en la orilla para quitarse las botas y las medias. Se subió los pantalones y Dylan no pudo evitar admirar sus esbeltos tobillos y sus pantorrillas suavemente curvadas. Luego se quitó el sombrero y lo arrojó junto a sus zapatos. Su cabello, recogido en una coleta, caía por sus hombros y hasta la mitad de su espalda. Se unió a su hija en el agua, riendo como una niña.

La sangre corría por las venas de Dylan. El sol besaba el rostro de Helen, y casi podía ver las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas. Su mirada se desplazó hacia abajo, a los dos botones que había abierto en el cuello, a las tentadoras sombras de la pendiente de sus pechos y al valle entre ellos. Y aún más abajo, a su esbelta cintura y al suave abultamiento de sus caderas, bajando por sus esbeltas piernas, expuestas por debajo de las rodillas.

Helen y Emily correteaban en el agua clara. Tenían mechones de pelo en la cara, pero ni a la mujer ni a la niña les importaba. Por un momento fuera del tiempo, su mundo consistía en sol, agua fresca y ellas mismas.

La angustia golpeó a Dylan y le robó el aliento. Si Mary y su hijo hubieran vivido, este también sería el mundo de Dylan. En

cambio, se mantenía al margen, sentado en el lugar de un hombre que había muerto por su culpa. Si lo que decía Helen era cierto, dudaba de que Nick hubiera reconocido el valor de este momento, un momento por el que Dylan vendería su alma.

El dolor se intensificó y se frotó el puño contra el pecho para tratar de aliviarlo. Pero sabía que nada podría quitarle ese horrible vacío. Igual que nada podría borrar la marca de su hombro. Ambos lo acompañarían el resto de su vida.

Dylan se alejó sigilosamente y regresó al corral, donde se olvidaba trabajando. Se concentró en quitar las tablas torcidas y podridas que cubrían la ventana rota. Aunque Helen le había dicho que no volviera a hacer el trabajo de reparación, no podía dejarlo como estaba. Justo cuando terminaba de colocar la última tabla, un hombre entró en el patio. Dylan no lo reconoció, pero sí el brillo plateado de su chaleco. Dejó el martillo y salió a encontrarse con el agente de la ley.

—Buenas tardes —dijo Dylan.

El sheriff lo miró fijamente.

—Busco a la señora Morrison.

—Ella y su hija se fueron a dar un paseo. Deberían volver pronto.

—¿Quién es usted?

Irritado por su tono entrometido, Dylan respondió:

—Tanner, Dylan Tanner. Trabajo para la señora Morrison.

—Ella no me mencionó nada sobre un empleado.

Dylan se encogió de hombros, pero su voz era firme.

—Probablemente pensó que no era asunto suyo.

El agente frunció el ceño y se sonrojó.

—Usted es un bocazas, señor…

—Tanner. Señor Tanner. —Dylan no se molestó en ocultar su enfado—. ¿De qué quiere hablar con la señora Morrison?

—Eso es entre ella y yo.

Dylan estudió su cara pastosa y sus ojos estrechos. Dudaba de que el sheriff hubiera arrestado a alguien por algo peor que ser una molestia.

—¿Encontró a los hombres que ahorcaron a su padre?

El sheriff volvió a prestar atención a Dylan.

—¿Es usted de por aquí? —Dylan echó el sombrero hacia atrás.

—No, pero uno no puede evitar oír cosas.

—¿Qué ha oído?

—Solo que el padre de la señora Morrison fue linchado, y ella dice que era inocente.

El sheriff soltó una carcajada que no tenía nada de graciosa.

—Sí, le dice a todo el mundo lo mismo, pero alguien lo vio discutiendo con Fleming poco antes de que lo asesinaran. Era culpable.

—Porque si no lo era, ¿dejó que ahorcaran a un hombre inocente? —Dylan mantuvo un tono suave.

El rostro del hombre se puso rojo.

—No pude hacer nada. Eran demasiados.

—Me cuesta mucho creer que en un pueblo tan pequeño no reconociera a nadie.

El agente lo fulminó con la mirada y abrió la boca, pero no le salió nada.

Dylan vio a Helen y Emily volviendo del arroyo. Helen se había vuelto a poner los zapatos y las medias, y se había bajado los pantalones. Sin embargo, llevaba el sombrero y las mejillas le sonrojaban de la risa. Cuando vio al sheriff, su diversión desapareció

de repente y las arrugas volvieron a su suave frente. Helen habló con Emily y la chica entró en la cabaña.

El sheriff desmontó cuando Helen se acercó.

—¿Qué le trae por aquí, sheriff Martin? —preguntó Helen, con tono sarcástico.

Martin se quitó el sombrero, pero frunció el ceño.

—Solo quería decirte que no he podido encontrar a nadie que estuviera involucrado en el linchamiento. —Se encogió de hombros —. Supongo que sería una pérdida de tiempo seguir buscando. Además, todos menos tú creen que era culpable.

Dylan, conociendo el temperamento de Helen, lo vio estallar en el aplanamiento de sus labios y el endurecimiento de sus hombros.

—Tomaste la palabra de un hombre de que mi padre lo hizo. ¿Y si ese hombre estaba mintiendo? —exigió Helen.

—¿Por qué mentiría Virgil Lamont?

La expresión enojada de Helen vaciló un momento, pero su tono desafiante permaneció.

—Tal vez él mató al Sr. Fleming.

—¿Y por qué haría eso? —Martin sacudió la cabeza y se volvió a poner el sombrero—. El whisky cambió a tu padre, Helen. Quizá no quisiste verlo, pero cuando tu madre murió, no hizo más que beber. La única forma en que podía comprar whisky era haciendo trabajos esporádicos por la ciudad. Fleming intentó que dejara de beber. A tu padre no le gustaba que se metiera. —Martin se encogió de hombros —. Probablemente John estaba borracho cuando lo mató.

—Estaba borracho, sí, pero estaba en nuestro granero inconsciente, no en la ciudad matando a nadie. —La voz de Helen temblaba.

—Solo tengo tu palabra.

Dylan percibió la ira y la humillación de Helen.

—¿Está diciendo que la palabra de la Sra. Morrison no vale?

—Digo que John era su padre y que ella diría cualquier cosa para protegerlo. —Martin miró a Helen casi como pidiendo disculpas —. Y a sí misma.

Helen se dio la vuelta.

Dylan la vio irse y luego se volvió hacia el sheriff.

—En lugar de buscar a los que lincharon a su padre, tal vez debería buscar al verdadero asesino.

—Sería una pérdida de tiempo, Tanner. —Martin cambió el peso de un pie al otro. Cuando miró a Dylan, su rostro mostraba arrepentimiento y algo más—. Helen y yo íbamos juntos al colegio. Era la chica más guapa del colegio, pero tenía algo de la vena salvaje de su padre. Tenía esa inquietud. Cuando se escapó para casarse con el soldado, todo el mundo sabía por qué—. Su rostro se sonrojó ligeramente.

Dylan tardó unos momentos en entender lo que el sheriff le estaba diciendo. Conociendo a Nick, no debería haberle sorprendido que no esperara a la boda para acostarse con Helen. Sin embargo, sospechaba que Helen no se había negado. Ella había querido irse de Land Creek, y había encontrado la forma más fácil de hacerlo.

Apartó el pensamiento. Eso era parte del pasado.

—¿Le importa si husmeo un poco?

Martin lo estudió.

—Estaría perdiendo el tiempo.

—Es mío para perderlo.

—Como quiera. —Montó su caballo y miró a Dylan—. Pero no se sorprenda si la gente no está dispuesta a hablar con usted. —El agente de la ley se alejó.

—Es un imbécil —dijo Helen.

Se dio la vuelta y la encontró de pie detrás de él.

—Dijo que vosotros dos fuisteis a la escuela juntos.

Ella se encogió de hombros.

—Uno crece en este pueblo y todo el mundo conoce a todo el mundo.

Pensó en preguntarle qué más había dicho el sheriff, pero lo descartó. Él había cometido sus propios errores en la vida. ¿Cómo podía culpar a Helen por lo mismo? Ahora no había pruebas que sugirieran que era una mujer fácil, y Nick nunca la había acusado de ser infiel, aunque él sí lo había hecho a menudo.

—Se está rindiendo, ¿verdad? —preguntó Helen.

—Eso parece.

—Siempre ha elegido el camino fácil. Solía copiar en los exámenes del colegio.

Dylan no pudo evitar reírse.

—Tengo que admitir que yo también lo hice una o dos veces.

Helen esbozó una sonrisa irónica.

—Supongo que todos lo hemos hecho. Es solo que...

—Quieres limpiar el nombre de tu padre —terminó Dylan en voz baja.

—Sí.

—Le dije al sheriff que iba a preguntar por ahí, a ver si alguien más tenía algún resentimiento contra este Fleming.

—¿Me crees?

La esperanza en sus ojos era casi demasiado dolorosa para Dylan.

—Creo que tú crees que era inocente.

Ella le escudriñó el rostro y él se obligó a no retorcerse bajo su mirada. Ella suspiró y apartó la mirada.

—No puedo culparte. Solo has oído que era un borracho sin remedio.

—Admito que no tengo muy buena opinión de un hombre que deja que un lugar como este se arruine. —Miró deliberadamente alrededor de la granja—. Pero hay una gran diferencia entre ser vago y ser un asesino.

—Llamar a mi padre vago fue lo mejor que pude hacer, pero él nunca mataría a nadie. —La determinación brillaba en sus ojos—. De eso estoy segura.

La lealtad era un rasgo admirable, pero la lealtad ciega podía ser peligrosa. Esperaba que Helen supiera la diferencia.



Helen no durmió bien, pero se las arregló para pasar la noche sin la ayuda del whisky. Se despertó temprano y, en lugar de quedarse en la cama dando vueltas durante otra hora, se levantó y preparó café. Cuando estuvo listo, se sirvió una taza y la llevó afuera para beberla bajo el brumoso amanecer.

Se sentó de lado en el escalón para poder examinar el porche reparado. Aunque tenía sentimientos encontrados hacia su empleado, tenía que admitir que Dylan sabía manejar un martillo. Cada tarea que había emprendido, la había completado, y su trabajo era mejor de lo que su padre habría hecho cuando estaba sobrio. Tuvo una suerte increíble el día que Dylan Tanner apareció buscando trabajo, aunque se preguntaba por qué había elegido su casa. Si estaba pensando en aprovecharse de ella, no había hecho nada para lograr ese objetivo.

Excepto ganarse mi confianza.

Intentó ignorar la voz de la sospecha, pero sabía lo suficiente de la gente como para saber que nada era gratis. Siempre había un precio, y dudaba que el precio de Dylan fuera una habitación en un granero con goteras y tres comidas en el porche. Sin embargo, si había algo más, aún no había visto ningún indicio.

La puerta del granero se abrió de golpe y Dylan salió. Aunque iba vestido, tenía la camisa desabrochada y por fuera de los pantalones, y la cola ondeaba alrededor de sus delgadas caderas. La amplia extensión de su pecho se estrechaba hasta su vientre plano. Helen sintió un ardor y se movió, juntando las piernas.

Dylan levantó la cabeza y la miró directamente, como si sintiera su presencia. Se quedó inmóvil, como un ciervo que huele a una cierva. Helen no pudo hacer otra cosa que mantener su mirada mientras su estómago se apretaba y su respiración se aceleraba.

De repente, regresó al granero. Helen jadeó, como si hubiera estado conteniendo la respiración, lo cual podría haber hecho. Su masculinidad la asustaba, pero no tanto como su propia pasión. ¿Era solo atracción física? Lidiar con sus anhelos ya era bastante difícil, pero ¿y si había algo más que lujuria? Si él le importaba, sería más difícil resistirse y el doble de peligroso ceder.

Dylan volvió a salir del granero, pero esta vez con la camisa abotonada y metida en los pantalones. Mientras se enjuagaba la cara con agua junto al pozo, Helen se levantó y volvió a la cabaña. Tenía que ordeñar a Flossie, pero aún era lo suficientemente temprano como para disfrutar de otra taza de café. Con Dylan.

Ignorando la voz de advertencia que había dentro de ella, Helen volvió a llenar su taza y sirvió café a Dylan. Los llevó al porche y se volvió a sentar en el escalón, colocando deliberadamente la taza de Dylan a la vista.

Después de un momento de vacilación, Dylan se secó la cara y se acercó a ella.

—Buenos días, Dylan —dijo ella, obligándose a levantar la vista y a mirarlo a los ojos.

Él no llevaba sombrero y las gotas de agua en su cabello brillaban bajo la luz del sol matutino.

—Te has levantado temprano.

Las mejillas de ella se calentaron y miró sus manos, que estaban envueltas alrededor de su taza.

—Es una mañana hermosa. —Levantó su taza de café y arqueó una ceja en señal de pregunta.

Él sonrió, revelando unos dientes blancos sin manchas de tabaco, a diferencia de tantos otros hombres.

—Gracias.

Le quitó la taza y se sentó al otro lado del escalón que compartían. La cacofonía del canto de los pájaros los rodeaba, con el ocasional mugido de Flossie, mientras bebían a sorbos su humeante café.

—No suelo tener tiempo de tomar café antes de atender a Flossie y recoger los huevos, —dijo.

—Pensé que, como me había levantado temprano, podría aprovecharlo y disfrutar de la paz y la tranquilidad. —Se dio cuenta de que estaba divagando y se mordió la mejilla.

A Dylan no pareció importarle.

—Me recuerda a las mañanas cuando yo era un enjambre, probablemente uno o dos años mayor que Emily. —Su mirada se volvió distante—. Mis padres eran madrugadores, así que nosotros también lo éramos. —Se rió entre dientes—. A Carter nunca le gustó levantarse temprano, así que dependía de mí y de Reid sacarlo de la cama. Reid tenía que soportar la peor parte de su mal humor.

—Parece que tu familia estaba unida.

—Lo estábamos. Supongo que por eso me duele tanto pensar en ellos. —Miró a lo lejos—. Y por eso son tan difíciles de olvidar.

—¿Los has buscado?

—Hace mucho tiempo. Nunca encontré a ninguno de los dos.

—Quizá deberías intentarlo de nuevo.

—Han pasado casi veinticinco años, Helen. Por lo que sé, ambos podrían estar muertos ahora. —Apartó la mirada, pero ella no perdió el destello de dolor en su rostro.

—O podrían estar vivos y pensar lo mismo que tú.

—Entonces, ¿por qué no han venido a buscarme?

—Quizás lo hicieron, pero tú has recorrido un largo camino desde el orfanato, sin decir adónde fuiste.

Dylan miró fijamente su taza de café vacía.

—Supongo que es posible. Si tuviera alguna noticia de ellos, iría a buscarlos, pero no ha habido nada en todos estos años. —Levantó la cabeza—. ¿Lo harías tú si estuvieras en mi lugar?

Ella frunció el ceño, insegura de cómo responder.

—No lo sé. No tengo hermanos ni hermanas.

—Quizá no, pero tienes una hija. ¿Renunciarías a ella alguna vez?

El corazón se le aceleró, recordándole lo cerca que había estado de perder a Emily antes de la tormenta.

—No. Nunca. Es mi hija. Mi carne y mi sangre

Dylan asintió con conocimiento de causa.

—Aunque no los he visto desde que era niño, mis hermanos siguen siendo mi única familia. Mi propia sangre. —Su mirada se volvió distante—. No me he rendido. No creo que pueda.

Helen puso su mano sobre la de Dylan.

—No hay pecado en aferrarse a la esperanza.

El calor de su piel la invadió. La paz de la mañana y la certeza de que no había nadie cerca aumentaron la sensación. Sería tan fácil

simplemente inclinarse hacia delante y besar sus atractivos labios y presionar su lengua en el pequeño hueco de su barbilla.

A pesar de la voz que le gritaba que se detuviera, cedió a la pasión arrolladora. Al principio, su boca estaba dura. Pero, usando su conocimiento de los hombres, deslizó la lengua por su labio superior y su boca se sometió a la de ella. Su mano se curvó alrededor de su mejilla y ella gimió, cediendo al placer del tacto de un hombre, del tacto de *Dylan.* Inclinándose hacia delante, rozó sus pechos contra el suyo, y su aguda inhalación reveló su poder sobre él. Una parte de ella se deleitaba en el triunfo de sus encantos, mientras que otra parte más grande estaba decepcionada de que él cayera tan fácilmente.

De repente, él se apartó.

—Para, Helen. Esto no está bien.

Frustrada por su deseo, Helen lo fulminó con la mirada.

—¿No soy lo suficientemente buena para ti?

Su boca se quedó abierta de asombro.

—No, no es eso. —Se humedeció los labios—. No me quedaré, y no está bien aprovecharme de ti.

Ella quería reírse. ¿Cómo podía aprovecharse de una mujer cuando ella quería? Sin embargo, algo en el tono y la expresión de Dylan la detuvo. Le recordó que tenía una responsabilidad con su hija y con esta granja. Y con ella misma.

Humillada por sus acciones, se puso de pie de un salto y cruzó el patio para ordeñar a Flossie. Agradecida de que él no la siguiera, Helen ordeñó mecánicamente a la vaca. Apoyando la frente contra el costado de Flossie, Helen dejó que la monotonía de la tarea adormeciera sus pensamientos.

Cuando Dylan se acercó al corral, lo sintió antes de verlo. Se armó de valor y lo miró a los ojos.

—El desayuno estará listo en media hora.

—No he venido por eso. —Se encogió de hombros, ocultando su tensión.

—No es eso... —Dylan carraspeó y se ajustó el sombrero. Parecía que no era la única que estaba nerviosa—. No es que no crea que sea una mujer guapa y todo eso, pero es que, bueno, hay cosas que no sabe de mí.

Helen, intrigada, estudió su tensa figura.

—¿Qué tipo de cosas?

Él se rió, aunque en el sonido había más ansiedad que diversión.

—Cosas de las que no me gusta hablar. —Se puso serio—. Si quiere que me vaya, me iré.

Alarmada, terminó de ordeñar y se puso de pie. Le temblaban ligeramente las rodillas y se las apretó contra el cuerpo. No esperaba la oferta y no estaba segura de querer aceptarla. Su mente le decía que si él tenía secretos, debería irse. Sin embargo, su corazón le decía que, cualesquiera que fueran los secretos que él poseyera, no eran perjudiciales para ella ni para Emily. Su preocupación por su hija parecía sincera. No creía que una persona pudiera actuar de manera tan convincente, pero se había equivocado en el pasado.

—A decir verdad, todavía no estoy segura de si puedo confiar en usted, —dijo ella—. Parece digno de confianza, pero podría estar buscando algo más.

—Todo lo que quiero es un techo sobre mi cabeza y tres comidas al día. Eso lo tengo.

Ella cogió el cubo y se acercó a él para ponerse justo enfrente.

—La mayoría de los hombres quieren más.

—Quizá yo no sea como la mayoría de los hombres.

—O quizá tenga otra razón. —Lo miró fijamente, tratando de leer detrás de su máscara insulsa.

—Quizá, pero incluso si la tengo, puedes estar segura de que no te haré daño ni a ti ni a Emily.

Helen lo estudió un momento más y luego le pasó el cubo de leche. Él retrocedió mientras ella se deslizaba entre los postes del corral.

—Quizá esté siendo una tonta, pero no quiero que te vayas, — admitió ella.

Él sonrió, y su expresión dio paso al alivio.

—Me alegro. Prometí ayudarte durante la cosecha, y odio romper mi promesa.

Su aprensión se alivió. Quizá era un hombre que se tomaba las promesas en serio. Si lo era, era un hombre poco común.

12

La tarde era calurosa y el aire estaba cargado de humedad mientras Dylan volvía a montar la bomba en la cabaña. Meses de desuso habían dificultado su desmontaje, pero finalmente había conseguido hacerlo esa mañana, desollándose y magullándose los nudillos en el proceso. Había encontrado la pieza rota y había fabricado una nueva con un trozo de metal que había por el granero.

Helen y Emily se quedaron fuera, y Dylan sospechaba que era porque, sin saberlo, había dado a Helen motivos para desconfiar de él. Ella lo había arrinconado, y como él no se atrevía a decirle la verdad, le había dado motivos para cuestionarlo. No es que no lo hubiera hecho antes, pero había empezado a confiar en él. Y ahora había que reconstruir ese puente. Por supuesto, no necesitaba su confianza para pagar su deuda, pero había empezado a preocuparse por ella y por su hija.

El beso le dijo que se preocupaba demasiado. Casi había perdido la batalla contra su conciencia, pero había logrado retroceder antes de dejarse llevar por su deseo mutuo. No había duda de que Helen era una mujer apasionada, pero probablemente también se sentía sola. No era un hombre que se aprovechara de una mujer solitaria, sobre todo cuando él era la causa de su soledad.

Suspirando, Dylan hizo a un lado sus remordimientos y se concentró en apretar la última pieza de la bomba. Engrasó las piezas, preparó la bomba y accionó la manivela. El sudor le goteaba del mentón al pecho. Finalmente, oyó el gorgoteo y el ascenso del agua por el caño. Una oleada de barro salió disparada, salpicándole

la cara, y se limpió los ojos. Refunfuñando, siguió accionando la manivela.

Finalmente, el agua corrió fría y clara por el tubo que la drenaba al exterior. Dylan gritó lo suficientemente fuerte como para hacer que Helen y Emily entraran corriendo en la cabaña. Se detuvieron justo al otro lado de la puerta y lo miraron fijamente.

—Está funcionando. —Sabía que estaba sonriendo como un tonto, pero no le importaba. Continuaron mirándolo fijamente.

—¿Qué? —preguntó molesto.

Helen no dijo nada, pero se señaló la cara.

—Mapache, —dijo Emily, con los ojos muy abiertos.

El resoplido de Helen fue seguido de risas. Se tapó la boca, pero sus ojos brillaban.

—Tienes la cara cubierta de barro, excepto los ojos. —Hizo una pausa—. Pareces un mapache.

Dylan frunció el ceño y sintió el tirón del barro seco en su cara. Se tocó la mejilla y puso una mueca, pero cuando miró a Emily, sonrió.

—Será mejor que me lave antes de que los otros mapaches vengan a llevarme.

—¿Has conseguido que funcione? —preguntó Helen, desviando su atención hacia la bomba.

Dylan dio un paso atrás.

—Pruébalo.

Helen ocupó el lugar de Dylan junto a la bomba. Salió agua limpia. Ella gritó y sonrió ampliamente. Por un momento, él pensó que iba a abrazarlo, pero ella retrocedió. Sus ojos brillaban de gratitud y placer.

—Gracias. Ya no tendré que llevar agua adentro.

—Debería haber arreglado esto antes. Te habría ahorrado mucho trabajo extra.

—Me alegro de que lo hayas arreglado. —Se volvió hacia su hija—. ¿Quieres probarlo?

Dylan retrocedió mientras Emily, con la astuta ayuda de Helen, accionaba la palanca hasta que salió más agua por el grifo. La niña se rió con un deleite indisimulado y metió las manos bajo el chorro. Helen agarró una toalla antes de que Emily lo estropeara todo.

Mientras le secaba las manos a la niña, Helen miró a Dylan.

—Puede que te parezca una tontería, pero no sabes lo mucho que significa para mí.

A Dylan se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo entiendo, Helen. —Hizo una pausa—. De verdad que lo entiendo.

Ella lo estudió un momento más y asintió.

—Todavía faltan unas horas para la cena, así que creo que le daré un buen entrenamiento a la bomba. Tengo que poner más verduras. —Echó un vistazo a otro lado, pareciendo nerviosa—. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre? Puedes deshacerte de tu cara de mapache y hacer lo que quieras para variar.

El primer impulso de Dylan fue rechazar su oferta, pero la tentación de bañarse en el arroyo era demasiado fuerte. Y si iba a la ciudad, tal vez pudiera averiguar más sobre la muerte de Fleming y el linchamiento del padre de Helen.

—Si no te importa, acepto tu oferta.

—¿Por qué iba a importarme? Yo fui quien lo sugirió.

Dylan asintió.

—Gracias. —Echó un vistazo a su alrededor, de repente inseguro de su decisión. Quedaban muchas cosas por hacer para que el lugar volviera a estar en forma.

—Vaya. Te mereces un descanso —le instó Helen, adivinando sus pensamientos.

Inclinando la cabeza, Dylan sonrió.

—Recogeré mis herramientas y me iré al arroyo.



Tres cuartos de hora después, con el pelo todavía mojado, Dylan ensilló a Smoke. Se había bañado y había lavado la ropa que llevaba puesta en el arroyo. Después de ponerse la ropa limpia pero arrugada de la alforja, llevó la mojada a secar al tendedero.

Dylan se aseguró de que la cincha estuviera bien ajustada y sacó a Smoke del corral. Echó un vistazo a la cabaña. La comida del jardín había desaparecido del porche y supuso que Helen la había llevado dentro para empezar a guardarla.

Montó a Smoke y cabalgó por el estrecho camino lleno de baches que conducía a Land Creek. Media hora más tarde, ató las riendas de Smoke a un poste de enganche frente al salón. Como no había bebido alcohol en más de seis meses, sabía que sería difícil entrar en el bar. Sin embargo, era el mejor lugar para conseguir información.

Se armó de valor para resistir la tentación del alcohol y atravesó las puertas de ala de murciélago. Había poca luz en el interior, sobre todo después del resplandor de la tarde. Había dos hombres bebiendo cerveza en la barra, y se acercó a uno de ellos. Le pidió un café al camarero, aliviado al ver que no era el mismo con el que había regateado por la habitación.

—Tengo que hacer una cafetera nueva, —dijo el hombre.

—Esperaré.

El camarero le echó una mirada de soslayo, pero Dylan se limitó a mirarlo. Cuando entró en la trastienda, Dylan fingió estudiar las botellas que había detrás de la barra.

—Eres nuevo por aquí, —dijo uno de los dos bebedores de cerveza.

Dylan se volvió hacia el pelirrojo y apoyó el brazo en la barra.

—Así es. Trabajo para la señora Morrison. Ante sus miradas perplejas, añadió: —La hija de Foreman.

El hombre se burló.

—La hija del asesino.

Ante el insulto, Dylan apretó los puños, pero los relajó.

—He oído que lo lincharon.

—Fue justicia, pura y simple, —dijo el otro hombre, que lucía una barba y un bigote peludos.

—No tan pura y simple. No tuvo un juicio.

—No lo necesitaba. Era culpable, sin importar lo que dijera su chica.

—¿Entonces no cree que lincharan al hombre equivocado?

El primer hombre resopló.

—No parece probable.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Dylan.

El hombre se encogió de hombros.

—Un vendedor ambulante lo vio con Fleming justo antes del asesinato.

—¿El vendedor ambulante sigue por la ciudad?

—Se fue justo después del ahorcamiento.

—Quizá fue el vendedor ambulante quien lo hizo y se cubrió el culo echándole la culpa a ese otro tipo.

—¿Por qué lo haría?

—¿Por qué lo haría Foreman?

—Había mala sangre entre él y Fleming. No sé de nadie más que tuviera problemas con él.

—¿Así que lo mató por pura maldad?

—Probablemente. Como dijo Ernie, había mala sangre entre ellos.

—He oído que la hija de Foreman afirma que su padre era inocente. Afirma que estaba en su propio granero, borracho perdido.

El pelirrojo soltó una carcajada.

—Claro que diría eso. Foreman era un borracho, pero seguía siendo su padre.

El camarero salió de la trastienda.

—El café estará listo en quince minutos.

Dylan sonrió.

—He cambiado de opinión. Ya no me apetece café.

Se tocó el ala del sombrero y las maldiciones murmuradas por el camarero lo siguieron afuera. Respiró profundamente el aire caliente pero fresco, sin contaminar por el alcohol rancio, el aserrín sucio y el sudor.

Parecía que la actitud del sheriff Martin era probablemente común. Dylan pensó que obtendría más o menos lo mismo de la mayoría de la gente del pueblo.

Un letrero que decía Ferretería Fleming llamó su atención. Se dirigió a la tienda y entró, sorprendido por la variedad de productos expuestos. La mayoría de las ferreterías no estaban tan bien surtidas, ni tan limpias y ordenadas.

Un joven, de unos dieciocho o diecinueve años, salió por la parte de atrás, con un delantal que protegía su camisa blanca almidonada y sus pantalones negros.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Es usted el dueño? —preguntó Dylan.

La pena se reflejó en su rostro.

—Supongo. Era de mi padre, pero lo asesinaron. Soy Peter Fleming.

Dylan le dio la mano.

—Dylan Tanner. Trabajo para la señora Morrison. —Hizo una pausa—. La hija de John Foreman.

Peter se sonrojó.

—El hombre que mató a mi padre.

—Eso he oído. —Dylan se estremeció por dentro, al darse cuenta de que parte de su sarcasmo se había filtrado—. Ella dice que él no lo hizo.

Peter hizo un gesto de tajante negación.

—Nadie la cree.

—¿Y si tiene razón?

—No la tiene. El Sr. Lamont dijo que vio a mi padre y a Foreman juntos poco antes del asesinato.

—Qué conveniente.

—Lárguese de aquí, señor —ordenó Peter.

Una mujer se unió a Peter. Parecía unos años mayor que él, y la parte superior de su cabeza ni siquiera llegaba a su hombro.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Peter se acercó a su lado en actitud protectora.

—Nada de lo que tengas que preocuparte, Martha.

—¿Y usted es? —preguntó Dylan.

—Matt era mi marido, —dijo Martha, con la voz tan rígida como su almidonado cuello.

La mirada de Dylan se desplazó entre ella y Peter, comparando su brillante cabello negro y sus relucientes ojos verdes con el cabello oscuro y los ojos color avellana de Peter. Había supuesto que eran hermano y hermana, pero obviamente estaba equivocado.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —preguntó Dylan.

—Nos casamos hace tres años, justo antes de mudarnos aquí. —Martha cruzó los brazos e intercambió una mirada con su hijastro —. Peter tenía diecisiete años en ese momento.

Al estudiarla, Dylan dudó de que tuviera más de veinte o veintiún años cuando se casó con el mayor de los Matt.

—Siento la muerte de su marido, señora Fleming, pero también lo siento por la señora Morrison. Fue su padre quien fue linchado.

—Quienquiera que lo linchara lo hizo sin consultarnos a Peter ni a mí. No apruebo los linchamientos, pero en este caso, John Foreman se lo merecía. —Para ser una mujer tan menuda, albergaba mucho odio.

Dylan quería discutir, pero sospechaba que ni la viuda ni el hijo le escucharían. Ambos estaban convencidos de la culpabilidad de Foreman.

—Siento haberla molestado. —Se dio la vuelta para irse.

—¿Señor?

Dylan hizo una pausa y miró por encima del hombro a la mujer.

—¿Sí, señora?

—Dígale a la señora Morrison que siento su pérdida, pero que no siento que esté muerto. —Su tono se volvió duro—. Era un asesino y merecía la horca.

El temperamento de Dylan estalló, pero lo contuvo.

—La próxima vez que la vea, *se lo* diré.

Dicho esto, Dylan salió de la tienda. Había oído que Fleming era muy querido en la ciudad y se preguntaba si ese sentimiento se

extendía a su joven viuda y a su hijo. En opinión de Dylan, no eran gente digna de admiración. De hecho, eran francamente mezquinos. Por supuesto, el dolor también podía cambiar a una persona. Aun así, darle a Helen un mensaje así era cruel y poco caritativo.

Miró a su alrededor y vio a un niño que caminaba con su madre al otro lado de la calle. Quizá fuera a casa de los Smith a ver cómo estaba Harry, a averiguar si sus padres adoptivos lo vigilaban más de cerca. En lugar de montar a caballo, caminó la corta distancia y encontró a un grupo de niños jugando frente a su casa. Buscó a Harry entre ellos, pero el niño no estaba.

Con el ceño fruncido, Dylan continuó hacia el grupo y reconoció a los gemelos gorditos de su visita anterior.

—Hola —llamó, y cuando levantaron la vista, preguntó—: ¿Sabéis dónde está Harry?

Echaron un vistazo a su alrededor y se encogieron de hombros.

—No sé, —dijo uno de ellos.

Impaciente, Dylan recorrió con la mirada a los demás niños.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Harry?

Una niña de unos ocho años dio un paso adelante.

—Lo vi junto a la caballeriza, —dijo tímidamente.

Dylan le sonrió a la niña.

—Gracias.

Regresó por donde había venido. En la caballeriza, encontró al mismo hombre que había estado trabajando el día que llegó a Land Creek.

—¿Ha visto a un niño de esta altura, pelo claro y con un mono? —le preguntó Dylan.

El hombre de barriga grande lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué busca a Harry?

—Quiero asegurarme de que está bien.

Encogió sus carnosos hombros.

—Estaba bien la última vez que lo vi. Eso fue hace una hora.

—¿Sabe adónde fue?

—Pruebe en la casa de baños.

—Gracias. Lo haré. —Empezó a darse la vuelta, pero se detuvo —. ¿Estaba por aquí el día que asesinaron a Fleming?

El hombre pasó el tabaco de una mejilla a la otra y escupió un líquido marrón al suelo.

—Sí.

Dylan percibió una fuerte sospecha en la sola palabra.

—¿Vio algo?

—No.

Dylan lo estudió.

—¿Me lo diría si lo hubiera visto?

Uno de los ojos lechosos se entrecerró.

—He oído que está haciendo preguntas.

Las noticias vuelan en un pueblo pequeño.

—Solo intento averiguar la verdad.

—La verdad es que Foreman lo mató y luego recibió lo que se merecía. —El corpulento hombre sacudió la cabeza—. Fleming era bueno para este pueblo. Él fue quien puso la mayor parte del dinero para la nueva escuela. Y cuando la iglesia necesitaba arreglos, él estaba ahí. Lo vamos a extrañar, lo cual es mucho más de lo que puedo decir de Foreman.

Dylan no se había dado cuenta de que Fleming estaba cerca de ser un santo en Land Creek. Entonces, ¿por qué alguien, incluido Foreman, lo habría matado? Quizás Foreman quería dinero y Fleming se negó a dárselo.

—No sabía que el negocio de la ferretería fuera tan rentable.

—La gente dice que venía del este, donde su familia era acomodada. —Dylan asintió al hombre y se dirigió a la casa de baños, con la mente dando vueltas.

Si Fleming procedía de una familia adinerada, eso explicaba por qué derrochaba dinero. Habría pensado que la gente del pueblo querría que el verdadero culpable fuera llevado ante la justicia por su asesinato, pero también entendía cómo la gente enfadada podía convertirse en una turba irreflexiva.

Dylan llegó a su destino y abrió la puerta. Knobby estaba encorvado en una silla apoyada contra la pared. Sus ronquidos casi levantaban el techo.

Dylan dio una patada y el hombre agitó los brazos cuando las patas delanteras de la silla golpearon el suelo con un fuerte golpe.

—¿Quiere un baño? —preguntó el hombre con los ojos enrojecidos—. Estoy buscando a Harry.

Knobby lo miró con el ceño fruncido.

—Probablemente esté en la parte de atrás, donde suele estar cuando no estamos ocupados.

Lo cual era probablemente la mayor parte del tiempo. Dylan asintió y dio la vuelta hacia la parte de atrás. Harry estaba añadiendo más leña a la estufa donde había ollas de agua humeante. Cuando el chico se volvió hacia él, Dylan esperaba ver uno o dos moretones.

Sin embargo, la cara de Harry estaba intacta, y Dylan soltó el aliento que había estado conteniendo.

Harry abrió mucho los ojos y luego fingió indiferencia.

—¿Necesitas un baño?

Dylan lo estudió y reconoció el dolor en sus ojos. Aunque no tuvo más remedio que devolver al niño a los Smith, Dylan se sentía culpable.

—No, vine a verte.

Harry se metió las manos en los bolsillos y levantó la barbilla.

—Ya me has visto.

—¿Te castigaron esa noche por estar en casa de la señora Morrison?

El niño arrastró los pies descalzos.

—La señora Smith solo habló, como siempre hace.

—¿Y el señor Smith?

—Él gritó mucho.

Dylan cruzó los brazos y apoyó un hombro contra la pared.

—No te hizo daño, ¿verdad?

—No. —Harry se dio la vuelta y se inclinó para comprobar la estufa. Mientras lo hacía, Dylan vio un moretón en la parte superior de su brazo.

—¿Cómo te lo has hecho? —preguntó, manteniendo la voz firme y señalando la marca.

Harry giró el cuello para verlo. Su rostro se sonrojó.

—No lo recuerdo.

Dylan se agachó frente al niño y le agarró con cuidado los hombros.

—¿Quién te ha hecho daño?

Se zafó de las manos de Dylan.

—Me choqué contra un árbol. —La ira de Dylan crepitó.

—Enséñame el árbol.

El pánico nubló la expresión de Harry.

—No es nada. —Salió corriendo por el callejón.

Dylan lo siguió, sus piernas más largas a la altura del desesperado ritmo de Harry. Cuando el callejón terminó, Harry se

dirigió hacia el bosque en las afueras de la ciudad. Pero Dylan cerró la brecha y agarró a Harry, envolviéndolo en sus brazos. Harry luchó como un gato, pero Dylan soportó sus patadas y puñetazos.

—Tranquilo, Harry. No quiero hacerte daño, —lo calmó Dylan.

El chico siguió agitando los brazos.

—Ya basta, —ordenó Dylan.

Su tono de voz penetró en el frenesí de Harry, y el niño se calmó y se dejó caer en el agarre de Dylan. Dylan convirtió su sujeción restrictiva en un abrazo relajado. El niño presionó su cabeza contra la cintura de Dylan, pero mantuvo sus manos colgando sueltas a los lados.

Dylan le dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Quién te golpeó, Harry? —preguntó suavemente.

Durante un largo momento, Harry no reaccionó, luego murmuró:

—Timmy y Tommy

—¿Los gemelos?

Harry se enderezó y dio un paso atrás. Cuando miró a Dylan, su rostro estaba seco pero sonrojado.

—Sí.

Aunque los niños no siempre decían la verdad, Dylan sabía que Harry no mentía.

—¿Se lo contaste a la señora Smith?

—Lo hice la primera vez. Mentían. Dijeron que yo lo empecé. Ella les creyó. —Hablaba con total naturalidad, como si que le llamaran mentiroso no le molestara.

Dylan sospechaba lo contrario.

Timmy y Tommy eran de la propia sangre de los Smith, así que los padres naturalmente se pondrían del lado de sus hijos en lugar

del de Harry. Dylan se frotó la frente dolorida.

—¿Puedes mantenerte alejado de ellos?

—Normalmente lo hago durante el día.

Pero por la noche, Harry no tenía adónde ir. La impotencia le carcomía las entrañas. No tenía ni idea de cómo alejar a Harry de los Smiths, y aunque la tuviera, ¿quién estaría dispuesto a acogerlo?

—No te preocupe por mí. Puedo cuidar de mí mismo —dijo Harry con falsa valentía.

El orgullo del chico le había hecho huir antes de admitir que los gemelos le habían hecho daño, y el orgullo seguía protegiéndole. Pero Dylan vio su miedo latente.

—Dos contra uno no es una lucha justa, sobre todo cuando son más grandes que tú —dijo con suavidad.

La mirada del chico se desvió.

—No hay nada que puedas hacer, Dylan. No hay nada que nadie más que yo pueda hacer.

Harry era demasiado joven para enfrentarse al mundo, pero al haber perdido a sus padres no tenía a nadie que le ayudara a soportar esa carga. Nadie excepto Dylan.

—¿Crees que los Smith te dejarían quedarte en casa de la señora Morrison unos días? —preguntó.

Harry parpadeó sorprendido.

—¿Por qué?

Dylan tuvo que andar con cuidado, ya que Harry no aceptaría que lo mimaran.

—Me vendría bien que me ayudaras en su casa. —Sonrió y bajó la voz—. Ya viste cuánto hay que hacer. Demasiado trabajo para una sola persona.

El chico lo miró con recelo.

—No soy tan fuerte.

—Quizá no tan fuerte como yo, pero me ayudaste muy bien con el corral.

Harry frunció el ceño.

—¿A la señora Morrison no le importará?

Buena pregunta.

—Siempre y cuando no tengas nada en contra de dormir en el granero.

Su rostro se iluminó y luego se oscureció una vez más.

—La señora Smith no me dejará ir.

Dylan sonrió, poniendo más confianza en la expresión de lo que sentía.

—Déjamela a mí. —Puso su mano en el hombro de Harry y lo dirigió hacia la casa de sus padres adoptivos.

Harry arrastraba los pies mientras se acercaban a la casa, que ahora estaba en silencio porque todos los niños que jugaban se habían ido.

La señora Smith abrió la puerta cuando llegaron al porche.

—¿Qué ha hecho ahora? —exigió.

El temperamento de Dylan se encendió, pero mantuvo la calma.

—*Él no* hizo nada, señora. Solo me preguntaba si podría prestarme a Harry durante unos días. La señora Morrison tiene trabajo que él puede hacer, y en lugar de ir y venir todos los días, Harry podría quedarse allí.

—¿Y qué pasa con sus tareas aquí?

Dylan forzó una sonrisa.

—Estoy seguro de que uno de los suyos podría hacerlo durante unos días.

Ella no parecía convencida.

Él se inclinó más cerca.

—Una boca menos que alimentar, y no tendría que preocuparse por las travesuras en las que se mete.

—Bueno, tal vez no sería tan malo durante unos días—. Obviamente, se dejó llevar por la tentación de ahorrar comida y por su propia tranquilidad, en lugar de preocuparse por Harry.

A Dylan le dolían los músculos de tanto sonreír.

—Se lo agradezco, señora. —Se volvió hacia Harry—. Entra y coge lo que necesites.

Harry miró a la señora Smith como si esperara que se lanzara a una diatriba, pero cuando ella solo asintió, él se deslizó junto a ella hacia el interior de la casa.

La mujer rolliza salió al porche.

—Será mejor que le advierta que es un caso perdido. Es insolente y miente sobre pelearse con los otros niños. Ese chico no va a ninguna parte.

Dylan se mordió el interior de la mejilla. La mujer tenía un punto ciego de una milla de ancho. Aunque llevar al niño a casa de Helen durante unos días no resolvería el problema, le daría a Harry algo de tiempo lejos de sus torturadores.

Harry regresó con una bolsa de tela colgada al hombro.

—¿Listo? —preguntó Dylan.

Harry asintió.

—Cuida tus modales, Harry, y no le des problemas a esa gente —dijo la señora Smith.

—Sí, señora. —Su voz apenas se oía.

—Adiós, señora —se despidió Dylan.

Dylan condujo a Harry por la ciudad hasta donde había dejado su caballo.

—¿Has cenado?

El chico negó con la cabeza.

—¿Qué te parece si primero comemos en la ciudad?

—¿De verdad?

—La emoción brillaba en sus ojos

—¿Has comido alguna vez en un restaurante? —Harry negó con la cabeza. Dylan le dio una palmada en la espalda y sonrió—. Entonces te espera una delicia. Pero lo primero que necesitas es un baño.



Después de que Harry se aseara en la casa de baños, que Knobby le permitió hacerlo gratis a regañadientes, se puso un par de pantalones limpios y una camisa de su bolsa. Dylan peinó el cabello oscuro del chico hacia atrás y sonrió ante la transformación.

—Tienes un aspecto respetable, —dijo Dylan.

Harry puso mala cara.

—No sé por qué necesitaba un baño. La lluvia me empapó bien ayer.

Dylan se rió.

—Entonces no usaste jabón.

Harry le sacó la lengua. Dylan se rió y lo llevó al hotel y al comedor. Se alegró de que no hubiera nadie alrededor que notara los pies descalzos de Harry. Después de sentarse, Harry siguió

mirando a su alrededor con fascinación. Pasó los dedos por el mantel y tocó los saleros y pimenteros.

Una mujer se acercó corriendo a su mesa.

—¿Qué les pongo?

—¿Qué tiene? —preguntó Dylan, con su sonrisa más amable.

—La cena de hoy es estofado de ternera con galletas.

—Cada uno tomará un plato. Y leche para Harry y café para mí.

La mujer lo miró y sonrió.

—Vaya, eres tú, Harry. Casi no te reconozco tan arreglado. Vaya, qué guapo estás.

Las puntas de las orejas de Harry se enrojecieron y agachó la cabeza.

—Dylan me hizo bañarme.

Dylan se rió entre dientes ante el tono de disgusto del chico.

Por encima de la cabeza agachada de Harry, la camarera le guiñó un ojo a Dylan.

—Pronto lo tendré preparado.

Dylan se inclinó hacia Harry y le dijo en tono de broma:

—No sabía que tenías novia.

Harry lo fulminó con la mirada y murmuró:

—La señorita Janey no es tal cosa. —Dylan sabía que no debía reírse.

Mientras esperaban la comida, Dylan escuchó a Harry contar historias sobre Knobby y Burt, el mozo de cuadra y otros a los que Dylan no conocía. Como Harry no iba a la escuela, parecía que usaba su tiempo para espiar a la gente del pueblo.

A mitad de otro de los cuentos de Harry, Dylan miró por la ventana y vio a la señora Fleming y a su hijastro saliendo de la

ferretería. Ella tenía la mano en el brazo de él y sus cabezas estaban muy juntas mientras hablaban.

—Puaj, —dijo Harry, llamando la atención de Dylan.

—¿Qué?

Harry señaló a los Fleming.

—Siempre están haciendo eso, susurrando y hablando así.

La pregunta de Dylan se vio interrumpida por la llegada de la señorita Janey y su comida. En cuanto ella puso el plato de Harry delante de él, el chico se zampó la comida como si no hubiera comido en semanas.

—Si necesita algo más, dígamelo —dijo la camarera.

Dylan sonrió ante el entusiasmo de Harry.

—Esto tiene muy buena pinta. Gracias.

—De nada.

La señorita Janey miró descaradamente a Dylan un momento más de lo necesario.

—Qué le aproveche el almuerzo.

Dylan observó el exagerado balanceo de sus caderas, pero se encontró imaginando caderas vestidas con calzones y un ardiente cabello castaño. Incluso lejos de Helen, no podía dejar de pensar en ella. Algo le decía que estaba a punto de meterse en problemas.

13

Aunque Helen sospechaba que Dylan no volvería para la cena, también preparó suficiente para él. Mientras ella y Emily comían en la cabaña, volvió a maravillarse del lujo de no tener que salir a buscar agua. Con tan solo arreglar la bomba, se habría justificado la pensión completa de Dylan durante un mes.

Emily mezcló las judías verdes con el puré de patatas con el tenedor.

—Deja de jugar con la comida, cariño, —regañó Helen distraídamente.

La niña dejó caer el tenedor en el plato.

—¿Dónde está el señor Dylan?

Helen contuvo un suspiro. Emily ya había hecho esa pregunta una docena de veces.

—Ha ido a la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque se merecía un poco de tiempo para sí mismo.

—¿No le caemos bien?

—*No le* gustamos, —corrigió Helen automáticamente. Pensó un momento, preguntándose cómo responder a la inocente pregunta—. Estoy segura de que sí, pero a un hombre le gusta alejarse un rato.

—¿Como hacía papá?

Helen se sorprendió de que Emily, tan joven como era, recordara lo a menudo que su padre se había ido por las tardes.

—Supongo.

Emily inclinó la cabeza para que Helen no pudiera ver su expresión. Se acercó y puso la mano en la coronilla de su hija.

—¿Qué pasa, cariño? —Sacudió la cabeza, pero Helen sabía que algo le preocupaba—. ¿Echas de menos al señor Dylan?

Emily se encogió de hombros, pero permaneció en silencio.

Preocupada, Helen enganchó su dedo bajo la barbilla de Emily y levantó su cabeza. Una lágrima corrió por la mejilla rosada de la niña.

—¿Por qué estás llorando

—No estoy llorando.

La respuesta enérgica hizo sonreír a Helen.

—Entonces, ¿de dónde vino esa lágrima?

Emily se la enjugó.

—El Sr. Dylan dijo que era mi amigo.

Dudando de lo que quería decir, Helen asintió lentamente.

—Eso es.

—Entonces, ¿por qué se fue?

El corazón de Helen se retorció y se arrodilló junto a la silla de su hija. Había sospechado que Emily quería a Dylan, pero esperaba que no fuera en serio. Sin embargo, parecía que se había encariñado demasiado con él demasiado rápido.

—Volverá, cariño. —Helen esperaba que no fuera una falsa tranquilidad. Consiguió esbozar una sonrisa—. Cuando termines de comer, puedes ayudarme con los platos.

—¿Puedo bombear el agua? —preguntó la niña, con una expresión más alegre.

Helen le dio un golpecito en el costado en broma.

—Nos turnaremos.

Emily se levantó de un salto, lo que hizo que Helen se pusiera de pie a toda prisa. Mientras trabajaban, Helen se sintió agradecida por la resistencia de una niña. Lavaron y secaron los platos juntas, y Helen permitió que Emily hiciera más de lo habitual. Le dio a la niña algo para mantener su mente y sus manos ocupadas.

Cuando guardaron el último plato, Helen oyó un carruaje entrar en el patio. Asomó la cabeza por la ventana y reconoció al hombre y a la mujer en el cochecito. Su corazón se aceleró y sus manos temblaron.

Comprendió cómo se sentía su hija con respecto a Dylan, ya que a Helen también le gustaba el extraño que había llegado a sus vidas vacías y traído esperanza con él. Si era sincera consigo misma, le gustaba más de lo que tenía derecho. Su cautela no disuadía su sonrisa fácil y su afán por ayudar. De hecho, parecía hacer todo lo posible por ser útil y aliviar su carga. Ningún otro hombre había hecho eso por ella, ni su padre ni su marido.

—Quédate dentro, Emily. Vuelvo en unos minutos, —dijo Helen, manteniendo el temor fuera de su tono.

Su hija no parecía contenta, pero se fue a jugar con su muñeca.

Con el corazón retumbando, Helen salió.

—Buenas noches, Sra. Fleming, Peter.

Los Fleming asintieron secamente.

—¿Quieren pasar a tomar un café? —preguntó Helen, esperando que se negaran.

—No —respondió Martha Fleming—. Su jornalero se pasó por la tienda esta tarde.

Sorprendida, Helen preguntó:

—¿Por qué?

—Para preguntarnos por la muerte de Matt. Dijo que usted sigue insistiendo en que su padre era inocente.

Helen se puso rígida.

—Él no mató a su marido.

—¿Por qué sigue diciendo eso? —preguntó Peter.

Ella se volvió hacia el hombre más joven.

—Porque es la verdad.

—Mi marido ya no está —dijo la Sra. Fleming—. Su padre lo mató y ha pagado por su crimen. No me gusta que usted o alguien en su nombre lo saquen a relucir de nuevo.

Helen se acercó un paso más al carro y miró con furia a la diminuta mujer.

—Y no me gusta que todos los que participaron en ese linchamiento se salgan con la suya tras asesinar a un hombre inocente. Haré lo que sea necesario para encontrar al verdadero asesino y limpiar el nombre de mi padre.

—Te dije que no entraría en razón, Martha —dijo Peter con voz baja y preocupada.

Martha mantuvo su mirada de acero en Helen.

—Me escuchará, quiera o no. Como le dije a su jornalero, lamento su pérdida, pero no lamento la muerte de su padre. Se merecía la horca.

La ira hervía en Helen.

—Cuando encuentre al verdadero asesino, también voy a averiguar quién participó en el ahorcamiento. Si descubro que usted estuvo involucrada, haré todo lo posible para asegurarme de que sea castigada.

Los labios de Martha se apretaron, formando una tétrica línea en su rostro.

—Déjelo estar, señora Morrison, o se arrepentirá.

Helen mantuvo la mirada fija en la mujer.

—¿Es eso una amenaza, señora Fleming?

Una sonrisa melosa y falsa cruzó el rostro de Martha.

—Una promesa, señora Morrison.

Peter golpeó las riendas contra la grupa del caballo, y Helen tuvo que retroceder a toda prisa o ser derribada por el carruaje. Con la mano en la cadera y la furia agitando su pecho, Helen los vio partir.

Si su intención era impedir que buscara la verdad, habían conseguido lo contrario. Cuando alguien le decía que no podía hacer algo, hacía todo lo que estaba en su mano para lograrlo. Como volver a casa, a una granja en ruinas que nadie, ni siquiera su padre, creía que pudiera salvarse. Pero con la ayuda de Dylan, la granja se estaba arreglando.

Y parecía que Dylan también estaba ayudando a reparar el nombre de su padre.



Con una taza de café en las manos, Helen se sentó en el escalón del porche. La mitad de su concentración estaba en Emily jugando a la rayuela y la otra estaba reflexionando sobre la sorprendente visita de los Flemings. Acechando detrás de esos pensamientos estaba Dylan. Estaba ansiosa por saber lo que había averiguado cuando visitó a los Flemings.

¿Pasaría la noche en la ciudad o volvería a dormir al granero? Imaginarlo en un bar con una puta de falda corta sentada en su regazo le hizo fruncir el ceño. Dylan no era su marido y no era asunto suyo lo que hiciera y con quién. Entonces, ¿por qué la idea de que él pasara tiempo con una chica de saloon le provocaba unos celos intensos?

—Mamá, el señor Dylan ha vuelto, —gritó Emily, sacando a Helen de sus oscuras reflexiones.

Su corazón dio un salto y se puso de pie, frotando sus palmas, de repente húmedas, contra sus muslos cubiertos por los pantalones.

Cuando Dylan se acercó, notó que alguien cabalgaba detrás de él. Alguien pequeño.

Harry.

Aunque se sentía incómoda con Harry porque él le había comprado whisky, le gustaba de verdad el chico. Encontrar a Emily antes de la tormenta era otro punto a su favor. Pero, ¿por qué estaba con Dylan?

Ella y Emily se unieron a ellos en el corral. Se hicieron a un lado mientras Dylan bajaba a Harry al suelo y luego desmontaba.

—Hola, Harry —dijo Helen con calidez.

—Señorita Morrison —dijo él, con los ojos bajos.

Emily tiró de la manga de su camisa.

—Hola, Harry.

Una sonrisa tocó los labios del niño.

—¿Qué haces? —Jugar a la rayuela.

¿Quieres jugar?

Harry se encogió de hombros, pero su expresión perdió su aprensión.

—Claro. —Emily le agarró la mano y lo alejó.

Helen los vio irse y sonrió cuando el niño lanzó su piedra en el primer cuadrado. Se volvió hacia Dylan y sus ojos se encontraron con los suyos.

—Espero que no te importe que lo haya traído aquí —dijo Dylan.

Con el ceño fruncido, Helen respondió:

—¿Por qué debería importarme?

Dylan jugueteó con las riendas de su caballo y luego la miró directamente a los ojos.

—Estará aquí unos días.

No se lo esperaba.

—¿Por qué?

Su mirada se desvió.

—Necesita estar lejos de los Smiths por un tiempo.

Ella trató de leer su expresión, pero él ocultaba demasiado bien sus pensamientos.

—¿Le ha pasado algo?

Dylan volvió su atención a Harry y Emily, y parecía que estaba viendo algo que Helen no veía.

—Es un buen trabajador y puedo aprovechar su ayuda.

No fue una respuesta, pero reprimió su enfado.

—¿Dónde dormirá?

—Puede compartir el granero conmigo. ¿Tienes una manta de repuesto?

—Sí. Te traeré un par. Las noches pueden ser frescas.

—Gracias.

—Es un buen chico. —Helen se metió las manos en los bolsillos —. Hace una hora he tenido dos visitas.

Dylan hizo una pausa mientras aflojaba la cincha de la silla de montar.

—¿Quiénes?

—La viuda y el hijo de Matt Fleming.

Los labios de Dylan se fruncieron en un ceño.

—¿Te dijeron que hablé con ellos esta tarde?

Ella asintió.

—No les hizo mucha gracia.

—No quería decir...

Ella levantó la barbilla.

—Me alegro de que lo hicieras. Están tan seguros de que mi padre era un asesino que no escuchan a nadie que diga lo contrario. —Hizo una pausa—. La señora Fleming dijo que si no dejábamos de hacer preguntas y de sacar a relucir el asesinato, me arrepentiría.

—¿Te amenazó?

—A mí me lo pareció.

Dylan se mordió la mejilla, con una expresión pensativa y furiosa a la vez.

—A mí me parece que está tratando de ocultar algo.

Helen se apartó un mechón de pelo de detrás de la oreja.

—Eso mismo pensé yo. Pero, ¿por qué iba a matar a su marido?

—¿Cómo lo mataron?

—Lo apuñalaron.

—¿Cuánto medía?

—Casi tanto como tú, pero era más corpulento.

Dylan sacudió la cabeza.

—Dudo que una mujer del tamaño de la señora Fleming pudiera haberlo hecho. Tal vez fue el hijo y ella lo está protegiendo.

—Entonces el vendedor ambulante también lo está protegiendo. Él es quien juró que mi padre estaba con Fleming poco antes del asesinato.

—El vendedor ambulante es con quien necesito hablar. ¿Cómo se llama?

El pánico se apoderó de Helen. Por mucho que quisiera demostrar la inocencia de su padre, tenía más miedo de que Dylan descubriera que se había acostado con el vendedor ambulante. Le importaba lo que Dylan pensara de ella, más de lo que debería.

—Virgil Lamont. —Decir su nombre en voz alta le dejó un sabor amargo en la boca.

Dylan asintió.

—Eso es. Alguien mencionó su nombre en la ciudad.

—Se ha ido. Se marchó el día después del asesinato.

—Si este Lamont iba a volver para testificar durante el juicio, probablemente le dijo al sheriff cómo localizarle. Los vendedores ambulantes no viajan rápido. Podría encontrarle y volver en un día.

—¿Y de qué serviría eso? Él también te mentiría, y el sheriff no te creería más de lo que me creyó a mí.

—Parece que no quieres demostrar la inocencia de tu padre —dijo Dylan, entrecerrando los ojos.

Helen apartó la mirada, temerosa de que él viera su culpa en sus ojos.

—No sé cómo hablar con él va a ayudar. —La indecisión nubló la expresión de Dylan y ella aprovechó la oportunidad. —tú mismo has dicho que hay mucho que hacer aquí, incluyendo las cosechas que están listas para ser recogidas. Tragó saliva para quitarse la sensación de opresión en la garganta—. Sin el maíz y el trigo, perderé este lugar y no sé cómo voy a mantener a Emily.

Las suaves manos de Dylan en sus brazos eran casi demasiado para soportar, y luchó contra el ardor de las lágrimas.

—Lo entiendo —dijo él en voz baja—. Además, tengo la sensación de que el vendedor ambulante volverá a pasar por aquí muy pronto. Suelen tener unas rutas que siguen.

Aliviada por el respiro que le habían dado, Helen asintió. Él la soltó y se volvió para ocuparse de su caballo.

Privada de su tacto, Helen tembló a pesar del calor del aire vespertino. La reunión con Lamont solo se había retrasado. Si realmente quería limpiar el nombre de su padre, Virgil Lamont era la clave. Pero su humillación se burlaba de ella, haciéndole latir el corazón con el miedo de que él revelara su secreto.

Recobró la compostura y preguntó:

—¿Habéis cenado tú y Harry?

Dylan quitó la silla de montar del lomo de Smoke.

—Comimos en el pueblo. Harry nunca había comido en un restaurante.

Aunque el cariño en su voz no la sorprendió, por un momento envidió a Harry. Tener el afecto de Dylan era algo en lo que no se atrevía a pensar. Sería demasiado fácil permitirle que se apoderara de su vida, hacer con ella lo que quisiera. Ya había cometido ese error dos veces.

Dylan llevó su silla de montar al granero, dejando a Helen sola e insegura de qué hacer. Inquieta, regresó al porche y se sentó a ver jugar a los niños. Aunque Harry era unos años mayor que Emily, parecía disfrutar de su juego.

Helen se había prometido a sí misma ser independiente y libre del control de un hombre. Sin embargo, esa promesa no estaba exenta de costes. Emily no tendría hermanos o hermanas con los que jugar, lo que le daría la misma infancia solitaria que Helen había experimentado.

Dylan salió del granero y llevó a Smoke al corral. Le dolía el pecho, pero Helen no podía saber si su dolor era por Emily o por sí misma.



Dylan se despertó temprano por costumbre y se acostó en su saco de dormir escuchando los ronquidos silenciosos que venían del compartimento de al lado, donde dormía Harry. La emoción de alojarse en un granero lo había mantenido despierto mucho después de que debería haber dormido. El propio Dylan estaba algo aturdido después de responder a las interminables preguntas del niño hasta altas horas de la noche.

Se levantó de la cama y se puso los pantalones y las botas. Pensó en quedarse sin camisa, pero después de que Helen lo sorprendiera una mañana, decidió no arriesgarse. La marca en su omóplato provocaría demasiadas preguntas que no quería responder.

Dejando la camisa desabrochada, cogió la maquinilla de afeitar y salió del granero. El aire húmedo le golpeó como una pared. Las nubes con el vientre gris llenaban el cielo, proyectando una palidez enfermiza sobre la tierra. Pero detrás de ellas había una amplia franja de cielo azul, indicio de que las nubes pasarían y traerían otro día caluroso.

Se dirigió al pozo y llenó el cubo. Mientras se afeitaba mecánicamente, Dylan contempló los campos más allá del pasto. Helen tenía razón en que era hora de empezar a cosechar. El trigo ondeaba con la brisa ligera, creando un ondulante río de oro. Los tallos de maíz cercanos eran altos y verdes y parecían cargados de mazorcas. Era hora de comenzar la laboriosa tarea de cortar el trigo y recoger el maíz.

Mientras se limpiaba la cara después de afeitarse, Helen salió al porche. Incluso desde donde estaba, se dio cuenta de que no se encontraba bien otra vez. Entrecerró los ojos contra el cielo gris apagado y su boca formó una línea de labios delgados. Sospechó que su botella de whisky estaba más vacía de lo que había estado el día anterior. Decepcionado, dio media vuelta y regresó al granero.

Si quería destruir su vida con el licor, ¿quién era él para detenerla? Pero, ¿qué pasaría con Emily? ¿Qué le pasaría a ella? ¿No sabía Helen lo mucho que se estaba arriesgando? Sabía de primera mano que beber nunca solucionaba nada y, lo más probable, era que trajera nuevos problemas, *incluso peores.*

Quizás si hablaba con ella, fingía que su vida era la de otra persona y le contaba cómo el whisky casi lo destruye.

Harry se sentó en su saco de dormir, relegando las preocupaciones de Dylan a un segundo plano.

—Buenos días, Harry —dijo Dylan.

El chico parpadeó en su dirección y miró a su alrededor como si intentara averiguar por qué estaba durmiendo en un granero. Sin embargo, solo tardó unos momentos en reconocerlo.

—Buenos días, Dylan. ¿Ha salido el sol?

—Hace horas —bromeó Dylan—. Arriba, Harry, estás desperdiciando la luz del día.

El chico se tomó en serio sus palabras y se levantó a toda prisa. Se puso su camisa remendada y su mono demasiado corto.

—Puedes lavarte en el pozo antes de desayunar —dijo Dylan.

Helen ya estaba en el corral, ordeñando a Flossie con movimientos mecánicos. Les dedicó una sonrisa poco entusiasta y luego volvió a centrar su atención en la vaca.

Harry se lavó con agua fresca del pozo, mojándose tanto la ropa como la cara y las manos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Harry.

Dylan metió la mano en el cubo de agua y alisó el pelo del niño, que se le erizaba en veinte direcciones diferentes.

—Ahora tenemos que llenar el depósito de agua del corral.

Dylan encontró otro cubo y él y Harry comenzaron el largo proceso de transportar agua desde el pozo hasta el corral.

Disfrutaba de la compañía del niño y la tarea llevó menos tiempo de lo habitual con la ayuda de Harry. Mientras hacían eso, Helen terminó de ordeñar a Flossie y se ocupó de las gallinas y de recoger los huevos.

No les dirigió más que un balbuceante buenos días. Dylan no se atrevía a decir nada más que lo mismo.

Una vez que los animales fueron abreviados, Dylan y Harry inspeccionaron las herramientas agrícolas en el granero. Dylan encontró una guadaña de mango largo que parecía tener al menos veinte años, pero tenía poco óxido y la hoja probablemente había sido afilada el año pasado durante la época de la cosecha. Dylan usó una piedra de afilar para afilarla.

—Va a llevar mucho tiempo cortar el grano, —dijo Harry, mirando la guadaña y sacudiendo la cabeza.

—El Sr. Smith tiene una máquina para cortarlo.

—¿Crees que nos la dejaría tomar prestada?

Harry frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No le gusta la Sra. Morrison.

Dylan ya lo esperaba y se resignó a tener los músculos doloridos y las manos llenas de ampollas durante las próximas dos semanas. Solo esperaba que hubiera suficiente cosecha para darle a Helen los ingresos que necesitaba para pasar el año.

Justo cuando terminó de afilar la guadaña, Helen los llamó para desayunar. Cuando él y Harry llegaron al porche, no había ningún plato y la puerta principal estaba abierta.

Obviamente, confiaba lo suficiente en él como para dejarle entrar en la casa ahora. Dylan hizo pasar al niño delante de él. Emily ya estaba sentada a la mesa, con un trozo de pan en una mano y el tenedor en la otra.

—Hola, Sr. Dylan. Hola, Harry —dijo con una sonrisa pícara en el rostro.

—Buenos días, Srta. Emily —dijo Dylan guiñándole un ojo.

Ella se rió y se metió el trozo de pan en la boca.

—Siéntate —dijo Helen mientras traía una sartén y echaba huevos revueltos en sus platos, que ya contenían patatas fritas y cerdo salado.

También había cereales calientes, pan, mantequilla, miel y manzanas fritas.

Harry miró fijamente el montón de comida que tenía a su alrededor como si no estuviera seguro de que se le permitiera comerla.

—Adelante —instó Dylan al niño.

Harry no necesitó que se lo dijeran dos veces y atacó primero las manzanas fritas.

La comida desapareció rápidamente, y Dylan se levantó y fue a la cocina.

—¿Quieres más? —le preguntó a Helen, sosteniendo la cafetera.

Ella asintió y Dylan llenó su taza y luego la suya y volvió a colocar la cafetera negra sobre la estufa. Se sentó y sorbió, observando a Harry, que estaba comiendo otro trozo de pan con miel.

—Te agradezco que nos dejes comer dentro —le dijo en voz baja a Helen.

Ella jugueteó con el tenedor, lo dejó en el plato y lo volvió a coger.

—Supongo que te has ganado mi confianza.

Él carraspeó para no reírse de su tono de resentimiento.

—Creo que eso fue un cumplido.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Piensa lo que quieras.

Esta vez sí se rió.

—Alguien se levantó con el pie izquierdo. —Su mirada perdió algo de su veneno, pero no desapareció por completo, y Dylan pensó que sería mejor cambiar de tema. Especialmente porque tenía la fuerte corazonada de que no era el lado de la cama, sino demasiado whisky lo que la ponía irritable—. Voy a comprobar el maíz y el trigo para ver si están listos. ¿Te gustaría a ti y a Emily caminar hasta los campos con nosotros?

—Sí. Dame unos minutos para fregar los platos del desayuno y estaremos listas para irnos.

—Puedo echarte una mano —dijo él.

Helen pareció sorprendida por la oferta.

—De acuerdo.

Mientras Emily y Harry se hacían compañía, Dylan y Helen recogían la mesa. Helen lavó los platos en una gran palangana con agua jabonosa y los deslizó en la palangana de enjuague. Dylan los sacó del agua humeante y los secó.

Era una mujer desconcertante, que intrigaba a Dylan con sus diferentes capas. Feroz, protectora y espinosa como un puercoespín loco, pero debajo de eso y de su ropa masculina se escondía la naturaleza apasionada de una mujer. Había sido testigo del poder de su pasión esa noche cuando la vio a través de la ventana, dándose placer. Era una visión que no olvidaría.

Entonces, ¿por qué negaba su feminidad a la luz del día? ¿Por qué ocultaba quién era?

—Parece que sabes lo que es lavar platos sucios —comentó Helen.

Dylan abrió la boca para decirle que había hecho su parte de las tareas de la cocina mientras estaba en el ejército. De repente, apretó los labios.

—Mi esposa no me dejaba salirse con la suya si no ayudaba —dijo torpemente.

Las manos de Helen se detuvieron.

—Intenté que Nick me ayudara con las tareas del hogar después de que Emily naciera. Se rió de mí. Dijo que ese era mi trabajo y que, como yo no hacía el suyo, él no iba a hacer el mío.

Dylan apretó con fuerza el plato entre sus manos. Cuanto más descubría sobre Nick, más se daba cuenta de lo equivocado que había estado al hacerse su amigo. Dylan debería haber caído en la cuenta de que un hombre con mujer e hijo debería estar en casa con ellos en lugar de frecuentar bares. Pero en aquel momento, Dylan solo había visto a alguien tan desesperado como él por llenar sus horas libres con whisky.

Quizá era un cobarde por no revelar la verdadera razón por la que se había presentado en su granja, pero al menos su cobardía le permitiría ayudarla sin tener que soportar su odio. Y a pesar de lo que dijo sobre Nick, el hombre había sido su marido, y las acciones de Dylan lo habían matado.

Después de secar y guardar la última olla, Helen se puso su sombrero flexible. Dylan acompañó a los niños afuera y Helen se unió a ellos. Las nubes grises habían serpenteado hacia el oeste, dejando a su paso un cielo azul nítido y el calor del sol cayendo sobre ellos, tal como había calculado Dylan.

Emily estornudó una vez, y luego otra.

—Puaj —dijo Harry, alejándose de ella. Dylan miró a Helen con interrogación.

—Le dan estornudos en esta época del año —dijo Helen encogiéndose de hombros—. Ven, Emily. Vamos a dar un paseo.

La niña la tomó de la mano e intentó agarrar la de Harry con la otra, pero el niño retrocedió. Dylan sonrió para sus adentros. Harry jugaba con ranas y serpientes, pero no tocaba la mano de alguien que acababa de estornudar.

Caminaron cuatro en línea recta por el camino, y cuando Helen se desvió hacia los campos, Dylan y Harry caminaron detrás de ella y su hija. Aunque sabía que Helen no se encontraba muy bien esa mañana, ella no dejó que eso ralentizara su ritmo. Él trató de no fijarse en el balanceo de sus caderas enfundadas en pantalones de montar o en el movimiento pendular de su larga coleta a través de su espalda. El sol brillaba en su cabello pelirrojo, creando una cascada de fuego y oro.

¿Qué tenía ella que le atraía tanto? Era descarada y testaruda. Se vestía y caminaba como un hombre. Ponía a prueba su paciencia todos los días.

Mentalmente, sacudió la cabeza. Sabía lo que era la lujuria simple, y había algo más que eso. Quizá fueron los destellos de vulnerabilidad en sus ojos lo que suavizó sus sentimientos hacia ella. O tal vez fue su obvio amor y paciencia con su hija. O podría ser su maldito orgullo lo que tanto le irritaba y le hacía respetar su valor.

El porqué no importaba. La tentación persistía. No podía ignorarla, pero tampoco podía actuar en consecuencia. Echó un vistazo a Harry y se alegró de que el chico estuviera allí para distraerlo.

Se detuvieron en una esquina donde el maíz se unía al trigo. Los tallos de maíz eran tan altos como Dylan, y su suposición anterior de que estaban llenos de mazorcas de maíz resultó ser correcta.

Dylan cogió una mazorca y tiró de la cáscara, apartando las sedosas borlas. Los granos eran de color amarillo pálido y estaban llenos en la mazorca. Helen se inclinó sobre su brazo para echar un vistazo, su aliento calentándole la piel.

—El maíz está casi listo —dijo.

Dylan asintió y soltó la mazorca, alejándose de ella.

—Otra semana y será el momento de recogerlo.

Se inclinó y tocó las cabezas de trigo regordetas, encontrándolas secas y listas para la cosecha.

—Yo también puedo poner de mi parte —dijo Helen con firmeza—. De niña recogía maíz y ataba los tallos de trigo.

—Va a hacer falta sudar mucho.

—Ya he sudado. Lo que necesito es dinero.

Dylan se rió entre dientes.

—Y deberías conseguirlo si podemos cosechar todo esto. —Se puso serio—. Tendremos que empezar a cortar y atar el trigo, y luego, mientras se secan las gavillas, recogeremos el maíz.

La expresión de Helen era sombría pero decidida.

—Lo conseguiremos

—Ahora mismo, volvamos y consigamos lo que necesitamos para empezar a trabajar, —dijo Dylan—. Va a ser el primero de una serie de largos días.

14

Helen se enderezó y reprimió un gemido cuando su columna vertebral se le dobló en tres puntos distintos. Miró a Dylan, impresionada de nuevo por su fuerza y resistencia. Durante el largo día, había blandido la guadaña en amplios arcos, dejando caer el grano en la cuna y colocándolo en una hilera, que ella barría en montones. Detrás de ella, Harry retorcía los tallos en manojos. El chico parecía tan miserable bajo el sol ardiente como ella.

Emily era la única que no trabajaba. Estaba sentada bajo el árbol más cercano con su muñeca, pero su juego parecía aburrido. Lo más probable era que estuviera un poco indispuesta. Helen no la habría traído, pero la niña era demasiado pequeña para dejarla sola.

Dylan se detuvo y se apoyó en el mango de la guadaña. La parte trasera de su camisa estaba empapada de sudor y se quitó el sombrero para secarse la humedad de la frente y la base del cuello.

—Está a punto de ponerse el sol —dijo Helen, alzando la voz para que la oyeran—. Ya hemos trabajado suficiente por hoy.

Harry se puso de pie a toda prisa, con el rostro enrojecido a pesar del sombrero de ala ancha que ella le había encontrado para que se lo pusiera. La anticipación en su expresión le dijo a Helen que estaba listo para dar por terminado el día.

—Vete tú. Quiero terminar esta hilera antes de dejarlo. —Dylan siguió moviendo la guadaña de un lado a otro, y el grano caía de manera más uniforme que cuando había comenzado esa mañana.

Helen se permitió admirar el juego de músculos en su espalda y brazos mientras trabajaba. No era un hombre grande, aunque era más alto de lo que había sido su marido. Sin embargo, donde Nick había sido delgado, Dylan era esbelto y musculoso. Recordaba fácilmente la visión de su vientre plano de cuando había ido al pozo con la camisa desabrochada. En ese momento, había tenido dificultades para apartar la mirada, para negar su anhelo.

Harry suspiró y volvió a arrodillarse para seguir enrollando la paja en manojos. A su espalda, a intervalos de tres metros, había montones de cinco o seis manojos, con las espigas de trigo hacia arriba para que se secaran. Todos habían trabajado duro, pero cincuenta acres era una gran cantidad para que un solo hombre los cortara a mano.

Sin embargo, sin la ayuda de Dylan, ella no habría cortado ni siquiera este acre. Su llegada había sido una bendición cuando Helen estaba a punto de renunciar a las bendiciones. Aunque solo recibía alojamiento y comida como paga, Dylan nunca terminaba temprano una jornada laboral. Incluso ahora, cuando sabía que debía estar exhausto, acalorado y dolorido, él seguía trabajando.

Se prometió a sí misma que, una vez vendido el trigo y el maíz, le daría a Dylan una parte del dinero. Se lo había ganado con creces.

Suspirando, Helen se dirigió hacia Emily con el rastrillo en la mano. Al pasar junto a Harry, le tocó el hombro.

—Ven a casa y ayúdame con la cena.

La mirada de Harry se dirigió a Dylan y sus hombros se enderezaron, perdiendo su encorvamiento.

—Me quedaré con Dylan.

Helen sonrió suavemente, esperando su respuesta.

—Asegúrate de no trabajar por mucho más tiempo. El trigo seguirá aquí por la mañana.

—Sí, señora.

Helen cogió a Emily y regresaron a la cabaña. Helen tenía dolor en lugares que no sabía que podían doler y sabía que sería peor al día siguiente. Estaba agradecida de que su dolor de cabeza finalmente hubiera desaparecido alrededor del mediodía, dejándola solo con el cansancio del trabajo y el calor del sol.

¿Por qué había cedido al whisky anoche? Porque no había podido apagar los recuerdos, entonces parecía una buena razón, pero ahora no.

Al llegar a la cabaña, Emily fue inmediatamente al dormitorio y se tumbó. Preocupada, Helen se sentó en el borde de la cama y apoyó una palma en la frente de su hija. Estaba caliente, pero eso se debía a haber estado todo el día fuera.

—¿Estás enferma, cariño? —le preguntó a Emily.

Emily apartó la mano de su madre de su frente y murmuró:

—Estoy cansada. —Se puso de lado y cerró los ojos, abrazando su muñeca contra su pecho.

Helen la miró fijamente, tratando de determinar si su hija estaba enferma o, como ella decía, simplemente cansada. Emily se había quedado despierta hasta más tarde de lo habitual anoche, jugando con Harry. Eso podría explicar su cansancio de hoy.

Si Emily solo necesitaba dormir, mañana estaría mejor. Si no era así, Helen decidiría qué hacer. Esperaba no tener que tomar esa decisión.



POR pura fuerza de voluntad, Dylan logró balancear la guadaña una vez más. El último trigo de la hilera cayó. Bajó los brazos, incapaz de sostener la herramienta un segundo más.

Inclinó la cabeza, sin saber si sería capaz de volver a levantarla. No recordaba haber estado tan agotado como en ese momento. Le dolían los brazos y los hombros, así como las piernas y los costados. La idea de caminar de regreso a la cabaña le provocó una punzada de aprensión: no creía poder moverse ni una pulgada.

—Dylan, ¿estás bien?

La pregunta de Harry le dio un subidón de energía y Dylan consiguió levantar la cabeza y cambiar de postura para encontrarse con el rostro preocupado del chico.

—Estoy bien, Harry —respondió—. Solo estoy cansado.

Harry asintió y se quitó el sombrero. Su cabello, empapado de sudor, estaba pegado a su cuero cabelludo.

—Yo también. —Se volvió y señaló los muchos montones de trigo detrás de ellos—. Pero hice muchas cosas, ¿verdad, Dylan?

A pesar de su agotamiento, Dylan sonrió.

—Lo has hecho muy bien, Harry. Muy bien.

El niño pareció inflarse de orgullo. Harry tenía derecho a estar orgulloso de lo que había hecho. Dylan le había dicho más de una vez que no tenía que trabajar todo el día, pero el joven insistía en que si Dylan trabajaba, él también trabajaría.

El estómago de Harry gruñó.

—Podría comerme un caballo.

Dylan fingió fruncir el ceño.

—No creo que a Smoke le guste demasiado esa idea.

Harry se rió, y el sonido infantil se aferró a algo dentro de Dylan. Era la primera vez que oía al niño reír con auténtica diversión.

Con la garganta extrañamente apretada, Dylan puso su brazo libre alrededor de los hombros del niño.

—¿Qué te parece si nos damos un chapuzón en el estanque antes de volver a casa?

Harry sonrió como respuesta.

A pesar de su abrumador cansancio, Dylan logró caminar hasta el estanque y quitarse los calzoncillos antes de saltar al agua. El agua fría lo refrescó, y él y Harry se salpicaron mutuamente, riéndose y lavándose al mismo tiempo. Dylan se alegró de haber sugerido el estanque, aunque solo hubiera tenido la intención de complacer a Harry. El dolor persistía, pero no parecía tan abrumador, y ya no estaba tan exhausto.

El atardecer se desvanecía en el crepúsculo cuando salieron del estanque y regresaron a la granja, llevando su ropa y vistiendo solo sus sombreros y calzones. Cuando llegaron al granero, ya se habían secado con el aire cálido.

Dejando su ropa maloliente en el poste del corral, se pusieron ropa limpia.

Cuando se acercaron al porche, Helen abrió la puerta de par en par.

—Me preguntaba cuándo llegaríais vosotros dos.

—Fuimos a nadar —dijo Harry—. Dylan y yo apestábamos terriblemente, así que pensamos que sería mejor lavarnos.

Helen miró a Dylan, y él asintió en señal de confirmación.

—Una mofeta olía realmente dulce en comparación con nosotros. Espero que no os hayamos hecho esperar —dijo.

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa divertida en las comisuras de los labios.

—No. Solo me preguntaba cuándo ibas a volver del campo.

—Terminé esa hilera, y Harry terminó de empaquetar todo el grano que habías rastrillado. —Miró al chico con orgullo—. Has conseguido un buen jornalero con él, Helen.

—Creo que tengo a los dos mejores jornaleros de Texas, —dijo ella—. Entra. Sé que tienes que tener hambre.

Sorprendido por sus elogios, Dylan la siguió y entró con Harry. No vio a la hija de Helen sentada a la mesa.

—¿Dónde está Emily?

—Durmiendo. —Un toque de inquietud se apoderó de su expresión —. Cuando volvimos, se tumbó y se quedó dormida. No se ha movido desde entonces.

—¿Está indispuesta?

—No estoy segura. Si mañana sigue tan cansada, la mantendré en casa todo el día. —Se mordió el labio inferior—. Entonces no podré ayudar en el campo.

—No te preocupes por eso. Emily es más importante.

Parpadeó varias veces, como si estuviera conteniendo las lágrimas, y su sonrisa era temblorosa.

—Sí, lo es.

Reconociendo su agradecimiento avergonzado, hizo ademán de olfatear.

—Algo huele bien.

—Pollo frito —adivinó Harry.

—¿Has sacrificado a una de tus gallinas? —preguntó Dylan, sorprendido.

—Era una vieja que ya no ponía huevos. Pensé que sería una buena comida después de todo el trabajo de hoy —explicó Helen.

Además de pollo frito, había salsa, patatas, guisantes hervidos, zanahorias y judías con mantequilla derretida por encima, quimbombó frito, manzanas al horno con miel y pan con mantequilla. Helen trajo tres vasos a la mesa y puso uno en cada uno de sus sitios.

—Pensé que todos preferiríais un poco de suero de leche para variar.

Conmovido por su consideración, aunque sabía que ella también estaba cansada, Dylan se sumergió en el banquete. Todos habían abierto el apetito trabajando en el campo y nadie habló mientras comían.

Dylan usó el último trozo de su pan para mojar la salsa y la mantequilla derretida de su plato. Se lo metió en la boca y apartó su plato vacío.

—Gracias, Helen. Estaba muy bueno. —Golpeó ligeramente a Harry con el codo.

—Eh, gracias, señora Morrison. Nunca he comido tanta comida tan buena —dijo el chico, con el rostro sonrojado.

Helen sonrió.

—Es agradable cocinar para hombres que lo aprecian. —Su expresión vaciló y se encogió de hombros—. Mi marido nunca lo hizo.

—Era un tonto, Helen —dijo Dylan, y lo decía en serio.

Ella miró fijamente la mesa.

—Fui una tonta por casarme con él. Tenía tantas ganas de alejarme de Land Creek que estaba dispuesta a aceptar la oferta del primer hombre que se me presentara.

Dylan no sabía muy bien cómo responder.

—No es que me arrepienta. Me volvería a casar con él incluso sabiendo lo que sé ahora, con tal de tener a Emily.

—Es una chica afortunada.

—Sí. Tiene a su madre —dijo Harry en voz baja.

Helen extendió la mano y puso la suya sobre la del chico.

—Quiero que sepas que siempre serás bienvenido aquí, Harry. Incluso después de que Dylan se vaya, puedes venir cuando quieras.

Harry abrió mucho los ojos y su mirada alarmada buscó a Dylan.

—¿Te vas?

—No por un tiempo —aseguró Dylan—. Le prometí a la señora Morrison que la ayudaría a recoger la cosecha.

Aunque Harry pareció aceptarlo, su expresión preocupada le dijo a Dylan que todavía estaba molesto.

—Mañana nos espera otro largo día —dijo Dylan—. Será mejor que durmamos un poco. Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

Harry hizo lo mismo de mala gana.

—Buenas noches —le dijo Dylan a Helen.

Harry murmuró algo que sonaba igual y salió de la cabaña. Cuando Dylan salió por la puerta, Helen lo agarró del brazo. Él se detuvo y ella lo soltó.

—No se me da muy bien dar las gracias a la gente, y sé que no sé expresarme muy bien. La mayoría de las veces probablemente parezca enfadada y tal vez egoísta, pero quiero que sepas que realmente aprecio todo lo que has hecho, Dylan. Trabajas más duro que nadie que haya conocido, y ni siquiera te pagan por ello. —Sus palabras salían disparadas, como si temiera no poder pronunciarlas lo suficientemente rápido.

Dylan levantó una mano. Si ella supiera la verdadera razón por la que él estaba allí, no sería tan libre con sus elogios.

—Acepté trabajar a cambio de alojamiento y comida, y tú has cumplido tu parte del trato. Lo menos que puedo hacer es cumplir la mía. —Le cogió la barbilla con las manos y le acarició la suave mejilla con el pulgar—. Nunca te disculpes ante mí ni ante nadie por ser quien eres, Helen Morrison.

Sus ojos brillaron con humedad mientras asentía con brusquedad.

Incapaz de controlar sus sentimientos por ella, Dylan se inclinó hacia delante y rozó sus labios con los de ella en su mejilla sedosa.

—Buenas noches, Helen.

Se dio la vuelta y salió apresuradamente antes de perder la batalla por tomarla en sus brazos y besarla como ella merecía ser besada. De la forma en que él quería besarla.



A pesar del linimento que se había untado en los brazos y los hombros antes de quedarse dormido, Dylan apenas podía moverse a la mañana siguiente. Levantó los brazos, sintiendo las extremidades diez veces más pesadas de lo habitual. Y cuando finalmente logró ponerse de pie, se tambaleó como un anciano.

Tardó el doble de tiempo en vestirse, y pronunció algunas maldiciones en voz baja. Cuando se puso las botas, sus músculos se estaban relajando. En el pozo, se lavó y se afeitó. Le sorprendió que Helen aún no se hubiera levantado y esperaba que no fuera porque se había emborrachado hasta quedarse dormida.

Cuando regresó al granero, decidió dejar que Harry durmiera hasta que el desayuno estuviera listo. El pobre chico se había quedado dormido en cuanto se había echado en el saco de dormir.

Dylan llevó cubos de agua al ganado y sus músculos perdieron la mayor parte de la tensión que le quedaba. Sin señales aún de Helen, ordeñó la vaca y llevó el cubo al porche. Apoyó una oreja contra la puerta y oyó el sonido de la tos y la voz baja de Helen, aunque no pudo entender lo que decía. Un escalofrío de aprensión le recorrió la columna vertebral.

Llamó a la puerta.

—Helen, ¿estás despierta?

Esperó impaciente y levantó la mano para golpear más fuerte esta vez, pero el sonido de unos pasos lo detuvo. La puerta se abrió y Helen se paró en la entrada, vestida con su habitual camisa y

calzones demasiado grandes. Sin embargo, su cabello estaba suelto y caía alrededor de sus hombros y sobre sus pechos como una cascada. Pero la mirada de pánico en sus ojos le robó la atención.

—¿Es Emily? —preguntó Dylan. El bienestar de la niña era lo único que podía poner tan nerviosa a Helen.

Le caían mechones de pelo por la cara mientras asentía y se los apartaba.

—Sí. Está ardiendo y empezó a toser un poco después de medianoche. —Se retorció las manos—. No sé qué hacer.

—¿Hay algún médico en la ciudad?

—El Dr. Wickberg.

—Iré a la ciudad a buscarlo. ¿Estará bien hasta que volvamos?

Sus ojos verdes parecían enormes y atormentados, y sus pecas resaltaban en su pálido rostro.

—Sí. Por favor, date prisa.

Dylan le agarró de los brazos, obligándola a mirarlo a los ojos.

—Todo irá bien. Mantén la calma y haz que Emily esté cómoda.

Emily tosió desde el dormitorio y Helen se giró hacia el sonido. Dylan la sacudió, atrayendo su atención de nuevo hacia él.

—¿Has oído lo que he dicho, Helen?

Ella asintió con brusquedad.

—Sí.

—Recuerda, mantén la calma, o Emily se dará cuenta de tu miedo y no quieres eso, ¿verdad?

Helen se recompuso visiblemente y su expresión se volvió resuelta.

—No. Me aseguraré de que se quede cómoda.

—Buena chica. Enviaré a Harry arriba.

—No, no lo hagas. —Ella le agarró las manos, y sus dedos estaban helados—. Si Emily tiene alguna enfermedad contagiosa, no quiero que él la contraiga.

El hecho de que Helen también estuviera en peligro ni siquiera se le ocurrió, y no habría ninguna diferencia si lo hubiera hecho.

—Le diré que se mantenga alejado de la casa. —Dylan se alejó de ella—. Volveré tan pronto como pueda.

Cruzó el patio corriendo hasta el granero y se inclinó sobre el niño dormido.

—Despierta, Harry.

El niño parpadeó con ojos entornados.

—¿Qué?

—Emily está enferma y tengo que ir al pueblo a buscar al médico.

Harry se frotó los ojos para despertarse.

—¿Está enferma?

—Sí. No te acerques a la casa, pero quizá puedas recoger los huevos y dar de comer a las gallinas.

—De acuerdo.

—Volveré en cuanto pueda.

Dylan ensilló a Smoke y la hizo galopar. Tardó menos de diez minutos en llegar a Land Creek, y a Dylan le llevó unos minutos más localizar la casa del médico. Dylan dio un tirón a las riendas de Smoke cuando llegó frente a la casa y se bajó de la silla antes de que ella se detuviera. Dio los tres pasos de un salto, casi golpeándose la cabeza con el letrero colgado que decía «Dr. Nathan Wickberg», y golpeó la puerta, jadeando como si hubiera corrido toda la distancia hasta la ciudad.

Nadie respondió y él golpeó la puerta con la palma de la mano.

—Espere, espere, —se oyó un gruñido desde el interior de la casa.

Dylan apretó y soltó las manos a los lados. Finalmente, un hombre de mediana edad con patillas de chivo abrió la puerta.

—La hija de la señora Morrison está enferma, —dijo Dylan—. Tiene mucha fiebre y tos fuerte.

El Dr. Wickberg se enganchó los tirantes a los hombros.

—La nieta de John.

—Sí. —Dylan entrecerró los ojos—. ¿Es eso un problema?

—No, en absoluto. Me caía bien John... cuando estaba sobrio. Deme un minuto para coger mi bolsa y decirle a mi mujer adónde voy. Mi calesa está en la parte de atrás, si pudiera engancharlo.

Dylan asintió y corrió a hacer lo que le pedía el médico. El Dr. Wickberg se unió a él justo cuando Dylan terminaba de enganchar el caballo del hombre al carruaje.

—Gracias, hijo. —El Dr. Wickberg se subió al asiento y golpeó las riendas contra la grupa del caballo.

Dylan regresó apresuradamente a donde había dejado a Smoke y alcanzó al médico. Recorrieron la corta distancia en silencio. Dylan rezaba para que la enfermedad de Emily no fuera grave, pero el recuerdo de la pálida y temerosa Helen le hizo retorcerse las tripas. Si Helen perdía a su pequeña, Dylan sospechaba que perdería interés en todo, incluida su propia vida.

Harry se reunió con ellos frente a la cabaña, su expresión seria revelaba su inquietud.

—Hola, Harry —saludó el Dr. Wickberg al niño.

—¿Va a ayudar a Emily, Dr. Wickberg? —La esperanza en el rostro de Harry le dijo a Dylan lo asustado que estaba por la niña.

—Haré todo lo que pueda —aseguró el médico. Le dio una palmada en el hombro a Harry y entró apresuradamente en la casa, con su maletín médico en la mano.

Las rodillas de Dylan temblaban y se dejó caer en el escalón del porche. Hasta ahora no había tenido tiempo de tener miedo. Aunque solo conocía a Emily desde hacía poco, se preocupaba mucho por ella. Recordaba sus risitas y se imaginaba el brillo travieso en sus ojos cuando estaba a punto de hacer algo que no debía.

Harry se sentó junto a Dylan.

—¿Se va a poner bien?

Dylan quería decirle que Emily estaría como nueva en un día o dos, pero no pudo.

—No lo sé. No la vi, pero la Sra. Morrison dijo que estaba muy enferma.

Harry se acercó a Dylan y el hombre mayor puso su brazo alrededor de los delgados hombros del niño.

—No quiero que muera como hicieron mi mamá y mi papá.

El corazón de Dylan se le atragantó y tragó saliva antes de hablar.

—Haremos todo lo posible para ayudarla.

Se quedaron sentados en silencio, escuchando murmullos desde la cabaña, pero sin poder distinguir las palabras.

—¿Tienes mamá y papá? —preguntó Harry en voz baja.

—No. Murieron hace mucho tiempo. Cuando yo tenía tu edad.

—¿Tenías hermanos o hermanas?

El dolor sordo en el pecho de Dylan regresó.

—Sí. Dos hermanos.

Harry apoyó la cabeza contra Dylan.

—Ojalá fueras mi hermano.

Dylan abrazó al niño más fuerte y deseó ser digno de ser el hermano de Harry. Respiró hondo y soltó al niño.

—Voy a llevar a Smoke al corral. ¿Por qué no le das agua al caballo del doctor?

Harry asintió.

Después de que los caballos fueran atendidos, Dylan y Harry volvieron a su vigilia. Dylan caminaba por el porche mientras Harry tiraba piedras por el camino de tierra.

Era media mañana cuando el Dr. Wickberg finalmente salió con Helen detrás de él.

—Con ese láudano, dormirá unas horas. Siga bañándola con agua fría. Eso le ayudará con la fiebre, —dijo el médico—. Use el láudano solo por la noche para ayudarla a dormir.

Helen, con el rostro pálido pero decidido, asintió.

—Si empeora, avíseme, —dijo el Dr. Wickberg.

—Lo haré, doctor. Gracias, —dijo Helen.

El Dr. Wickberg sonrió paternalmente y le puso una mano en el hombro.

—Usted también descanse, o no podrá ayudar a esa dulce hijita.

Ella esbozó una sonrisa débil.

—Lo intentaré.

El Dr. Wickberg asintió y Dylan lo acompañó hasta su calesa.

—Asegúrese de que Helen duerma un poco, —le dijo el médico en voz baja a Dylan—. Se va a poner enferma si no lo hace.

—Me aseguraré de que lo haga. ¿Qué le pasa a Emily?

—Podría ser un fuerte resfriado. Podría ser la gripe. Mientras la fiebre baje en los próximos días y tosa esa cosa de sus pulmones, tiene muchas posibilidades de recuperarse.

—¿Y si no ocurre eso?

—No construya puentes que quizá no tenga que cruzar, —dijo el Dr. Wickberg con severidad—. Emily es una niña fuerte. Dele una oportunidad.

Avergonzado por su pesimismo, Dylan asintió.

—Gracias por venir, Dr. Wickberg.

—Es mi trabajo, hijo. —Se inclinó y habló en voz baja, solo Dylan podía oírlo—. ¿Qué hace Harry aquí? Creía que se estaba quedando con los Smiths.

—Necesitaba alejarse un tiempo de esa prole, —dijo Dylan, enfadándose a pesar de sí mismo—. Esos gemelos son un par de matones.

—Ahhh, Timmy y Tommy, —dijo el Dr. Wickberg con una mueca de complicidad—. No le hicieron daño a Harry, ¿verdad?

—Esta vez solo algunos moratones. Se lo dijo a la señora Smith, pero ella creyó a sus hijos, que dijeron que no le habían hecho nada.

—Se hace la ciega, puro y simple. —El médico sacudió su canosa cabeza—. Nunca quise que Harry se fuera con los Smith, pero nadie más se interesó por él.

Sé lo que se siente. Dylan apartó los recuerdos.

—Gracias por venir, doctor.

—Vigílelos y asegúrese de venir a buscarme si Emily empeora.

—Lo haré.

Dylan retrocedió cuando el médico condujo su calesa fuera del patio. Se volvió para ver a Harry en el porche, sin que hubiera señales de Helen.

Aunque no eran su familia, Dylan no podía evitar sentirse responsable de ellos. Hacía mucho tiempo que nadie lo necesitaba.

15

Helen no se sorprendió al oír un golpecito poco después de que el Dr. Wickberg se fuera.

—Pasa —llamó suavemente desde la cama de Emily.

Dylan entró en la habitación, quitándose el sombrero al hacerlo. Su mirada se dirigió a Emily.

—¿Cómo está?

Helen se encogió de hombros, luchando contra otro ataque de lágrimas.

—Está durmiendo. El médico dijo que el descanso la ayudará a mejorar.

Él permaneció junto a la puerta, con aspecto de estar incómodo, pero Helen no tuvo fuerzas para tranquilizarlo.

Dylan se tocó el ala del sombrero.

—Tú también deberías descansar. De lo contrario, no le harás ningún bien a Emily.

—El Dr. Wickberg habló contigo. —No fue una pregunta, pero supo que tenía razón cuando el rostro de Dylan se sonrojó.

—Mencionó que tal vez tuviera que convencerte de que durmieras un poco.

Ella se rió entre dientes.

—Conociendo al Dr. Wickberg, seguro que te ordenó que te aseguraras de que no me agotara.

Dylan sonrió de forma torcida.

—Tal vez lo sugirió con mucha insistencia. —Relajó su postura —. ¿Hace mucho que lo conoces?

—Él me trajo al mundo, —respondió ella—. Mi madre no lo pasó nada bien. De hecho, habría muerto si el Dr. Wickberg no hubiera estado con ella. —Su expresión se volvió seria.

—Pero mi madre no pudo tener más hijos. Sé que mi padre no estaba contento con eso, sobre todo porque quería un hijo.

—¿Fue entonces cuando empezó a beber?

Ella se encogió de hombros.

—Quizá. No recuerdo un momento en el que no tuviera whisky en casa, pero no se puso mal hasta que yo tenía doce o trece años. —Un repentino antojo por el licor del baúl la inundó y luchó contra la tentación. No podía tocar el whisky cuando Emily la necesitaba. Aun así, la tentación persistía.

—El whisky nunca resolvió nada, —dijo Dylan.

Sorprendida, lo miró. ¿Le había leído la mente? ¿Se había enterado de su ocasional trago? ¿Cómo podía? Solo bebía cuando estaba sola en la cabaña por la noche.

La mirada de Dylan se deslizó sobre ella y se posó en un descolorido tapiz de punto de cruz que colgaba sobre la cama.

—Conocí a un tipo que casi nunca bebía whisky. —Su risita sonó forzada—. Ni siquiera le gustaba el sabor. Pero un día sucedió algo, y lo único que le hizo olvidarlo fue el whisky. Empezó a beberlo siempre que no estaba trabajando. Se gastó todo su dinero en ello. Se puso tan mal que un día, en lugar de hacer su trabajo, fue a un bar y bebió hasta emborracharse.

Dylan hizo una pausa y un brillo lejano apareció en sus ojos.

—Mientras estaba borracho, hizo algo estúpido y un hombre murió. —Carraspeó y su mirada volvió al presente—. No ha vuelto a tocar el alcohol desde esa noche.

Helen lo estudió, el dolor en su expresión y la rigidez con la que se mantenía. O ese hombre había sido un buen amigo o era Dylan. Ella sospechaba de lo segundo.

—¿Qué le pasó?

—Lo último que supe es que estaba intentando rehacer su vida.

—Al menos dejó de beber. Mi padre nunca lo hizo.

Una emoción cruzó los rasgos de Dylan.

—Es una buena lección para cualquiera que piense que el whisky puede quitarle los problemas a una persona. Lo único que hace el whisky es enterrar el dolor un poco más profundo, pero el dolor nunca desaparece. Una persona solo tiene que aprender a vivir con él.

La intensidad de su mirada obligó a Helen a apartar la vista. Él sabía que ella bebía, tan seguro como ella sabía que él había causado la muerte de un hombre. Pero ella no era como su padre; nunca sería como él.

Dylan miró a Emily con una expresión amable.

—Hoy me quedaré cerca de la casa, así que si necesitas algo o si quieres que vigile a Emily, estaré aquí.

Ella juntó las manos mientras se le oprimía la garganta. Incluso después de todas las veces que había sido brusca con él y le había hecho comer solo en el porche, Dylan estaba realmente preocupado por Emily... y por ella.

—Te lo agradezco, de verdad, pero Emily probablemente dormirá la mayor parte de la mañana. —Helen se encontró con su mirada compasiva—. Lo que me gustaría es que volvieras a cortar el trigo. —Se aclaró la garganta—. Cuando Emily se sienta mejor, va a necesitar ropa nueva y nosotros necesitaremos comida para el invierno. Y no tendremos eso a menos que el trigo y el maíz se puedan vender.

Helen pensó que podría malinterpretarlo, pensar que estaba más preocupada por la cosecha que Emily, pero Emily era la razón de todo, incluida la cosecha.

—Está bien —asintió Dylan después de unos momentos—. Tiene sentido, pero o Harry o yo vendremos a ver cómo está cada dos horas.

La gratitud la conmovió y asintió sin dudarlo.

Se dio la vuelta para irse, pero Helen le agarró la muñeca.

—¿Podrías vigilar a Emily mientras preparo el desayuno?

—No tienes que...

—Harry y tú no podéis trabajar con el estómago vacío. —Helen se levantó.

Dylan inclinó la cabeza y se sentó en una silla que había junto a la cama. Ella echó un último vistazo al rostro pálido de su hija y contuvo un sollozo. Emily parecía tan indefensa. Helen se alejó para llevar a cabo su tarea.

Dylan la oyó llamar a Harry y pedirle que pusiera la mesa y untara el pan con mantequilla. Le explicó lo que estaba pasando con Emily y también le aseguró que ella estaría bien. Su voz era tranquila, firme y tranquilizadora, pero Dylan sabía que estaba ocultando su miedo a Harry.

Su impresión original de Helen era que le importaban poco los demás, y a menudo su franqueza le irritaba.

Sin embargo, al escuchar sus amables palabras hacia Harry, no pudo evitar preguntarse qué la hacía tan grosera y desconsiderada a veces. Quizás era la misma razón que la hacía recurrir al whisky.

—El desayuno está listo.

Sorprendido por la voz de Harry, se volvió para ver al niño de pie en la puerta, vacilante. Harry miró a Emily y luego apartó la mirada, como si temiera hacerle daño con solo mirarla.

—Está durmiendo —dijo Dylan en voz baja.

Harry asintió y salió corriendo de la habitación.

Dylan acarició la cálida mejilla de Emily.

—Estaremos cerca —susurró a la chica dormida.

Se levantó y se unió a Harry en la mesa.

—Sigue durmiendo —le dijo Dylan a Helen.

Llevó sus platos llenos a la mesa y luego se dirigió al dormitorio.

—Tú también tienes que comer, Helen —le recordó Dylan.

—No tengo hambre. —Su tono no dejaba lugar a discusión, y desapareció en el pequeño dormitorio para sentarse con su hija.

Dylan se obligó a comer y miró a Harry, que simplemente estaba moviendo la comida con el tenedor.

—Será mejor que comas, Harry —dijo Dylan—. Trabajaremos en el campo el resto del día. —De repente se dio cuenta de que estaba tratando a Harry como a un esclavo en lugar de como a un invitado. —Aunque no tienes que ir al campo conmigo. No quiero que pienses que te he traído aquí solo para trabajar.

—Me gusta trabajar contigo.

La sencilla declaración de Harry conmovió a Dylan, que le sonrió cálidamente al chico.

—A mí también me gusta trabajar contigo.

Harry sonrió ampliamente y se metió la comida en la boca.

Cuando terminó de comer, Dylan entró en el dormitorio y encontró a Helen mirando a su hija como si pudiera desaparecer en cualquier momento. La vulnerabilidad que vio en la mujer lo conmovió. Helen siempre había estado tan segura de sí misma, pero bajo ese escudo se encontraba el tierno corazón de una mujer.

—Se pondrá bien, Helen, —aseguró él.

Sus labios temblaron y ella apretó los puños.

—Me lo repito una y otra vez, pero es muy duro verla así.

Dylan se sentó a su lado en la cama y la abrazó.

—Lo sé, pero no puedes hacer nada más.

Ella se recostó contra él, apoyando la cabeza en su hombro.

—Esto no debe de ser fácil para ti, no después de perder a tu esposa y a tu bebé. Lo siento.

No sabía si ella sentía que él hubiera perdido a su familia o que tuviera que ver a Emily de esa manera. De cualquier manera, no sentía que estuviera aquí por ellos.

—Lo único que importa ahora es Emily. Solo concéntrate en hacer lo que dijo el Dr. Wickberg.

Ella asintió contra él.

—Lo intentaré.

A pesar de las circunstancias, Dylan saboreó la sensación de su cuerpo contra el suyo. Ella estaba caliente, y sus suaves curvas se ajustaban a su delgada dureza. Hacía mucho tiempo que no abrazaba a una mujer para ofrecerle consuelo y no como preludio para ganar tiempo.

—Estoy listo, Dylan —dijo Harry, de pie en la puerta.

Helen se apartó de él.

—¿Por qué no sales y llenas un cubo de agua para llevárnoslo? —sugirió Dylan a Harry.

El chico se fue a realizar la tarea.

—Vendremos a ver cómo estás cada dos horas —dijo Dylan.

—Estaremos bien.

Sonrió ante la típica respuesta de Helen.

—Lo sé.

Dylan llevó la guadaña y el cubo de agua, dejando que Harry trajera el rastrillo. Una vez en el campo, cayeron en una rutina.

Dylan balanceaba la guadaña hacia adelante y hacia atrás mientras Harry rastrillaba las hileras en montones detrás de él. Luego, una vez cortada una hilera, tanto Dylan como Harry ataban los tallos y los colocaban a secar.

Cerca de la hora de la comida, Dylan envió a Harry de vuelta a la cabaña para ver cómo iban las cosas. El chico regresó media hora después con pan con mantequilla, manzanas secas, pepinillos y huevos duros. Comieron la sencilla comida y volvieron al trabajo. Cuando llegó media tarde, Dylan hizo que Harry se sentara a la sombra de un árbol mientras él corría de vuelta a la cabaña.

—¿Helen? —llamó Dylan en voz baja desde la puerta abierta.

—Entra.

Dylan entró en el dormitorio y encontró a Emily despierta, pero obviamente no se encontraba bien. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando, y la cara enrojecida por la fiebre.

—Hola, Emily —dijo Dylan, sonriendo a la niña.

La sonrisa de Emily no era la de siempre, pero fue suficiente para aliviar a Dylan.

—Hola, Sr. Dylan. ¿Dónde está Harry?

—Trabajando en el campo. Me dijo que te dijera hola.

Emily tosió y el sudor cubrió su rostro. Helen humedeció un paño en una cacerola con agua y le limpió suavemente la humedad. La niña cerró los ojos.

—¿Cómo va por el campo? —preguntó Helen, pero Dylan no sabía si era porque estaba interesada o simplemente no quería hablar sobre el estado de Emily delante de la chica.

—Hacemos una hilera cada vez. Será mejor que vuelva ahí fuera, —dijo.

Emily abrió los ojos.

—¿Puedo ir?

Dylan se inclinó sobre la niña.

—Hoy no, pero quizá mañana.

—Odio estar enferma.

—Yo también. —Dylan le puso la mano en la cabeza—. Tu trabajo es ponerte mejor.

—Vale.

Dylan resistió el impulso de besar la cálida frente de la niña. Ella no era su hija y él no tenía derecho a fingir ser su padre. Especialmente porque él era la razón por la que su padre estaba muerto. Ese pensamiento lo hizo retroceder dos pasos.

—Volveremos más tarde —dijo Dylan.

Helen simplemente asintió, y Emily parecía a punto de llorar.

Dylan salió apresuradamente, esperando que su visita no hubiera molestado demasiado a Emily.

El resto del día transcurrió en la monótona rutina de la cosecha. Aunque Dylan trabajó menos horas hoy, estaba más cansado que anoche. Harry y él volvieron a parar en el estanque para bañarse, pero esta vez no se tomaron el tiempo para salpicarse el uno al otro. Simplemente se quitaron el sudor de la piel y regresaron a la cabaña.

Helen no había hecho la cena, pero Dylan se habría sorprendido si lo hubiera hecho. Él y Harry entraron en la silenciosa cabaña de puntillas. Harry se quedó detrás de Dylan mientras se acercaban de puntillas a la puerta del dormitorio. Tanto la madre como la hija estaban dormidas.

El brazo de Helen estaba enroscado alrededor del cuerpo de Emily, sosteniéndola cerca.

El corazón de Dylan dio un vuelco y luego le golpeó las costillas. Aterrado por la emoción que lo estrangulaba, salió de la habitación, casi tropezando con Harry.

—¿Está...? —Harry no pudo terminar su pregunta.

Dylan carraspeó.

—Están durmiendo. Ambas deben estar agotadas.

Harry suspiró aliviado.

—¿Qué te parece si preparamos la cena esta noche? —le preguntó Dylan al niño, con la esperanza de no pensar en Emily.

Él ladeó la cabeza.

—Los hombres no cocinan.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie. Es que nunca he visto a un hombre cocinar.

—Pues te espera un regalo especial. —Dylan esbozó una sonrisa y mantuvo un tono ligero.

Helen y Emily seguían durmiendo mientras Dylan preparaba la cena. Se aseguró de que Harry estuviera siempre ocupado, ya fuera removiendo algo, bombeando agua o poniendo la mesa.

Helen salió del dormitorio cuando Dylan y Harry se sentaron a comer. Dylan se levantó inmediatamente y le llenó un plato.

Ella parpadeó ante la comida y se sonrojó.

—Lo siento. No deberías haber tenido que cocinar tu propia cena.

—No ha sido ningún problema. Harry me ha ayudado.

—Pero...

—Come. —Dylan la guió hasta una silla.

Se sentó y cogió el tenedor, pero no intentó hacer nada con él.

—No está mal —dijo Harry, malinterpretando su vacilación.

Sonrió al chico.

—Estoy segura de que está bueno. Pero es que no tengo mucho apetito.

—No importa si tienes o no tienes hambre. Tienes que comer —dijo Dylan con firmeza—. Emily depende de ti.

Sus palabras parecieron penetrar en su preocupación, y Helen probó un poco de la crema de guisantes y patatas. Abrió mucho los ojos.

—Está bueno.

Dylan sonrió para sus adentros mientras fingía una mirada fulminante.

—¿No pensabas que un hombre podía preparar algo que supiera bien?

Las mejillas de ella se sonrojaron.

—Para ser sincera, nunca he conocido a un hombre que cocinara.

—Pensaba que era cosa de mujeres —intervino Harry y se metió otra cucharada en la boca.

Dylan le guiñó un ojo a Harry.

—Si fuera así, un hombre soltero probablemente se moriría de hambre.

—¿Por eso sabes cocinar, porque no estás casado?

El dolor atravesó a Dylan, pero no fue tan agudo como lo habría sido hace un mes.

—En parte es cierto. Pero el hecho es que incluso cociné para mi esposa una o dos veces.

—¿Qué le pasó?

—Murió. —Dylan forzó una sonrisa—. Pero no por mi comida. Ahora come antes de que se enfríe.

Harry lo miró fijamente un momento más y luego se zampó la comida. La mirada de Dylan se cruzó con los ojos compasivos de Helen y rápidamente apartó la vista. Habían pasado casi dos años

desde que perdió a Mary. A veces parecía una eternidad y otras parecía que fuera ayer.

Al mirar el plato de Helen, se alegró de ver que ella también había terminado de comer. Sin embargo, su rostro estaba demasiado pálido y sus ojos rojos e hinchados.

Ella empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

—Yo lavaré los platos.

Dylan se levantó y cogió el plato con la mano.

—Harry y yo nos ocuparemos de ellos. Siéntate y descansa.

La impaciencia familiar brilló en sus rasgos.

—Todo lo que he hecho hoy es estar sentada. Tú y Harry sois los que habéis estado trabajando todo el día.

Intentó quitarle el plato de las manos, pero él no lo soltaba.

—Preocuparse es más duro para una persona que el trabajo honesto, —dijo con suavidad. Estudió la rigidez de sus hombros y la obstinación de su rostro—. No tienes que hacerlo todo tú sola, Helen.

Por un momento, pareció como si no le hubiera escuchado, y luego se derrumbó frente a él.

—No estoy acostumbrada a depender de otras personas.

¿Ni siquiera de tu marido? Pero incluso mientras lo pensaba, sabía la respuesta. Nick Morrison era una mala excusa de marido y padre. Y decía mucho de Dylan que hubiera considerado amigo a ese hijo de puta.

Dejando de lado los remordimientos, Dylan le quitó el plato de la mano a Helen.

—Vamos, Helen.

Ella asintió y regresó al dormitorio para continuar velando a su hija.

—Puedo ayudar —dijo Harry, poniéndose de pie junto al codo de Dylan.

Dylan dejó de pensar en Helen y su marido. Sonrió al chico.

—Esperaba que dijeras eso.

Dylan lavó los platos y Harry los secó. Quince minutos después, lo tenían todo limpio.

Harry se quedó de pie junto a la puerta, con las manos en los bolsillos.

—¿Vamos a quedarnos aquí esta noche?

Helen apareció en la puerta del dormitorio.

—Los dos podéis dormir en el desván.

Ahí es donde Emily y yo solemos dormir.

Sorprendido de que ella le permitiera pasar la noche en la cabaña, Dylan preguntó:

—¿Estás segura?

Aunque su rostro estaba pálido, su asentimiento fue firme.

—Sí. —Respiró hondo—. Confío en ti.

En lugar de satisfacción, Dylan solo sintió culpa. Si ella supiera la verdad, nunca le daría su confianza.



Helen se sobresaltó al despertar. Sintió un fuerte dolor en el cuello y se lo presionó con una mano. Desorientada, se tomó unos momentos para determinar dónde estaba y por qué había estado durmiendo en una silla. Una sola vela ardía, llenando el dormitorio de varios tonos de luz y oscuridad.

Un pequeño resoplido la sobresaltó y se levantó, acercándose al lado de Emily. Apoyó suavemente la palma de la mano en la frente de la niña. Caliente. Demasiado caliente. Emily tosió, un sonido débil pero entrecortado.

Un miedo renovado oprimió la garganta de Helen y un sollozo entrecortado se escapó. Se llevó el puño a la boca, sintió que sus dientes se clavaban en el labio inferior, pero agradeció el dolor. Era más fácil de soportar que la idea de que su hija muriera.

Odiándose a sí misma por su momentáneo desmayo en la desesperación, Helen recuperó la compostura. Cogió la cacerola de agua, ahora tibia, y la llevó hasta la puerta. La arrojó más allá del porche y se detuvo un momento, contemplando el cielo lleno de estrellas. Aunque era una noche cálida, un escalofrío recorrió su piel y se le erizó la piel de los brazos.

Si perdía a Emily...

Una lágrima rodó por su mejilla.

—¿Helen?

Se dio la vuelta. Dylan estaba justo detrás de la puerta, vestido solo con pantalones y una camisa parcialmente abotonada. Su corazón latía con un susto espantoso, incluso cuando recordó que les había permitido a él y a Harry dormir en el desván.

—¿Estás bien? —preguntó Dylan, entrando en el porche.

Ella asintió y carraspeó.

—Me has asustado.

—Lo siento. —Él frunció el ceño y extendió la mano, rozando su mejilla con los dedos—. Estás llorando.

Ella se apartó de su tacto y se pasó la mano por la cara húmeda.

—Se me ha metido algo de tierra en el ojo.

—¿Cómo está Emily? —Dylan obviamente vio a través de su mentira.

—Le ha subido la fiebre. —Ella se deslizó junto a él hacia la cabaña y se apresuró a ir a la bomba para llenar la palangana con agua fresca y fría.

Dylan, con los pies descalzos en silencio sobre el suelo de madera y su cuerpo como una sombra turbia en la tenue cabaña, se unió a ella.

Atrapada en su angustia, Helen accionó la manivela de la bomba hasta que el agua se desbordó de la palangana, devolviéndola al presente. Dejó de bombear y se inclinó sobre la manivela, bajando la cabeza.

—Está ardiendo y también tose más.

El silencio respondió a sus palabras, pero sintió que Dylan se acercaba. Entonces una mano suave se posó sobre su espalda encorvada.

—¿Te dijo qué hacer para la tos?

Helen se obligó a pensar, no a sentir.

—Ponerle paños calientes en el pecho.

Él la agarró por los hombros y la puso en posición vertical con un firme agarre.

—Ve a sentarte con Emily. Calentaré un poco de agua.

Helen asintió, demasiado preocupada y cansada para preocuparse de que Dylan le diera órdenes. En el dormitorio, humedeció un paño y lo puso sobre la frente de Emily. Sentada en el colchón, Helen apartó el fino cabello de su hija de su rostro y trató de no pensar.

Emily tosió con dificultad.

—Shhh, no pasa nada, cariño, —tranquilizó Helen, mientras luchaba contra el pánico que le subía por la garganta.

El ataque continuó y el rostro de Emily se enrojeció mientras las lágrimas escapaban de sus ojos cerrados. Helen abrazó a Emily y le dio unas palmaditas en la espalda, mientras su propio corazón

amenazaba con romperse. Finalmente, Emily se calmó, pero Helen siguió abrazándola y meciéndola.

—Está bien, Helen, —dijo Dylan a su lado—. Ya puedes recostarla.

No podía soltar sus brazos. Un miedo como nunca antes había sentido la invadió por completo. Por asustada que estuviera después de que Nick muriera, dejándola sola para criar a su hija, no se acercaba al terror abyecto que sentía ahora. Emily era la única persona en el mundo a la que amaba y que la amaba a cambio.

—Tenemos que ponerle paños calientes en el pecho, Helen, —dijo Dylan—. Por favor, déjala sobre la cama.

La voz de Dylan sonaba tensa, como si él también estuviera luchando contra sus emociones. Helen se concentró y finalmente relajó sus músculos para bajar a Emily hasta las almohadas levantadas. Necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para soltarla.

Y fue un shock ver los ojos brillantes por la fiebre de Emily abrirse y mirarla fijamente.

—¿Cómo te sientes, cariño? —preguntó Helen, esperando que su hija no oyera el temblor en su voz.

Emily gimió.

—Caliente. Duele.

Helen se inclinó.

—Lo sé, cariño, pero vamos a hacer que mejores.

La chica se quitó las mantas y refunfuñó.

—Hace demasiado calor.

Helen le volvió a poner la sábana de muselina.

—Solo esta, ¿vale?

—No. —Su quejido lastimero fue seguido de una patada para quitarse la sábana.

El miedo de Helen la impacientó.

—Por favor, cariño, tienes que mantenerte tapada.

—No quiero.

Las lágrimas amenazaron el precario control de Helen.

—Déjame intentarlo, —pidió Dylan.

Ella lo miró, evaluó sus intenciones y, a regañadientes, se levantó para permitirle tomar su lugar.

—Hola, señorita Emily —le dijo Dylan con tono persuasivo—. Parece que no te encuentras muy bien.

La niña hizo un puchero.

—No me gusta estar enferma.

—Te contaré un secreto. —Dylan se acercó a ella—. Yo también odio estar enfermo —dijo en un susurro fuerte.

—Tú nunca estás enfermo.

—Quizá no desde que llegué aquí, pero antes solía enfermarme mucho. —Intrigada, Helen se acercó.

—Estás mintiendo, —dijo Emily, malhumorada.

Dylan se dibujó una *X* en el pecho.

—Te prometo que no estoy mintiendo. —Emily lo miró fijamente—. ¿Estuviste enfermo como yo?

—Una vez lo estuve. Pero solía tener muchos dolores de estómago.

—Mamá me da regaliz cuando tengo dolor de estómago.

Dylan sonrió, con los ojos arrugados en las comisuras.

—La próxima vez que tenga dolor de estómago, le pediré un poco. —Su sonrisa se desvaneció—. ¿Quieres sentirte mejor?

Ella asintió, con los labios apretados en una línea de terquedad.

—Entonces tienes que mantenerte tapada aunque sé que tienes calor —dijo Dylan.

Abrió la boca como si quisiera discutir, pero le entró tos. Helen trató de alcanzarla, pero Dylan la apretó contra su pecho. Le frotó la espalda, con voz tranquila y firme.

—Tranquila. Te tengo.

La humedad le escocía los ojos a Helen. Su experiencia con los hombres le había enseñado que no eran capaces de mostrar ternura o compasión. Sin embargo, ahí estaba Dylan, obligándola de nuevo a reevaluar su opinión.

Le canturreó suavemente a Emily hasta que dejó de toser y pudo respirar hondo. La volvió a acostar y Helen volvió a colocar el paño frío y húmedo en la frente de Emily.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó Helen, con la voz ronca por las lágrimas contenidas.

Emily logró asentir un poco y sus párpados se cerraron. Su respiración se hizo más constante.

Dylan se puso de pie y suspiró temblorosamente.

—Deberíamos ponerle esas toallas calientes mientras duerme.

Trabajando juntos, Helen y Dylan desabrocharon el vestido de Emily y le pusieron la compresa caliente en el pecho, y luego volvieron a taparla. Emily seguía durmiendo inquieta.

Incluso con Emily tan enferma, Helen no pudo evitar notar lo pequeña que parecía la habitación con Dylan compartiéndola. Él se había abotonado la camisa, metido las colas en los pantalones y se había puesto las botas en algún momento, pero ella no podía negar la reacción de su cuerpo ante su cercanía. Maldijo su naturaleza débil e intentó ignorar la inquietud que se instaló en lo más profundo de su vientre.

Quizá la enfermedad mortal de Emily fuera el castigo de Helen por sus pecados. Primero por acostarse con Nick antes de casarse,

luego por prostituirse con Virgil Lamont.

Por favor, Dios, no castigues a mi hija por lo que he hecho.

16

Helen estudió los rasgos de Dylan, envueltos en sombras, y vio un dolor que iba más allá de la enfermedad de Emily. Desvió la mirada.

—Me alegro de que estés aquí.

Dylan carraspeó.

—Yo también.

Tomó la silla en la que Helen se había despertado, hacía lo que parecía horas. Aunque estaba demasiado pendiente de él, no podía negar que su presencia era apreciada. No se sentía tan sola, la única responsable de la vida de su hija. No tenía sentido, ya que Dylan no era pariente, pero muchas cosas no tenían sentido cuando se trataba del hombre misterioso.

Atrapada en las garras de la fiebre, Emily murmuraba frases sin sentido y, de vez en cuando, gritaba. A Helen se le retorció el estómago de miedo. Volvió a humedecer el paño y se lo puso en la frente demasiado caliente de Emily. Mientras acariciaba el cabello de su hija, tarareó una canción de cuna casi olvidada.

Desde el día en que nació Emily, Helen rara vez se había separado de su hija. Emily le dio esperanza, amor y una razón para creer que la vida sería buena una vez más. Sin embargo, había habido innumerables ocasiones en las que Helen tenía motivos para dudar del futuro, y esta era la más aplastante. Si su hija moría, Helen se quedaría sin esperanza, sin razones para creer y sin amor.

Un centenar de recuerdos, desde el nacimiento de Emily hasta el día en que ella y Emily saltaron al agua, asaltaron sus

pensamientos y detuvieron su suave arrullo. Eran demasiado rápidos y numerosos para seleccionar imágenes individuales.

Intentó concentrarse en un recuerdo específico, el día en que nació Emily.

La necesidad de compartir sus pensamientos la superó y, manteniendo la mirada en su hija, habló.

—Nick estaba de patrulla el día que nació Emily. Acabábamos de mudarnos al fuerte, así que solo conocía a nuestros vecinos, un sargento y su esposa que eran al menos diez años mayores que yo.

Helen sabía que Dylan estaba escuchando y le agradeció en silencio por no interrumpir.

—Cuando rompí aguas, me aterroricé. Nadie se había molestado en decirme que eso sucedería. Pensé que estaba perdiendo a mi bebé. —Hizo una pausa, con el corazón palpitante, reviviendo el momento—. Corrí a casa de los vecinos y golpeé la puerta. La esposa del sargento me miró y supo lo que había pasado. No creo que fuera la primera joven esposa que acudía a ella en busca de ayuda. Todo lo que pasó a partir de entonces es un borrón, hasta que ella puso a Emily en mis brazos.

Helen sonrió, recordando la alegría que había sentido, y una lágrima resbaló por su mejilla y cayó sobre la manta que cubría a su hija. Se secó la humedad.

—¿Sabes qué es lo que más recuerdo cuando miré a Emily por primera vez?

—No. ¿Qué? —preguntó Dylan, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Pensé que era la cosa más fea que había visto en mi vida. Tenía toda esa piel arrugada y una cabeza de forma extraña. Pero la esposa del sargento me dijo que todos los bebés nacían así. No le creí hasta que Emily cumplió unas semanas.

Ella miró a Dylan y vio su sonrisa comprensiva, pero también la conmovedora tristeza en sus ojos. Nunca tuvo la oportunidad de ver

a su hija.

—Lo siento. No debería haber...

—No, no pasa nada, Helen. Por fin he hecho las paces con su muerte. —Su mirada se desvió hacia Emily y sus ojos se llenaron de determinación—. Pero el caso de Emily no tiene nada que ver con mi hija.

La convicción de Dylan dio fuerzas a Helen y ella asintió obstinadamente.

—Muy cierto, no es lo mismo.

Él sonrió.

—Sólo aférrate a eso, Helen. —Y ella lo hizo.



Dylan se puso de pie y estiró sus músculos agarrotados. Durante las últimas dos horas, Helen se había asegurado de que el trapo en la frente de Emily se mantuviera fresco y la tela en su pecho caliente.

—Traeré más agua caliente, —dijo, inclinándose sobre Helen.

Ella parpadeó sorprendida, como si hubiera olvidado que él estaba en la habitación. Después de un momento, le entregó la palangana. Sus dedos rozaron los de él, y él sintió una ligera oleada de excitación y luego se maldijo a sí mismo por su reacción indecorosa.

Salió del dormitorio con la palangana. Después de tirar el agua vieja, volvió a llenar la palangana con agua de una tetera humeante en la cocina.

—Gracias —murmuró Helen.

Dylan puso su mano en su hombro rígido.

—Puedo quedarme un rato para que puedas dormir.

Ella lo miró fijamente, como si tratara de descifrar sus palabras. Tan agotada como estaba, dudaba que estuviera pensando con claridad. Ella parpadeó y asintió.

—Está bien. —Se estiró en la cama junto a Emily—. Solo voy a descansar los ojos, pero no voy a dormir.

Dylan le acarició la coleta que le caía por la espalda.

—Está bien. —Helen cerró los ojos... y se quedó dormida en menos de un minuto.

Dylan acercó la silla a la cama y miró a la madre y a la hija. A la luz parpadeante de la vela, pudo ver el parecido en los pómulos, la nariz, la boca y el mentón. Esperaba que ella creciera con la misma fuerza de voluntad que su madre en lugar de heredar las debilidades de su padre.

A pesar de conocer a Helen y Emily desde hacía menos de un mes, las emociones de Dylan estaban enredadas con ellas. Solo pensar en la niña perdiendo su batalla le hacía llorar. Se secó los ojos con el dorso de la mano con rabia. Sabía de primera mano lo que era perder a seres queridos, y no quería que Helen tuviera que pasar por el infierno que él había pasado.

La noche pasó volando, pero el tiempo tenía poco significado para Dylan. Su mundo se reducía a Emily y sus divagaciones febriles y sus movimientos inquietos. Hizo todo lo posible por mantenerla callada para que no despertara a Helen, que necesitaba dormir.

Cuando el sol naciente se asomó por la ventana, Dylan estiró los músculos agarrotados. Unos pasos apagados se acercaron al dormitorio, alertando a Dylan de la llegada de Harry. Se encontró con el chico fuera del dormitorio.

—No estabas en tu saco de dormir —dijo Harry acusadoramente.

—Estaba ayudando a la señora Morrison con Emily.

Harry miró a su alrededor.

—¿Está mejor?

—Tiene fiebre.

Sus ojos asustados se encontraron con los suyos.

—La gente muere de fiebre.

Dylan se agachó frente al niño y apoyó las manos en sus delgados hombros.

—Puede que sea así, pero no vamos a dejar que Emily muera, ¿me oyes?

La expresión de Harry se torció en ira.

—Si alguien va a morir de fiebre, ni tú ni yo ni nadie puede hacer nada al respecto.

—Podemos combatir la fiebre —dijo Helen.

Dylan y Harry se volvieron para verla de pie en la puerta.

—Emily no morirá —aseguró con un tono no menos feroz que su expresión.

Harry pareció encogerse ante ella.

—No quise decir nada, señora Morrison.

Antes de que Dylan pudiera tranquilizar al niño, Helen se arrodilló frente a Harry, que miraba al suelo. Su expresión intensa fue reemplazada por simpatía y preocupación.

—Sé que no lo hiciste, Harry. Entiendo lo difícil que debe ser después de perder a tu madre y a tu padre. Pero no voy a dejar que Emily se vaya sin luchar. —Hizo una pausa y usó un dedo torcido para levantarle la barbilla—. Espero poder contar con tu ayuda.

Harry encogió los hombros.

—Haré lo que me pida.

Helen le cogió la barbilla con la palma de la mano y sonrió.

—Gracias. —Se levantó—. Si vosotros dos ordeñáis a Flossie y cuidáis de las gallinas, yo prepararé el desayuno.

Dormir le había sentado de maravilla a Helen. Parecía más serena, más ella misma.

Dylan guió a Harry hasta la puerta y al pozo para que se lavara.

Harry se echó agua en la cara, mojándose el pelo revuelto.

—La Sra. Morrison no es como dice la gente.

Dylan hizo una pausa, con las manos en la palangana llena de agua.

—¿Qué dice la gente?

Harry se encogió de hombros.

—Que es mala y que no le gusta la gente. Algunos dicen que es como su padre.

—¿Y tú lo crees?

—La verdad es que no. Nunca me ha pegado ni me ha gritado, pero... —Se mordió los labios.

—Pero, ¿qué, Harry?

Se frotó la cara con las palmas de las manos y cogió la toalla.

—Prometí que no diría nada.

—¿A quién se lo prometiste?

—A la señora Morrison.

Dylan frunció el ceño.

—¿Ha hecho algo malo?

El chico se retorció.

—No lo sé.

Aunque Dylan odiaba hacer que el chico rompiera una promesa, tenía que conocer el secreto de Helen.

—Si prometo no contárselo a nadie, ¿me lo dirás?

La batalla interna de Harry se reflejaba en su angustiado rostro.

—Lo siento, Harry, —dijo Dylan con remordimiento—. No debería pedirte que rompas una promesa.

El chico levantó la mirada.

—¿Incluso si es algo malo?

A Dylan se le aceleró el corazón, pero esperaba no mostrar aprensión en su rostro.

—Eso depende, Harry. Hay cosas malas que son realmente malas, y otras que no son tan malas como una persona podría pensar.

—Puede que no sea tan malo. —El rostro de Harry se frunció—. O tal vez sí lo sea.

La frustración le retorció las entrañas a Dylan. Quería saber, pero no le pareció correcto presionar al chico.

—No tienes que contármelo.

—Creo que todo irá bien. —Respiró hondo—. La Sra. Morrison me hizo comprarle una botella de whisky. Me dio cinco centavos por comprárselo.

La decepción resonó en Dylan, no por la confesión del chico, sino por Helen y el problema que se negaba a reconocer. ¿Había sido esa la única botella? ¿O había habido otras?

—¿Hice mal contándotelo?

Dylan bajó la mirada y vio la preocupación en los ojos del chico. Forzó una sonrisa.

—No, amigo, hiciste bien. Y te prometo que no le diré a la señora Morrison que me lo contaste.

La aprensión de Harry se desvaneció.

—Daré de comer a las gallinas y recogeré los huevos.

—Gracias, Harry.

El chico se dirigió al viejo cobertizo donde se encontraban los huevos.

Dylan se frotó la barbilla canosa y miró fijamente la cabaña.

—Cuando Emily esté mejor, tú y yo vamos a tener una charla, Helen Morrison.



Con el sol en lo alto del cielo, Dylan dejó de balancear la guadaña y bajó los brazos. El sudor le resbalaba por el rostro en un cosquilleo enloquecedor, pero no tenía fuerzas para secárselo. Finalmente, su respiración se hizo más lenta y se volvió hacia Harry, que rastrillaba el grano cortado en ordenadas hileras detrás de él. El chico había trabajado con diligencia desde que habían empezado tarde aquella mañana, y la culpa asaltó a Dylan.

—Siéntate unos minutos —le dijo Dylan al chico.

Harry dejó de rastrillar para mirarlo.

—¿Vas a descansar un rato?

—No estoy cansado, —mintió Dylan.

—Yo tampoco. —El muchacho siguió rastrillando.

Dylan dejó la guadaña en el suelo y agarró el mango del rastrillo.

—¿Por qué has hecho eso? —exigió el chico.

—Te vas a caer si no descansas.

—Tú también. —Dio un tirón al rastrillo, pero Dylan lo sujetó con fuerza. Harry lo intentó de nuevo y perdió el equilibrio. Dylan extendió la mano y lo agarró antes de que cayera.

—Siéntate un rato, Harry —dijo exasperado.

El chico entrecerró los ojos.

—Solo si tú lo haces.

Suspiró y dejó caer el rastrillo sobre un montón de trigo. Guió a Harry fuera del campo hasta un grupo de árboles, donde el chico sacó el cazo del cubo y bebió el agua tibia. Harry lo volvió a llenar, pero se lo entregó a Dylan, quien lo aceptó con un gesto de agradecimiento. Mientras Dylan bebía el agua bendita, Harry se sentó y se apoyó en el áspero tronco de un roble. Una vez saciada su sed, Dylan se puso la camisa que había colgado de una rama baja y se unió a Harry.

—Es un trabajo duro —comentó Dylan, quitándose el sombrero y colocándolo sobre la rodilla doblada.

—No está tan mal.

Dylan resistió una sonrisa ante el orgullo juvenil del chico.

—Quizá no para ti, pero yo estoy hecho polvo.

—Eso es porque eres viejo.

Dylan abrió la boca para discutir, pero la cerró de golpe. Joder, tenía treinta años. ¿Y qué tenía después de vivir más de media vida?

Un caballo, una silla de montar y la ropa que llevaba puesta. Nada que significara algo.

—¿Te hizo esa marca un indio? —preguntó Harry.

Sorprendido, Dylan miró a los ojos brillantes del chico. Tardó un momento en darse cuenta de que Harry había visto la cicatriz de su hombro.

—No, —respondió simplemente, esperando que el chico dejara el tema.

—¿Un hombre malo?

Dylan recordó al hombre que le había sujetado el hierro al rojo vivo contra el hombro. Conocía al sargento desde hacía años, desde antes de que se casara y perdiera a su familia, desde que Dylan había sido un soldado condenadamente bueno. El sargento había mantenido el rostro inexpresivo, pero Dylan vio la compasión y la disculpa en sus ojos cuando levantó el hierro al rojo vivo del fuego.

Se liberó del amargo recuerdo y respondió con sinceridad:

—No, no era un mal hombre.

La decepción nubló el rostro de Harry. Obviamente, esperaba que Dylan tuviera una aventura emocionante que contarle.

Se sentaron en un silencio amistoso, escuchando el zumbido de los insectos y la ligera brisa que agitaba las hojas. Los pensamientos de Dylan se desviaron hacia Emily. Mientras trabajaba, había podido apartar su mente de ella y Helen. Pero ahora no podía evitar preguntarse cómo le iba a la joven.

El estómago de Harry gruñó ruidosamente, llamando la atención de Dylan. Habían desayunado tarde, pero eso había sido hacía más de seis horas. Disgustado por su desconsideración, Dylan forzó una sonrisa.

—¿Qué te parece si vamos a la cabaña y comemos algo?

Harry se puso de pie a toda prisa, y la mirada ansiosa de su rostro hizo que Dylan se sintiera aún más miserable. Harry extendió una pequeña mano hacia Dylan.

—¿A qué esperas?

Dylan se rió entre dientes y dejó que el chico lo ayudara a levantarse. Harry siseó levemente y Dylan, preocupado, se agarró a la mano del niño y se la dio a él. Las ampollas rotas entre su pulgar y su índice rezumaban sangre.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó Dylan.

Harry se encogió de hombros.

—No es nada.

—No, es algo importante. —Otro punto en su conciencia—. Nos ocuparemos de ello en casa.

Dylan, enfadado consigo mismo, caviló durante todo el camino de vuelta a la cabaña. No era diferente de esas personas que adoptaban niños simplemente para tener otra mano contratada para trabajar en sus granjas. Lo que debía hacer era llevar a Harry de vuelta a casa de los Smiths. Al menos allí no le hacían trabajar de sol a sol.

Dylan hizo que Harry se detuviera junto al pozo y le limpió las heridas abiertas con agua fría. Aunque Harry se estremeció cuando el agua tocó las ampollas rotas, se mantuvo estoico. Dylan sacó un poco de pomada de su alforja en el granero y se la untó en la mano al niño, luego le envolvió una de sus viejos pañuelos de caballería.

—Ya está, eso debería protegerla —dijo Dylan.

Harry flexionó y des flexionó la mano.

—Está mejor.

Dylan sonrió y le despeinó el espeso cabello.

—Bien. ¿Qué te parece volver hoy a casa de los Smiths? Ya llevas aquí tres días.

Algo parecido a la traición se reflejó en la expresión de Harry. Miró fijamente a Dylan, quien se obligó a sonreír con ánimo.

—No quiero, —murmuró Harry.

—Allí no está tan mal. Tres comidas al día, además de una cama de verdad y un techo sobre tu cabeza.

Harry hundió el pie en la tierra y se encogió de hombros.

—Supongo.

Dylan tenía que hacer lo mejor para el niño, aunque odiaba llevarlo de vuelta a una familia que simplemente lo toleraba. Guió a Harry hacia la cabaña.

—Veamos cómo le va a Emily y luego improvisamos algo de comer.

Sin su entusiasmo inicial, Harry entró en la casa arrastrando los pies. Sus largas sombras se movían delante de ellos mientras cruzaban el patio. Dentro de la casa, el acre olor a sudor y enfermedad golpeó a Dylan y rápidamente se dirigió al dormitorio. El olor era más fuerte allí.

La mirada asustada de Helen se encontró con la suya.

—Creo que le ha subido la fiebre.

Dylan se acercó a la cama y puso una palma en la frente de la niña. Definitivamente estaba más caliente.

—Iré a buscar al médico.

Helen asintió lacónicamente.

Dylan se dio la vuelta y casi atropelló a Harry. Impaciente y temiendo por la vida de Emily, Dylan agarró los hombros del niño y lo apartó del camino, colocándolo en un rincón.

—Quédate ahí y no estorbes a la señora Morrison —le ordenó.

Con los ojos muy abiertos, Harry asintió y pareció encogerse en la esquina. Satisfecho de que el niño no sería una molestia, Dylan salió corriendo a ensillar a Smoke.

Impulsado por el temor, Dylan cabalgó con fuerza hacia el consultorio del Dr. Wickberg. La esposa del médico abrió la puerta.

—No está en casa. Tuvo que ir a casa de los Cook esta mañana temprano. Karl ha sido pisoteado por un caballo —dijo la mujer, con compasión.

—¿Dónde viven? —preguntó Dylan.

—A unos treinta kilómetros al oeste de aquí.

Dylan logró reprimir la palabrota que se le subió a los labios. Dividido entre ir en busca del doctor y volver a ayudar a Helen, consideró dónde podría hacer más bien.

—Cuando vuelva el doctor, dígale que Emily Morrison está ardiendo de fiebre.

La esposa del médico le puso una mano en el brazo.

—He ayudado a mi marido con algunas fiebres. Si limpiarla con un paño frío no ayuda, báñela con agua fría.

—Gracias. —Dylan se acordó de quitarse el sombrero antes de darse la vuelta y volver a montar en Smoke.

Poco después, Dylan entró apresuradamente en la cabaña de Helen, con el sudor cubriéndole la cara y humedeciéndole la camisa. Harry seguía en la esquina donde Dylan lo había dejado. El niño parecía pequeño y asustado, y su vulnerabilidad traspasó la preocupación de Dylan por Emily.

—¿Dónde está el médico? —preguntó Helen, llamando su atención.

—A treinta kilómetros. —Trató de recordar el apellido de la familia—. En casa de los Cook.

El rostro de Helen, ya pálido, palideció aún más.

—¿Cuándo...?

—La señora Wickberg no lo sabía. Puedo ir a buscarlo, pero llevará tiempo.

—Tiempo que no tenemos. —Helen miró el rostro enrojecido por la fiebre de Emily.

—La mujer del médico dijo que si un paño frío no le baja la fiebre, la bañes con agua fría.

Helen asintió, y la determinación reemplazó su aprensión.

—Está bien. Hagámoslo. Trae la tina de atrás y llénala con agua del pozo.

Cuando Dylan se dio la vuelta para llevar a cabo la tarea, notó a Harry una vez más.

—Vamos, Harry. Puedes ayudar siempre y cuando tengas cuidado con esa mano.

El niño asintió brevemente y siguió a Dylan. Después de que Dylan llevara la bañera al interior, Harry accionó la manivela de la bomba y llenó el cubo con el agua fría del pozo. Dylan llevó el cubo a la bañera y vertió el agua en ella.

Finalmente, la bañera estaba llena, y Dylan se apresuró a regresar al dormitorio.

—Está lista —dijo.

Helen asintió y cogió a Emily, acunándola en sus brazos. La cabeza de Emily se reclinó contra su pecho y la niña murmuró febrilmente. Helen no perdió tiempo en meter a su hija, que aún llevaba el camisón, en la bañera.

Emily se despertó de un tirón y se abrazó el pequeño torso.

—Está demasiado frío.

—Lo sé, cariño, pero tenemos que hacerlo para bajarte la fiebre.

—Tengo frío. Quiero irme. —Emily luchó por salir, salpicando agua en el suelo y a Helen.

Dylan se arrodilló para ayudar a sujetar a Emily en la bañera. A la joven se le puso la piel de gallina en los brazos y las piernas, pero seguía irradiando calor febril. Emily tosió y dejó de luchar contra ellos, pero su letargo era casi peor.

Helen usó una toallita para echar agua sobre los delgados hombros y brazos de Emily mientras Dylan sostenía a la niña para que no se deslizara bajo la superficie del agua. Solo cuando los labios de Emily adquirieron un tenue tono azulado se detuvieron.

Dylan sacó a Emily de la bañera y Helen la envolvió en una manta, luego le quitó a su hija de los brazos a Dylan y la abrazó con fuerza. Los ojos enrojecidos de Helen se encontraron con los de Dylan.

—No tiene tanto calor.

Dylan apoyó la palma de la mano en la frente de la niña.

—Parece que ha bajado.

Helen no parecía tranquila.

—¿Pero se mantendrá así?

Dylan deseó poder decirle lo que quería oír.

—No lo sé,

Helen llevó a Emily de vuelta al dormitorio.

Dylan miró a Harry, que había estado al margen mientras cuidaban de Emily. El rostro del niño estaba pálido y tenía el aspecto de un animal salvaje enjaulado.

—Deberías comer algo.

—No tengo hambre. —La mirada de Harry se posó en la puerta del dormitorio donde Helen había llevado a su hija. Parecía que quería hacer una pregunta y Dylan esperó, pero el chico permaneció en silencio.

Dylan condujo a Harry hasta la mesa y lo sentó en una silla. Echó un vistazo a la puerta del dormitorio al otro lado de la habitación, pero sabía que no podía hacer nada más por Emily o Helen.

—¿Vas a llevarme ahora mismo de vuelta con los Smiths? —preguntó Harry con voz apagada.

Aunque llevarse al niño de vuelta había sido idea suya, Dylan no estaba tan seguro de su decisión.

—¿Quieres volver?

Harry apartó la mirada.

—No, pero aquí estoy de más.

Dylan intentó ver más allá de la apatía del chico. ¿Estaba Harry celoso de la atención que estaba recibiendo Emily?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú. —Su indiferencia fue reemplazada por la acusación.

Sorprendido, Dylan trató de recordar qué podría haber hecho o dicho que le diera a Harry esa impresión.

—No quiero que trabajes en el campo hasta que se te curen esas ampollas, pero no recuerdo haber dicho nada sobre que estés en medio.

—Entonces, ¿por qué me pusiste en un rincón antes de ir a buscar al médico? —preguntó Harry resentido.

Para que no estorbara.

Atormentado por la culpa, Dylan se pasó una mano por el pelo.

—Estaba preocupado por Emily. Lo siento.

Harry se limitó a gruñir.

Sin saber qué más decir, Dylan puso una sartén en el fuego. Cinco minutos después, puso un par de huevos fritos entre dos rebanadas de pan y se lo dio a Harry. Aunque ignoró el sándwich durante casi un minuto, Harry finalmente cedió a su hambre y se lo comió, acompañándolo con un vaso de leche. Dylan se las arregló para comerse una rebanada de pan y dos huevos, así como para beber una taza de café negro amargo.

—¿Te gustaría quedarte aquí uno o dos días más? —preguntó Dylan después de que hubieran comido.

La esperanza brilló en el rostro del niño, pero se apagó casi de inmediato.

—Tú no me quieres aquí.

Dylan se puso en cuclillas frente al niño sentado y le agarró los brazos.

—Te equivocas, Harry. Me gusta tenerte aquí. También a la señora Morrison y a Emily.

—Entonces, ¿por qué tengo que volver?

Como los Smiths eran responsables de él, Harry tendría que regresar en algún momento. Entonces, ¿era mejor dejarlo quedarse más tiempo o llevárselo ahora antes de que el chico se encariñara demasiado con ellos? O tal vez *Dylan tenía* miedo de encariñarse demasiado con el chico.

—Déjame quedarme, Dylan. Prometo que no me interpondré en tu camino.

—No te llevaría de vuelta a casa de los Smiths porque quisiera. Te llevaría de vuelta porque no quiero que trabajes tanto.

—Pero me gusta trabajar contigo.

La súplica lastimera del chico hizo que Dylan apartara la mirada por un momento para recuperar la compostura.

—Me alegro, pero no te he traído aquí para que trabajes todo el día. Podrás descansar en casa de los Smiths y dejar que se te cure esa mano.

Harry se pellizcó el pañuelo que se había envuelto alrededor de la mano.

—No me duele mucho. —Volvió la mirada seria hacia Dylan—. Y si prometo no trabajar durante un tiempo, ¿me dejarás quedarme? ¿Por favor?

Dylan bajó la cabeza con resignación. No podía negar esos ojos suplicantes. Levantó la cabeza y se encontró con la mirada del chico.

—Está bien. Puedes quedarte, pero nada de trabajar en el campo.

La cara de Harry se iluminó.

—Prometo que no haré ningún trabajo hasta que tú me digas que está bien.

Dylan no pudo evitar sonreír.

—Pensaba que los chicos siempre intentaban librarse del trabajo.

—No es que me guste, pero no me importa si es contigo, la señora Morrison y Emily.

Dylan le despeinó el pelo al chico.

—Ahora mismo, puedes ayudarme con la bañera y limpiar la cocina.

Harry levantó la mano vendada, con los ojos brillantes de picardía.

—No puedo. Tengo que dejar que se me cure la mano.

Dylan estalló en carcajadas, pero no discutió.

Una vez terminadas las tareas, Dylan se dirigió al dormitorio. Helen le daba la espalda y él temía lo peor.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja.

Ella se volvió lentamente para mirarlo.

—Por fin ha dejado de temblar y la fiebre no ha vuelto. Puede que incluso respire un poco mejor.

Dylan se relajó aliviado.

—Gracias a Dios.

—Dudo que Él tuviera mucho que decir al respecto. —El tono de Helen era seco como el hueso.

La incertidumbre y el miedo de la mujer habían desaparecido, reemplazados por su cinismo familiar, lo que era un buen augurio para la recuperación de Emily.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó él.

Su expresión se suavizó.

—Descansa un poco. No dormiste mucho anoche.

Dylan se encogió de hombros.

—He sobrevivido con menos. Volvería al campo, pero oscurecerá en una hora. —Hizo una pausa—. Es un buen momento para cazar. Quizá pueda conseguir algo de carne fresca.

Helen asintió.

—Te lo agradecería, Dylan. —Su rostro se sonrojó—. Solo me quedan unos kilos de cerdo salado.

Dylan asintió sin comentarios y luego fue a buscar a Harry.

17

Después de una cena tardía de filetes de venado fresco y una variedad de verduras de la huerta, Helen se levantó para limpiar la mesa.

—Podéis quedaros otra vez en el desván, —les dijo a Dylan y Harry.

—Creo que alguien ya está listo para subir, —dijo Dylan, mirando deliberadamente a Harry, cuyos párpados estaban medio cerrados.

—No estoy cansado. —El bostezo de Harry contradecía sus palabras.

Helen contuvo una sonrisa.

—Quizá te gustaría lavar los platos entonces.

La mirada de pánico de Harry saltó hacia Dylan.

—Quizá sea mejor que suba. —Levantó una mano envuelta en un pañuelo—. Tengo que curarme para poder ayudar en el campo mañana.

—Ya veremos cómo está por la mañana —dijo Dylan, levantando una ceja hacia el chico—. Sube y vete a la cama.

Harry no pareció muy contento con las palabras de Dylan, pero no discutió. Subió la escalera al desván.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —preguntó Helen en voz baja para que no la oyeran.

—Tiene ampollas rotas por rastrillar. El chico ni siquiera dijo nada, simplemente siguió trabajando.

Helen metió los platos en el fregadero, con la conciencia atormentándola.

—Espero que sepa que no tiene que ganarse el sustento.

Dylan hizo una pausa.

—Gracias, Helen.

Su tono sincero le calentó el rostro, y ella buscó otro tema.

—¿Adónde irás cuando acabe la cosecha?

Dylan se acercó a Helen y ella pudo oler jabón y cuero, además de un aroma seductor que solo él tenía.

—Aún no lo he pensado.

—Podrías quedarte aquí. —Las palabras salieron antes de que Helen pudiera detenerlas—. Quiero decir, siempre hay cosas que hacer, y mientras estés dispuesto a trabajar a cambio de alojamiento y comida...

Dylan se enfrentó a ella, con la mirada firme pero extrañamente triste.

—Por mucho que me gustéis Emily y tú, tengo que encontrar un trabajo remunerado.

Helen contuvo su decepción y sumergió las manos en el agua jabonosa. Lavó un plato y lo deslizó en la cacerola de agua limpia y caliente. Sin preguntar, Dylan cogió una toalla y secó el plato.

Trabajaron en silencio, lo que no era del todo cómodo, pero tampoco tenso. En cambio, se sentía expectante, como la calma antes de una tormenta. Finalmente, Dylan limpió el último plato y Helen lo guardó. Cada uno con una cacerola, arrojaron el agua del lavavajillas y el agua de enjuague al patio.

De vuelta en la cabaña, sin los niños ni las tareas que los distraían, Helen se inquietaba cada vez más. Sentía un zumbido en

el cuerpo, una reacción a la presencia de Dylan.

—Será mejor que yo también duerma un poco, —dijo Dylan.

La luz de la lámpara proyectaba sombras siniestras sobre los hermosos rasgos de Dylan, pero las sombras mentían. Helen había confiado a Dylan su posesión más preciada, y él había demostrado ser un hombre como ningún otro que ella hubiera conocido.

—Aún no puedo dormir y no me importaría un poco de compañía, —dijo en voz baja, con el corazón latiéndole con fuerza.

Dylan la estudió, el azul de sus ojos casi eclipsado por las ojeras.

—Está bien. Caminó con sigilosa elegancia hasta una de las mecedoras y se sentó.

El corazón de Helen retumbaba en sus oídos y sus palmas se humedecieron. Estaba corriendo un peligro, tentándose a sí misma con la cercanía de un hombre. Pero Dylan no era un hombre cualquiera. Confiaba en él como no había confiado en nadie más. Sin embargo, ese no era el peligro. Era en sí misma en quien no confiaba.

Si realmente quería preservar su orgullo e independencia, no le habría pedido que se sentara con ella. Aunque estaba enfadada consigo misma, una excitación innegable la embargaba.

Para intentar recuperar la compostura, entró de puntillas en el dormitorio. Miró a Emily, que dormía plácidamente por primera vez en tres días. Las lágrimas le llenaron los ojos, y una de ellas resbaló por su mejilla hasta gotear sobre la sábana que cubría a su hija. Helen se limpió las lágrimas y se inclinó para besar la fría frente de Emily.

Al enderezarse, echó un vistazo al baúl que había al final de la cama. El whisky la llamaba, la tentaba con su promesa adormecedora. Por una noche quería olvidar su horrible miedo por la vida de Emily; quería dejar de lado su responsabilidad de mantener a su hija; y quería sofocar sus pecaminosos anhelos por Dylan.

Su mirada se dirigió al hombre que estaba en la otra habitación y chocó con la suya. Su expresión estaba oculta por la luz mortecina de la lámpara, pero sus ojos ardían con una necesidad que ella reconocía demasiado bien. Lo había visto con bastante frecuencia en el espejo.

Un fuego salvaje la atravesó, dejando brasas acumuladas a su paso, y supo que esa noche ni siquiera el whisky podría contener la lujuria de su cuerpo. Levantó la barbilla, salió del dormitorio y se sentó en la otra mecedora frente a Dylan.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja.

—Dormida profundamente. No parece que le haya vuelto la fiebre.

Dylan asintió.

—Bien. —Se puso serio—. Va a llevar al menos dos semanas cortar el trigo a mano. Si tuviéramos una segadora, solo serían un par de días.

Helen parpadeó ante el inesperado comentario. ¿Había malinterpretado la mirada en sus ojos? ¿O simplemente había visto lo que quería ver? Tragó su auto aversión.

—Papá tenía una. Me dijo que lo vendió después de que mamá murió.

—¿Para poder comprar whisky?

Ella asintió, humillada de que Dylan conociera tan bien la debilidad de su padre.

—¿Por qué bebía? —preguntó Dylan.

La amargura brotó en ella.

—Porque le gustaba.

—¿Por qué?

Helen frunció el ceño.

—¿Qué más da? Era un borracho.

Su expresión se volvió pensativa y su mirada se volvió hacia el cielo.

—La gente bebe por diferentes razones, Helen. Algunos beben porque tienen miedo, otros beben para olvidar, y algunos beben porque se odian a sí mismos. —Su mirada puntiaguda la clavó—. ¿Por qué bebes, Helen?

Se le heló la sangre y la habitación se movió entre la nitidez y la falta de ella.

—¿Por qué bebería? —preguntó, con la esperanza de que él no pudiera oír los latidos de su corazón.

Dylan la estudió y Helen tuvo la impresión de que él veía en ella cosas que nadie más veía.

—Dímelo tú, Helen.

Bajó la mirada hacia sus manos apretadas en el regazo. Una verdad a medias era mejor que mentir.

—A veces me siento sola.

—Todo el mundo se siente solo en algún momento.

Levantó la cabeza y vio el dolor y la soledad reflejados en sus ojos, un espejo de los suyos. Quizá no se había equivocado. Tal vez su necesidad también se basaba en la soledad.

Sin pensarlo conscientemente, se puso de pie y caminó hacia él, y luego se arrodilló entre sus piernas. Se inclinó hacia adelante, rodeó su cintura con los brazos y apoyó la cabeza contra su vientre plano. Sintió que se alargaba y se endurecía contra su mejilla. La pasión fluía por sus venas, caliente, necesitada y temeraria.

—¿Te sientes solo, Dylan? —preguntó.

—Sí. —La sola palabra parecía haber sido arrancada de algún lugar profundo de su interior.

Helen permaneció donde estaba, con la necesidad latiendo en su interior. Recordó su primera vez con Nick, cómo había sido incómodo al principio, y luego solo había habido éxtasis. Era un

placer que llegó a desear, pero incluso cuando se enteró de la infidelidad de su marido, nunca buscó a otro hombre. Y aunque odiaba a Lamont por exigirle favores a cambio de llevarla a casa, Helen odiaba aún más la traición de su cuerpo.

Sin embargo, Dylan nunca le exigió nada. Ella quería entregarle su cuerpo, entregarse a él, porque él era amable, gentil y compasivo. Y porque deseaba su tacto, lo deseaba más de lo que había deseado a ningún otro hombre.

Dylan puso su mano sobre su cabeza, sus dedos acariciaron su cuero cabelludo y peinaron su cabello. Ella tembló ante ese acto que se sentía aún más íntimo que el sexo.

—Te deseo, Dylan. —Las palabras surgieron espontáneamente, pero contenían la verdad.

Sus músculos se tensaron y su erección palpitó.

—No está bien. Los niños...

—Están dormidos, —terminó ella. Sin mirarle a la cara, podía hablar con más libertad—. Hace mucho tiempo que no me siento mujer.

Por un momento, pensó que iba a apartarla.

—No me conoces, Helen. —Parecía como si las palabras se le arrancaran.

Respiró hondo y levantó la cabeza para encontrarse con su mirada encapuchada.

—Sé que eres amable y gentil y que nunca nos harías daño a Emily ni a mí. Y sé que me deseas tanto como yo a ti.

Dylan enredó sus dedos en el cabello de Helen y apretó los mechones con sus puños. Miró fijamente sus ojos grandes y luminosos, vio la necesidad y la desesperación que la impulsaban. Recordaba demasiado claramente cómo había mirado a través de la ventana esa noche, tumbada en la cama, con las piernas abiertas y

la mano debajo del vestido. Apenas había podido resistirse entonces...

Dios mío, sabía que estaba mal, pero sus propias necesidades se impusieron a su conciencia. La atrajo hacia él, con las manos hundidas en su suave cabello. Si hubiera querido, podría haber contado todas las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas, pero algo tan complicado como contar se le escapaba. Ladeando ligeramente la cabeza, presionó sus labios contra los de ella. Ella gimió en señal de aprobación y su cálida boca se deslizó sobre la suya.

Helen le devolvió el tierno beso y luego se atrevió a recorrer su labio inferior. Él se abrió a su exploración y sus lenguas se encontraron, vacilantes al principio, pero la timidez desapareció cuando la pasión estalló, haciéndose más intensa.

Helen se levantó con elegancia y él la agarró por las caderas, tirando de ella hacia él. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se sentó en su regazo mientras seguían besándose. Con su trasero apretado contra su ingle, Dylan apretó los ojos, luchando por controlar la situación. Apartó su boca de la de ella, temiendo que sus besos lo llevaran al límite.

Dylan jadeó.

—Tengo que calmarme.

Con las mejillas enrojecidas, Helen se inclinó ligeramente hacia atrás. Una sonrisa maliciosa tocó sus labios hinchados por los besos, y se movió para arrodillarse frente a él de nuevo.

Antes de que Dylan pudiera reaccionar, ella atacó los botones de sus pantalones y metió la mano para tocarlo.

Dylan se arqueó hacia arriba, sus caderas se despegaron de la silla. Él agarró sus muñecas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, avergonzado por su voz temblorosa.

Sonrió, con una ligera sonrisa burlona.

—Si tienes que preguntar, entonces ha pasado demasiado tiempo.

Helen se soltó de su agarre y le desabrochó lentamente la camisa. Las yemas de sus dedos rozaron su piel por debajo y pequeños arcos de placer recorrieron su cuerpo. Cuando su camisa estuvo completamente desabrochada, Helen se estiró para quitársela de los hombros.

Dylan se puso rígido, sabiendo lo que ocultaba su camisa. Si ella veía la marca... Él le agarró los brazos y se puso de pie, tirando de ella para que se levantara con él. Su cuerpo se apretó contra el suyo desde la rodilla hasta el pecho.

—Llevas demasiada ropa —susurró Dylan. Simplemente había querido distraerla, pero cuando le tocó quitarle la camisa, su excitación fue en aumento. Desabrochó los primeros botones, luego sacó los extremos de la cinturilla, le quitó la camisa por encima de la cabeza y la arrojó a un lado. Una camisola blanca y deslucida no ocultaba mucho sus duros pezones.

Con dedos temblorosos, desató el lazo entre sus pechos y besó las pecas esparcidas entre ellos. Su aguda inhalación le hizo sonreír contra su piel lechosa. Levantó la mano para bajar los tirantes de la camisola y los deslizó lentamente por sus brazos. Se revelaron más de sus pechos hasta que la tela cayó por debajo de sus pezones. Gruñó en su garganta y capturó un pezón entre sus labios, jugueteándolo suavemente con su lengua y su boca.

Ella puso las manos sobre su cabeza, pero Dylan no sabía si quería que parara o que siguiera. Por mucho que quisiera continuar, soltó su pezón y miró hacia arriba, interrogándola con su expresión.

—No pares. —Las palabras estallaron en ella, junto con un jadeo.

Aliviado, Dylan volvió a acariciar sus pezones, pero incluso a través de la bruma de la pasión, recordó mantener la camisa cubriéndole la espalda. Una parte de él le recordaba que no tenía

derecho a hacerle el amor a la viuda del hombre al que había matado, pero su cuerpo ya no escuchaba a su conciencia.

Helen entrelazó sus dedos en el cabello de Dylan y lo abrazó. Arqueó la espalda, presionando con impaciencia sus pechos contra él. Podía oler su aroma femenino y la sangre le rugía en las venas.

Pero antes de que pudiera hacer otro movimiento, Helen lo empujó.

—No te muevas.

Sorprendido y confundido, Dylan se quedó inmóvil mientras Helen se apresuraba a entrar en el dormitorio y regresaba con una manta, que extendió en el suelo. Soltó un suspiro de alivio reprimido. No había cambiado de opinión.

El resplandor de la lámpara parecía encender el cabello de Helen, con llamas rojas y doradas parpadeando entre sus mechones y formando un halo alrededor de su cabeza. La lámpara cubrió su rostro y sus pechos desnudos con una luz dorada. Su excitación, que se había desvanecido ligeramente, se agudizó una vez más.

Helen le agarró la cintura y tiró de él hacia la manta hasta que se arrodillaron uno frente al otro. Él le besó los labios, luego siguió bajando hasta sus pechos y, finalmente, hasta su vientre. Sin embargo, antes de que pudiera desabrocharle los botones de los pantalones, ella le empujó para que se tumbara boca arriba. Ella le bajó los pantalones, dejando a la vista su erección. Antes de que él pudiera alcanzarla, ella envolvió su mano alrededor de él con solo la fina tela entre ellos.

Dylan había hecho locuras antes de casarse, pero había conocido a pocas mujeres tan asertivas en el amor. Sin embargo, se sintió eufórico por el descaro de Helen, le gustó que ella disfrutara al tocarlo.

De repente, ella lo liberó de su ropa interior y su cálida y húmeda boca se cerró a su alrededor. Un intenso placer lo recorrió y entrelazó sus dedos en su espeso cabello. Trató de contenerse, trató

de prolongar su ascenso, pero la boca de Helen era demasiado tentadora. Su liberación estalló, haciéndolo añicos en cien pedazos.

Durante unos minutos, Dylan permaneció tumbado, consciente de los suaves pechos de Helen contra él y de su cabeza apoyada en su pecho. Soltó las manos y dejó que ella soltara su cabello. Apoyando una mano en su sedosa mejilla, acarició su elegante espalda con la otra.

Sus suaves gemidos le hicieron sentir una renovada flecha de lujuria. Deslizó su mano por su mejilla y bajó por su suave cuello hasta su pecho. Pellizcando suavemente su pezón, escuchó cómo su respiración se volvía más entrecortada. Su aroma le llegó, le sedujo.

Dylan la puso suavemente sobre su espalda y no perdió tiempo en quitarse lo que quedaba de su ropa, excepto su camisa. Se movió entre sus piernas y rozó suavemente su carne húmeda. Sus muslos se tensaron y su gemido lo recorrió. Se tumbó, deslizó su lengua por ella, saboreando su feminidad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Helen con voz entrecortada.

Dylan levantó la cabeza y miró más allá de sus pechos, a sus ojos muy abiertos.

—Darte lo que me diste —dijo suavemente.

Volvió a su deliciosa tarea, con las manos extendidas sobre sus caderas para mantenerla quieta. Helen se estremeció continuamente, sus gemidos bajos hicieron que Dylan se pusiera duro una vez más.

Helen había experimentado placer con un hombre dentro de ella, pero ni Nick ni el vendedor ambulante la habían besado nunca de esa manera. Ella se estremeció cuando la lengua de Dylan la acarició con amplios movimientos, disminuyendo la velocidad para prestar más atención al sensible botón. En las noches en que no podía luchar contra la soledad, se tocaba en el mismo lugar, pero

nunca le había robado la voz y la había dejado solo con gemidos inarticulados.

Él extendió la mano, pellizcó un pezón, y su vientre y muslos temblaron, tensándose aún más. De repente, chupó el duro capullo mientras sus manos le amasaban los pechos. Helen levantó las caderas cuando la tensión estalló. Se mordió el puño, logrando contener el llanto para no despertar a los niños que dormían.

Se dejó caer sobre la manta, con los músculos flácidos y el corazón latiéndole con fuerza en los oídos. Antes de que pudiera recuperar el aliento, Dylan se colocó sobre su cuerpo, con el peso equilibrado sobre los brazos y las rodillas, a horcajadas sobre ella. Aunque le resultaba extraño que no se hubiera quitado la camisa, a Helen le gustaba cómo le colgaba del torso y rozaba su sensible piel.

Él la besó y Helen sintió su propio sabor en sus labios. Pero también sintió el sabor de Dylan debajo, y la emoción volvió a recorrerla.

—¿Estás lista? —Su pregunta susurrada fue seguida de un delicioso movimiento de su lengua por el lóbulo de su oreja.

Estremeciéndose de deseo, Helen asintió. Dylan la besó y se deslizó dentro de ella con un movimiento suave. Ella gimió durante el beso. Rodeándolo con las piernas, trabó sus tobillos en la parte posterior de su cintura. Él se retiró y comenzó a penetrarla con movimientos lentos y suaves. Las réplicas la sacudieron incluso cuando el espiral en su vientre se tensó una vez más.

Helen apretó la cabeza contra el suelo y cerró los ojos, sintiéndolo dentro y alrededor de ella. La tensión creció, bajando por su columna y llegando a sus nalgas, apretándose y tensándose, como un resorte que se enrolla cada vez más.

—Mírame —pidió Dylan con voz ronca de pasión.

Ella abrió los ojos. Tenía el pelo pegado a la frente y la cara enrojecida. Jadeaba, pero una sonrisa diabólica curvaba sus labios.

—Déjate llevar, Helen. Te prometo que te atraparé. —Luego, metió la mano entre sus cuerpos y le frotó el punto sensible.

Helen se desbordó y abrió la boca en un grito silencioso. Sus extremidades se tensaron y la visión se le nubló. Percibió vagamente que Dylan se derramaba en ella.

Helen yacía exhausta y sin fuerzas mientras Dylan rodaba sobre ella, jadeando. Miró al techo, tratando de recordar si alguna vez había estado tan satisfecha, tan contenta. Helen se puso de lado, apoyó la cabeza en la mano y miró a Dylan. Sonrió, divertida de que él todavía llevara puesta la camisa, pero nada más.

Dylan abrió los ojos, que estaban llenos de pasión.

—Nadie nunca... —Helen se interrumpió, avergonzada.

Dylan la agarró por la cintura con el brazo y la acercó para que se tumbara cómodamente a su lado.

—Me alegro.

Él le besó la coronilla y cerró los ojos. Helen echó la cabeza hacia atrás y estudió su rostro, que todavía estaba ligeramente sonrojado. Un rizo empapado de sudor cayó sobre su frente y sus largas pestañas rozaron sus mejillas. La tenue sombra de los bigotes cubría su mandíbula recta y perfilaba sus labios bien formados. Al recordar la sensación de esos labios sobre ella, se estremeció al resonar en su interior las réplicas de su amor.

Acurrucándose junto a Dylan, se dio cuenta de que no necesitaba whisky para conciliar el sueño esa noche. Mañana volvería la culpa.



Dylan se despertó y se quedó quieto a la tenue luz de la lámpara mientras trataba de determinar dónde estaba. A lo largo de sus años en el ejército, se había despertado en varios lugares, pero no creía que este fuera uno de ellos. Volvió la cabeza para ver el cabello rojo extendido en abanico sobre su brazo y su pecho.

Helen.

Casi gimió en voz alta. Había hecho lo que juró que no haría: aprovecharse de una mujer a la que había dejado viuda. Sin embargo, incluso mientras se reprendía por su debilidad, recordó la seguridad de Helen y lo que había hecho. Se excitó al recordar su boca sobre él. Según su experiencia, solo las putas sabían cómo dar placer a un hombre de esa manera. Su esposa no había tenido nada que ver con las relaciones sexuales, y él le había enseñado a hacer el amor. Ni siquiera había considerado enseñarle ese método. ¿Nick le había enseñado a Helen? O, conociendo a Nick como lo conocía, ¿la había conocido en un bar?

¿Qué importaba? Helen era una mujer de la que podía enamorarse fácilmente, y su experiencia era solo una pequeña parte de lo que ella era. Además, siendo sincero consigo mismo, le gustaba lo que había hecho.

Miró hacia afuera y calculó que eran alrededor de las cuatro de la mañana. Aunque hubiera preferido dormir con Helen una o dos horas más, Dylan no quería que los niños los vieran juntos. Tenían la maldita suerte de que ni Emily ni Harry se habían despertado durante la noche. A regañadientes, cogió la ropa que había tirado y empezó a vestirse.

Helen abrió los ojos y lo miró con los párpados entrecerrados.

—¿Dylan?

La expresión de aturdimiento y somnolencia en su rostro le hizo querer besarla para despertarla, pero apartó la mirada antes de ceder a la tentación. Ya había cedido a la tentación demasiadas veces.

—Tenemos que ir a nuestras camas antes de que Harry y Emily se despierten —dijo.

Los ojos de Helen se abrieron como platos, como si de repente se diera cuenta de dónde estaban... y de que estaba desnuda. Rápidamente recuperó su camisa.

Por mucho que Dylan quisiera mirarla, se dio la vuelta para abotonarse la camisa.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Cerca de las cuatro.

Dylan se puso de pie y extendió una mano hacia Helen, pero ella la ignoró y se puso de pie a toda prisa. La camisa demasiado grande le ocultaba todo, desde el cuello hasta las rodillas. Él intentó no recordar cómo sus esbeltas piernas se habían enredado alrededor de su cintura, o cómo se habían sentido sus pechos dentro de sus palmas.

—Esto —Helen señaló la manta—, esto no puede volver a pasar.

Aunque Dylan estaba de acuerdo, por razones que ella nunca sabría, deseaba que fuera diferente. Si Nick hubiera muerto cumpliendo con su deber, y no por una apuesta de borrachos, Dylan podría cortejarla como se merecía. Pero seguía siendo un desertor y nunca podría escapar de la marca en su hombro.

Se acercó a ella, la rodeó con los brazos por la cintura y la besó suavemente.

—Tienes razón. No puede.

Ella lo miró fijamente, con las cejas fruncidas en señal de interrogación.

Dylan se obligó a soltarla y a retroceder.

—Será mejor que suba al desván antes de que Harry se despierte.

Ella asintió y recogió su ropa y la manta en la que habían hecho el amor. Sin mirarlo, se apresuró a entrar en el dormitorio donde dormía Emily.

El arrepentimiento se alojó en el pecho de Dylan. ¿Qué haría cuando llegara la cosecha y Helen ya no lo necesitara? ¿Qué podía hacer sino seguir adelante?

18

El acercamiento de una carreta hizo que Helen saliera de su jardín y se sacudiera los pliegues de la falda. Aunque la falda le resultaba extraña en las piernas, tenía que admitir que era más fresca que los pantalones. También la hacía sentir más mujer de lo que se había sentido en meses. El calor le tocó las mejillas al recordar cómo Dylan la había hecho sentir mujer anoche. Por mucho que intentara olvidar su relación sexual, no podía evitar recordar sus besos y cómo la había tocado *allí mismo* con la boca.

Hizo a un lado los recuerdos mientras caminaba hacia la parte delantera de la cabaña. La Dra. Wickberg retiró las riendas y la miró.

—Hola, Helen. Hoy estás muy guapa.

Ella se sonrojó y se preguntó cómo una falda podía hacerla sentir tan diferente.

—Gracias, doctor. ¿Ha venido a ver a Emily?

Él asintió y la preocupación empañó sus rasgos.

—Mi esposa me ha contado lo de la fiebre de Emily.

Helen sonrió.

—Seguimos el consejo de su esposa y metimos a Emily en un baño frío. Le bajó la fiebre y está mucho mejor. —Ella miró sus manos sucias y dijo con pesar—: Como estaba durmiendo, pensé en ponerme al día con el trabajo del jardín.

El médico sonrió, con un alivio evidente.

—Bien. Si no te importa, me gustaría ver cómo está.

—Se lo agradecería.

El Dr. Wickberg bajó de la calesa y cogió su bolsa de debajo del asiento.

—¿Y su tos?

—Le pusimos compresas calientes en el pecho anteanoche y eso ayudó.

—¿El baño lo empeoró?

—No. De hecho, su tos no ha sido tan fuerte desde que le bajó la fiebre. —Helen se quitó el sombrero de paja de ala ancha, le abrió la puerta de la cabaña que olía a manzanas y canela y le indicó el dormitorio.

Emily estaba durmiendo arropada por un viejo edredón.

—Ha dormido bastante desde que le bajó la fiebre.

—Es una buena señal —indicó el Dr. Wickberg en voz baja. Abrió su maletín médico y sacó un estetoscopio. Después de auscultarle el pecho, el Dr. Wickberg esbozó una sonrisa genuina—. Su pecho suena menos congestionado. —Puso su mano en la frente de la niña durante unos momentos—. Su temperatura también parece normal.

Aunque Helen sabía que estaba mejor, se sintió aliviada de que el médico lo confirmara. El Dr. Wickberg cerró su maletín y siguió a Helen fuera de la habitación.

—¿Cree que la fiebre y la tos volverán? —preguntó vacilante.

—Es posible, pero lo dudo. Has hecho un buen trabajo, Helen.

Aunque sus elogios la reconfortaron, sabía que no habría podido cuidar de Emily ella sola.

—Sin la ayuda de Dylan, no habría podido hacerlo.

—¿Es ese tu jornalero?

Ella asintió.

—Dylan Tanner. —Sus mejillas se calentaron y apartó la mirada —. ¿Le apetece un poco de tarta de manzana? Está recién salida del horno.

—¿Tienes café para acompañarla? —Él sonrió mientras se lo preguntaba.

—Por supuesto.

—Entonces acepto tu oferta.

El Dr. Wickberg se sentó junto a la mesa mientras Helen se lavaba las manos, luego cortó el pastel y colocó un trozo generoso en un plato. Se lo puso delante, junto con una taza de café. Ella se sirvió un poco, pero no comió pastel.

—Hace tiempo que no como tarta de manzana caliente, —comentó el médico, con una expresión que mostraba su disfrute.

—Hace tiempo que no la hago. —Helen se levantó y volvió al dormitorio para abrir el baúl que había al final de la cama. Sacó su bolsa de valiosas monedas y encontró un dólar de plata. Al reunirse con el médico, colocó la moneda en la mesa junto a su plato y cruzó las manos sobre el regazo—. Le agradezco que haya venido. Y le prometo que le pagaré el resto de lo que le debo cuando venda la cosecha.

El médico sonrió amablemente.

—Cuando puedas, Helen. Y a mi esposa no le importaría que le pagaras con huevos y leche. Solía comprártelos en la tienda de Coulson.

—A la señora Coulson no le caigo muy bien. —Se encogió de hombros, sorprendida por el dolor de su confesión—. Es de las que piensan que de tal palo tal astilla.

El doctor Wickberg bajó la mirada.

—He oído los chismes, Helen, y no me sorprende que haya gente a la que le gustaría verte fuera de la zona. Así es la naturaleza humana. Pero no todo el mundo piensa así.

Aunque le intrigaba que pudiera haber gente en la ciudad que no le deseaba ningún mal, tenía otro asunto que requería más su atención. Rodeó con las manos su taza de café y se quedó mirándola.

—¿Cree que mi padre mató al Sr. Fleming?

El Dr. Wickberg se acabó la tarta.

—Nunca hubiera pensado que John fuera capaz de matar a nadie, pero había estado bebiendo más desde que murió tu madre, y el alcohol cambia a la gente. He visto a más de una esposa apaleada por su marido borracho. Una vez que los hombres se despejan, la mayoría ni siquiera recuerda lo que hicieron.

Helen levantó la mirada e inclinó el cuerpo hacia delante.

—Él no lo mató. Estaba borracho en nuestro granero.

El doctor Wickberg abrió mucho los ojos.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—Al sheriff. Dijo que solo estaba protegiendo a mi padre, pero no era así. Él era inocente.

—¿Y qué hay del hombre que juró haber visto a tu padre y a Matt discutiendo? Creo que era un vendedor ambulante.

—Virgil Lamont. —Solo decir su nombre hizo que a Helen se le revolvieran las tripas de asco.

—¿Por qué mentiría?

—No lo sé. —Helen miró al médico, pero no pudo sostener su mirada. Si lo hacía, él vería la vergüenza en sus ojos—. Mi padre no mató al Sr. Fleming.

—Entonces, ¿qué hay de esa gente que lo ahorcó?

Esta vez Helen no tuvo que ocultar sus sentimientos.

—Son culpables de asesinato —dijo con tristeza. El médico se estremeció ligeramente y a Helen se le aceleró el corazón. Con voz temblorosa, preguntó—: ¿Fue usted uno de los que lo lincharon?

Él la miró a los ojos.

—No, Helen. Yo no participé en la muerte de tu padre.

Aunque aliviada, sospechaba que él ocultaba algo.

—Pero usted sabe quién fueron.

—Tu padre ya no está, Helen. Remover su desafortunada muerte no va a ayudar a nadie.

Desilusionada, miró fijamente al médico.

—Eso es lo que me dijeron la señora Fleming y su hijastro. De hecho, insinuaron que si seguía intentando demostrar la inocencia de mi padre, me podría pasar algo. —Una ira indignada ardía en su vientre—. Pero entonces, ¿qué más da otra vida inocente? Los implicados en el linchamiento son asesinos, pura y simplemente.

La expresión del Dr. Wickberg se endureció.

—Esa gente creía que estaba haciendo justicia. No ayudó que Matt fuera muy querido y que tu padre tuviera fama de borracho vago.

—No importa qué clase de hombre fuera, mi padre no merecía ser ahorcado.

El doctor puso una mano tranquilizadora sobre su hombro y ella la apartó.

—No puedes cambiar lo que pasó —dijo.

—No, no puedo. Pero puedo ver que esas personas que lincharon a mi padre son castigadas.

El Dr. Wickberg sonrió con tristeza.

—Nunca sabrás quiénes fueron, Helen—. Terminó su café y se puso de pie—. Será mejor que vuelva a la ciudad.

Ella lo acompañó afuera y lo vio subirse a su calesa y partir.

La visión de Helen se nubló al verlo partir. Estaba agradecida con el Dr. Wickberg por ayudar a Emily, pero él era como los demás

habitantes del pueblo. Tan decididos a vengar la muerte de Matt Fleming que ni siquiera consideraban que habían ahorcado a la persona equivocada.

¿Cuándo se darían cuenta de que el verdadero asesino seguía suelto?



Por muy cansado que estuviera Dylan cuando él y Harry entraron en el patio, notó las sábanas ondeando en el tendedero con la brisa del mediodía. Si Helen había podido lavar las sábanas, era señal de que Emily estaba lo suficientemente bien como para levantarse de la cama.

En el pozo, Dylan se limpió la suciedad y el sudor de la cara y los brazos.

—Tú también tienes que asearte —le dijo a Harry.

—Pero no he hecho nada más que tumbarme y ver cómo trabajabas.

—Has cogido saltamontes y has jugado con una serpiente. Lávate, jovencito.

Con un suspiro de resignación, Harry hizo lo que Dylan le dijo. Dylan había examinado las ampollas rotas en la mano de Harry después del desayuno y le había ordenado que se tomara las cosas con calma ese día para que sanaran. El chico había discutido, pero Dylan le recordó que tenía otra opción: volver a casa de los Smiths. Harry había seguido su orden de descansar sin más oposición.

Dylan se secó la cara y las manos y luego inspeccionó las manos del niño, observando que el pañuelo no parecía demasiado sucio. Duraría el resto del día.

La puerta de la cabaña estaba abierta cuando se acercaron, y el tentador olor a tarta de manzana hizo que a Dylan le rugiera el estómago. Harry se deslizó a su lado para entrar primero.

—Hola, Harry. Hola, Sr. Dylan. —Emily, con un vestido limpio y el pelo recién lavado y peinado, se sentó junto a la mesa. Su voz estaba algo ronca, pero su rostro tenía un color saludable y sus ojos estaban brillantes, pero no de fiebre.

—Vaya, Emily —dijo Dylan, sonriendo—. ¿Estás mejor?

La chica asintió.

—Mamá dijo que el Dr. Wickberg dijo que estaba mucho mejor.

Dylan dirigió su atención a Helen y parpadeó en estado de shock. En lugar de sus pantalones y camisa holgada habituales, llevaba un delantal sobre una blusa de algodón a cuadros metida en una falda azul oscuro. Su cabello castaño rojizo estaba recogido hacia atrás sin apretar, dejando mechones ondulados que enmarcaban su rostro y suavizaban sus rasgos. Tenía las mejillas sonrojadas, lo que hacía que sus pecas resaltaran, y sus ojos verdes brillaban.

—Está muy guapa, señora Morrison, —dijo Harry, adelantándose a Dylan con el cumplido.

—Gracias, Harry. Después de casi tres días con la misma ropa, no podía soportar ni un minuto más, —dijo con una risa nerviosa.

Por la forma en que se alisaba la falda y se peinaba el pelo hacia atrás, Dylan sabía que no estaba tan cómoda como en sus antiguos pantalones. Pero Dylan encontraba entrañable su vacilación, que añadía otra faceta a su ya de por sí complicada naturaleza. Tampoco pudo evitar admirar sus curvas femeninas, recordando demasiado bien cómo se veían esas curvas sin la ropa que las ocultaba.

—Sentaos y poneros a comer, —dijo Helen con voz entrecortada.

A pesar de su promesa de que la noche anterior no se repetiría, Dylan no podía apartar los ojos de ella mientras se sentaba en lo que se estaba convirtiendo en *su sitio* en la mesa. Harry se sentó a su derecha y Emily a su izquierda.

—¿Cuándo vino el Dr. Wickberg? —preguntó Dylan, necesitando algún pretexto que le hiciera olvidar la transformación de Helen.

—Hace una hora. Dijo que Emily estará bien.

Dylan notó una clara falta de entusiasmo en su voz. ¿Había algo que no estaba diciendo, algo relacionado con la salud de Emily? ¿O algo más? Levantó la vista para preguntarle, pero ella sacudió levemente la cabeza y miró deliberadamente a los niños.

Helen se sentó y ayudó a Emily a poner comida en su plato. Dylan hizo lo mismo con Harry, y un recuerdo de él y sus dos hermanos comiendo con sus padres se le vino a la mente. Su hermano mayor, Reid, se había sentado a su lado y había ayudado a Dylan con la comida. La imagen era tan vívida que podía recordar cada detalle del rostro de Reid. Un recuerdo de hace veinticinco años. ¿Qué aspecto tendrían ahora Reid y Carter? ¿Los reconocería si se los encontrara en la calle?

—¿Me pasas los guisantes, Dylan? —preguntó Helen, y él supo que no era la primera vez que hablaba.

—Lo siento, —murmuró y le entregó el bol de guisantes.

Mientras comían la comida que Helen había preparado, le preguntó a Dylan:

—¿Cómo ha ido el día?

—Tenemos unos cuatro acres hechos. También están todos atados.

Su expresión perdió parte de su animación.

—Todavía quedan cuarenta y cinco acres.

—Estoy trabajando lo más rápido que puedo, —dijo él, incapaz de contener su irritación—. Si tuviéramos una segadora...

—Sé que estás trabajando duro, y te agradezco lo que has hecho. Pero no sé si será suficiente. —Su voz era una mezcla de gratitud y frustración.

—Tiene que haber alguien con una guadaña que esté dispuesto a ayudarte —dijo Dylan.

Ella negó con la cabeza.

—Antes de empezar a plantar, intenté conseguir ayuda, pero no podíamos pagar a nadie. Y los que conocían a mi padre opinaban que debería estar plantando en lugar de bebiendo.

—No sé mucho de agricultura, pero ¿no podrías ofrecer un porcentaje de la cosecha como pago por el uso de una segadora?

—Podría, pero quizá no me quede con lo suficiente para pasar el invierno y comprar más semillas para la siembra del año que viene. —La exasperación y la terquedad de su expresión le resultaban familiares.

Dylan apartó su plato vacío, notando como tenía el estómago cómodamente lleno.

—Quizá tengas que arriesgarte, Helen, o no conseguirás lo suficiente ni siquiera para pasar el invierno.

Ella empujó la comida.

—De verdad creí que tenía la oportunidad de salir adelante aquí sola. Que podía cuidar de Emily y de mí sin ayuda de nadie. —Se rió, pero con un toque de autocrítica—. Soy una tonta.

—No, no lo eres, Helen. Que contrates a alguien para que te ayude no significa que sea el dueño de tu granja.

Ella se estremeció y murmuró:

—No, solo yo.

Dylan la miró con curiosidad, seguro de que no la había oído bien.

—¿Qué?

Helen negó con la cabeza y no lo miró a los ojos.

—Nada. Tienes razón. —Se levantó y llevó su plato a la olla de agua caliente—. Traeré la tarta de manzana.

Sirvió a los niños, luego a Dylan y a ella misma. Mientras Dylan saboreaba el pastel, reflexionaba sobre su extraña reacción. ¿Qué había querido decir? ¿Estaba relacionado su extraño comentario con el acto sexual de la noche anterior? Sospechaba que ella lamentaba lo que habían hecho, al igual que él. Sin embargo, eso no le impedía desear pasar otra noche con ella.

—Su tarta está tan buena como la de mamá —dijo Harry con la boca llena.

Helen le sonrió cálidamente al niño.

—Gracias, Harry. Me alegra oír eso.

Harry se lamió el labio superior.

—Quizá incluso mejor. Ella la quemó una vez. Dijo que estaba ocupada. —Frunció el ceño pensativo—. Papá dijo que fue culpa suya, pero no sé cómo fue.

Dylan sospechaba que los padres de Harry estaban ocupados juntos, y cuando miró las mejillas rojas de Helen, supo que ella estaba pensando lo mismo. Dylan carraspeó.

—Ya sabes lo ocupados que podemos estar los adultos.

Helen preguntó de repente:

—¿Alguien quiere más tarta?

—Yo sí, señora Morrison —dijo Harry, y añadió—: Por favor.

Helen puso otro trozo en su plato y preguntó sin mirarlo:

—¿Y tú, Dylan?

—No, gracias, Helen. No podré moverme si como otro bocado y me gustaría cortar otro acre esta tarde.

Como Emily no había terminado su primer trozo, Helen llevó el molde de tarta de vuelta a la despensa.

Dylan ayudó a limpiar la mesa y a guardar la comida sobrante. Harry y Emily se quedaron junto a la mesa, hablando y riéndose.

—¿Cómo te sientes, cariño? —le preguntó Helen a su hija.

—No estoy cansada —respondió la niña, sabiendo claramente lo que su madre quería preguntarle en realidad.

—¿Tienes calor?

Emily negó con la cabeza, con su largo cabello revoloteando alrededor de su cabeza como un carrusel.

—No. —La niña tosió, pero se le pasó rápidamente.

—¿Quieres jugar fuera?

Helen miró a Dylan implorante.

—¿Qué tal si Harry y tú jugáis en el porche? —sugirió Dylan, y luego le habló a Helen—. Hace tanto calor ahí fuera como aquí, así que no cogerá frío.

—¿Te importaría jugar con ella, Harry? —preguntó Helen.

El niño asintió. Dylan pensó que se divertiría más aquí con Emily que sentado mirándolo trabajar.

Helen le limpió las manos a su hija con un paño húmedo, luego Emily saltó de la silla y agarró la mano de Harry. Lo puso de pie.

—Vamos. Salgamos.

Harry se dejó llevar sin mostrar demasiado disgusto por ir con ella.

Dylan sacudió la cabeza, riendo.

—Será mejor que vuelva al trabajo. —Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo—. ¿Qué más dijo el Dr. Wickberg?

Helen metió las manos en el agua jabonosa y empezó a lavar los platos.

—Le pregunté si sabía quién estaba involucrado en el linchamiento de mi padre.

—¿Y qué respondió? —Dylan se acercó para que los niños no los oyeran.

Ella se quedó quieta y giró la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Juró que no estaba involucrado. Nunca fue directo y dijo que sabía quién asesinó a mi padre, pero me di cuenta de que conoce a algunos de ellos.

—Entonces, ¿por qué no te lo dijo?

—Él cree que mi padre mató al Sr. Fleming, así que trató de convencerme de que la gente del pueblo solo estaba haciendo justicia. Si no puedo conseguir que el Dr. Wickberg me diga nada, ¿cómo voy a conseguir que alguien más hable conmigo? —Una amarga frustración brotaba en su voz. Se aclaró la garganta—. Cuando era niña, solía desear un padre diferente, uno que no bebiera ni gritara ni nos diera una bofetada a mamá o a mí. A veces solía imaginarme devolviéndole los golpes, pero nunca lo hice. Sé que mi padre no valía mucho, pero era el único padre que tuve, y le debo algo por eso.

Dylan se compadeció de Helen, de la niña que había sido y de la mujer en la que se había convertido a pesar de tener un hijo de puta por padre. Apretó las manos a los lados, sintiendo de repente temor por la intensidad de sus emociones.

—Lo entiendo. —Se dirigió a la puerta, para escapar de esta mujer que le afectaba más profundamente que incluso su esposa.

—Dylan —llamó Helen.

Se detuvo y se volvió hacia ella.

—Sobre anoche... —Su expresión afligida le hizo apretar el estómago—. Eso no era parte de nuestro acuerdo de trabajo.

Dylan frunció el ceño.

—Nunca pensé que lo fuera.

Su alivio lo desconcertó, pero no se atrevió a permanecer más tiempo en su presencia. Podría olvidar todas las razones por las que estaba mal besarla de nuevo.



Helen terminó de lavar los platos y luego fue a ver a los niños, que estaban jugando con palos y piedras en el porche. No los interrumpió, pero los escuchó desde la puerta.

—No, no puedes hacer eso. Tienes que tener tanto un palo como una piedra, —explicó Emily en un tono sorprendentemente adulto.

—Oh, vale, —dijo Harry con tranquilidad.

Helen levantó una mano para ocultar su sonrisa. Se preguntó si ella era tan mandona como Emily a esa edad.

—¿Te quedarás aquí para siempre? —preguntó Emily a Harry.

—No.

Helen dudaba de que Emily hubiera oído el anhelo detrás de la bravuconería en la voz del chico. Por un momento, deseó poder darle a Harry un hogar aquí, pero ni siquiera podía garantizar un hogar para Emily. ¿Cómo iba a mantener a dos niños?

Si Dylan se quedaba, podríamos hacerlo juntos.

No, ni siquiera podía permitirse pensar en cosas así. No después de jurar que nunca volvería a depender de un hombre.

—Dylan quería que volviera ayer con los Smiths, —dijo Harry—. Creo que estaba enfadado consigo mismo por lo que me hice en la

mano cuando estaba trabajando.

A Helen se le cortó la respiración. Dylan realmente se preocupaba por Harry... y por Emily. Su preocupación por dos niños que no eran suyos desconcertaba a Helen, pero

Si hubiera sabido que había hombres como Dylan por ahí, no habría sido tan rápida en levantar las faldas al primero que mostrara interés en ella.

Negándose a arruinar el día brillante pensando en sus errores, Helen salió del porche para recuperar las sábanas y hacer la cama.

Tan pronto como terminó, Emily y Harry entraron en la casa.

—Tenemos hambre, mamá —dijo Emily.

Helen untó miel en dos rebanadas gruesas de pan y les dio una a cada uno. Mientras comían su merienda en la mesa, Helen bebió café y observó cómo los párpados de Emily caían.

—Es la hora de la siesta —le dijo Helen a su hija.

Tras una resistencia simbólica, Emily se tumbó en la cama recién hecha y cerró los ojos. No tardó mucho en quedarse dormida.

Helen salió de puntillas de la habitación y se unió a Harry, que seguía sentado junto a la mesa, con cara de tristeza.

—¿Te importaría ayudarme a recoger los pepinos?

Se puso en pie de un salto.

—No, señora. Solía ayudar a mamá en el jardín.

Helen se puso el sombrero de ala ancha y cogió dos cubos del porche, contenta de que se lo hubiera pedido. Harry le quitó uno y, balanceando los cubos a los lados, ella y el niño se dirigieron al jardín.

Se arrodillaron entre las enredaderas, recogiendo pepinos, sin que la mano envuelta de Harry lo frenara. Mientras trabajaban, los ojos de Helen seguían fijándose en el pañuelo enrollado alrededor de la mano de Harry. Le resultaba extrañamente familiar.

Más tarde, después de llevar los dos cubos de pepinos a la casa, dijo:

—Quizá deberíamos desenrollar tu mano y asegurarnos de que esas llagas de debajo no se ensuciaron.

Harry se encogió de hombros y le tendió la mano. Helen desató el nudo del pañuelo con dedos temblorosos. A medida que lo desenrollaba, la sensación de haber visto el pañuelo antes se hizo más fuerte. Lo sacudió y su respiración se entrecortó en la garganta. Era un pañuelo reglamentario de una unidad de caballería, la misma unidad a la que había pertenecido Nick. Dylan nunca había dicho nada sobre estar en el ejército, y mucho menos conocer a su marido.

Quizá se lo encontró o se lo compró a un soldado.

Helen levantó el pañuelo.

—¿Te dijo dónde lo había conseguido? —preguntó a Harry, manteniendo la voz tranquila.

—No.

—¿Fue soldado?

Harry se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca me ha dicho nada al respecto. —Helen soltó un suspiro que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Debe habérsela comprado a un soldado, o tal vez la encontró.

—Veamos cómo van esas ampollas.

Cuando se aseguró de que las llagas no estaban sucias y de que estaban curando bien, volvió a envolver la bufanda alrededor de su mano. Sus dudas se intensificaron. Aunque Dylan le había hablado de sus hermanos, su esposa y su hijo, sorprendentemente no había dicho nada sobre lo que había hecho en los últimos años. ¿Y si había estado en el ejército? Quizá hubiera conocido a Nick. Pero si lo hubiera hecho, ¿no se lo habría contado?

Miró a Emily y la encontró durmiendo profundamente.

—Harry, ¿te importaría cuidar de Emily? Tengo que salir corriendo a preguntarle algo a Dylan. No tardaré mucho.

—Está bien.

Helen salió y caminó rápidamente por el sendero que conducía al campo de trigo. Se le enganchó el dedo del pie en el dobladillo y casi se tropieza. Había olvidado lo molestas que eran las faldas cuando una persona tenía prisa. Murmurando algunas frases impropias de una dama, se subió el dobladillo de la falda hasta las rodillas y continuó.

Flossie y Smoke pastaban contentas en el prado y Helen se detuvo para examinar el pelaje de Smoke, para ver si la yegua tenía una marca de caballería. Había una marca, pero no era de la Caballería de los Estados Unidos.

Sintiéndose tonta, Helen casi regresó a la cabaña. Sin embargo, al recordar lo que Dylan le había contado sobre su vida, volvió a pensar en la gran laguna que no había explicado. Quizá simplemente había ido a la deriva, trabajando como jornalero en varios lugares. Sin embargo, eso tampoco parecía correcto. Su instinto y su corazón le decían que había algo más en Dylan Tanner de lo que se veía a simple vista.

Respirando hondo, Helen continuó hacia el campo, pero redujo la velocidad a un ritmo más propio de una dama. Al llegar al borde del campo, vio la camisa colgando de la rama de un árbol. Su mirada lo encontró arrodillado en el suelo con la espalda desnuda hacia ella. Se detuvo y sintió un placer culpable al admirar sus anchos hombros y su suave espalda que se estrechaba hasta una cintura esbelta. No había podido tocar esa espalda porque él se había mantenido con la camisa puesta todo el tiempo que habían hecho el amor. Una vez más, la inquietud se apoderó de ella: ¿por qué no se había quitado la camisa?

Entornó los ojos para examinar su espalda y encontró una marca en su hombro. Sintiendo que debería saber qué era, se acercó

para verlo más claramente. No hizo ruido mientras caminaba hacia él, al tener la intención de examinar la cicatriz.

El reconocimiento la golpeó como un puñetazo, y se tambaleó al darse cuenta.

No, no puedo creerlo.

De repente, Dylan se puso de pie y se volvió hacia ella.

—Helen, ¿qué haces aquí?

—V…vine a verte —respondió ella, deseando de todo corazón no haber reconocido la marca—. Esa marca. Eres un d…desertor.

El rostro de Dylan palideció y abrió la boca, pero no le salió nada.

—Vi el pañuelo en la mano de Harry. ¿Es tuyo? —exigió Helen.

Dylan respiró hondo y asintió.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la voz de Helen se elevó con indignación a pesar de su intento de mantener la calma—. Te hablé de mi marido y de cómo estuvo en el ejército. ¿Por qué me mentiste?

Levantó la cabeza y sus ojos se llenaron de dolor.

—No mentí. Simplemente no te dije toda la verdad.

—¡Dímela ahora! Y más vale que sea la verdad *de cabo a rabo*.

—Soy un desertor y conocí a tu marido. —Hizo una pausa. Helen creyó ver un brillo de humedad en sus ojos, pero debió de ser un efecto de la luz—. Solíamos beber juntos.

Helen se llenó de rabia e indignación. Le dio una bofetada a Dylan.

—Hijo de puta. Sabías que mi marido me engañaba con todas esas putas de los salones. Te debiste reír bastante de Helen Morrison, que ni siquiera podía satisfacer a su propio marido en la cama.

Él levantó las manos, con las palmas hacia fuera.

—No, te juro que no fue así.

Ella quería creerle, quería creerle con todo su corazón. Quería que Dylan fuera diferente a los demás. Pero no lo era. Había conseguido lo que quería, que era estar en su cama. Solo que había sido más deshonesto que Nick y Virgil Lamont.

—Quiero que te vayas de mi tierra —ordenó ella, con la voz tan helada como sus entrañas.

—¿Y los cultivos?

—Prefiero que se pudran que tener a un mentiroso y un desertor bajo mi techo.

Dylan se estremeció y su rostro perdió toda expresión. Se dio la vuelta y se dirigió al árbol que sostenía su camisa. No se detuvo para ponérsela, sino que siguió caminando sin mirar atrás.

Helen apretó los dientes para contener el sollozo que le subía por la garganta. Había sido tan estúpida al creer que alguien trabajaría solo por alojamiento y comida. ¿Se había estado divirtiendo simplemente seduciendo a la esposa de su antiguo compañero de borracheras? ¿La había encontrado tan insatisfactoria en la cama como su marido?

Maldito sea.

19

El corazón de Dylan retumbaba en su pecho, el latido marcando el tiempo con sus pasos pesados. Ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse.

¿Explicar qué? ¿Que su marido y yo debíamos estar de guardia esa noche en lugar de beber? ¿Que desafié a Nick a caminar por el borde del tejado de un saloon? ¿Que él y yo estábamos tan borrachos que ni siquiera nos dimos cuenta de la madera podrida?

Fue una muerte estúpida y sin sentido que nunca habría ocurrido si Dylan no hubiera estado bebiendo. Dylan lo había perdido todo menos la vida esa noche: su excelente expediente militar, su rango y su autoestima. Su marca la consiguió tras tres meses en el calabozo. Luego lo echaron del fuerte con solo la ropa que llevaba puesta y un viejo revólver Colt del ejército en el cinturón.

Mientras cumplía su condena, había hecho el voto de no volver a beber nunca más y, a pesar de la constante tentación, se mantuvo fiel a ese voto. Pero en ese momento, si hubiera una botella de whisky delante de él, no se lo pensaría dos veces antes de romper esa promesa.

Al pasar junto a Smoke en el prado, silbó. La yegua trotó hasta el corral, llegando antes que Dylan al granero. Mientras Dylan metía sus cosas en la alforja, recordó que su saco de dormir estaba en el desván de la cabaña.

La ira aún lo embargaba mientras se dirigía a la casa, pero se detuvo al ver a Harry durmiendo en una de las mecedoras. La furia de Dylan desapareció y sus hombros se hundieron. Se apoyó en el

marco de la puerta y se quitó el sombrero, pasando una mano por su cabello húmedo.

Tendría que explicarle al niño por qué tenía que volver a casa de los Smiths y por qué no volvería a ver a Dylan nunca más. El niño no merecía que lo dejaran de lado como a una bota vieja. ¿Por qué se había hecho amigo Dylan de Harry? Sabía que no podía quedarse en Land Creek, pero había jugado con el afecto del niño y se había permitido acercarse a él.

Volvió la cabeza y vio a Emily durmiendo en la cama. Su corazón se le encogió. Había pasado horas al lado de la niña, calmándola y confortándola durante su enfermedad. Tal vez durante unos minutos incluso se había permitido pensar en ella como su propia hija.

Y ahora, por haber sido un cobarde, por miedo a decirle la verdad a Helen al principio, había perdido cualquier oportunidad de empezar de nuevo. La posibilidad de quedarse aquí con Helen, Emily y Harry se había esfumado, y ni siquiera sabía cuánto había deseado esta familia. Hasta ese mismo momento.

Sintió la presencia de Helen y se volvió para verla corriendo por el patio, con la falda sujeta con fuerza entre las manos. Subió los escalones como una flecha y se detuvo justo delante de la puerta. No quedaba rastro de la Helen que había conocido la noche anterior.

—Supongo que solo estás recogiendo tus cosas —dijo con frialdad.

Él asintió, sin saber cómo lidiar con su ira y su sensación de traición, mientras su propia culpa le carcomía por dentro.

Su mirada pasó de él a Harry, y su expresión se suavizó, volviéndose arrepentida.

—Siento que se haya visto involucrado en todo esto.

—Yo también.

Apretó los dientes y su expresión se volvió gélida una vez más.

—Lárgate de aquí, Dylan. No quiero volver a verte nunca más.

Su conciencia no le permitió discutir. En su lugar, despertó a Harry.

—Nos vamos.

El chico parpadeó para despertarse.

—¿Qué?

—Sube al desván y coge tus cosas. Nos volvemos a la ciudad ahora —dijo Dylan.

—Dijiste...

—No me importa lo que dije —interrumpió él, forzando la dureza en su tono—. Tenemos que irnos ahora.

La mirada de Harry se desvió hacia Helen y luego volvió a Dylan. Obviamente, percibió las corrientes de ira que fluían entre ellos. Apretó los labios y asintió.

Dylan siguió al chico hasta el desván. Cogió su saco de dormir y esperó a que Harry metiera sus pocas pertenencias en la gastada bolsa que había traído de casa de los Smith. Bajaron por la escalera y Helen ya no estaba donde había estado. Mientras Dylan guiaba a Harry fuera de la cabaña con una mano en su hombro, vio a Helen sentada con la espalda recta en el borde de la cama junto a su hija dormida. Ni siquiera levantó la vista cuando se fueron.

—¿Hice algo malo? —preguntó Harry, con la voz temblorosa.

La conciencia de Dylan lo apuñaló y se detuvo en medio del patio para mirar al chico a la cara. Colocó sus manos sobre los hombros de Harry.

—No, Harry. La Sra. Morrison está enfadada conmigo, no contigo.

—¿Hiciste algo malo? —La expresión del niño era una mezcla de aprensión y sorpresa.

Dylan le debía a Harry la verdad.

—Mentí sobre algo importante. La Sra. Morrison acaba de enterarse y está muy enfadada conmigo.

Harry miró su mano vendada.

—¿Tiene algo que ver con tu pañuelo?

Sorprendido por su perspicacia, Dylan se agachó frente al niño.

—Es de la unidad de caballería en la que estaba. El marido de la señora Morrison estaba en la misma unidad. No le dije que lo conocía. — *Y todavía no le he dicho que causé su muerte.*

—Si no me hubiera hecho daño en la mano, ella no lo habría sabido. —El tono de Harry vibraba de autorreproche.

—No. No es culpa tuya. No tuvo nada que ver contigo, Harry. —Dylan se humedeció los labios resecos. —Si por mí fuera, me quedaría aquí y conseguiría que los Smiths te dejaran quedarte aquí también. Pero ahora tengo que seguir adelante.

Harry parecía a punto de llorar, pero valientemente contuvo las lágrimas. Asintió.

—Lo entiendo.

Dylan creyó que realmente lo entendía. Apretó rápidamente el brazo del chico, se enderezó y se dirigió al corral. Menos de cinco minutos después, montó a Smoke y tiró de Harry detrás de él.

Dylan se tomó un precioso minuto para estudiar la silenciosa cabaña. Al menos había podido arreglarla para Helen y su hija: estarían cómodas y secas este invierno. Miró fijamente la ventana del dormitorio, esperando ver algún rastro de Helen tras el cristal, pero ella seguía fuera de su vista.

Con la sensación de que la puerta de la empalizada volvía a cerrarse de golpe tras él, Dylan tocó los flancos de Smoke con los talones y se dirigió a Land Creek.



Helen corrió la cortina cuando Dylan y Harry desaparecieron en la carretera. Luchó contra las lágrimas que amenazaban con derramarse y ganó la batalla. Sin embargo, tenía la garganta irritada y rasposa por contener su amarga decepción.

¿Cómo se había equivocado tanto con Dylan? Había sido tan cuidadosa al principio, observándolo y esperando a que cometiera un error, pero él había sido muy trabajador e incesantemente educado. Pensó que incluso había llegado a respetarla. En cambio, simplemente había estado esperando el momento oportuno para conseguir lo que todos los hombres querían de una mujer, y ella había sido tan tonta como para dárselo.

Su mirada se dirigió al baúl. Hacía días que había sacado la botella de whisky y, lo que era más impactante, ni siquiera la había echado de menos. Sobre todo después de hacer el amor con Dylan.

El asco se le hizo un nudo en el estómago.

Emily emitió un leve sonido mientras dormía, y Helen estudió el rostro inocente de su hija. Estuvo a punto de perderla... Si lo hubiera hecho, Helen sabía que nada, y mucho menos el whisky, podría llenar el vacío.

Armándose de valor para resistir la tentación del licor, se concentró en cómo podría mantener a su hija. Con el huerto, tendrían muchas verduras y frutas en conserva hasta el año que viene. Sin embargo, sin dinero, no tendrían carne ni los productos secos que necesitarían.

La mayor parte del trigo maduro seguía en el campo. La sugerencia de Dylan de conseguir a alguien con una segadora para cortarlo tenía sentido. Sin embargo, la idea de ir a la ciudad e intentar encontrar a alguien le hacía sudar las palmas de las manos.

Su mirada se posó de nuevo en Emily, y la determinación de Helen se fortaleció.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Por el bien de Emily.



Salir de casa de los Smith resultó más difícil de lo que Dylan había previsto. Si el niño hubiera seguido adelante, podría haber sido más fácil. En cambio, Harry permaneció mudo y rígido, sin mostrar en su rostro nada de lo que sentía.

La Sra. Smith tenía a los dos niños más pequeños en casa mientras los mayores estaban en la escuela.

—Sube y guarda tus cosas, —ordenó a Harry sin que él se diera cuenta de que se había ido.

—Sí, señora.

El muchacho no miró atrás cuando entró en la casa.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —preguntó la Sra. Smith, más por curiosidad que por preocupación.

—Se le han reventado un par de ampollas. No quería que se infectaran, —respondió Dylan, inquieto en la silla de montar—. Es un buen chico. Muy trabajador.

La señora Smith asintió.

—Cuando quiere hacer algo, trabaja. —Entrecerró los ojos—. ¿Se va a marchar entonces?

—En un día o dos.

—Me sorprende que no se haya quedado para ayudar a la hija de Foreman con la cosecha.

Pasó la vista por encima de ella, hacia el interior oscuro de la casa donde Harry había desaparecido.

—Es hora de irme. —Se volvió a concentrar en ella—. Cuídele.

—No hay que preocuparse por él. Le daremos un lugar donde dormir, ropa y comida. Es nuestro deber cristiano.

Se dio cuenta de que ella no había mencionado nada sobre amor o afecto. Una vez más, le sorprendió lo erróneo que era dejar a Harry con esta familia.

—Si alguien más estuviera dispuesto a acogerlo, ¿lo dejaría ir? —preguntó.

Ella entrecerró los ojos.

—Depende de quién sea. Si es un vagabundo como usted, no lo haría. Le debo a sus padres un lugar decente para que lo críen.

Dylan sospechaba que los padres de Harry también querrían que su hijo fuera amado. Pero la señora Smith tenía razón. Harry merecía saber dónde dormiría cada noche. Respiró hondo para calmar el ardor en su pecho.

—Será mejor que busque un lugar donde quedarme esta noche.

Ella regresó a la casa mientras Dylan se alejaba a caballo. Él vació su mente, trató de no pensar en Harry, Helen o Emily. Se detuvo en la caballeriza y consiguió un lugar para Smoke, así como permiso para dormir allí él mismo.

Con muy poco dinero, Dylan no podía permitirse una habitación de hotel y una comida.

Mientras Dylan limpiaba en la caballeriza con un cubo de agua, el fornido mozo de cuadra, Burt, le hacía compañía.

—Ya le he visto antes por la ciudad, —comentó Burt entre caladas de su cigarro liado.

—He estado trabajando en casa de los Foreman, —dijo Dylan.

—¿Para Helen?

Dylan hizo una pausa para mirar al hombre.

—¿La conoce?

Burt se encogió de hombros.

—Claro. Creció aquí. Mucha gente la conoce. Era una potra algo salvaje.

—¿Qué quiere decir?

El hombre levantó sus fornidas manos con los dedos manchados de tabaco y suciedad.

—Nada. Solo que se notaba que estaba buscando una forma de salir de Land Creek. Y la encontró, con un soldadito de paso.

La voz de Burt insinuaba que sabía algo más.

—Muchas chicas quieren casarse y tener su propia casa —comentó Dylan.

—Pero no todas se quedan embarazadas antes de ponerse delante del predicador.

Conociendo a Nick, Dylan no debería haberse sorprendido. Sin embargo, la Helen que él conocía no se parecía en nada a la chica de la que le hablaba Burt. Al menos, no lo había sido cuando la conoció. Se le ocurrió otra posibilidad: tal vez había tenido la intención de tenderle una trampa todo el tiempo.

Eso explicaría su atrevimiento. Si lo atrapaba, tendría un hombre que se ocupara de la granja. Sin embargo, si esa era su intención al principio, ¿por qué vestía ropa de hombre que le cubría la figura? No, no se lo creía. Helen no era una mujer que se aprovechara de sí misma para ganarse favores.

—Cuando volvió esta primavera con ese vendedor ambulante, pude ver que se conocían bastante bien, si me entiende. —Burt le guiñó un ojo.

Dylan apretó el puño, pero logró frenar su impulso.

—No, no lo creo, —dijo con frialdad.

La expresión lasciva de Burt vaciló y la cubrió con un encogimiento de hombros.

—Bueno, Lamont ha vuelto, así que será interesante ver qué pasa.

Fue Lamont quien le dijo al sheriff que había visto a Foreman discutiendo con Fleming cuando Helen dijo que su padre estaba borracho en el granero.

Si Burt tenía razón sobre Helen y Lamont, eso explicaría por qué ella se había mostrado tan reacia a hablarle a Dylan de él. Aun así, si quería limpiar el nombre de su padre, tendría que enfrentarse a Lamont en algún momento.

—Entonces usted debía de conocer a su padre —dijo Dylan, manteniendo un tono de voz casual.

Burt asintió.

—Lo conocí. Siempre fue un bebedor, pero empeoró el último año más o menos, después de que su esposa murió. Lo he visto pasar más de una vez. Un hombre pierde a su mujer y se mete en la botella, como si fuera a encontrarla allí.

Dylan se estremeció por dentro ante las palabras demasiado precisas del hombre.

—Por lo que he oído, también era un asesino —dijo, manteniendo un tono suave.

Burt se movió y bajó la mirada.

—Eso es lo que todo el mundo decía.

Dylan lo miró de frente.

—¿No creía que lo fuera?

—Solía hacer algunas chapuzas aquí para poder comprarse el whisky. Tenía mal genio, pero nunca le vi pegar a nadie.

—¿Por qué no lo dijo?

Burt dejó caer el extremo de su cigarrillo y lo aplastó bajo el talón.

—No habría cambiado nada. Todos pensaban que él había matado a Fleming.

—¿Fue usted uno de los que le pusieron la soga al cuello?

Burt tragó saliva y negó con la cabeza.

—No, pero no hice nada para detenerlos.

—¿Conoce a los que participaron en el linchamiento?

—Ya no importa. John se ha ido.

—A Helen le importa, —dijo Dylan en voz baja.

El hombre grande suspiró.

—Sí, supongo que sí. —Se rascó los bigotes—. ¿Ha oído que los Fleming se van de la ciudad?

Sorprendido, Dylan negó con la cabeza.

—He oído que se mudan a Denver. Demasiados malos recuerdos aquí, supongo. —Burt se alejó.

Dylan se metió distraídamente la cola de la camisa en los pantalones. No podía culpar a la viuda y al hijastro de Fleming por irse. Si él estuviera en su lugar, haría lo mismo.

Ajustándose el sombrero, pensó en qué hacer a continuación. Si quería encontrar a los instigadores del linchamiento de Foreman, tendría que ir a donde las conversaciones de hombres tienden a ser descuidadas.

Dylan cruzó la calle y entró en el saloon. Caminó directamente hacia la barra y pidió un café y una comida. Después de que el camarero le entregara la taza de café, Dylan se dirigió a una mesa vacía en la parte de atrás para esperar su comida. Mientras sorbía el amargo líquido caliente, miró a su alrededor. Una docena de hombres estaban sentados en grupos de dos y tres, hablando en voz baja, interrumpidos por carcajadas ocasionales o un eructo fuerte. El

hedor a licor rancio, serrín sucio y cuerpos sucios casi deshizo la convicción de Dylan de descubrir la verdad. Pero entonces recordó la traición en el rostro de Helen y su determinación se fortaleció. Después de haberla hecho tanto daño, quería, *necesitaba*, hacer esto por ella.

Quince minutos después de sentarse, una mujer regordeta con un delantal manchado trajo un plato de bistec recocido, patatas aguadas y salsa, y unas judías que parecían hervidas hasta quedar hechas papilla. Comió la insípida comida, tratando de no recordar la comida que había tomado ese mismo día con Helen y los niños.

Cuando Dylan terminó de comer, llevó su plato a la barra y pidió que le rellenaran el café. Se quedó de pie junto a la barra, tratando de no darse cuenta de cómo la luz de la lámpara daba a las botellas de whisky del estante un intenso color ámbar, o cómo el olor se apoderaba de él, buscando ese lugar familiar que no podía negar el whisky.

Las manos de Dylan temblaban mientras luchaba contra el inquieto impulso de agarrar una de esas botellas marrones y llevársela a la boca. Se relamió los labios y casi pudo saborear el ardor punzante, la promesa del olvido.

¡No!

No recaería. Dylan había pagado un alto precio por su debilidad. No tenía intención de volver a pagar.

Se acabó el café, sin ni siquiera notar el sabor cáustico.

—Más, —le dijo al camarero.

El hombre negó con la cabeza, obviamente no le gustaba servir café cuando tenía whisky aguado y cerveza aguada para servir a sus clientes. Pero regresó del cuarto trasero con la cafetera y vertió más café en la taza de Dylan. Dylan le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Tiene algo en contra del alcohol? —preguntó el camarero.

Dylan se encogió de hombros.

—No. Mientras yo no lo beba.

El hombre gruñó y volvió a guardar la cafetera en la trastienda.

—Es una noche tranquila, —comentó Dylan.

El camarero se encogió de hombros.

—Lo de siempre. El sábado por la noche se anima.

—Apuesto a que estuvo bastante animado la noche del ahorcamiento, —comentó Dylan—. ¿Estaba usted por allí entonces?

—Me enteré. Joder, el juez de circuito no viene más que cada dos o tres meses. No hay razón para desperdiciar buena comida en un asesino, ya que de todos modos lo iban a ahorcar.

El cruel desprecio del camarero por la vida de un hombre le revolvió el estómago a Dylan y el café le quemó desde dentro.

Dylan se obligó a inclinarse hacia delante y sonreír con aire de complicidad.

—¿Ayudó a encargarse del asesino?

El camarero miró a su alrededor con recelo.

—No fue solo una persona.

Dylan soltó una carcajada.

—Bueno, eso me imaginaba. —Se dio la vuelta y se apoyó en la barra, haciendo como que miraba a todos los hombres del bar. —Seguro que la mayoría de estos tíos ayudaron a la justicia.

—Puede. Y puede que la mayoría de la ciudad también estuviera involucrada. —A Dylan se le secó la boca y le dio la espalda al camarero—. ¿De verdad? Eso haría muy difícil arrestar a alguien.

El camarero se rió entre dientes.

—¿Quién dice que el sheriff no participó también?

Dylan se dio la vuelta lentamente. Aunque el camarero sonreía, Dylan sospechaba que no bromeaba. No era de extrañar que Helen

nunca hubiera sabido nada. Todos protegían a los demás con una conspiración de silencio. Se sentía enfermo y vacío, como justo después de que Dylan fuera llevado por sus nuevos padres.

Un hombre trajeado de la edad de Dylan entró en el bar. Se quitó el sombrero de ala estrecha y sacudió un poco el polvo de la copa mientras se dirigía a la barra.

—He oído que has vuelto, Lamont —dijo el camarero.

—Las noticias vuelan —dijo el hombre. Sonrió, dejando ver un diente de oro.

Así que este era el vendedor ambulante que Helen podría haber tenido... Si Dylan terminaba la frase, acabaría golpeando al bastardo. En cambio, tenía que averiguar por qué el hombre había mentido sobre el padre de Helen. Se sonrió y se volvió hacia el vendedor ambulante, odiando su rostro demasiado guapo y su cabello perfectamente peinado.

—Así que usted es el vendedor ambulante del que he oído hablar —comenzó Dylan.

Lamont se volvió hacia él con una sonrisa de vendedor.

—Mi reputación me precede.

Dylan se encogió de hombros.

—He oído que usted fue quien hizo ahorcar a un hombre.

La expresión de Lamont vaciló.

—Ese hombre era un asesino.

—He oído que no estaba ni cerca de Fleming cuando el hombre fue asesinado.

El vendedor se enderezó las solapas y miró a Dylan con furia.

—Solo le dije al sheriff lo que vi.

Dylan se calmó, no queriendo asustar al hombre.

—Entonces supongo que tuvo lo que se merecía.

Lamont se relajó visiblemente.

—No creo que nos conozcamos. Virgil Lamont, vendedor ambulante de lo ordinario y lo extraordinario.

Dylan contuvo una risa sin gracia.

—Dylan Tanner, vagabundo.

Lamont entrecerró los ojos.

—¿Tanner, dice?

Dylan asintió con cautela.

—¿Algún parentesco con la familia de Robles?

Dylan se quedó sin aliento.

—No lo sé. Tengo dos hermanos, pero hace mucho que no los veo. Carter y Reid.

—Reid. Ese era su nombre, y su encantadora esposa Laurel.

A Dylan se le cortó la respiración. ¿Era este Reid Tanner su hermano perdido hace mucho tiempo? Respiró con dificultad y fingió indiferencia.

—¿Cerca de Robles, dijo?

El vendedor ambulante asintió.

—Agricultor de algodón. Oí que su esposa era de alguna ciudad del este. No puedo imaginar por qué ella eligió vivir en medio de la nada con un granjero.

—Quizá porque quiere a su marido, —dijo Dylan, con la mente todavía ocupada en encontrar a su hermano después de todos estos años.

Lamont ladeó la cabeza y estudió a Dylan como si fuera un insecto extraño.

—¿No sabe que el amor es como las mercancías de mi carreta? Se puede comprar y vender por el precio adecuado.

Dylan sonrió con tristeza.

—Eso no es amor, Lamont. Eso es celo.

Lamont se rió como si Dylan acabara de contar un chiste.

—Llámelo como quiera, Tanner, y yo haré lo mismo.

De repente, abrumado por los acontecimientos del día y por la posibilidad de que su hermano estuviera a solo unos días de distancia, Dylan se alejó de la barra.

—¿Se va tan pronto? —preguntó Lamont.

—Ha sido un día largo. ¿Va a quedarse por aquí un rato?

Lamont asintió.

—Estaré vendiendo mis productos aquí durante unos días.

Dylan esbozó una sonrisa de depredador.

—Estoy seguro de que nos volveremos a encontrar.

Dylan sintió la mirada de ojos estrechos de Lamont en su espalda cuando salió del bar. Una vez fuera, respiró hondo para calmar su temblor. Una parte de él quería montar en Smoke y cabalgar hasta Robles. Si cabalgaba con fuerza, podría estar allí mañana por la noche. Encontrar a uno de sus hermanos era un sueño que había dejado morir hacía mucho tiempo. Solo que había estado ardiendo, no muerto, y el vendedor ambulante había avivado ese sueño para que volviera a la vida.

Pero se lo debía a Helen. Le había quitado al marido de Helen y al padre de Emily, así como a su proveedor. Ahora todo lo que tenía era una granja y no tenía forma de hacer el trabajo necesario para ganarse la vida con ella.

Se negó a pensar en la razón más importante para quedarse en Land Creek: su corazón.

20

Aunque estaba bastante segura de que Emily estaba en camino de recuperarse, a Helen todavía no le gustaba llevarla a la ciudad. Afortunadamente, solo eran unos pocos kilómetros, y el sol brillaba, calentando el aire.

Mientras la mula avanzaba penosamente, Helen intentó que su hija hablara. Era mejor responder a un montón de preguntas que pensar en lo que les esperaba o en Dylan. Esperaba que hubiera dejado la ciudad, pero si era así, lamentaba no volver a verlo nunca más.

—¿De dónde salen las nubes, mamá? —preguntó Emily, con la cabeza echada hacia atrás para mirar el cielo.

Helen alzó la vista hacia la esponjosa nube blanca que flotaba perezosamente en el amplio cielo azul.

—Mi madre solía decirme que Dios hace las nubes. Cuando está contento, hace unas blancas y bonitas, como las tenemos hoy, y cuando está enfadado, las hace oscuras y aterradoras.

La niña señaló unas nubes tenues.

—¿Y esas? ¿Cuándo las hace?

Helen estudió las nubes en forma de cola de caballo.

—Las hace cuando está sonriendo —respondió en voz baja.

—Entonces Dios está sonriendo y feliz hoy.

—Supongo que sí, cariño.

Emily se acercó a Helen.

—Yo también estaré feliz si vemos a Harry y al Sr. Dylan.

Helen se había esforzado por no pensar en ellos, pero sabía cuánto adoraba su hija a ambos.

—Quizá veamos a Harry, ya que vive en la ciudad, pero el Sr. Dylan se habrá ido.

—Ni siquiera se despidió.

Helen no le había dado muchas opciones a Dylan cuando le ordenó que se fuera de su tierra, pero a Emily le habría dolido más si se hubiera despedido.

—¿Recuerdas cuando tu padre tuvo que irse y no tuvo tiempo de despedirse?

—Pero el señor Dylan es mucho más amable que papá. A papá no le importaba realmente.

Helen casi se atragantó con el nudo que tenía en la garganta. Incluso su hija pequeña sabía lo mal padre que había sido Nick. Y ese era el hombre al que Helen se había entregado, un hombre que hasta una niña de cuatro años sabía que no era bueno. Sin embargo, no podía arrepentirse de esa parte tonta de su pasado. Si no hubiera conocido a Nick, Emily no habría nacido.

—Si el Sr. Dylan se quedara en la ciudad, quizá podrías volver a verlo. —Helen sabía que no debía ilusionar a su hija, pero odiaba ver a Emily tan infeliz.

Land Creek apareció a la vista, recordándole a Helen por qué habían hecho el viaje. Por mucho que le aterrorizara el proceso de encontrar a alguien que cortara su trigo, Helen tenía que intentarlo. Detuvo la mula que avanzaba penosamente frente a la tienda de Coulson y esperó que Wendell estuviera trabajando en lugar de su malhumorada esposa. Después de bajar del carro, bajó a Emily a su lado. La niña tomó la mano de Helen sin que ella se lo pidiera.

Respirando hondo e ignorando las miradas que le dirigían, Helen condujo a Emily a la tienda. Al ver al Sr. Coulson detrás del mostrador, suspiró aliviada. Estaba hablando con un hombre

trajeado de espaldas a ella. Una sensación de familiaridad la invadió mientras trataba de determinar quién era.

Coulson la vio y sonrió.

—Sra. Morrison, ¿tiene huevos o mantequilla para mí hoy?

—No, vengo por otro asunto...

El hombre se dio la vuelta, dejándola en silencio.

—¿Conoce a Virgil Lamont, el vendedor ambulante, verdad?

Apenas oyó la pregunta de Coulson por el estruendo en sus oídos.

—Emily, ¿cómo estás? —Lamont saludó a su hija como si fueran parientes perdidos hace mucho tiempo.

Emily ocultó su rostro en las faldas de Helen.

—Es tímida, ¿verdad? —Lamont tuvo el valor de hacer un comentario. Se acercó a Helen, que apenas se mantenía en pie—. Sra. Morrison, es un placer volver a verla.

Helen no pasó por alto ni su tono untuoso ni su mirada lasciva. Tembló, pero recuperó la compostura.

—Sr. Lamont. Yo diría que es un placer, pero la última vez que estuvo aquí, hizo que mataran a mi padre.

—Por lo que me dijo de él, no fue una gran pérdida.

Helen reaccionó sin pensarlo, pero Lamont la agarró de la muñeca antes de que su mano aterrizara en su mejilla.

—Veo que su temperamento no ha mejorado demasiado.

Temblaba de rabia.

—Suélteme.

Él la sujetó un segundo más y luego la soltó de golpe. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de cuánto lo odiaba. Sin embargo, también se odiaba a sí misma por dejar que él le hiciera lo que le había hecho.

—¿Por qué le mentiste al sheriff sobre haber visto a mi padre con el Sr. Fleming? —preguntó, esperando que él no notara el temblor en su voz.

—¿Por qué iba a mentir? No conocía a su padre, excepto por lo que usted me contó de él.

El rostro de Helen se encendió de culpa. Se había sentido sola, y había sido demasiado fácil hablar después de que Lamont se la llevara, con la noche ocultando su pecado.

—Puede que no fuera un buen padre, pero tampoco era un asesino.

Él se encogió de hombros.

—Tiene que admitir que su vida es mejor sin él.

Se le revolvió el estómago y tragó la bilis que se le subió al gaznate. Conteniendo su rabia, le dijo a Emily:

—¿Por qué no vas a ver los caramelos? El Sr. Coulson te enseñará lo que tiene.

La mirada de la chica saltó de Helen a Lamont y viceversa, y luego se dirigió al mostrador de delante. Una vez que Emily y Coulson estuvieron hablando, Helen se volvió hacia el vendedor y le habló en voz baja.

—Nunca le importé, lo que significa que mintió por otra persona.

Su expresión vaciló por un momento, confirmando la teoría de Helen. Sin embargo, ella no sabía para quién habría mentido, ni por qué. O tal vez fue tan simple como que Lamont mató al propio Fleming y utilizó a su padre como chivo expiatorio, ya que conocía al hombre por la descripción de Helen. Lo que significaba que ella era en parte responsable de la muerte de su padre.

Todos los pensamientos de encontrar a alguien con una guadaña se desvanecieron. Lo único que importaba era alejarse de

Lamont. Se unió a su hija, que estaba masticando un trozo de regaliz.

—¿Cuánto le debo, Sr. Coulson?

—No se preocupe, señora Morrison.

—Gracias —dijo ella con sincera gratitud.

Se dio la vuelta para irse con la mano de Emily en la suya. Lamont se apresuró a abrir la puerta. Helen se detuvo, sin querer aceptar nada de él, ni siquiera la pequeña cortesía. Pero no quería montar una escena, así que pasó sin saludarlo.

Antes de que pudiera volver a subir a Emily al carro, Lamont levantó a la chica y la puso en el asiento. Afortunadamente, fue tan rápido que Emily no tuvo tiempo de asustarse. Helen se negó a darle las gracias y se movió al otro lado del carruaje. Lamont llegó antes que ella y se quedó apoyado contra el costado del carruaje.

—Solías ser mucho más amable —dijo.

Con el rostro enrojecido, Helen miró a su alrededor para ver si había alguien cerca. No había nadie, excepto Emily. Bajó la voz.

—Entonces no tenía elección.

Con una mirada lasciva, se acercó.

—Claro que sí. Todavía recuerdo cómo suplicabas por más.

Helen ardía de vergüenza, pero temblaba de rabia contenida. Cruzó los brazos para no golpearlo.

—Me usaste.

—No te quejaste demasiado.

—Solo lo hice porque si no lo hubiera hecho, nos habrías dejado a Emily y a mí atrás —dijo con voz ronca.

Él se encogió de hombros.

—Querías algo de mí y tenías que pagar mi precio. Fue una transacción comercial.

Se odiaba a sí misma porque él tenía razón y ella había ido voluntariamente a su cama todas esas noches. Volver a casarse o trabajar en un saloon eran los únicos trabajos para los que estaba capacitada después de la muerte de Nick. Acostarse con Lamont para volver a Texas no le había parecido un mal trato en ese momento.

—Disculpe. Tengo que irme —dijo con los labios rígidos.

—¿Qué le parece una noche más, por los viejos tiempos? —preguntó Lamont, con voz baja y obscenamente íntima.

—Esta vez no tiene nada que yo quiera. —Ella intentó apartarlo, pero él permaneció inmóvil.

—Mi silencio.

Ella se quedó paralizada y se encontró con su expresión de suficiencia.

—Pasaré por su casa esta noche, —dijo él.

La rabia la invadió.

—Tengo una escopeta.

—Si la usa, nunca sabrá quién mató realmente a Fleming.

Su padre estaba muerto. Nada lo haría volver, pero la forma en que había muerto no estaba bien. El verdadero asesino seguía ahí fuera y, por lo que ella sabía, podría ser Lamont. Sin embargo, si dejaba que Lamont se metiera en su cama esa noche, perdería hasta el último gramo de respeto por sí misma que había conseguido recuperar.

—¿Y si me niego a dejarlo entrar?

Él se encogió de hombros.

—Entonces haré saber lo que hizo para volver aquí.

—Diré que todo es mentira.

Lamont se rió entre dientes.

—Incluso si lo hace, ¿quién dice que la gente no me creerá a mí en lugar de a usted? Además, mi reputación no se verá perjudicada, pero la suya... —Sacudió la cabeza, dejando claro lo que quería decir.

—Si acepto, ¿me dirá quién mató a Fleming? —preguntó ella.

—Quizá.

Su sonrisa, que ella solía considerar pícara, ahora la disgustaba. Al igual que sus rasgos demasiado hermosos. Los rasgos duros de Dylan eran infinitamente más atractivos.

—¿Necesita ayuda, señora Morrison?

Una voz sobresaltó a Helen, y se volvió hacia Dylan, que estaba de pie en la calle principal detrás de ellas, como si se hubiera materializado de sus pensamientos. Su corazón se aceleró y sus rodillas temblaron.

—Eh, no. Estoy bien.

—¿De verdad? Parecía que este hombre la estaba molestando.

Aunque la voz de Dylan era casual, la mirada fría en sus ojos le dijo que estaba enojado. Sin embargo, ella no sabía si la emoción estaba dirigida a ella o a Lamont.

—Esto no es de su incumbencia, Tanner, —dijo Lamont—. Además, ella es una vieja amiga

El corazón de Helen se hundió en su vientre.

—Prefiero que me lo confirme la dama, —dijo Dylan.

Helen miró a Lamont, cuya expresión le recordó su amenaza. Si Dylan aún no sabía de ellos, pronto lo sabría, al igual que el resto de la ciudad, si ella no accedía a la demanda de Lamont.

—Virgil Lamont y yo somos viejos amigos, —logró decir sin vomitar.

La decepción en el rostro de Dylan era demasiado dolorosa de ver y ella bajó la mirada.

—Si usted lo dice —dijo Dylan con frialdad. Dirigió su atención a Emily, que lo miraba como si fuera uno de esos caballeros que vienen a salvar a la damisela—. Buenos días, señorita Emily.

La chica sacó el labio inferior.

—No te despediste.

Dylan se acercó a su lado del carro.

—Estabas durmiendo y no quería despertarte.

Emily golpeó el suelo del carro con el pie.

—Pensaba que eras mi amigo.

—Lo soy. —Se quitó el sombrero y se lo puso contra el corazón. Su cabello ondulado estaba liso, lo que a Helen le parecía más atractivo que el cabello rígido y engominado de Lamont. —Siento haberme ido sin despedirme, señorita Emily— le dijo a la chica.

Ella se levantó en el palco y se inclinó hacia él. Él la cogió cuando Emily le rodeó el cuello con los brazos. Ella le susurró algo a Dylan que Helen no pudo oír, pero sí oyó lo que él le respondió.

—Yo también te echaré de menos, cariño. —Luego le besó en la mejilla y la volvió a sentar en el asiento del carro.

Helen carraspeó. ¿Cómo había creído que Dylan se parecía en algo a Virgil Lamont? Dylan no había fingido su afecto por Emily. ¿Significaba eso que tampoco había fingido sus sentimientos por ella? No es que hablara de amor, pero todo lo que había hecho hablaba de cariño y consideración.

Entonces, ¿por qué no le había dicho que conocía a Nick?

Incapaz de permanecer un momento más en presencia de ninguno de los dos hombres, apartó a Lamont y se subió al carro. Tomó las riendas en la mano y chasqueó la lengua para que Jack se pusiera en marcha.

Mientras se alejaban lentamente, Helen oyó a Lamont llamarla:

—Estaré sobre las seis para cenar.

Temiendo ver la reacción de Dylan, Helen no miró atrás.



El saber que el vendedor ambulante iba a ir a casa de Helen esa noche le comía por dentro. Si lo que decía Burt era cierto, Helen, Emily y Lamont habían viajado juntos a Land Creek, pasando largos días y noches en compañía del otro. Dylan trató de convencerse de que no le importaba lo que había pasado entre ellos y lo que pudiera volver a pasar esa noche. No funcionó.

¿Y Emily? Parecía asustada de Lamont. ¿La había hecho daño? Si alguna vez le ponía una mano encima, Dylan destrozaría al hombre. Pero entonces, no estaría allí para protegerla. La idea le dejó un sabor amargo en la boca.

¿Por qué había invitado Helen a cenar al hombre cuya mentira había llevado al linchamiento de su padre? ¿Esperaba descubrir la verdad? En su mente, vio a Helen y al afable vendedor ambulante tumbados en la cama y a Helen haciéndole preguntas entre besos y caricias. La imagen le provocó una furia ardiente y unos celos furibundos.

Después de que Dylan se calmara, fue en busca de Lamont y lo encontró en las afueras de la ciudad con su carreta, rodeado de una docena de personas que comprobaban sus mercancías y hacían sus compras. Dylan se acercó a otro hombre para mirar los cuchillos, pero su atención se centró en la voz de Lamont mientras ensalzaba las virtudes de una nueva caldera.

No había duda de que el hombre era un hábil conversador. ¿Habría sido Helen persuadida por sus elegantes palabras?

La multitud se fue reduciendo hasta que solo quedó Dylan.

—¿Ve algo que le guste? —preguntó Lamont.

—Muchas cosas, pero los bolsillos están vacíos —dijo Dylan, forzando una sonrisa amistosa.

Lamont, sabiendo que no conseguiría dinero de Dylan, empezó a empaquetar los artículos que había mostrado al pequeño grupo.

—¿Así que conoce a la señora Morrison y a su hija? —preguntó Dylan.

—Les llevé de vuelta a Texas después de que ella perdiera a su marido. Pobre mujer. Sola con un niño que mantener.

Así que Burt no estaba inventando una historia.

—Su padre vivía aquí.

Lamont terminó de envolver una lámpara de vidrio.

—Lo sé. Ella me habló de él. Dijo que era un borracho.

—Pero no un asesino. —Dylan hizo una pausa—. ¿No vio a su padre discutiendo con Fleming, verdad?

—Le dije al sheriff que sí.

Dylan sonrió con frialdad.

—Mintió.

Lamont se sacudió el polvo de las manos y sonrió con la misma frialdad.

—Pruébelo.

El hombre prácticamente admitió que no vio a Foreman con Fleming el día del asesinato, pero Lamont era un cabrón escurridizo.

—Usted ve todo como algo para comprar o vender.

—Soy vendedor ambulante de profesión, Tanner. Comprar y vender es lo que hago.

—¿Y su palabra? ¿Alguna vez la vende?

—No sé a qué se refiere.

Dylan sonrió sin entusiasmo.

—Claro que sí. Las mentiras se pueden comprar y vender, y apuesto a que usted sería bueno vendiéndolas.

—Se está aferrando a un clavo ardiendo, Tanner.

—¿Conoce a la viuda y al hijo de Fleming?

—Tan bien como conozco a cualquiera de la gente de por aquí —respondió Lamont sin dudarlo—. ¿Seguro que no cree que gente honrada como ellos me pagaría por mentir? —Sus ojos brillaban con humor.

Dylan había esperado que Lamont mostrara su mano, pero el hombre tenía agua helada en las venas. Se encogió de hombros con indiferencia.

—La Sra. Morrison parecía bastante convincente cuando me dijo que su padre era inocente.

—La señora Morrison tiene una forma de hacer que los hombres hagan cosas.

Dylan rechinó los dientes ante el significado solapado del hombre. Odiaba creer que Helen se había acostado con él, pero su instinto le decía lo contrario. Aun así, conociendo a Helen, debía de tener una maldita buena razón.

—No sabría decirlo, —dijo Dylan con frialdad—. Buenos días, Lamont.

Dylan se dio la vuelta y regresó al centro de la ciudad. Su mente corría mientras trataba de desentrañar la enredada telaraña. ¿Y si su padre *era el* que había cometido el asesinato y Helen estaba tratando de limpiar su nombre para su propia tranquilidad?

No. Estaba permitiendo que Lamont lo hiciera dudar de Helen. Su obvio amor por su hija y su desesperación por mantener a Emily sin pedir ayuda le decían mucho más que las suaves palabras de Lamont.

Dylan encontró una silla en la calle principal desde donde podía ver la mayor parte de la ciudad. Mantendría vigilado a Lamont y

vería qué estaba tramando. Apoyó un pie calzado en un poste, cruzó el otro tobillo sobre él y se balanceó hacia atrás en la silla.

Diez minutos después, Lamont entró en la ciudad desde el borde donde estaba aparcado su carro. En la puerta del bar, Lamont se detuvo y se volvió para mirar directamente a Dylan. Sonrió y se quitó el sombrero. Dylan se tocó el ala de su propio sombrero, y su sonrisa era tan artificial como la de Lamont.

El sol se puso en su cenit y comenzó a descender. Un chico se asomó por el callejón no muy lejos de Dylan. Reconoció inmediatamente el pelo oscuro y enmarañado.

—Sal, Harry.

Con las manos metidas en los bolsillos del mono, Harry se acercó con dificultad a Dylan.

—Dijiste que te ibas. —Había acusación en el tono del chico y en su expresión beligerante.

—Sí, pero tengo algo que hacer primero —dijo Dylan. Examinó al chico, contento de ver que no tenía nuevos moretones—. ¿Cómo fue tu primera noche de vuelta en casa de los Smiths?

Harry se encogió de hombros y se sentó con las piernas cruzadas junto a la silla de Dylan.

—Estuvo bien. Aunque la comida no es tan buena como la de la señora Morrison.

Dylan sonrió.

—Sí, sé a qué te refieres. ¿Cómo está tu mano?

Harry extendió su mano aún envuelta.

—¿Quieres mirarla?

Dylan se inclinó hacia delante y desenvolvió el pañuelo. Lo mantuvo en alto por un momento, recordando la ira de Helen y deseando haberle dicho la verdad cuando la conoció. Pero tenía miedo, miedo de que ella no le permitiera saldar su deuda... y culpa.

Examinó las llagas de la mano del niño y se alegró al ver que estaban en vías de curación.

—Ya no tienes que llevar esto.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Harry, señalando el pañuelo.

—¿Por qué?

Harry levantó un hombro.

—Me gusta.

También era algo para que el niño lo recordara. Dylan entendía demasiado bien cómo la bondad de un extraño hacia un huérfano sería recordada años después. Dobló el pañuelo y se lo entregó a Harry.

—Que la señora Smith lo lave.

—Lo lavaré yo.

En otras palabras, Harry temía que la mujer se lo diera a uno de los suyos en lugar de devolvérselo a él. Dylan carraspeó.

—Eso también estaría bien.

Durante mucho tiempo, permanecieron sentados en silencio, con Harry en el entarimado junto a la silla de Dylan. Dylan nunca había visto al niño permanecer quieto tanto tiempo, y le molestaba. Sin embargo, le gustaba su compañía, aunque no hablaran.

—He visto a la señora Morrison y a Emily —dijo Harry unos minutos después—. También he visto a ese vendedor ambulante con ellas.

—¿No te cae bien? —Preguntó Dylan.

—No es muy simpático.

—¿Te hizo algo?

—Me llamó ladrón y me dijo que me alejara de su carreta.

—¿Cuándo fue eso?

—La última vez que estuvo aquí. Ya no me acerqué a su estúpida carreta, pero lo observé. Nunca supo que estaba allí —dijo con orgullo.

—¿Así que viste lo que hizo y a dónde fue? —preguntó Dylan, tratando de reprimir su emoción.

Harry asintió.

—En su mayor parte.

—Sabes que le dijo a la gente que vio al padre de la Sra. Morrison peleando con el Sr. Fleming. ¿También viste eso?

Harry jugueteó con el pañuelo de la caballería.

—No. Y nunca supe cómo pudo hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

Harry levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Ese día en que mataron al señor Fleming, seguí al vendedor ambulante. Pasó mucho tiempo alrededor de su carreta, vendiendo cosas a la gente y arreglando cosas. No se fue a ninguna parte hasta después de que el señor Fleming muriera.

Dylan apoyó los pies en el entarimado y descansó los codos sobre las rodillas mientras se inclinaba hacia el niño.

—Así que no pudo haber visto al Sr. Foreman discutiendo con el Sr. Fleming.

—No veo cómo, si nunca estuvo cerca del Sr. Fleming.

Helen tenía razón. Su padre no era un asesino.

—¿Se lo dijiste al sheriff? —preguntó Dylan.

—Se lo dije a los Smith, pero dijeron que me estaba inventando cosas.

La ira inundó a Dylan. Los niños mentían a veces, pero los Smith deberían haber llevado a Harry al sheriff y dejar que el sheriff lo averiguara. Entre Harry y Helen, Foreman nunca debería haber

sido arrestado. Pero eso habría significado que no tendrían a nadie a quien culpar por la muerte de Fleming, y tener al hombre equivocado era mejor que no tener a nadie.

Dylan se recompuso, no queriendo que Harry viera cuánto le habían afectado sus palabras.

—¿Alguna vez viste al vendedor ambulante visitar a la gente?

—No. Todos iban a verlo, excepto la Sra. Fleming. Ella hizo que llevara su carreta a su casa. Supongo que pensaba que era mejor que los demás.

—¿Estaba el Sr. Fleming con ella cuando el vendedor ambulante estuvo allí?

Harry pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No, estaba sola. —El chico se retorció—. Una vez los vi a él y a la señora Fleming besándose.

Atónito, Dylan miró fijamente al chico.

—¿Estás seguro?

Harry puso mala cara.

—Sé lo que vi.

¿La señora Fleming y Virgil Lamont? Una imagen escandalosa encajaba. La señora Fleming, mucho más joven que su marido, descubrió que prefería a alguien más cercano a su edad. Y para quedarse con Lamont *y con* el dinero de su marido, tendría que encontrar la manera de deshacerse de Matt Fleming. Todo lo que necesitaba era que alguien lo matara y que otro fuera acusado del crimen. John Foreman era la elección perfecta para el chivo expiatorio, y a Virgil Lamont se le encomendó la tarea de echarle la culpa. Sin embargo, como Harry sabía que Lamont no había estado cerca de Fleming en todo el día, eso significaba que alguien más había matado a Fleming.

¿Quién?

21

Dylan se puso de pie de repente.

—Vamos a hablar con el sheriff.

Sorprendido, Harry lo miró fijamente.

—¿Por qué?

—Para que puedas contarle lo que me acabas de contar sobre el vendedor ambulante.

Harry se abrazó las rodillas con sus delgados brazos.

—Los Smith tienen razón. Nunca me va a creer.

Enfadado tanto por el desprecio de los Smith hacia su hijo adoptivo como por el error judicial, Dylan tuvo que tomarse un momento para calmarse. Se agachó frente al niño.

—La señora Morrison le dijo al sheriff que su padre estaba en casa cuando mataron al señor Fleming, pero él no la creyó. Pero si le dices que el vendedor ambulante no pudo haber visto a su padre y al Sr. Fleming peleando, tendrá que creerles a los dos.

Harry lo escudriñó.

—No estoy mintiendo, Dylan.

Dylan sonrió.

—Sé que no, y por eso vamos a ver al sheriff. —Se levantó y extendió una mano hacia el niño sentado—. Vamos.

Harry le agarró la mano y Dylan lo puso de pie. Con una mano en la espalda, Dylan guió al chico hasta la oficina del sheriff. Al

entrar, encontraron al sheriff Martin durmiendo con el sombrero puesto sobre los ojos y los pies apoyados en el maltrecho escritorio.

Dylan le dio una palmada en la bota a Martin y el agente de la ley se sobresaltó, abriendo los ojos de golpe.

—¿Qué?

—Harry tiene algo que decirle, —dijo Dylan. Se volvió hacia el chico y le dijo con suavidad—: Adelante.

Martin escuchó la historia del chico, con una expresión que revelaba claramente su escepticismo. Cuando Harry terminó, el sheriff habló.

—¿Te dijo este tipo que me contaras esto? —preguntó, señalando a Dylan.

Harry negó con la cabeza.

—No, señor. Cuando me enteré de que el Sr. Foreman estaba muerto, les dije a los Smiths que el vendedor ambulante no pudo haberlos visto a él y al Sr. Fleming peleando, pero dijeron que estaba mintiendo y que usted no me creería.

—Tenían razón. No te creo.

—Mire, sheriff, entre lo que le han dicho la señora Morrison y Harry, hasta usted puede ver que John Foreman no pudo haber matado a Fleming. —Dylan trató de ocultar la irritación en su voz, pero sabía que no lo estaba logrando.

—Virgil Lamont dijo... —comenzó el sheriff.

—El trabajo de un vendedor ambulante es exagerar la verdad. ¿Por qué confía en su palabra y no en la de ellos?

Martin dio un puñetazo en el escritorio y se puso de pie de un salto.

—¿Por qué iba a mentir Lamont? Solo había estado aquí una o dos veces antes y se llevaba bien con todos. Y Helen, estuvo fuera más de cinco años, y cuando volvió, apenas hablaba con nadie hasta que su padre tuvo problemas.

—¿Así que está diciendo que solo porque Helen era reservada, usted creyó la palabra de Lamont en lugar de la suya?

Martin apartó la mirada, pero no sin antes ver la confirmación en sus ojos.

—No fue así.

—¿No? Entonces dígame cómo fue. —Dylan no se molestó en ocultar su enojo y frustración—. Dígame por qué permitió que sacaran de su cárcel a un hombre inocente y lo ahorcaran. Dígame por qué no arrestó a los que lo ahorcaron. Y dígame por qué todavía no considera que Helen y Harry estén diciendo la verdad.

Martin lo fulminó con la mirada.

—Este es un pueblo pequeño, señor. Fleming era muy querido por aquí. Alguien tenía que pagar por matarlo.

Dylan rechinó los dientes.

—Y ese alguien era John Foreman, porque era un borracho bueno para nada y nadie lo defendería. Nadie excepto su hija, que usted ni siquiera consideraría que estaba diciendo la verdad. ¿Y qué hay del verdadero asesino? Está suelto y no le importa que un hombre inocente haya sido linchado en su lugar.

El rostro de Martin se enrojeció, pero no dijo nada.

Furioso, Dylan dio una palmada en el escritorio y se dio la vuelta.

—Vámonos, Harry. No soporto el hedor de este lugar.

El chico se apresuró hacia la puerta, claramente con ganas de alejarse del sheriff tanto como Dylan. Una vez que la puerta se cerró de golpe detrás de ellos, Dylan se quedó inmóvil en la calle principal. La rabia nubló su visión mientras luchaba por no golpear algo.

—¿Por qué no nos cree? —preguntó Harry.

La vacilante pregunta del niño disipó la ira que aún le quedaba a Dylan.

—Porque sabe que dejó morir a un hombre inocente y no quiere reconocerlo.

Harry frunció el ceño.

—Nunca me gustó el Sr. Foreman, pero tampoco me gustó verlo ahorcado. —Se estremeció.

Dylan miró al niño, dándose cuenta de repente de que Harry debía de haber presenciado el ahorcamiento. Recordando su propia infancia, cuando se había escapado del orfanato a altas horas de la noche, quiso darse una patada por no haber considerado esa posibilidad.

—¿Reconociste a alguien que lo ahorcó? —preguntó.

Harry miró a lo lejos, con el rostro joven demacrado.

—Había mucha gente. Todos llevaban algo sobre la cara, así que no pude distinguir quiénes eran.

Dylan intuyó que Harry sabía más y esperó a que el niño continuara.

—El Sr. Smith estaba allí. Lo vi cuando regresó a la casa. También estaba Knobby, el de la casa de baños, y —tragó saliva— la Sra. Fleming también estaba allí. Había muchas más personas.

—¿Y el sheriff?

Harry se volvió para mirar por la ventana del agente de la ley y se estremeció a pesar del calor del sol.

—Creo que sí.

Si el sheriff estaba involucrado en el linchamiento, no habría forma de hacer justicia. Sería la palabra de Harry contra la palabra de todos, incluido el sheriff.

El simple hecho era que el padre de Helen estaba muerto y nadie sería acusado de su asesinato.

Sin embargo, todavía existía el misterio de quién mató realmente a Fleming. Si Dylan lo averiguaba, entonces tendría algo

que darle a Helen antes de irse de Land Creek.



Después de regresar a casa, Helen se movía mecánicamente, manteniendo su mente en blanco, excepto para cualquier tarea que realizara. Emily estaba extrañamente callada, jugando con su muñeca e inventando historias que le contaba a Aggie con voz baja y cantarina. Aunque cenaron, Helen no recordaba qué había preparado para ella y su hija.

Mientras Emily dormía la siesta, Helen recogía manzanas. Mientras lo hacía, se preocupaba por el trigo que aún estaba en el campo, así como por el maíz en los tallos. Ojalá no hubiera juzgado tan rápido a Dylan. La marca de desertor era razón suficiente para que él no dijera nada sobre haber estado en el ejército. Obviamente estaba avergonzado de la cicatriz, ya que se había dejado puesta la camisa incluso cuando hicieron el amor.

Hizo una pausa, con la mano en una manzana, mientras recordaba aquella noche y lo que él le había hecho. Se le calentaron las mejillas y apretó los muslos. Si solo hubiera querido llevarla a la cama, no se habría tomado la molestia de complacerla. Y la había complacido, más de lo que ella imaginaba que un hombre podía hacerlo.

Cogió la manzana de la rama y la metió en el saco que llevaba colgado del brazo. Sus pensamientos se centraron en el chantaje de Lamont: su silencio a cambio de una noche en su cama. ¿Y la próxima vez que estuviera en Land Creek? ¿Y la siguiente? ¿Su silencio costaría una noche cada vez que pasara por la ciudad?

Le dio un vuelco al estómago y se apretó el vientre con los brazos. ¿Su reputación valía más que su amor propio? Ya se había prostituido con Lamont antes, pero había sido por Emily, y lo volvería

a hacer para proteger a su hija. ¿Pero por ella misma? ¿No se merecía algo más? ¿No se merecía un hombre como Dylan Tanner?

Se le nubló la vista y se pasó la muñeca por los ojos. La determinación le endureció la columna. Esa noche aceptaría a Lamont en su casa y le daría de cenar. Averiguaría por qué había mentido sobre haber visto a su padre discutir con Fleming, y lo haría sin dejar que él volviera a utilizarla.

Quizá Nick había pensado que era una esposa inútil, y quizá Lamont pensaba que no era más que una puta. Pero Dylan había hecho el amor con ella, la trató como si fuera especial. Y después de experimentar el amor de Dylan, nunca más aceptaría nada menos.



Después de alimentar a Harry en el restaurante y despedirlo, Dylan entró en la ferretería de Fleming. Aunque se sorprendió al ver a Lamont dentro, no le sorprendió que el vendedor ambulante y la Sra. Fleming tuvieran las cabezas inclinadas mientras hablaban. Solo reforzó su teoría de que estaban confabulados.

La Sra. Fleming, de cara a la puerta, se alejó rápidamente de Lamont.

—¿Puedo ayudarle? —Su tono era tan frío como un invierno en Dakota.

—Sr. Lamont. Me sorprende verlo aquí, —dijo Dylan, ignorando a la mujer.

Virgil Lamont se volvió lánguidamente, y su sonrisa artificial hizo que Dylan apretara los dientes.

—Simplemente estoy tratando de persuadir a la Sra. Fleming para que compre algunos de mis productos.

—Me parece que una mujer que planea irse no tiene mucho uso para su carga de... —hizo una pausa deliberadamente— mercancías.

Lamont se sonrojó, pero también pareció sorprendido por la noticia de su mudanza.

—No me había dado cuenta de que se iba de Land Creek.

La expresión altiva de la Sra. Fleming desapareció.

—Estaba a punto de informarle cuando nos interrumpieron tan groseramente, —aseguró a Lamont—. De hecho, iba a preguntarle si le gustaría comprar algunos de nuestros productos a precios reducidos.

Dylan se apoyó en un barril lleno de cadenas y cruzó los brazos.

—Considérelo otra forma de pago por los servicios prestados.

—No lo entiendo —dijo Lamont, sacudiéndose el polvo de la manga.

Dylan se encogió de hombros con indiferencia.

—pues yo lo entendí a la primera. La señora Fleming quería a su marido muerto, pero necesitaba a alguien a quien culpar, ya que él era muy querido por aquí. Así que hizo un trato con usted para mentir sobre Foreman.

La señora Fleming entrecerró los ojos.

—¿Está insinuando que maté a mi propio marido?

La risa de Dylan fue tan gélida como su mirada.

—No, señora. No es lo suficientemente grande ni fuerte como para haberlo matado.

Peter Fleming salió de la habitación trasera y se quedó paralizado, con la mirada pasando de Dylan a su madrastra, a Lamont y de nuevo a Dylan.

—¿Qué está pasando?

—Nada —respondió rápidamente la señora Fleming.

Dylan frunció el ceño mientras su mirada iba de la mujer a su hijastro. ¿Y si la señora Fleming hubiera usado sus encantos con Peter? Siendo joven e impresionable, él podría hacer cualquier cosa por ella. Incluso matar a su propio padre.

A Dylan se le revolvió el estómago y tragó el ácido que le subía a la garganta. Se apartó del barril y se acercó al mostrador, con la mirada fija en el rostro de Peter.

—¿Vale la pena? ¿Vale la pena tener el asesinato de su padre en su conciencia?

El rostro de Peter palideció, confirmando la horrible sospecha de Dylan. Dylan habría dado cualquier cosa por tener todavía a su propio padre, y este joven tonto había matado al suyo.

Dylan respiró hondo y observó a las tres personas que lo miraban fijamente: Lamont con frialdad, la señora Fleming con repugnancia y Peter con inquietud. Sacudió la cabeza con disgusto y salió a grandes zancadas.

Aunque ahora estaba bastante seguro de quién estaba involucrado en el asesinato, se encontró en la misma posición de impotencia en la que se había encontrado con el sheriff. No tenía forma de demostrar su culpabilidad. Sin embargo, había un eslabón débil en su tríada de asesinatos.

Y Dylan tenía que romper ese eslabón para descubrir la verdad, por el bien de Helen.



Helen oyó el tintineo de una carreta que se acercaba y su corazón dio un salto en su pecho. Su mirada se dirigió a la mesa, que estaba puesta para tres, y a su hija, que había hecho patente su disgusto

por el vendedor ambulante con lloriqueos y berrinches. Si hubiera podido dejar a Emily con alguien esta noche, Helen lo habría hecho.

Helen acarició el cabello de su hija con la mano y luego le dio un beso en la coronilla.

—Todo irá bien, cariño. Después de comer, quiero que subas al desván a jugar. Si te cansas, puedes tumbarte allí y dormir.

Emily frunció el ceño.

—Lo sé, mamá.

—Lo siento, cariño. —Helen le había dado las mismas instrucciones al menos media docena de veces.

—No me gusta.

Helen reprimió el impulso histérico de reírse.

—A mí tampoco me cae bien, pero tenemos que ser educadas.

Emily parecía querer discutir, pero unos pasos en el porche hicieron que Helen levantara el dedo.

—Pórtate bien, —le dijo a su hija.

Mientras Helen caminaba hacia la puerta, echó un vistazo al dormitorio para asegurarse de que la escopeta cargada estaba en la esquina. Su mirada se posó en el baúl, donde estaba escondida la botella de whisky, intacta desde hacía días. Le habría gustado tomar un trago para animarse, pero ya era demasiado tarde. Sonó un golpe, y Helen apretó los puños a los lados y respiró hondo. Lentamente, desenroscó los dedos y abrió la puerta.

Virgil Lamont, vestido con un traje oscuro, miró con lujuria su figura vestida con un vestido.

—Hola, Helen.

—Señor Lamont, —lo saludó formalmente, con el corazón acelerado y las palmas de las manos húmedas por la aprensión. Le hizo una señal para que entrara.

Entró en la pequeña cabaña y arrugó la nariz.

—¿A esto querías volver?

Ella levantó la barbilla.

—Es nuestro hogar. El mío y el de Emily.

Lamont se limitó a gruñir. Vio a Emily sentada en una mecedora y se acercó a ella.

Helen se interpuso rápidamente entre él y su hija.

—La cena está lista.

El hombre entrecerró los ojos, pero asintió.

Ella le indicó que se sentara y luego acompañó a Emily al asiento frente a él. Consciente de su mirada sobre ella, Helen trató de no estremecerse de repugnancia. ¿Cómo se había acostado con él?

Porque amenazó con dejarnos a Emily y a mí en medio de la nada... y porque a mi cuerpo le gustaba lo que hacía.

El odio a sí misma la hizo hacer una mueca, pero hizo a un lado el asco. Tenía que fingir que aceptaba su chantaje si esperaba obtener alguna información de él.

Una vez que los platos estuvieron llenos, Helen se sentó a comer. Aunque era una de las mejores comidas que había preparado, sabía a serrín y se asentó como una roca en su estómago. Mientras se obligaba a comer, ensayaba en su mente cómo conseguiría que admitiera que había mentido sobre haber visto a su padre y a Fleming discutiendo.

—Vi a tu amigo Tanner en la ferretería justo antes de venir aquí, — comentó Lamont.

Helen vaciló por un segundo y esperó que el vendedor ambulante no se diera cuenta.

—Tanner era mi jornalero.

—Qué curioso. Me dio la impresión de que había algo más entre vosotros dos.

El corazón de Helen dio un vuelco y mantuvo la mirada baja, temerosa de que Lamont viera la verdad en sus ojos.

—Se equivoca.

Hubo un momento de denso silencio y luego Lamont continuó diciendo.

—Acusó a la señora Fleming y a su hijo de matar a Matt Fleming.

El corazón de Helen dio un salto y ella captó la mirada entrecerrada del vendedor ambulante y la mantuvo.

—Debe de haber tenido una buena razón.

—¿Sabes lo que creo, Helen? Creo que Tanner está enamorado de ti y está tratando de ganarse tus favores demostrando que tu padre no mató a Fleming.

Quizá la otra noche *había* significado más para Dylan que simplemente acostarse con una mujer dispuesta, más que dispuesta. Pero ella no iba a decírselo a Lamont.

—Se está imaginando cosas.

—He terminado, mamá. ¿Puedo irme? —preguntó Emily.

Helen echó un vistazo al plato de la niña, que todavía estaba medio lleno. Pero no quería que su hija oyera más de su conversación.

—Adelante.

Emily se levantó de un salto de la silla y no se notaban efectos residuales de su enfermedad mientras subía corriendo la escalera.

—Va a ser una preciosidad, como tú —dijo Lamont.

Helen se tragó la bilis que le subía por la garganta.

—Es una buena chica.

Lamont terminó de comer y apartó el plato.

—No eres mala cocinera —sus ojos brillaron como obsidiana—, pero eres mejor en la cama.

Ella se sonrojó intensamente.

—Amenazó con dejarnos a Emily y a mí si no...

Lamont se rió.

—Vamos, Helen. No eras una virgen ruborizada. Sabías en lo que te metías y, por lo que recuerdo, no te importaba compartir mi cama.

Helen cerró los ojos cuando la humillación amenazó con ahogarla. Se recordó a sí misma que había hecho lo que tenía que hacer y reprimió su vergüenza. Se concentró en su tarea.

—Me pregunto cuál fue la razón del Sr. Tanner para acusar a los Fleming de asesinato.

Lamont se reclinó y, con indiferencia, colgó un brazo sobre otra silla.

—Creo que piensa que la viuda engañó al viejo. —Sus ojos brillaron con humor negro—. Y se acostó con su hijastro.

Sorprendida, Helen abrió mucho los ojos. La señora Fleming era mucho más joven de lo que había sido su marido, pero acostarse con Peter y ser cómplice del asesinato de su marido... Helen había hecho algunas cosas de las que no estaba orgullosa, pero nunca podría ser tan descarada.

—Pareces sorprendida, Helen. Seguro que sabes lo poderosa que puede ser la pasión, —dijo Lamont con tono burlón.

Ella se negó a dejarse provocar.

—¿Le pagó para mentir?

La compostura de Lamont se resquebrajó y una sonrisa falsa intentó disimularlo.

—Te estás precipitando, Helen. Nuestro trato es una noche juntos y luego te diré lo que quieres saber.

Tan seguro como que el sol saldría por el este, Helen sabía que Lamont no revelaría la verdad. Ni ahora ni a la mañana siguiente de recibir su «pago». Al darse cuenta de ello, sintió que un peso se le quitaba de encima.

—Mientes. Planeas divertirte esta noche e irte mañana por la mañana sin decirme nada. Y la próxima vez que estés por la zona, volverás a llamarme, querrás otro «pago» por tu silencio y me prometerás algo más que nunca piensas darme. —Decidió que no merecía su respeto y que ya era hora que dejara de tratarlo con deferencia.

Lamont la estudió y una sonrisa de renuencia tocó sus labios.

—Quizá. Pero eso no cambia nada. Si me voy ahora, todos en la ciudad sabrán de tu falta de moral.

El miedo que Helen esperaba no se materializó. En cambio, pensó en Dylan y en lo bien que la había tratado a ella y a Emily. Si cedía a la demanda de Lamont, perdería el respeto de Dylan, y eso le dolería más que todo el pueblo de Land Creek pensara mal de ella. Además, la gente del pueblo ya la menospreciaba por ser la hija de John Foreman. Pero no la conocían a ella ni a las razones de lo que había hecho o por qué había regresado a Land Creek, a un padre que era un borracho y a una granja que se estaba cayendo a pedazos.

No sabían que ella amaba a su hija más que a su reputación.

Helen se puso de pie y caminó hacia la puerta. La abrió de par en par e hizo un gesto amplio hacia ella.

—Vete de aquí, Lamont.

Miró a Helen como si no la hubiera visto nunca.

—¿Estás segura, Helen?

Ella sonrió y asintió, sintiendo como si estuviera despertando de una pesadilla.

—Nunca he estado más segura. Adelante, difunde tus rumores. No me importa lo que tú o cualquier otra persona piense de mí. *Yo sé* quién y qué soy.

Lamont se levantó lentamente y se dirigió a la puerta. Se quedó mirando a Helen.

—Casi lamento que nos hayamos conocido así. —Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo en el porche—. Eres una mujer increíble, Helen Morrison.

Ella lo miró fijamente, sorprendida por la admiración reticente en su voz. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, corrió hacia su carreta y agarró el rastro más cercano para sujetar los caballos. Lamont ladeó la cabeza en señal de interrogación mientras la miraba.

—¿Mataste al Sr. Fleming? —Contuvo la respiración.

Permaneció inmóvil durante un largo momento y luego negó con la cabeza lentamente.

—No tenía motivos para hacerlo. Era un buen cliente.

—¿No viste a mi padre discutiendo con Fleming, verdad? —Helen sabía que estaba tentando a la suerte, pero una extraña compulsión no le permitía detenerse.

Lamont la miró fijamente, como si tratara de determinar qué decirle.

—Esa parte es cierta, solo que fue el día antes de que mataran a Fleming.

—¿Cuánto te pagó la señora Fleming por mentirle al sheriff?

Lamont se rió entre dientes sin humor.

—Esta vez esperaba mi dinero, pero ella sigue pagando intereses.

El rostro de Helen se enrojeció al darse cuenta de *cómo* había pagado los intereses. ¿Era la señora Fleming tan despiadada como para acostarse con Lamont y Peter para poder deshacerse de su

marido? Pensando en los hermosos pero fríos rasgos de la mujer, Helen supo que *podía* ser tan despiadada.

—Dylan tiene razón, ¿verdad? La señora Fleming y Peter lo mataron, y a ti te pagaron para echarle la culpa a mi padre.

Lamont se limitó a mirarla, y su silencio fue como una confirmación. Aunque ella había insistido todo el tiempo en que su padre era inocente del asesinato, había una parte de ella que no estaba segura. Era la parte que seguía siendo una niña, asustada de su ira ebria. Y ahora, aunque se sentía aliviada al saber que tenía razón, no sabía si sentirse aliviada o asqueada por la fealdad del crimen.

—Tu mentira mató a mi padre.

—Tu padre fue ahorcado por todos esos justos ciudadanos. —Su voz estaba llena de sarcasmo.

—No habría estado en la cárcel si no le hubieras mentido al sheriff.

Lamont negó con la cabeza.

—Querían culpar a alguien. Tu padre era un blanco fácil. —Se inclinó hacia ella—. Vete de Land Creek, Helen, antes de que te conviertas en su próxima víctima.

22

Dylan vio a Virgil Lamont salir de la ciudad. Sabía adónde se dirigía el hombre y odiaba los celos que lo atravesaban. Helen había dejado claros sus sentimientos hacia él, y lo que hiciera con otro hombre no era asunto suyo. Excepto que ni siquiera podía pensar en ella con Lamont sin querer golpear al vendedor ambulante.

Trasladó su peso de un pie a otro mientras se apoyaba contra un edificio, ocultando su figura entre las sombras del callejón. Esperaba que uno de los Fleming o ambos salieran pronto de la tienda y se dirigieran a casa. Sin embargo, el único que le importaba era Peter, el eslabón débil.

Las voces se desprendían del saloon al otro lado de la calle, junto con el aroma a whisky y cerveza. El hambre, siempre presente, le llamaba. Un trago de whisky no le haría daño y le ayudaría a superar los celos que le carcomían las entrañas. Pero sabía que un trago no haría más que provocarle ganas de otro y otro.

Contuvo el ansia, ignorándola como había aprendido a ignorar muchas cosas mientras estaba encerrado en el calabozo. Pasaron más minutos y la pantorrilla de Dylan le dio un calambre. Caminó en círculos cerrados para aliviarlo, manteniéndose en las sombras.

Finalmente, después de que oscureciera por completo y solo la luna y las estrellas iluminaran la noche, la Sra. Fleming salió de la tienda. Se alejó en dirección a su casa. A través del escaparate de la ferretería, pudo ver una luz que brillaba tenuemente desde la trastienda.

Dylan bajó el ala del sombrero sobre la frente y cruzó la calle. Se metió en el callejón y dio la vuelta hasta la puerta trasera de la

ferretería. Con la esperanza de que no estuviera cerrada, giró el pomo y empujó la puerta hacia dentro. Crujió suavemente y Dylan se quedó paralizado. Tras unos momentos de silencio, Dylan volvió a respirar y abrió la puerta lo suficiente como para poder colarse dentro.

Vio a Peter inmediatamente, con la espalda hacia él mientras metía cosas en una caja. Acercándose a Peter con pasos sigilosos, Dylan logró acercarse a metro y medio de él antes de que el joven se diera la vuelta.

Peter abrió los ojos como platos y retrocedió tambaleándose.

—¿Qué hace aquí?

Dylan sacó su Colt del ejército de su funda y apuntó a Fleming.

—Tú y yo vamos a visitar a un amigo. —Hizo un gesto a Peter para que se dirigiera hacia la puerta trasera—. Vamos.

El joven negó con la cabeza.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

Dylan bajó el martillo del revólver.

—Creo que lo harás, porque si no lo haces, te dispararé en la mano. Sería muy difícil mantener contenta a la señora Fleming si solo puedes usar una mano. Probablemente tendría que buscar a alguien aún más joven que tú. —La cara de Peter se puso colorada, pero Dylan tuvo que reconocer que no mordió el anzuelo—. ¿Vienes por las buenas o por las malas?

Peter se desató el delantal, con las manos temblorosas.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

Dylan empujó al joven por la puerta trasera delante de él. Había atado a Smoke y a otro caballo entre los árboles a las afueras del pueblo para que nadie los viera irse. Una vez que los dos hombres estuvieron montados, Dylan tomó las riendas del caballo de Peter.

—Vamos a casa de los Foreman, —adivinó Peter al cabo de unos minutos.

—Sí.

Dylan no tenía ganas de hablar. No le hacía ninguna gracia ver la carreta del vendedor ambulante aparcada delante de la cabaña de Helen, y aún menos verlo a él y a Helen juntos.

Fleming permaneció en silencio el resto del camino, pero Dylan sintió su creciente inquietud. La cabaña apareció a la vista, así como la carreta estacionada en el frente. Sin embargo, vio a Lamont en la carreta y a Helen de pie a su lado. Desconcertados, él y Peter entraron al patio.

Helen se alejó de Lamont y miró de Dylan a Peter y viceversa.

—¿Qué está pasando? —preguntó con voz cautelosa.

Dylan desmontó e hizo un gesto a Peter para que hiciera lo mismo. Por un momento, pareció que Peter podría salir corriendo, pero hizo lo que dijo Dylan. La mirada del joven se dirigió a Lamont, su aprensión era evidente.

—Peter tiene algo que decirte, —respondió Dylan.

—No, no tengo nada que decirle. —negó Peter.

—Debería volver a la ciudad, —insinuó Lamont.

—No lo creo —dijo Dylan—. Y usted se unirá a nosotros.

Cuando Lamont levantó las riendas, Dylan sacó su Colt.

—Eso no fue una sugerencia.

Lamont frunció el ceño, pero bajó de la carreta.

—¿Está Emily dentro? —preguntó Dylan a Helen.

—Está durmiendo en el desván.

—Hablaremos en el granero. —Dylan empujó a Fleming y a Lamont para que lo siguieran.

Helen se puso a su lado y preguntó en voz baja:

—Peter y la señora Fleming lo mataron, ¿verdad?

Sorprendido, Dylan la miró fijamente.

—¿Cómo...?

—Lamont me lo contó, más o menos. Dijo que la señora Fleming le pagó para que mintiera al sheriff.

—Supongo que, después de todo, no necesitabas mi ayuda.

Helen sonrió con tristeza

—Me vendría bien tu ayuda para convencer al sheriff.

—Por eso he traído a Peter aquí. Espero que podamos convencerlo de que confiese.

—Me gustaría intentarlo —dijo Helen, con determinación y un toque de miedo en su expresión.

Dylan no creía que pudiera conseguir que Peter hablara, pero era su padre y merecía la oportunidad.

—Está bien.

Una vez dentro del granero, Dylan mantuvo su revólver apuntando a los dos hombres.

—La señora Morrison quiere decir algo, y los dos van a escuchar como caballeros.

Helen se cruzó de brazos para ocultar su temblor y miró a Peter.

—¿Cómo está su madrastra?

—Bien, —murmuró Peter. Lamont soltó una carcajada.

Helen sabía que se arriesgaba a que Dylan se enterara de su vergüenza con Lamont, pero no podía dejar que la cobardía la dominara.

—Usted sabrá lo de la señora Fleming, ¿verdad, Lamont? Ya que ella le ha estado pagando con sus favores.

Igual que yo le pagué con mis favores.

—Mientes. —La acusación de Peter sonaba más desesperada que segura.

—¿Han estado usted y la señora Fleming... —el rostro de Helen se puso rojo— ... juntos, Lamont?

El vendedor ambulante permaneció en silencio durante un largo momento. Miró a Peter, luego se encogió de hombros y asintió.

—Sí.

—¡No! —Peter se lanzó sobre Lamont y ambos cayeron al suelo. Los dos hombres eran casi de la misma estatura, pero la rabia de Peter le dio ventaja mientras luchaban.

Por mucho que a Helen no le hubiera importado dejar que siguieran peleando, los necesitaba de una pieza para hablar con el sheriff.

—¿Dylan?

Él asintió, entendiendo lo que ella quería, y se metió en la pelea. Agarrando la parte trasera de la camisa de Fleming, lo apartó de Lamont. El vendedor ambulante tenía la nariz sangrando y parecía que Peter se la había roto.

Peter luchó contra el agarre de Dylan, y este presionó el cañón de su pistola contra el costado del joven.

—Quieto, Fleming.

El hombre enfurecido dejó de luchar y Dylan lo soltó. Peter encogió los hombros mientras jadeaba y miraba furioso a Lamont. El vendedor ambulante se esforzó por ponerse de pie, con una mano en la nariz sangrante.

Apretando las manos a los lados, Helen casi sintió lástima por Peter. Sin embargo, se deleitó egoístamente al ver la hermosa cara de Lamont estropeada por una nariz rota.

Lamont miró a Peter con mal humor.

—Martha Fleming se ha burlado de ti. Lo único que quiere es el dinero de tu padre, y te ha utilizado para conseguirlo.

—Nos vamos a casar después de irnos de Land Creek, —argumentó Peter.

Helen permaneció sabiamente en silencio.

Lamont se rió.

—Lo más probable es que la próxima vez seduzca a otro hombre para que te mate.

Peter de repente parecía muy joven y confundido.

—Ella dijo que me amaba.

—*Usted dijo que me amaba.* —Helen oyó el eco de un recuerdo en su voz, solo que a Nick le había dicho esas palabras.

—¿Le convenció para que matara a su propio padre? —le preguntó Helen al joven en voz baja.

Peter miró al suelo y asintió.

—Dijo que podíamos quedarnos con su dinero, casarnos y vivir en una ciudad. Seríamos solo nosotros dos.

Lamont abrió la boca, pero Helen sacudió la cabeza en señal de advertencia. Aunque lo que había hecho el joven era atroz, Helen entendía el dominio de la pasión y las falsas palabras de amor.

—Mi padre y el suyo están muertos porque Martha se aprovechó de usted, Peter, —dijo Helen—. Tiene que contarle al sheriff lo que pasó. Tiene que impedir que Martha le haga esto a otra persona.

Helen miró a Dylan y lo vio estudiándola, pero no pudo adivinar lo que estaba pensando. Quizá era mejor que no lo supiera. Ella le había dicho cosas terribles, palabras de las que se arrepentía, pero se había sentido traicionada.

Peter resopló y se pasó la mano por los ojos.

—Llevo teniendo pesadillas desde que lo maté. Quizá desaparezcan si confieso.

Su tono lastimero hizo que a Helen se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Quizá sí, Peter —dijo ella con suavidad.

Dylan acompañó a Lamont y a Peter de vuelta al patio. Mientras se preparaban para regresar a la ciudad, Helen se acercó a Smoke y puso una mano en la pantorrilla de Dylan. Ella lo miró.

—Vuelve cuando hayas terminado en la oficina del sheriff.

Dylan parpadeó.

—¿Estás segura?

—Sí. Hay algunas cosas que tengo que decirte.

Dylan levantó la cabeza y miró hacia la oscura noche.

—Yo también tengo que decirte algo.

—Te estaré esperando.

Mientras Dylan se alejaba con los dos hombres, Helen se abrazó la cintura con los brazos en el fresco aire de la noche. El nombre de su padre quedaría limpio, pero ¿qué pasaría con los que lo lincharon? ¿Cómo serían castigados por su crimen?

Sin embargo, la pregunta más importante seguía en pie. ¿Podría Dylan perdonarla?



Había anochecido hacía mucho cuando Dylan finalmente salió de la oficina del sheriff y cabalgó de regreso a la cabaña de Helen. El nerviosismo lo atormentaba mientras regresaba, pero se obligó a ignorarlo.

Cuando desmontó frente a su cabaña, la puerta se abrió y un rectángulo de luz se derramó. Se le quedó el aliento en la garganta

al ver la visión femenina que entró en el porche. El largo cabello de Helen caía en cascada sobre sus hombros y un halo de oro rojizo rodeaba su rostro. Un vestido verde oscuro abrazaba sus pechos y seguía las suaves curvas hasta su esbelta cintura y redondeadas caderas. El deseo lo golpeó por debajo del cinturón.

—Temía que hubieras cambiado de opinión, —dijo Helen con una sonrisa temblorosa.

Él consiguió esbozar una sonrisa.

—Yo pensaba lo mismo de ti.

—Pasa.

Dylan subió los escalones y se quitó el sombrero. Incómodo a pesar de las muchas veces que había estado en la cabaña, Dylan se quedó de pie junto a la puerta.

—¿Has cenado? —preguntó ella.

Sorprendido, Dylan negó con la cabeza.

Ella le lanzó una mirada que le recordó a cuando regañaba a su hija.

—Siéntate y te traeré un plato.

—No tienes que...

—Sé que no tengo que hacerlo.

Aún incómodo, Dylan colgó el sombrero en un gancho y se dirigió a la mesa, donde se sentó.

Helen puso un plato cargado de verduras frescas, una rebanada gruesa de pan y carne de venado frente a él. Regresó unos momentos después con dos tazas de café, una de las cuales puso junto a su comida. La otra la apretó entre sus manos mientras se sentaba frente a él.

—¿Cómo fue en la oficina del sheriff?

—Peter Fleming le contó lo que pasó. Lamont juró que se equivocó el día que vio a tu padre y a Fleming discutiendo. Era

mentira, pero el sheriff no tiene nada para retenerlo. Trajo a Martha Fleming y ella lo negó todo, pero entre los testimonios de Peter y Lamont, ella también pasará un tiempo en la cárcel. —Dylan se metió algo de comida en la boca. Su cocina sabía pecaminosamente bien después de las dos comidas que había comido en la ciudad.

—¿Qué le pasará a Peter?

—Como confesó y se entregó, puede que acabe en la cárcel el resto de su vida en lugar de ser ahorcado.

Helen frunció el ceño.

—Martha es más culpable que él.

—Lo sé, pero así son las cosas. —Dylan terminó de comer.

Helen parecía preocupada, pero no hizo ningún comentario.

—¿Quieres más? —preguntó.

—No, gracias. Estaba bueno, Helen. Muy bueno.

Ella bajó la mirada, pero no antes de que Dylan notara el rubor de las mejillas de ella.

—Me alegra que te haya gustado. —Se humedeció los labios, y su lengua atrajo la atención de Dylan hacia su boca—. Ahora que mi padre está libre de sospecha por el asesinato, ¿crees que el sheriff arrestará a alguien por el linchamiento?

Dylan deseó tener mejores noticias.

—No. Me dijo de nuevo esta noche que había demasiados implicados y que no reconoció a ninguno de ellos. —Hizo una pausa —. Lo siento, Helen, pero creo que la muerte de tu padre quedará impune.

—Eso me temía.

—¿Sigue dormida Emily? —preguntó Dylan, con la esperanza de sacar a Helen de su melancolía.

—Sí, está en el desván. —Rellenó las tazas de café. Después de unos minutos, habló—. Lo siento.

Sorprendido, Dylan preguntó:

—¿Por qué?

—Por juzgarte tan rápido. —Su pequeña risa era burlona—. Como si tuviera derecho a juzgar a nadie.

—No tienes por qué disculparte, Helen. Debería haberte dicho la verdad cuando llegué aquí.

Ella lo estudió, mordiéndose el labio inferior.

—¿Conoces el pasaje de la Biblia en el que se habla de arrojar piedras?

Dylan asintió, desconcertado.

—He cometido errores terribles, Dylan —dijo Helen, con la voz áspera por la emoción contenida—. Engañé a Nick para que se casara conmigo. No creo que él buscara algo más que pasárselo bien, pero yo estaba decidida a salir de Land Creek. —Se sonrojó—. Me quedé embarazada y él hizo lo correcto. —Rio sin humor—. Probablemente la primera y única cosa decente que hizo en su vida.

Incómodo, Dylan bajó la mirada. Su pecado era leve comparado con el de él.

—¿Conocías muy bien a Nick? —preguntó ella.

Un gran peso se posó en su pecho. Esta vez se merecía toda la verdad.

—La verdad es que no. —Se frotó las palmas húmedas en los muslos y escuchó el latido de su corazón en los oídos. Enfrentarse a la marca caliente no era nada comparado con enfrentarse a Helen—. Estaba con él la noche que murió.

Sus ojos se abrieron de par en par, su expresión desconfiada.

Dylan apenas podía hablar por la sequedad de su boca y garganta.

—Le reté a que caminara por el tejado.

—¿Estabas borracho también?

Dylan cerró los ojos, deseando no haber venido nunca aquí, no haberse enfrentado nunca a la viuda de Nick. Pero entonces, tampoco habría conocido a Helen.

—Sí. Después de que Mary y nuestro bebé murieran, empecé a beber.

El aire a su alrededor pareció desaparecer en el quebradizo silencio. Entonces sintió una mano suave sobre la suya y abrió los ojos para encontrar a Helen inclinada sobre la mesa y mirándolo fijamente.

—Si no hubiera sido tú habría sido otra persona. O podrías haber hecho alguna tontería en otro momento simplemente para impresionar a una mujer. —La voz de Helen era fuerte y su expresión carecía del odio airado que él esperaba.

Durante mucho tiempo se había imaginado cuál sería su reacción cuando supiera la verdad de su culpabilidad. Sin embargo, ninguna de esas imágenes se acercaba a su tranquila aceptación.

—Era tu marido —dijo, sintiéndose estúpido.

—Era un borracho y un putero. Fuiste mejor padre para Emily estas últimas semanas de lo que Nick nunca lo fue —aseguró Helen sin dudarlo.

Mareado de alivio, le apretó la mano que descansaba sobre la suya.

—Hay algo más que tengo que contarte —dijo Helen—. Algo de lo que me avergüenzo. —Se le quebró la voz.

Dylan pensó en Burt y en lo que había dicho sobre Helen y Lamont.

—¿Tiene que ver con Virgil Lamont y cómo volviste a Land Creek después de la muerte de Nick?

El cutis de Helen palideció, dejando sus pecas en relieve en su rostro.

—¿Lamont te lo contó?

—No, nunca dijo una palabra. Escuché algunas cosas en la ciudad.

De repente se rió, pero estaba teñida de histeria.

—Lamont quería que me acostara con él esta noche a cambio de su silencio. Pero parece que todo el mundo ya lo sabe.

—Solo eran chismes, Helen.

Se puso seria.

—No, es la verdad. Virgil Lamont estaba vendiendo sus productos por el fuerte justo después de que Nick muriera. Le pregunté a dónde se dirigía después y me dijo que al sur, a Texas.

Helen le agarró la mano con fuerza.

—Dijo que nos llevaría. Ni siquiera le pregunté. Al día siguiente, dijo que esperaba algún pago por viajar con él. Pero no tenía dinero. Lamont amenazó con dejarnos a Emily y a mí en medio de la nada si no accedía a acostarme con él. —Su voz se quebró y se aclaró la garganta—. Tuve que hacerlo. Si solo se tratara de mí, habría corrido el riesgo, pero la vida de Emily era más importante que nada.

Dylan apenas logró contener su furia.

—Mataré a ese cabrón.

—No, no lo harás. Me dio a elegir e hice lo que tenía que hacer. Nunca nos hizo daño a Emily ni a mí, y creo que, a su manera, llegó a preocuparse por nosotras.

—¿Cómo puedes decir eso? Te obligó.

—No. —Su rostro se sonrojó—. Me da vergüenza admitirlo, pero a mi cuerpo le gustaba lo que hacía. No quería que me gustara, pero no podía evitarlo. Lo mismo sucedía con Nick.

Dylan se había acostado con putas porque a su cuerpo también le gustaba. ¿Tenía derecho a juzgar a Helen por disfrutar de lo mismo?

—Cuando finalmente volví a casa con Emily, juré que nunca volvería a depender de un hombre. Pero... —Ella apartó la mirada, obviamente avergonzada—. Pero algunas noches me sentía tan sola. Entonces bebía whisky. Me ayudaba a dormir y a olvidar.

Dylan tragó saliva.

—Lo entiendo, Helen. Después de que Mary muriera, hice lo mismo por la misma razón. Solo que mi bebida llevó a la muerte de tu marido.

Ella sonrió con tristeza.

—Todo sucede por una razón, Dylan. Tenemos que creerlo.

Por mucho que Dylan odiara haber perdido a Mary, se dio cuenta de que Helen tenía razón. Todo lo que había sucedido en su pasado los había llevado hasta allí. El uno al otro.

—Me alegro de estar aquí.

—Yo también me alegro de que estés aquí.

Su rostro, tan cerca del suyo, le hacía señas. Recordó con total claridad cómo sentía y saboreaba sus labios carnosos. El calor de su cuerpo lo tocó, avivando el fuego que ya había encendido en él.

—Quédate aquí conmigo esta noche, Dylan —dijo Helen.

Su voz ronca no dejaba lugar a dudas sobre dónde dormiría. Aunque no deseaba nada más que volver a hacer el amor con ella, Dylan no quería que ella pensara que era como Lamont.

—No me debes nada.

Ella levantó la barbilla.

—Lo sé. Quiero estar contigo, Dylan, y no solo porque me encanta lo que me haces, sino porque me importas más de lo que me ha importado nunca un hombre.

Él sabía que debía negarse, pero al mirar su rostro, suavemente moldeado por la luz de la lámpara, era imposible

alejarse. En su lugar, tomó su rostro entre sus manos. La besó suavemente.

—Yo también quiero estar contigo, Helen.

Ella tomó su mano y lo llevó al dormitorio.

23

A la mañana siguiente, Helen se vistió con sus mejores vestidos, y lo mismo hizo con Emily. Por primera vez en años, Helen y su hija iban a asistir al servicio dominical. Esperaba que Dios la entendiera y no la juzgara con demasiada dureza.

La puerta se abrió y Dylan entró, haciendo que el corazón de Helen se acelerara en su pecho. Como ya no había secretos ni mentiras entre ellos, hacer el amor había sido aún más emocionante que la primera vez. Aunque su cuerpo había reaccionado a los toques de Nick y Lamont, no había sentido nada más que satisfacción con ellos. Con Dylan, había muchas más emociones enredadas mientras compartían sus cuerpos.

Por primera vez en su vida, Helen entendió lo que era el amor.

—La carreta está lista para partir —anunció.

Emily corrió hacia él y levantó los brazos. Dylan sonrió y la levantó.

—Vaya, eres toda una señorita.

Ella frunció el ceño.

—No sé por qué tengo que llevar zapatos.

—Porque eso es lo que hacen las señoritas cuando van a la iglesia. —Dylan miró a Helen, y ella se sonrojó por el calor de sus ojos—. Tú también estás preciosa, Helen.

Sonrió torcidamente.

—Después de llevar pantalones durante tanto tiempo, acostumbrarme a llevar vestido me llevará un tiempo.

Él puso su brazo libre alrededor de sus hombros.

—Lo estás haciendo muy bien.

Caminaron hacia la carreta, y Dylan subió a Emily al asiento y luego ayudó a Helen a colocarse en su asiento. Dylan subió tras ellas y tomó las riendas de la mula.

Con Emily entre ella y Dylan, Helen pudo relajarse y disfrutar del paseo matutino. No es que no le hubiera gustado sentarse junto a Dylan, pero con su pierna y su brazo contra los suyos, habría estado demasiado distraída. De esta manera, podía pensar en lo que planeaba decir.

Anoche, después de que ella y Dylan hubieran hecho el amor por segunda vez, se le había ocurrido la idea. Le había explicado su plan a Dylan y él había estado de acuerdo, aunque sabía que sería difícil para ella. Sin embargo, sabiendo que contaba con el apoyo de Dylan, no le importaba lo que la gente temerosa de Dios pensara de ella. Ahora solo importaba la opinión de Dylan.

El patio de la iglesia ya estaba lleno de carretas y caballos desde que había comenzado el servicio quince minutos antes. Helen tenía la intención de llegar tarde, esperando una entrada dramática.

Su corazón latía con fuerza y sus palmas estaban sudorosas bajo los guantes. Aunque quería, necesitaba, hacer esto, no evitaba el nudo en su vientre o la sequedad de su garganta.

Dylan la bajó de la caja y la puso de pie.

—Estás temblando como una hoja —dijo en un tono bajo y preocupado.

Helen respiró hondo y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Estaré bien. —Enderezó los hombros y abrió camino por las escaleras con Dylan y Emily siguiéndola. Abrió la puerta de golpe y entró.

El ministro se detuvo y se quedó mirando. La congregación no tardó en girarse en sus asientos para ver qué lo había sobresaltado. Hubo unos momentos de silencio conmocionado, seguidos de un aumento gradual de voces susurrantes.

Helen los ignoró, así como el temblor en sus rodillas, y marchó hacia el frente de la iglesia. Se dio la vuelta y se enfrentó a muchas de las personas que conocía desde que era niña: el Sr. y la Sra. Coulson, los Smiths, el Dr. Wickberg y su esposa, y el Sheriff Lyle Martin. Luego miró hacia el fondo de la iglesia donde estaba Dylan, con su sombrero en una mano y la mano de Emily en la otra. La sensación de justicia se apoderó de ella y le dio fuerzas.

—Estoy segura de que la mayoría de ustedes me reconoce. Me llamo Helen Morrison y mi padre era John Foreman. —Hizo una pausa, dejando que el frágil silencio se prolongara y que sus propias convicciones la animaran—. Fue acusado injustamente del asesinato de Matt Fleming y linchado por muchos de ustedes que están sentados aquí esta mañana.

Helen se humedeció los labios secos y miró a la congregación. Esperaba sentir ira, pero solo había lástima y asco.

—No hay nada que la ley pueda hacer o vaya a hacer con aquellos de ustedes que participaron en el linchamiento de mi padre. En cambio, todos y cada uno de ustedes tendrán que vivir con el hecho de que mataron a un hombre inocente.

Se tomó un momento para despejar la sensación de ahogo en su garganta.

—Sé que mi padre bebía demasiado y que no era un buen padre, pero era el único pariente que tenía además de mi hija. Y ustedes me lo arrebataron. —Miró a su alrededor, pero la mayoría de las cabezas estaban gachas y los rostros ocultos—. Que Dios se apiade de sus almas, porque me temo que yo no tengo ninguna intención de hacerlo.

Atrapó la mirada de admiración de Dylan y, de repente, no le importó nadie más en esta ciudad. Las únicas dos personas que

importaban eran Dylan y Emily. Se dio cuenta de que Harry se levantaba de un banco y se unía a Dylan al fondo de la iglesia.

Tres personas, pensó en silencio.

Con la cabeza bien alta, caminó por el pasillo. Cuando llegó a Dylan y a los dos niños, se detuvo.

—Tu padre estaría orgulloso —dijo Dylan en voz baja.

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

—No, no lo creo. Pero no importa. —Miró los tiernos ojos azules de Dylan—. Hice esto por mí, no por él.



Helen se alegró de que la señora Smith hubiera permitido que Harry volviera a la granja con ellos. De hecho, la mujer había sido extremadamente amable. Sin embargo, Helen sabía que era simplemente la conciencia culpable de la señora Smith y no el afecto por Harry lo que la hacía tan educada.

Mientras Helen terminaba su tarta y tomaba un sorbo de café, observó cómo Dylan se burlaba de Harry y Emily. Las risitas y resoplidos de los niños hicieron sonreír a Helen. En ese momento, estaba lo más cerca que había estado de estar completamente contenta.

Había estado sola durante años, desde mucho antes de que Nick muriera. Simplemente no se había dado cuenta hasta que Dylan entró en su vida y le mostró lo decente y cariñoso que podía ser un hombre.

Lo único que le preocupaba era la incertidumbre de la estancia de Dylan. Se ofreció a ir a Land Creek al día siguiente para encontrar una segadora para pedir prestada o alquilar. Una vez que lo hiciera y

se cortara el trigo y se recogiera el maíz, habría cumplido su promesa de quedarse hasta la cosecha. ¿Se iría entonces?

Su corazón se apretó dolorosamente. Se levantó para recoger los platos de tarta y los llevó a la palangana. Unos momentos después, Dylan se unió a ella, puso sus brazos alrededor de su cintura y la atrajo contra su pecho. Besó el costado de su cuello, provocando una oleada de calor en su vientre.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella mantuvo la mirada en sus manos mientras lavaba los platos.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Estás demasiado callada.

Ella giró la cabeza y encontró su boca a solo unos centímetros de distancia. Haciendo a un lado su melancolía, se concentró en tenerlo aquí con ella ahora.

—Quizás simplemente no tengo nada que decir. —Intercaló una nota de alegría en su tono.

—Lo dudo.

A pesar de sí misma, se rió.

—No soy tan mala, ¿verdad?

La respuesta de Dylan se perdió en el sonido de una carreta que se acercaba. Helen miró por las ranuras de la ventana y reconoció el coche del médico que bajaba por el camino.

—El Dr. Wickberg está aquí.

Dylan la soltó, y ella se desató el delantal y lo arrojó sobre una silla. Ella y Dylan, seguidos de los niños, salieron a recibir al médico y a su esposa. Una vez fuera, Helen se dio cuenta de que los Wickberg no eran los únicos que habían venido a visitarlos. Tres segadores que seguían al coche de caballos se alejaron de la cabaña para seguir el camino que conducía a los campos de trigo y maíz. También había dos carretas llenas de gente, y más hombres y niños

a lomos de mulas o caballos. Todos los que vivían en Land Creek y sus alrededores debían de haber venido.

Con la boca abierta, Helen observó la actividad mientras los hombres que conducían las segadoras empezaban a cortar el trigo. Al otro lado del camino, en el maizal, se detuvieron los carromatos. Al menos dos docenas de personas con grandes bolsas de tela colgadas sobre la cabeza y los hombros empezaron a recoger las mazorcas de los tallos de maíz.

El Dr. Wickberg bajó del carruaje. Tanto él como su esposa vestían ropa más adecuada para trabajar que para visitar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Helen al doctor.

—Supongo que podría decirse que esta es nuestra forma de decir que lamentamos lo que le sucedió a tu padre, —respondió el Dr. Wickberg. Aunque avergonzado, mantuvo su mirada—. Podría haber intentado detener el linchamiento y no lo hice. Lo siento, Helen.

Aunque había querido que los implicados en el linchamiento de su padre se dieran cuenta de que habían ahorcado a un hombre inocente, no esperaba nada parecido.

—Ahora que los verdaderos asesinos han confesado, por fin cree en Helen —dijo Dylan con tono cáustico.

—Supongo que nos lo merecemos. —La Dra. Wickberg suspiró —. Después de que te fueras de la iglesia, nadie estaba de humor para continuar con el servicio. En su lugar, tuvimos una reunión. Sé que nada traerá de vuelta a John, pero decidimos recoger tus cosechas. Con la ayuda de todos, deberíamos poder terminar hoy.

Helen sabía que debería haberse alegrado de que la cosecha se hubiera recogido tan rápido, pero ahora Dylan no tendría ninguna razón para quedarse. ¿Y qué razón tenía ella? No tenía lealtad hacia la gente de Land Creek, a pesar de este gesto de disculpa.

—Tiene razón. No me devolverá a mi padre, pero le agradezco la ayuda —dijo con rigidez.

—Si nos disculpas, vamos a recoger maíz. El Dr. Wickberg volvió a subir a su carruaje y emprendió el camino.

De repente, Helen supo lo que tenía que hacer. Se subió la falda y corrió tras el carruaje.

—Dr. Wickberg.

Detuvo su carruaje y Helen tropezó hasta detenerse junto a él. Miró hacia atrás y vio a Dylan de pie con los niños y se alegró de que no la oyera.

—Hay algo más que me gustaría que hiciera, Dr. Wickberg.

—¿Qué es, Helen?

—Pregunte por ahí y vea si alguien estaría interesado en comprar mi granja, cuanto antes mejor.

Aunque el Dr. Wickberg parecía preocupado, simplemente asintió.

—Lo haré, Helen.

—Gracias.

El Dr. Wickberg golpeó las riendas contra el lomo del caballo y se unió a los demás. Helen regresó con Dylan, que le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Significa esto que ya no tenemos que trabajar? —preguntó Harry.

Aliviada de que el chico le robara la atención, sonrió.

—Así es, Harry.

El chico gritó de emoción.

—¿Por qué no os quedáis Emily y tú fuera y jugáis aquí a la sombra mientras Dylan y yo terminamos de fregar los platos? —sugirió.

Harry sonrió, y él y Emily fueron a tumbarse en la espesa hierba para jugar a uno de sus juegos con piedras y palos.

Helen tomó la mano de Dylan y lo llevó hacia la cabaña. Una vez dentro, cerró la puerta y abrazó a Dylan y lo besó. Dylan no perdió la oportunidad de besarla de nuevo.

—Gracias por todo, —dijo ella con un nudo en la garganta.

Dylan frunció el ceño.

—Parece una despedida.

No podía soportar mirarlo a la cara.

—En cuanto terminen de recoger el maíz y el trigo, no habrá razón para que te quedes.

La decepción se reflejó en el rostro de Dylan.

—Supongo. Lamont me habló de un tal Reid Tanner cerca de Robles.

—¿Uno de tus hermanos?

—Quizá. Tengo que averiguarlo.

—¿Crees que podría haber alguna tierra en venta por allí? —preguntó Helen.

Dylan frunció el ceño.

—¿Por qué?

Ella apartó la mirada y adoptó un tono ligero.

—Le pedí al Dr. Wickberg que investigara por ahí a ver si alguien quería comprar este lugar.

—Pensé que esta era tu casa.

Helen deliberó por un momento.

—Cuando regresé a Land Creek, lo único que quería era hacer un hogar para Emily yo sola. Ya había tenido suficiente de hombres, después de Nick y Lamont. —Hizo una pausa e inclinó la cabeza, mirando fijamente a los ojos azul oscuro de Dylan—. Entonces sucedió algo. Conocí a un hombre llamado Dylan Tanner, y él me

demostró que no todos los hombres eran iguales. —Tragó saliva con dificultad—. Él me dio una razón para creer de nuevo en el amor.

La expresión de Dylan se suavizó.

—¿De verdad?

Ella asintió, sin apartar los ojos de él.

—De hecho, si me pidiera que me casara con él, le diría que sí.

Sus ojos brillaron con humedad.

—Te amo, Helen Morrison. ¿Quieres casarte conmigo?

La emoción la recorrió, pero había otra cosa que quería casi tanto como convertirse en su esposa.

—Tengo una condición.

Él frunció el ceño.

—¿Cuál es?

—Me gustaría tener otro hijo.

Dylan sonrió diabólicamente y le acarició las nalgas.

—No creo que eso sea un problema.

Ella se rió, pero no dejó que la distrajera.

—Quiero decir, en cuanto nos casemos. Quiero adoptar a Harry.

Dylan la miró fijamente como si acabara de hablar en un idioma extraño. Finalmente, respondió con voz ronca:

—A mí también me gustaría.

Las lágrimas nublaron su visión, pero la felicidad tan poderosa que le dolía la llenó. Incapaz de hablar, le respondió de la única manera que pudo, con un beso largo y cariñoso.

Un mes después, los campos de algodón desnudo se extendían frente a Dylan, tal como lo habían hecho durante la mayor parte de la última semana que habían estado viajando. Al igual que los otros cultivos, el algodón también había sido cosechado.

Después de vender las cosechas de Helen, solo había hecho falta una semana para comprar la granja. Aunque Dylan no había querido usar el dinero de su nueva esposa, ella insistió en que era para que todos ellos empezaran de nuevo. Se sintió un poco menos culpable, pero juró que algún día se lo devolvería.

La risita de Emily en la parte trasera del carro llamó su atención, y miró a Helen, que estaba sentada a su lado en el asiento.

—Harry le está haciendo cosquillas —dijo Helen con una sonrisa.

Dylan sacudió la cabeza, sonriendo ante las travesuras de su hijo adoptivo.

Hacía ya dos meses que había ido a Land Creek a pagar una deuda y se había ido de la ciudad con una esposa y dos hijos que eran suyos en todo menos en la sangre. A pesar de las desgracias que lo habían llevado a este punto, Dylan había aprendido a perdonarse a sí mismo y no tenía remordimientos. Al mirar los brillantes ojos verdes de su esposa, supo que ella también sentía lo mismo.

Sosteniendo las riendas de las mulas con una mano, Dylan tomó la mano de Helen con la otra.

—¿Te estás arrepintiendo?

Ella sacudió la cabeza y la luz del sol hizo girar su espeso cabello rojo dorado en hilos dorados.

—Ni por un minuto. ¿Y tú?

Él sonrió torcidamente.

—Solo mi estómago. Creo que una manada de búfalos está pisoteando por ahí abajo.

Ella le apretó la mano con aire tranquilizador.

—Si es tu hermano, estará igual de emocionado de verte.

—Eso espero.

Helen se apoyó en su costado y le besó la mejilla.

—Tampoco le importará esa cicatriz. Te querrá porque sois familia.

Dylan deseaba poder estar tan seguro, pero estaba agradecido por el apoyo de Helen. Si este Reid Tanner era su hermano y no quería tener nada que ver con un hermano perdido hace mucho tiempo, entonces Dylan encontraría un nuevo lugar para hacer un hogar con su familia.

Mi familia.

No se había dado cuenta de cuánto había deseado pertenecer a alguien hasta que encontró a Helen.

Doblaron una esquina y vieron una cabaña bien cuidada. Había un hombre fuera, junto al corral, y a su lado había una niña, probablemente un par de años más pequeña que Emily. Dylan supo que había visto su carreta cuando se volvió hacia la cabaña y llamó a alguien. Salió una mujer y se acercó al hombre alto y fornido que levantó a su pequeña en brazos.

—Esa debe de ser su mujer —dijo Helen.

Sin poder hablar debido a la sequedad de su boca y al estruendo de su corazón, Dylan asintió.

Harry y Emily se pusieron de pie detrás del asiento entre Dylan y Helen.

—¿Es ese tu hermano? —preguntó Harry.

—Eso creemos —respondió Helen por Dylan, como si supiera que él no podía hablar.

—Es viejo.

Helen sonrió.

—Es diez años mayor que Dylan. Eso le haría tener cuarenta.

Harry arrugó la nariz.

—Como dije, es viejo.

Dylan condujo las mulas hacia el patio y detuvo a los animales a seis metros de la familia.

—Hola —saludó el hombre—. ¿Podemos ayudarle?

Dylan miró a Helen, que le hizo un gesto de asentimiento alentador. Saltó del carro y respiró hondo.

—Eso espero. Busco a Reid Tanner.

El hombre entrecerró los ojos con cautela.

—Lo ha encontrado. ¿Lo conozco?

—¿Tenía dos hermanos llamados Dylan y Carter?

La sospecha de Tanner fue sustituida por curiosidad.

—Sí. Los internaron en un orfanato hace veinticinco años. —La tristeza ensombreció sus rasgos—. No los he vuelto a ver desde entonces.

Dylan tenía el estómago tan retorcido que pensó que iba a vomitar.

—Soy tu hermano Dylan.

Reid abrió mucho los ojos y le entregó a su hija a su esposa, cuyo vientre redondeado le dijo a Dylan que estaban esperando otro hijo. Se acercó a Dylan y lo miró fijamente a los ojos. Dylan notó que eran exactamente del mismo tono de azul que los suyos. Reid entonces abrazó a Dylan por los hombros y lo acercó a él.

—Dios mío, no puedo creerlo. El pequeño Dylan. Ya eres todo un hombre.

Los ojos de Dylan brillaban con lágrimas mientras abrazaba a su hermano mayor. Los años desaparecieron y volvió a ser un niño pequeño, viendo a su madre muerta mientras él, Reid y Carter se abrazaban fuertemente.

Finalmente, Reid aflojó su agarre y dio un paso atrás, pero mantuvo un brazo alrededor de los hombros de Dylan.

—Nunca pensé que volvería a verte, —dijo Reid, con la voz áspera por la emoción.

Dylan carraspeó.

—Te busqué a ti y a Carter cuando dejé el orfanato, pero no tuve suerte.

—Lo siento, Dylan. Hice algunas cosas de las que no estoy muy orgulloso, o habría vuelto a por ti y Carter.

—Solo estuvimos allí un mes, hasta que adoptaron a Carter.

Reid tragó saliva y parecía que estaba luchando contra la misma tormenta emocional que Dylan. Ojalá Carter estuviera aquí también...

La mujer alta y guapa dio un paso adelante y, aunque se estaba secando las lágrimas de las mejillas, sonreía cálidamente.

—Soy Laurel, la esposa de Reid, y esta es nuestra hija, Anna.

Dylan le estrechó la mano y se sorprendió por su firme apretón. Rápidamente se dirigió a la carreta y ayudó a su familia a bajar. Los ojos de Helen estaban tan húmedos como los suyos.

—Esta es mi esposa, Helen, y Emily y Harry.

Durante los siguientes minutos reinó el caos mientras todos se saludaban. En cuanto hubo un momento de calma, Laurel llevó a los niños a la casa. Su marido, obviamente tan enamorado de su esposa como Dylan lo estaba de la suya, lo siguió.

Helen se unió a Dylan, que permanecía de pie en el patio.

—Me gustan, —dijo simplemente.

—A mí también, —dijo Dylan, con una nota de asombro en la voz—. ¿Alguna vez has sentido que por fin has llegado a casa?

Helen sonrió con dulzura.

—Cuando dijiste que me querías.

Dylan la abrazó, hundiendo el rostro en su espesa cabellera iluminada por el sol.

—Te quiero, Helen Tanner. Y siempre te querré.

Siguiente libro de la serie


SERIE
LAS PROMESAS
DE LOS TANNER
3
SALOON
CONTRA
VIENTO
Y MAREA
EMILY YOUNG

Contra viento y marea

Ella estaba dispuesta a todo para recuperar a su hijo, sin imaginar que encontraría a un hombre destinado a cambiar el curso de su vida.

Aunque fue criada en una familia acomodada, Jocelyn acaba sola tras la muerte de sus padres y arruinada al casarse con un jugador que lo pierde todo y la abandona. Pero lo peor de todo es que se vio obligada a dejar a su hijo en un orfanato y está decidida a hacer lo que sea para recuperarlo. Aunque para ello tenga que trabajar en un Saloon.

Carter Tanner es un jugador y exespía que vive atormentado por algo de su pasado. Su vida trascurre sin complicaciones, hasta que una belleza de cabellos rubios irrumpe en el Saloon donde trabaja. Ella le hace sentir emociones que creía perdidas, lo que le hace enfurecer y ser grosero con ella.

Pero su deseo por Jocelyn será cada vez más irresistible y teme que su pasado estropee cualquier posibilidad de estar juntos. Más aún cuando ella solo piensa en ganar el dinero suficiente para marcharse lejos.